
Autora con más de 270.000 ejemplares vendidos en Amazon
ALGO MÁS QUE MAGIA
ANDREA ADRICH

ALGO MÁS QUE MAGIA

ANDREA ADRICH

Copyright © Edición original 2021 por Andrea Adrich

Todos los derechos están reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier modo, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor.

Esta es una novela ficticia en su totalidad. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Primera edición: abril 2021

Título: Algo más que magia

Puedes seguir a la autora a través de Facebook y así conocer todas sus novedades y sus próximas publicaciones.

https://www.facebook.com/andrea.adrich.andrea/

GRACIAS POR COMPRAR ESTE EBOOK

Contenido

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43

CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54
EPÍLOGO

Ama a quien te mire
como si fueras magia
(Frida Kahlo)

No es por lo que eres,
es por lo que transmites.
Ahí está tu magia.

CAPÍTULO 1

15 de agosto

El cuerpo de Ada golpeó la puerta de forma seca y con un ruido sordo. A duras penas era consciente de lo que estaba sucediendo, y Enzo ya se había bajado la cremallera del pantalón. El simple sonido de la bragueta le resultó erótico a morir, sin más añadidos. ¿Y qué decir de los besos que le daba? ¡Por toda la Corte de Ángeles y Arcángeles! Parecía querer comerla. Mejor dicho, devorarla. Jamás había conocido, ni mucho menos estado, con alguien como el tío cuya cintura rodeaba en esos momentos con sus piernas, mientras la empotraba contra la puerta de la habitación de uno de los hoteles más lujosos de la ciudad. La sujetaba por las nalgas con tanta fuerza que seguro que iba a dejarle marcas.

Enzo… Ese hombre increíblemente sexy que no la había dejado de mirar en toda la noche desde el extremo del bar, hasta que la había abordado cuando iba de camino al servicio. Se había quedado embobada, mirándole como si estuviera hablando con el cantante o el actor de moda, hasta el punto de que casi no era capaz de hilar una frase entera ni coherente. Ada se preguntó cómo el tío no se había dado media vuelta y se había marchado pitando, si estaba quedando poco menos que como una imbécil.

No estaba borracha, aunque se había tomado un par de copas, pero no se acordaba de cómo había llegado hasta allí. Todo era una laguna en su mente. Solo sabía que el deseo y la atracción que sentía por aquel hombre la habían impulsado a dejarse arrastrar por él hasta aquella suite. Era tan espectacular que casi no era consciente ni de dónde estaba.

Enzo rasgó el paquete dorado del condón, que llevaba ya en la mano desde que habían salido del ascensor, y lo desenrolló con prisa a lo largo de su miembro, duro como un bloque de hormigón.

En esas, Ada se había deshecho del fino tanga. Enzo le subió hasta la cintura la falda del vestido negro que llevaba puesto y la penetró con una embestida seca. La espalda de Ada volvió a golpearse con la puerta.

—Joder… —gimió cuando lo recibió. ¿Tenía tanto ímpetu para todo? ¡Dios!

Enzo no dijo nada. Salió de ella y empujó de nuevo su cuerpo contra el de Ada mientras se apoderaba de su boca con un beso que estuvo a punto de abrasarles los labios a ambos. Aquella noche necesitaba más que nunca desestresarse, quitarse de encima la tensión surgida de la última reunión de trabajo, en la que el consejo de administración de la compañía, presidido por su honorable abuelo, quería dejarlo fuera de la dirección de la empresa, y el sexo era una maravillosa forma de hacerlo, sin importar mucho con quién.

Enzo Callagan era un cazador nato, sabía bien qué hacer para que las mujeres cayeran rendidas a sus pies, como había pasado con la chica a la que se estaba follando en esos momentos. Mañana no se acordaría de ella. No recordaría en qué trabajaba, ni el color de sus ojos, ni siquiera recordaría su nombre… ¿Era Emma? ¿Helene? Qué importaba, se dijo. Era su última noche en Nueva York. Se largaría del hotel en cuanto la chica se durmiera, como solía hacer siempre. Nunca esperaba a despertarse con una mujer al lado y correr el riesgo de no saber su nombre. Para él, la noche perfecta era un buen polvo y nada de conversación.

Salió de Ada. Estaba tan húmeda, tan dispuesta para él, que resbaló en su interior hasta hundirse totalmente dentro. La sujetó por la nalga con una mano, apoyó la otra al lado de la cabeza de ella y soltó un gruñido entre dientes.

Ada sintió un escalofrío cuando lo escuchó. Aquel tío follaba como un animal. Joder, iba a echar la puerta abajo.

Agarrada con las manos a su cuello, aspiró su aroma, que llenaba el aire. Olía a perfume caro y a masculinidad. Una masculinidad que emanaba por cada poro de la piel. ¿De dónde había

salido un hombre como él? Era alto, fuerte y deslumbrante. Tenía una profunda y fría mirada negra, pómulos y mentón marcados y un pelo como el carbón. Nariz patricia y un aspecto exótico, de hombre intocable, que tejía a su alrededor un halo de misterio que debía de atraer a las mujeres como un panal de miel a las moscas.

Iba vestido con un pantalón vaquero azul oscuro que resaltaba sus musculosas piernas, una camiseta blanca ajustada y una americana negra que dejaba intuir una espalda ancha. Un puto delirio.

Enzo jadeó y trató de no perder el control, embistiendo a Ada contra la puerta una y otra vez. Estaba a punto de irse, pero quería que aquella chica también se corriera. Era un cabrón, sí, pero le gustaba que sus amantes quedaran satisfechas, aunque al amanecer echaran pestes de él al descubrir que se había largado sin ni siquiera despedirse.

—¿Cómo lo llevas? —le preguntó a Ada con la boca pegada a su oído.

Su voz era grave y tremendamente masculina y sus orígenes italianos se hacían evidentes en cada palabra que pronunciaba, aunque su inglés era perfecto. Pero había algo indescriptible que lo delataba. Era ese tipo de voz que se te mete hasta el tuétano de los huesos y te provoca un escalofrío o un suspiro, o ambas cosas.

—Me… voy a… correr ya —contestó ella con la respiración entrecortada.

—Bien —jadeó Enzo.

Aumentó el ritmo de los envites apretando los dientes. En unos minutos ambos estarían saciados y él ya no tendría nada que hacer allí.

—Oh, Dios… —oyó gemir con placer a Ada.

Sonrió entre dientes para sí.

Ada echó la cabeza hacia atrás, apoyándola en la puerta maciza y, lanzando un gemido de puro placer, se corrió contra él. Clavó las uñas en sus poderosos hombros para mitigar la sensación de estar cayendo en un profundo abismo.

Cuando los espasmos de los suaves músculos de su vagina se contrajeron, apretando la polla de Enzo, un orgasmo le sacudió con violencia.

—Joder… —gruñó mientras su cuerpo se sacudía de arriba abajo.

Sujetó a Ada del culo con las dos manos y se enterró de nuevo en ella mientras los espasmos iban cediendo.

Ada abrió los ojos con gesto somnoliento. El resplandor de la luna entraba por los ventanales, dibujando cuchillas de luz blanquecina sobre los muebles. Giró el rostro hacia el otro lado de la cama. Se encontraba vacío. ¿Dónde estaba Enzo? Pasó la mano por las sábanas y se dio cuenta de que estaban frías.

Se incorporó un poco sobre el colchón, apoyándose en los codos y llevó la vista hasta el cuarto de baño. La puerta estaba abierta y no había luz que indicara que podía encontrarse dentro. Una sospecha empezó a planear súbitamente por su cabeza. Arrastró los ojos hacia un lado y hacia otro de la habitación. Nada. No había ni rastro.

Resopló frustrada.

Podía mirar donde quisiera, incluso debajo de la cama, pero no lo encontraría. Enzo se había largado, dejándola más sola que la una en la habitación de un hotel que ni siquiera ella había cogido.

Se tapó la cara con las manos y se dejó caer sobre el colchón.

—Hijo de puta —masculló.

El exabrupto le salió del alma. ¿Qué mierda pasaba por la cabeza de un tío para escapar en mitad de la madrugada? ¿Acaso se pensaba que quería casarse con él? ¿Es que estamos tontos o qué? Menudo gilipollas.

El sueño se le fue de golpe. De pronto estaba despejada como si le hubieran echado un jarro de agua helada en la cara.

Se incorporó de nuevo y se sentó encima de la cama. Por esa razón ella no era una chica de andar acostándose cada noche con un tío distinto, para evitar bochornos como ese. En mala hora se había dejado convencer por Maggie, su mejor amiga, para irse al hotel del tío que no había

parado de mirarla desde el fondo del bar. Le tenía que haber mandado a tomar viento fresco, por muy guapo, sexy y enigmático que fuera el cabrón de él.

—Te voy a matar, Maggie —dijo.

Si no la hubiera hecho caso, si la hubiera mandado a cagar, como tenía que haber hecho con él, ahora no se sentiría como una completa imbécil. Joder, aquello era humillante.

Naturalmente no albergaba ninguna intención de quedarse allí ni un minuto más. ¡Solo faltaría! Lo único que deseaba era salir de aquella habitación pitando y no parar de correr hasta llegar a casa.

Apartó las sábanas de un manotazo y se levantó de la cama después de encender la luz de la lamparilla de diseño minimalista de la mesilla. Se dirigió al sillón situado al lado de la ventana dando zancadas y en cuyo respaldo reposaba su ropa. La cogió y se vistió rápidamente. Se metió en el cuarto de baño y se atusó un poco la melena, revuelta por el revolcón que se había dado con aquel desconocido al que le había faltado tiempo para salir cagando leches de la habitación.

—Agrrr… —gruñó, enfadada consigo misma, mientras cogía el bolso.

Se estaba colgando al hombro la cadenita plateada que hacía las veces de asa, cuando vio una pequeña cartulina tirada en la carísima y ostentosa moqueta que revestía el suelo. Se agachó y la cogió. Se trataba de una tarjeta de visita. Leyó el nombre. Era de Enzo. Podían verse un par de teléfonos inscritos en ella.

Debería haberla tirado a la papelera. Después de escupirla, claro. Pero algo la impulsó a guardársela en el bolsillo de la chaqueta. Quizá un día le llamara para decirle lo impresentable que era. Después enfiló los pasos hacia la puerta y salió de la habitación sin mirar atrás.

El vestíbulo estaba completamente en silencio. Solo se oía el sonido que el recepcionista hacía al pulsar las teclas del ordenador. Cuando Ada pasó por delante lo hizo con la cabeza agachada, ni siquiera se atrevía a mirar al chico que estaba detrás del mostrador. Era el mismo que los había visto llegar y el que, seguramente, habría visto a Enzo salir. No había que haber estudiado en Harvard para concluir que tras echar un polvo como posesos, él había salido por patas y la había dejado a ella a su suerte.

«Oh, Dios…», gimió Ada para sus adentros.

Le daba vergüenza solo pensarlo.

—Buenas noches —escuchó decir al recepcionista a modo de despedida.

—Adiós —farfulló a su cuello, porque nadie más la oyó, mientras ocultaba la cara como buenamente podía entre la espesa cortina de pelo castaño.

Tenía tantas ganas de salir de allí que a punto estuvo de chocarse con las puertas de cristal del hotel. Faltó un pelo para darse de bruces y hacer el mayor de los ridículos. Aparte de imbécil sería el colmo que acabara sin dientes.

Soltó el aire que había estado conteniendo en los pulmones cuando echó a andar calle adelante y dejó atrás el lujoso hotel.

Vio a lo lejos que se acercaba un taxi y alzó la mano, implorando al Cielo que parara. Y paró, por suerte para ella. Abrió la puerta al detenerse al lado de la acera, se metió rápidamente en el interior y le dio la dirección de su casa al taxista, queriendo dejar aquella noche atrás.

Sin embargo, el destino suele tener para nosotros planes que desconocemos, planes que, a veces, no nos hubiéramos imaginado. Ada en aquel momento no sabía que ese día, que ese 15 de agosto su vida cambiaría para siempre, que ya nada volvería a ser como antes.

CAPÍTULO 2

—¡Ese tío es un gilipollas! —le dijo Ada a Maggie, cuando esta se presentó en su casa la tarde del día siguiente para que le contara todo lo que había sucedido la noche anterior entre ella y el tío guapísimo con el que se había ido.

—¿Por qué? —Maggie no entendía nada.

Ada estaba colgando la ropa que tenía por la habitación y metiéndola en el armario. Se giró hacia su amiga.

—¿Por qué? ¿Por qué? —repitió indignada, torciendo el gesto—. Porque el muy capullo se fue de la habitación en mitad de la noche sin decir nada, como si fuera un delincuente, o como si la delincuente fuera yo. Le faltó tiempo para subirse la bragueta y largarse. ¿Qué se pensaba el muy cretino? ¿Qué le iba a pedir que se casara conmigo cuando nos despertáramos por la mañana?

Colgó una percha con mala leche.

—Ya sabes cómo son los hombres… —dijo Maggie con resignación, en un intento por calmar el enfado de Ada. Se sentó en la cama.

Para ella, eso no tenía mayor importancia. ¿Qué más daba si el tipo se había ido o se había quedado?

—Sí, los hombres son unos gilipollas. Todos son unos gilipollas —sentenció Ada, cabreadísima.

Abrió un cajón y metió una camiseta que acababa de doblar.

—Vale, el tío es un mamón, pero no puedes negar que era jodidamente guapo… Madre mía,

Ada, parecía recién sacado de un calendario de bomberos.

Ada bufó poniendo los ojos en blanco.

—Deja de babear, por favor —le pidió.

Le sentaba fatal que su amiga le echara flores a ese memo. Aquel tío se merecía el infierno o picar piedra en Siberia a cuarenta grados bajo cero.

—Por muy guapo que fuera, es un gilipollas —dijo.

Maggie se encogió de hombros.

—¿Y qué más da si se fue a mitad de la madrugada o no? Es el polvo de una noche. Sexo sin compromiso —dijo.

—¡Ya lo sé, joder! —estalló Ada—. Pero al menos podía haberse despedido… —Chasqueó la lengua contra el paladar—. No sé… Haber mostrado un poco de educación. —Hizo una pausa para colgar un pantalón—. La caballerosidad está en horas bajas, Maggie.

—Sí, son malos tiempos para ella.

Ada se giró hacia su amiga y la señaló con el dedo índice.

—Pero de esto tienes tú la culpa —dijo.

Maggie se llevó la mano al pecho.

—¿Yooo? ¿Qué narices tengo que ver yo en eso? —se preguntó.

—Tú fuiste la que me convenciste para salir, diciendo que teníamos que quemar la noche y la que me animó a irme con ese… con ese… Agrrr… —gruñó con rabia—. Cada vez que pienso en él se me revuelven las tripas.

—Venga, Ada. No seas exagerada. Te corriste, ¿no?

Ada la miró de reojo con cara de pocos amigos.

—¿Te corriste o no te corriste? —insistió Maggie, levantando las cejas.

—Sí, me corrí —contestó finalmente Ada.

—¿El tío follaba bien?

—Como un toro. —Ada no pudo evitar ruborizarse—. Casi echamos abajo la puerta de la habitación —añadió de manera inconsciente, poniendo voz a sus pensamientos.

Maggie la miró con ojos pícaros.

—¿Lo hicisteis contra la puerta?

Ada se mordió el labio.

—Sí. Me empotró contra ella nada más de entrar. Pensé que me rompía la columna vertebral —rio para disimular el calor que recordar el momento había hecho que se instalara en su entrepierna.

Se detuvo unos segundos a pensar.

¿Estaba tonta? ¿Qué narices le pasaba? ¿Se había olvidado de que el muy cabrón se había largado sin decir ni «mu»? Le empezó a hervir la sangre.

—Era un tigre —afirmó Maggie en tono insinuante.

—Era un imbécil —ladró Ada, con los pies de nuevo en el suelo.

—Pues que quieres que te diga, Ada…, ¡que te quiten lo bailado! —exclamó Maggie—. Además, no vas a volver a verlo.

—¡Por suerte para mí! Si me lo encontrara le tiraría un ladrillo a la cabeza —dijo Ada.

Sacudió la chaqueta que se había puesto la noche anterior para estirarla y al hacerlo cayó a los pies de Maggie la tarjeta que se había encontrado en el suelo de la habitación del hotel. Maggi se inclinó y la recogió.

—Se ha caído esto —dijo, enseñándosela a Ada.

—Ah sí, es su tarjeta de visita —dijo ella, sin darle importancia.

Maggie le echó un vistazo.

—Enzo Callagan de Luca —leyó—. ¿De qué me suena este nombre?

Ada se volvió hacia ella, mirándola con los ojos entornados.

—¿De qué coño te va a sonar? —preguntó.

Maggi hizo memoria, pero no le venía nada concreto a la cabeza. Aunque seguía con la sospecha de que ese nombre lo había oído en otro lado.

—No sé… Pero me suena de algo.

—¿No crees que si le hubieras visto en algún lado te acordarías? No es un hombre que pase

desapercibido, precisamente.

—Es su nombre el que me suena… Claro que me acordaría si lo hubiera visto antes, un maromo así no se olvida fácilmente.

Ada continuó colocando la ropa. A Maggie se le iluminó el rostro de golpe, como si le hubiera atravesado el cerebro un rayo de luz.

—¡Hostias, Ada! —soltó.

Ada giró la cabeza hacia ella.

—¿Qué?

—Espera un momento… —dijo Maggie mientras sacaba el móvil de su bolso.

—¿A qué? ¿A qué tengo que esperar? —preguntó Ada con impaciencia—. Joder, no entiendo nada, Maggie —se quejó—. Cada día se te está yendo más la cabeza.

—Tú espera un momento… —Maggie desbloqueó el teléfono y comenzó a teclear algo en Google—. ¡Ay, madre! —exclamó al cabo de unos segundos, tapándose la boca con la mano—. ¡Ay, madre! ¡Ay, madre! ¡Ay, madre!

—¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?

Ada se dio la vuelta de inmediato, como si hubiera un fuego que apagar. La cara de Maggie mostraba un asombro casi caricaturesco.

—Ya sé por qué me sonaba su nombre… Enzo Callagan de Luca es miembro de dos de las familias más ricas de Nueva York y de Italia.

A Ada por poco no se le desencajó la mandíbula de la cara y le cayó al suelo con un golpe seco.

—¿Te estás quedando conmigo? —dijo en tono de incredulidad—. Me estás tomando el pelo, ¿verdad? ¿Esta es una de esas bromas tuyas que no tienen ninguna gracia, Maggie?

—Te juro que no —respondió ella. Alargó el brazo y mostró el móvil a Ada—. Mira…

Ada cogió el teléfono con las manos ligeramente temblorosas y leyó en la pantalla las primeras líneas de una de las tantas biografías de Enzo Callagan de Luca que pululaban en Internet.

Abrió los ojos como platos y se dejó caer en la cama al lado de Maggie con expresión flipada en el rostro. ¿El tío al que se había follado unas horas atrás era uno de esos riquillos entregados al lujo y al placer?

—No me lo puedo creer… —murmuró.

—Te has tirado a un millonario —bromeó Maggie, para picarla.

—No tiene ninguna gracia —dijo Ada, seria.

—¿Por qué?

—Porque no. Esos tíos son caprichosos y cínicos. Ahora entiendo por qué se largó de la habitación del hotel… Está acostumbrado a hacer lo que le dé la gana sin tener en cuenta a los demás. Las mujeres para ese tipo de hombres somos poco menos que objetos.

—Ada, cariño, deja de ponerte metafísica y melodramática —dijo Maggie—. Anoche conociste a un tío guapísimo de anuncio, te lo tiraste, lo pasaste bien con él, te corriste… y ya está. Da igual si era rico o pobre. No hagas un asunto de Estado del tema. Si estás arrepentida, mañana vas a confesarte a la iglesia, rezas un par de Padrenuestros como penitencia, y ya vuelves a tener las puertas abiertas del Cielo, tranquila.

Ada no pudo evitar echarse a reír.

—Mira que eres idiota —le dijo a Maggie, mirándola de reojo.

—Ada, no vas a volver a ver a ese tío en tu puñetera vida. ¿Qué más da quién sea o quién no? Además, no cualquier mujer puede decir que se ha acostado con Enzo Callagan de Luca.

Ada negó para sí con resignación.

CAPÍTULO 3

Cinco semanas después

Ada se sentía rara. No sabía cómo definirlo o con qué palabras, pero sentía algo extraño, como si alguna cosa hubiera cambiado.

Llevaba varios días de retraso y aunque no era la primera vez que la regla no le bajaba puntualmente, pues a veces eran irregulares, en aquella ocasión era distinto. Ella lo sabía.

De vuelta de la tienda de ropa en la que trabajaba se pasó por una farmacia y compró un test de embarazo. Mientras se dirigía a casa se decía repetidamente que no podía estar embarazada. Claro que no. Estaba segura de que saldría negativo. Tenía que salir negativo. Era imperativo. La última vez que había tenido relaciones sexuales había sido con Enzo Callagan y habían utilizado preservativo. No, de ninguna manera podía estar embarazada.

Se aferró a eso como a un clavo ardiendo para tranquilizarse y dejar a un lado la vocecilla que le susurraba que algo ya no era igual en su cuerpo. Se estaba sugestionando. Sí, se estaba sugestionando.

Y a pesar de que estaba convencida de que saldría negativo (no podía ser de otro modo), la prueba estuvo un par de días más sobre la encimera del lavabo. Pero la regla seguía sin bajarle.

Una tarde de sábado llamó a Maggie y tras contarle sus sospechas, se metieron en el cuarto de baño y Ada se hizo finalmente la prueba.

Ambas lo miraban expectantes, como si se tratara de una compleja cirugía a la que tuvieran que hacer frente. Ada sentada en la taza del wáter y Maggie en el borde de la bañera, hasta que,

tras unos segundos que se les antojaron infinitos, las dos rayitas rosas aparecieron en la pantalla.

—Las dos rayitas es negativo, ¿verdad? —preguntó Maggie.

En esos momentos Ada no se acordaba de lo que ponía en el prospecto cuando lo había leído unos minutos antes. Tenía la mente en blanco.

—No lo sé —dijo, visiblemente agobiada.

Tomó de nuevo el papelito y con manos temblorosas lo leyó. Se quedó pálida. Todo el color de la cara se le bajó bruscamente a los pies. Desapareció. Se fue. Se desvaneció. ¡Joder!

—Las dos rayitas es positivo —susurró con incredulidad, sin apenas fuerzas en la voz.

—¿Es positivo?

Maggie le arrebató el prospecto de las manos y lo leyó para asegurarse de que Ada no se había equivocado. Estaba demasiado nerviosa y quizá los mismos nervios le estaban jugando una mala pasada.

—Sí, es positivo —dijo, sintiendo que el estómago le daba un vuelco.

Vio que Ada estaba a punto de entrar en pánico.

—Tranquila, cariño… —dijo, agarrándole la mano.

—No puede ser, Maggie. No puedo estar embarazada. —Se frotó la frente.

Ada no podía estarse quieta, así que se levantó y comenzó a dar vueltas por el pequeño cuarto de baño como un león enjaulado. Notaba como si mil hormigas corretearan por su cuerpo.

—Ada, tranquila —repitió Maggie, intentando consolarla.

Pero Ada no la escuchaba. No era consciente de nada que sucediera a su alrededor. Solo tenía en su cabeza la imagen de las dos rayitas del test de embarazo y todo lo que implicaban, que era muchísimo, que era una vida. Soltó un sollozo y no pudo evitar echarse a llorar.

—No puede ser… No puede ser… —repetía sin parar, negando con la cabeza, mientras las lágrimas corrían precipitadamente por sus mejillas.

Tenía que ser una broma de mal gusto del destino.

Maggie se levantó y la abrazó, tratando de calmarla.

—Ya, Ada… Tienes que tranquilizarte. —Ada se aferró a ella como si fuera una tabla

salvavidas—. No llores… Venga, no llores. Todo va a salir bien, ya verás cómo va a salir bien.

Ada se separó de ella y se secó las lágrimas de la cara con las manos.

—Yo… Yo no puedo tener un hijo ahora —dijo, frente a Maggie. Le temblaban las rodillas y notaba la boca seca—. Estoy sola, mi puesto de trabajo en la tienda no es fijo, vivo de alquiler y… ¡Joder!, no puedo tener un hijo de un tío al que no conozco. Enzo Callagan es un gilipollas… —Su opinión sobre él no había cambiado nada en esas semanas que habían transcurrido. Todo lo contrario, pensaba lo peor de él.

Ada tenía la sensación de que estaba inmersa en un mal sueño. Aquello no le podía estar pasando a ella. No en ese momento. Quería despertar, quería que la realidad volviera a imponerse. Rompió de nuevo a llorar cuando fue terriblemente consciente de que ahora su realidad era aquella. De que su realidad ahora pasaba por el hecho de que estaba embarazada.

Maggie cogió unos cuantos pañuelos de papel de una caja que había en la estantería y se los tendió. Estaba tan nerviosa como Ada, y si no fuera porque se obligó a mantener la calma y la compostura para no empeorar las cosas, para no entrar en pánico las dos, se hubiera puesto a llorar con ella. Ada los tomó y se enjugó otra vez las lágrimas que no paraban de brotar de sus ojos.

El tiempo parecía haberse detenido dentro de las paredes del cuarto de baño, como si el mundo se hubiera congelado en ese instante, como si alguien hubiera puesto un dedo invisible en las manecillas del reloj para que dejasen de girar por la esfera del tiempo.

Todo se había vuelto irreal, de pronto.

Un rato después ambas estaban en el salón, tomando un café y dándose un tiempo para analizar todo.

—¿Cómo ha podido pasar, Maggi? —lanzó al aire Ada—. Tomamos precauciones. Él se puso un preservativo.

Maggie alzó los hombros.

—Ya sabes que ningún método anticonceptivo es efectivo cien por cien —dijo—, excepto la abstinencia —añadió con un poco de humor.

Ada sonrió, pero sin ganas.

Se encontraba como anestesiada, como si estuviera metida en una burbuja de agua.

—No sé qué cojones voy a hacer… —dijo, dejando la frase en el aire.

—¿Estás pensando en abortar?

Ada se mordisqueó nerviosamente los labios.

—No estoy en las mejores condiciones para tener un hijo, y menos sola.

Se llevó la taza a la boca y dio un sorbo de su descafeinado.

—¿Por qué no se lo dices al padre? —planteó Maggie.

Ada levantó la cabeza y la miró como si se acabara de convertir en un alienígena.

—¡¿Qué?! ¡¿Estás loca?! No puedo presentarme delante de Enzo Callagan y decirle que estoy embarazada.

—¿Por qué no? Forma parte de esto tanto como tú —argumentó Maggie.

Y no es que no tuviera razón, pero a Ada aquel motivo no la convencía. Sacudió la cabeza.

—No quiero tener nada que ver con ese tío… —dijo.

Maggie enarcó las cejas.

—Eso es un poco tarde para decirlo, ¿no crees?

La realidad de la situación volvió a golpear a Ada. Qué paradójico era todo. No quería tener nada que ver con Enzo Callagan, pero estaba embarazada de él. ¿No tenía tintes de tragicomedia? No sabía si seguiría adelante con aquello o no, pero si lo hacía, tendría un hijo de ese hombre. Un hijo. De Enzo Callagan. Todavía no se lo podía creer.

—¿Y qué crees que diría si me presento en su oficina y le digo: «¿te acuerdas de aquel polvo de órdago que echamos antes de que salieras despavorido como si te persiguiera Satanás? Pues bien, ha tenido consecuencias. Estoy embarazada» —dijo—. Ese hombre tiene el mismo instinto paternal que Hannibal Lecter.

Maggie no pudo contener la risa y se puso a toser, provocando que el café le saliera por la

nariz.

—Lo siento… —farfulló, al tiempo que se limpiaba la cara con una servilleta de papel.

—Tú ríete, pero yo creo que sería capaz de comerse a su propio hijo.

—Ada, por Dios…

Tras unos segundos de silencio, Ada habló, adoptando de nuevo un tono serio.

—No, no voy a decirle nada. —Agarraba la taza del descafeinado con ambas manos como si fuera el único anclaje que tuviera para no despeñarse por un precipicio—. No sé lo que voy a hacer, pero estoy segura de que Enzo Callagan me obligaría a abortar. No… Esto es algo que voy a resolver sola.

—¿Y sí… finalmente decides tenerlo? —le planteó Maggie.

Ada giró el rostro hacia ella. Continuaba agobiada y la punzada de angustia que sentía en el pecho desde que la prueba de embarazo había salido positiva seguía todavía ahí, y aunque eran preguntas que no quería hacerse, más tarde o más temprano tendría que enfrentarse a ellas y, sobre todo, a las posibles respuestas.

—No creo que lo tenga —afirmó.

Maggie echó el torso hacia adelante y se sentó en el borde del sillón.

—Ada, esta decisión tienes que meditarla mucho. No puedes tomarla a la ligera. Necesitas tener la cabeza fría y pensar.

—Es un error… Algo que no tenía que pasar… —se apresuró a decir ella.

Las lágrimas volvieron a sus ojos. Tenía los sentimientos a flor de piel.

—O sí —afirmó Maggie con voz suave—. A lo mejor *sí* que tenía que pasar —enfatizó el «sí».

Ada la miró confundida.

—¿Qué quieres decir?

—Nunca se sabe por qué ocurren las cosas, pero siempre suceden por algo.

Ada puso los ojos en blanco.

—Maggie, eso queda muy bien en las historias de amor —comenzó—. Tengo veinticuatro

años. No soy una adolescente, es verdad, pero no estoy preparada para tener un hijo. Esa es una responsabilidad para toda la vida. Yo no tengo un trabajo fijo y ya ves en qué piso vivo… —dijo, abarcándolo con los brazos—. ¿Crees que son las mejores condiciones para traer un bebé al mundo?

—Quizás no, quizás no sean las condiciones más propicias, pero, joder, no sé… Dicen que los bebés siempre son una alegría.

—Eso es solo un tópico —le rebatió Ada.

Maggie suspiró.

—Por favor, Ada, piénsalo muy bien. No hagas algo de lo que puedas arrepentirte más adelante. —Ada se mantuvo en silencio—. Prométeme que lo vas a pensar.

Se miraron.

—Claro que lo voy a pensar —dijo Ada en tono de obviedad—. Ahora estoy muy confundida, muy ofuscada… Tengo la cabeza echa un puto lío, y no veo las cosas con claridad.

—Tomes la decisión que tomes puedes contar conmigo, lo sabes, ¿verdad? —dijo Maggie.

Ada solo pudo asentir con la cabeza mientras apretaba los labios, porque estaba a punto de arrancarse de nuevo a llorar.

—Ven, anda… —Maggie se levantó del sillón en el que estaba sentada y la estrechó entre sus brazos.

—No llores más, cariño, que te vas a deshidratar… —bromeó.

Ada rio débilmente.

CAPÍTULO 4

Los días siguientes Ada lloró lo que no había llorado nadie nunca. Podría haber llenado todos los embalses del país sin problema. Lloraba por ella, por la nueva vida que ya crecía en su vientre y por la perspectiva de un futuro que ni de lejos había planeado. ¿Quién planearía quedarse embarazada de un tío al que no conocía y con el que había echado un puto polvo?

Seguía sin poder creerse que todo aquello le estuviese ocurriendo a ella. Maggie insistía en que las cosas siempre pasaban por algo y que aquel embarazo también, pero Ada lo único que pensaba es que era la mayor putada, la peor jugada que le podía hacer la vida en esos momentos. ¡Joder, estaba embarazada de Enzo Callagan de Luca!

Al principio aquel nombre no le decía nada (había un montón de ricos en el país, como para acordarse de todos), pero al parecer el tío estaba montado en el dólar. Vamos, que un poco más, y cagaba dinero. Pertenecía a una de las sagas familiares más importantes, no solo de Estados Unidos, sino también de Italia, de donde era su madre y donde él tenía la mayor parte de sus negocios. Miles y miles de hectáreas de viñedos y varias marcas de carísimo vino con denominación de origen, solo aptos para ricos como él.

Era poco lo que había podido averiguar de Enzo Callagan en Internet, el único medio a su alcance para rascar algo de información, ya que tanto él como su familia eran muy herméticos y nada dados a hablar ni a divulgar chismes.

Es decir, al final lo que Ada sabía de él es que tenía demasiado dinero, demasiadas mujeres a su alrededor y que era demasiado guapo, porque el hijo de puta era guapo y sexy a rabiar. No había ni una sola foto de las que pululaban por Internet en la que saliera mal. No deberían de

existir hombres tan perfectos y menos siendo tan cabrones.

También se decía (cortesía de las malas lenguas), que tenía muy mala reputación. Era el niño malo de los negocios; con un olfato infalible para las finanzas, eso sí. Según aseguraban resolvía crisis sin pestañear siquiera. Rebelde, playboy, y ostentaba —al parecer con honores—, el título de oveja negra de la familia. Oveja negra, negrísima.

No podía confirmarse, pero según decían ese título que él llevaba con honores le estaba causando más de un problema y de dos con su abuelo materno, patriarca de la familia De Luca. Los roces y enfrentamientos entre ellos, sin conocerse muy bien el motivo, eran constantes.

—Todo un dechado de virtudes, vamos —se dijo Ada con ironía al leerlo, echándose las manos a la cabeza.

Con aquella radiografía que los medios hacían de él, para Ada, Enzo Callagan era el típico rico, mujeriego y tonto de los cojones, que se creía el culo del mundo, pero que no llegaba ni a pedo.

Y algo… (a saber qué planetas se habían alineado), había hecho que se quedara embarazada de él. ¿Estaba jugando la vida con ella? ¿Formaba parte de una broma pesada? Porque aquello solo se podía tratar de broma pesada.

Pensó que, con la cantidad de tías que se tenía que tirar ese hombre, y tenía que ser precisamente ella la que se había quedado embarazada. ¿Le había tocado el condón defectuoso? ¿O era un sortilegio de magia negra lo que habría obrado entre ellos?

Ada no entendía nada.

La idea de interrumpir el embarazo seguía latente en su cabeza. Se había informado y se trataba de una intervención muy sencilla. Algo discreto y fácil, sin mayores complicaciones. Sin embargo, había empezado a cuidarse como una embarazada: no comía embutidos, no bebía alcohol y en la tienda intentaba no coger cajas con mucho peso… Curioso, ¿no?

Ada pensaba que no estaba preparada para ser madre y que tampoco se encontraba en las condiciones apropiadas para traer un niño al mundo. La idea de contárselo a Enzo Callagan la había desechado de su cabeza desde el primer momento, pese a que Maggie le insistía en que era

lo que tenía que hacer. Ese «problema» era de los dos, no solo de ella, pero Ada no lo veía así.

Un par de semanas después Ada ya había tomado una decisión.

—¿Lo has meditado bien? —le preguntó Maggie.

Ada afirmó inclinando la cabeza.

—Sí —dijo.

Maggie suspiró, resignada. Ya había dicho y hecho todo lo que estaba en su mano para tratar de convencer a Ada de que no abortara, pero al final era ella la que tenía la última palabra y había decidido interrumpir el embarazo. Por supuesto Maggie, estuviera de acuerdo o no, la apoyaba. Era su amiga, su confidente, conocía a Ada desde hacía tantos años que ya ni se acordaba, y por encima de eso no había nada. Estaría ahí, junto a ella, al pie del cañón, para lo bueno y para lo malo, como le había dicho. Porque comprendía que no estaba pasando por una situación sencilla y la decisión que había tomado había sido muy difícil. Lo mínimo que podía hacer era brindarle un apoyo incondicional. Bastante mal lo estaba pasando ya la pobre Ada.

—Yo estoy contigo —afirmó.

—Lo sé, y te doy las gracias —contestó Ada al borde de las lágrimas.

No dejaba de mordisquearse el labio de abajo. Si continuaba así iba a terminar haciéndose una herida. Pero la situación por la que estaba pasando era muy dura y le tenía los nervios de punta. Apenas dormía, apenas comía; había perdido varios kilos desde que se había enterado de que estaba embarazada, y ya le habían llamado la atención un par de veces en el trabajo porque no tenía cabeza para nada que no fuera la criatura que estaba creciendo en su vientre. Sin haber nacido había puesto su vida patas arriba.

—No tienes que darme las gracias por nada, cariño. Estoy contigo a muerte —reafirmó Maggie.

Ada se enjugó la solitaria lágrima que se deslizaba por su mejilla.

—Podrás tener hijos más adelante —intentó consolarla su amiga.

Ada había concertado cita en una clínica privada. En un principio Maggie iba a acompañarla, pero una reunión de última hora de trabajo que le fue imposible eludir, a menos que quisiera un despido, se lo impidió.

—No importa, no pasa nada… —dijo Ada, tratando de que no se le notara el desánimo que tenía encima.

—Lo siento mucho, cariño, pero no he podido escaparme de la reunión.

—Tranquila, lo entiendo.

—Te iré a ver después —dijo Maggie.

—Vale —se conformó Ada, forzando una sonrisilla que a duras penas llego a su rostro.

Y allí estaba. Sola. Frente a las acristaladas puertas de la entrada de la clínica. Permanecía de pie, inmóvil como una estatua de granito, con los brazos estirados a ambos lados de los costados y el corazón latiéndole a mil por hora. Tan fuerte que amenazaba con vomitarlo. Un carrusel de emociones viajaba por su cabeza sin descanso. Estaba tan abrumada por todo lo que sentía que iba a volverse loca. Terminarían metiéndola en un manicomio si continuaba en ese estado.

Fue a dar un paso para empezar a subir las escaleras de piedra, pero las piernas no le respondían, como si no fueran suyas. Parecía tener los pies clavados al suelo o que los zapatos fueran de plomo. Pesaban tanto que no podía moverlos.

Continuaba con la mirada fija en las puertas, como si fueran las del mismísimo infierno y detrás la esperara el diablo. Le sudaban las manos y se sentía algo mareada.

Se descubrió temblando. Estaba aterrada. El miedo se filtraba por sus venas y casi no podía respirar. El mundo a su alrededor se ralentizó. Tenía la sensación de que todo se movía a cámara lenta. Los sonidos de su cuerpo aumentaron unos cuantos decibelios: el latido del corazón, la respiración, las tripas; incluso podía oír como tragaba saliva. Algunas personas pasaban a su lado. Gente que salía o entraba en la clínica, pero que iban a lo suyo, ajenas a todo lo que en esos momentos estaba pasando por su cabeza.

CAPÍTULO 5

Diecisiete meses después

Ada se asomó a la cuna para ver a su hijo.

Teo ya tenía ocho meses. Nada más y nada menos. ¿Cómo era posible que su pequeño ya tuviera ocho meses de vida? ¿Cómo era posible que el tiempo pasara tan rápido? Cambiaba por semanas y poco a poco iba dejando atrás su etapa de bebé.

Dios, le daba tanta pena.

El pequeño se había quitado la colcha de encima a patadas y es que, cuando algo le molestaba, no había nada que le impidiera salirse con la suya. Se había llevado el pie desnudo a la boca y se estaba chupando el dedo gordo, algo que había cogido por costumbre.

Ada alargó el brazo con intención de sacárselo de la boca, pero Teo mostró su carácter dando un gritito y refunfuñando.

—Está bien, está bien… —dijo Ada con una sonrisa, apartando la mano—. ¡Qué carácter! —bromeó.

Teo hizo un gorgorito alegre.

Ada se inclinó y le dio un beso en la frente.

Mientras lo contemplaba juguetear con sus pies, le vino a la cabeza la tarde de aquel viernes, de pie frente a las puertas de la clínica en la que había pedido cita para interrumpir el embarazo.

Le dio un escalofrío.

Recordó el miedo que sentía y que atenazaba con estrangularla. Recordó lo desbocado que le

latía el corazón y esa confusión en su cabeza que parecía que la iba a volver loca.

Y entre toda aquella maraña de emociones que la asediaban se preguntó, de pronto, qué coño hacía allí. Instintivamente se llevó la mano a la tripa. Una nueva vida estaba creciendo dentro de ella. Su hijo. Sí, era su hijo. Sangre de su sangre.

—Oh, Dios mío… —masculló.

Y entendió que aquello era MAGIA. En estado puro.

Un milagro.

El milagro de la vida.

Los ojos se le velaron por las lágrimas, pero no era de tristeza, en esa ocasión no, sino de emoción. De toda la emoción que sentía y le desbordaba el pecho.

Caminó por Nueva York hasta llegar a casa. Necesitaba respirar, no solo el aire, sino también la vida. Sentirla plenamente.

Cuando entró en el piso, más calmada, más consciente, buscó el móvil en el bolso y llamó a Maggie.

—Voy a ser mamá —le dijo entre lágrimas.

Maggie dio un grito tan sonoro a través del teléfono que se tuvo que oír al otro lado del Atlántico.

—¿Al final no…?

—No —la cortó Ada.

Tenía un miedo terrible a todo lo que estaba por llegar ahora que había decidido seguir adelante con el embarazo. Pero también tenía algo muy claro, y era que no iba a abortar. Le daba igual todo, porque iba a tener un hijo.

—Ay, mi pequeño tesoro… —susurró, acariciándole el pelito negro de la cabecita y mirándole embobada.

En ese momento Ada ya no podía imaginarse la vida sin él, sin Teo, sin su pequeño.

No había sido fácil. No iba a edulcorar las cosas diciendo que todo había sido un camino de rosas, porque estaría mintiendo. El embarazo había estado lleno de momentos de duda, de

incertidumbre. No había tenido problemas durante la gestación, pero en la tienda no se tomaron demasiado bien que se quedara embarazada (eran unos cerdos insensibles), y Ada no dejaba de pensar que estaba sola en eso, aunque Maggie había sido —y era— una ayuda inestimable. Como tía/padre/segunda mamá, no tenía precio. Echaba una mano a Ada en todo lo que podía y más. Tener una Maggie en tu vida es tener un tesoro.

Desde que Ada tomó la decisión de seguir adelante, maduró. A pasos agigantados, como ocurre cuando se dan esas situaciones. Había que asumir las circunstancias y también las consecuencias de estas; ser responsable y demostrar que también se es valiente. Y ella era ambas cosas, aunque nunca había dejado de tener miedo.

El nacimiento de Teo había sido una bendición y una locura a partes iguales, pero volvía a tener miedo. Las cosas iban mal en la tienda. Hasta el punto de que los dueños habían hablado de cerrarla, y Ada mucho se temía que ese iba a ser el final de su empleo.

El sonido del timbre interrumpió sus pensamientos. Se irguió y fue a abrir.

—Hola, hola… —la saludó Maggie.

—Hola.

—¿Dónde está el niño más bonito del mundo?

—Comiéndose el dedo del pie —respondió Ada.

Maggie se echó a reír y pasó a la habitación, donde estaba Teo. Al llegar se asomó a la cuna.

—Cada día está más guapo —comentó.

Teo se puso a manotear y a patalear cuando la vio. Reconocía a Maggie tanto como a su propia madre.

—¿Quieres que te coja? —le preguntó con una sonrisa de oreja a oreja.

El niño siguió pataleando a modo de afirmación.

Maggie se inclinó hacia la cuna y cogió a Teo en brazos, depositando un beso en su cabecita.

—Lo malcrías —dijo Ada.

—Claro que lo malcrío, para educarlo ya estás tú —contestó Maggie en tono despreocupado.

Ada negó para sí poniendo los ojos en blanco en un gesto divertido. Maggie hizo una

pedorreta a Teo, que soltó una sonora carcajada.

Se fueron al salón.

—¿Quieres un café? —preguntó Ada a Maggie.

—Sí —respondió mientras se sentaba con el niño en el sofá.

—Voy a prepararlo.

Ada se dirigió a la cocina, separada del salón por una barra americana blanca, abrió un armario y sacó dos tazas de él.

—¿Sabes algo de la tienda? —le preguntó Maggie.

—No, y cada día estoy más preocupada.

—¿Crees que al final van a cerrarla?

—Más pronto que tarde. Las ventas van fatal, lo único que están teniendo los últimos meses son perdidas. —Ada vertió en las tazas un poco de café—. No tengo ni puta idea de lo que voy a hacer si me quedo sin trabajo. Con el sueldo de la tienda ya llego justita a final de mes… Tener un hijo no es barato. —La voz de Ada sonaba preocupada—. He estado echando currículos en otros sitios, pero no todo el mundo está dispuesto a dar trabajo a una mujer con un niño de ocho meses.

—Qué mal nos trata a veces la sociedad cuando somos madres —comentó Maggie.

—No lo sabes bien. Puede ser muy cruel.

—Luego se quejan de que está bajando la natalidad.

Ada se acercó con una bandeja de flores blancas y negras y la dejó encima de la mesa auxiliar. Cuando se sentó en uno de los sillones, Maggie la miró.

—Ada… ¿no has pensado en pedir ayuda a Enzo Callagan? —dijo.

Ada levantó la cabeza hacia Maggie con la cucharilla del azucarero en la mano.

—No —negó con tanta brusquedad que se arriesgó a una lesión en el cuello—, de ninguna manera. Si no lo hice cuando me quedé embarazada, no lo voy a hacer ahora.

Enzo Callagan era el padre de Teo, pero ese tío le caía como una patada en el hígado. Mal era poco. Le había dado lo más bonito que tenía en el mundo, pero él no le gustaba. No le gustaba

nada. Salir como un fugitivo de la habitación del hotel hablaba muy mal de él. Era un mamarracho.

—Pero es su padre… —le recordó Maggie.

Y mal que la pesara lo era. Ada echó en la taza del café de Maggie un par de cucharadas de azúcar, tal y como le gustaba, y se puso una en la suya.

—Da igual. Ese hombre nunca sabrá que Teo es su hijo. Nunca —dijo rotunda.

—Él podría ayudarte, es… fabulosamente rico —insistió Maggie, buscando una palabra rimbombante—. No va a tener ningún problema en contribuir a la manutención de Teo —arguyó en tono distendido mientras el pequeño se distraía haciendo pedorretas y dando palmas con las manitas.

—Aunque sea rico, Maggie. Enzo Callagan me da miedo —confesó Ada en un arranque de sinceridad.

—Miedo… ¿por qué? —Su amiga no entendía nada.

Alargó el brazo y cogió su taza.

—No creo que le haga mucha gracia enterarse de pronto de que tiene un hijo por ahí…

Ada dio un sorbo de café después de mover el azúcar.

—Ya poco puede hacer. No te va a obligar a abortar —dijo Maggie, tirando de sarcasmo.

—Pero me puede quitar a Teo y quedarse con la custodia —atajó Ada.

Maggie frunció el ceño con un gesto grave.

—¿Crees que sería capaz?

Ada bufó y solo pensarlo le produjo un escalofrío de miedo que le recorrió la columna vertebral de arriba abajo como un latigazo.

—Tengo la sensación de que ese hombre es capaz de cualquier cosa —respondió—. Ya leímos en su día la reputación que tiene…

—Pero eso solo pueden ser habladurías. Ya conoces a la gente, le encanta hablar e inventarse cosas.

Ada sacudió la cabeza. Ella sabía que lo que decían era cierto, y puede que se quedaran

cortos.

—Enzo Callagan no tendría problemas para ayudarme con la manutención de Teo, pero tampoco tendría problemas para contratar el mejor bufete de abogados y quitarme su custodia. No parece un hombre acostumbrado a que las cosas no salgan como él quiere.

Teo refunfuñó y Ada le metió el chupete en la boca.

—No lo había pensado de ese modo… —apuntó Maggie—. Pero tú eres su madre…

—¿Y qué? —lanzó al aire Ada—. ¿Crees que eso importaría? Con los tipos como Enzo Callagan hay que tener cuidado. Es gente poderosa, influyente y con mucha pasta para sobornar a quien se deje.

—¿Y entonces qué vas a hacer si te despiden?

Ada resopló, pasándose la mano por la frente. Estaba agobiada y así lo reflejaba su rostro, que se veía ligeramente contraído por la tensión.

—No lo sé… De verdad que no lo sé —contestó—. Apenas tengo ahorros, pero tiraré de ellos y seguiré buscando trabajo.

—Mi casa no es muy grande, pero sabes que hay un hueco para ti y para Teo —dijo Maggie con humildad.

Ada se mordisqueó los labios.

—Te lo agradezco muchísimo, pero trataré de apañármelas sola, no quiero convertirme en una carga.

—Teo y tú nunca seréis una carga. No vuelvas a decir eso.

Ada sonrió.

Teo empezó a refunfuñar y a revolverse entre los brazos de Maggie.

—Tiene hambre —anunció Ada—. Voy a prepararle el biberón.

CAPÍTULO 6

Un par de días después de aquella conversación, los peores presagios de Ada se hicieron realidad. Los dueños de la tienda le comunicaron sin mucha ceremonia y con un tacto que bien podían tener en el culo, que se cerraba y que, por tanto, estaba despedida. Así, sin más. Ada se lo esperaba, pero no dejó de ser un varapalo… y un problemón de tres pares de narices. El futuro de repente se volvía incierto y adquiría una tonalidad grisácea que no auguraba nada bueno.

Ella solo pensaba en Teo. Un bebé de ocho meses suponía mucho gasto; comida, pañales, ropita y un largo etcétera más, y lo poco que tenía ahorrado cubriría a lo sumo un mes entre alquiler y facturas. Además, no se podía permitir el lujo de quedarse sin seguro médico. Los niños se ponían constantemente malos y ya había tenido que llevar varias veces a Teo a urgencias.

Salió de la tienda arrastrando el alma, tanto que hasta podía sentir su peso en los pies. ¿Qué iba a hacer? Ya no tenía que preocuparse solo de ella, ahora también tenía que preocuparse de su pequeño y como le había dicho a Maggie, no había mucha gente dispuesta a contratar a una mujer con un bebé de ocho meses.

Caminó por la calle sin poder contener las lágrimas.

Estaba jodida. Jodida de verdad.

El mes siguiente Ada tiró de los insípidos ahorros que tenía (porque eran insípidos hasta decir basta) para hacer frente a los gastos, pero apenas le llegaron para nada, así que tuvo que

pedirle prestado dinero a Maggie, por lo menos para que no le cortasen la luz.

Un par de años atrás se había comprado un portátil. Le encantaba escribir y su sueño siempre había sido publicar una novela romántica. Analizar los sentimientos de los protagonistas y hacerles pasar por una decena de infortunios y vicisitudes, hasta que el amor triunfara y finalmente acabaran felices y comiendo perdices.

Con el ordenador podía disfrutar de su pasión en el tiempo que tenía libre, y tenía varios manuscritos empezados, pero con el nacimiento de Teo, lo de escribir había pasado a tercer o cuarto plano. De hecho, ya ni se acordaba la última vez que había escrito algo, aunque el gusanillo estaba constantemente ahí y su cabeza no paraba de elucubrar centenares de historias a las que dar vida.

Quizá algún día…

Ahora lo mejor que podía hacer con el portátil era venderlo. Tenía poco uso y aunque no era el mejor del mercado, se sacaría algún dinerillo. Pero cuando el dependiente de la tienda de segunda mano a la que lo llevó, un chico de poco más de veinte años con el rostro lleno de marcas de acné, le dijo el importe que le daba por él, Ada se vino abajo. Era bastante menos de lo que había pensado.

—¿No puedes darme algo más? —le preguntó, poniendo ojillos de cordero degollado.

—Lo siento, no. —El chico sonaba tajante.

—Pero está nuevo, yo apenas lo he usado… —argumentó Ada, intentando convencerlo para que subiera un poco más el precio.

—Lo sé, se nota, sin embargo es un modelo anticuado. La tecnología avanza a pasos agigantados cada día y este portátil se ha quedado obsoleto.

Ada suspiró y dejó caer los hombros, dándose por vencida. ¿Es que no iba a tener suerte para nada? ¿La había mirado un tuerto o qué cojones pasaba?

—Está bien —accedió resignada.

Era eso o nada. Al menos era dinero en efectivo y se lo daría en el acto.

El chico abrió la caja registradora, contó unos cuantos billetes y se los tendió a Ada.

—Gracias —dijo ella sin mucho ánimo, cogiéndolo de su mano.

Cuando llegó a casa de Maggie para recoger a Teo la expresión de su cara era de abatimiento.

—¿No ha ido bien? —le preguntó su amiga al abrir la puerta.

Ada negó con la cabeza.

—Me han dado menos de lo que esperaba —contestó.

—Pasa.

Maggie se echó a un lado y Ada entró.

—¿Qué tal se ha portado Teo?

—Muy bien. Está jugando en la mantita.

Cuando Ada entró en el salón, el niño se puso a dar gritos de alegría al verla y se fue gateando hacia ella. Ada le cogió en brazos y le dio un achuchón contra su pecho.

—¿Cómo está mi pequeño príncipe? —le preguntó, haciendo de tripas corazón. No quería que Teo la viera triste o llorando, porque se daba cuenta de todo.

El niño le tocó la cara cariñosamente con las manitas y Ada apoyó la frente en la suya mordiéndose los labios para no romper a llorar.

Maggie estaba detrás de ellos.

—Ada, tienes que hablar con Enzo Callagan —afirmó con seriedad—. No puedes pensar solo en ti, ahora también tienes que pensar en Teo. Él se merece llevar una vida mejor, como cualquier niño, y su padre es el único que puede dársela.

Ada no dijo nada, se limitó a guardar silencio pegada a su pequeño, oliendo el agradable aroma infantil que desprendía, pero sabía que Maggie tenía razón. Más que un santo. Se le encogió el corazón hasta el tamaño de un guisante. Si solo tuviera que pensar en ella el problema sería menor, pero tenía un hijo. Él era lo primero, por encima de lo que pensase de Enzo Callagan. Teo no tenía la culpa de que su nacimiento no hubiera sido en las circunstancias más apropiadas.

Y fuera como fuera ese hombre era su padre y, aunque a Ada no le hacía ninguna gracia, tenía una responsabilidad para con él. Le gustara o no, lo quisiera o no.

Ella no tenía derecho a privar a Teo de una vida mejor, sin las penurias que había pasado con ella ese último mes.

—Tienes razón —susurró. Un par de lágrimas cayeron de sus enormes ojos castaños—. Dada mi situación tengo el deber de hablar con Enzo Callagan.

CAPÍTULO 7

Ada levantó la tapa del pequeño joyero de madera que descansaba sobre la superficie de la cómoda y estiró la mano para alcanzar la tarjeta de visita que se había encontrado en el suelo del hotel el día que Enzo Callagan y ella se liaron. ¡Qué casualidad que se la guardara en la chaqueta! Como si ya presintiera lo que iba a venir.

La había dejado allí guardada, entre las pocas joyas que tenía.

Los dedos le temblaban cuando la cogió.

No debería estar tan nerviosa, pero no sería un trance fácil decirle a un desconocido (y menos a un hombre como Enzo Callagan), que era padre y que tenía un hijo de nueve meses. Claro que no se lo soltaría a bocajarro, no quería que le diera un ictus o algo parecido de la impresión. Primero quedaría con él. No estaba dispuesta a decírselo por teléfono. No era la manera más apropiada de abordar un tema de aquel calibre. Sería al tenerlo cara a cara cuando se lo dijera. Solo pensar en el momento le ponía los pelos de punta.

Leyó mentalmente el número y pidió que siguiera siendo su teléfono y que lo tuviera operativo. De otra forma, quedar con él iba a ser más difícil que pedir audiencia con el papa.

Marcó sin que le dejaran de temblar los dedos y con el corazón latiéndole en la garganta.

Un tono… Dos… Tres… Cuatro…

A medida que sonaban, iba poniéndose más nerviosa. Cuando le saltó el buzón de voz, colgó. Chasqueó la lengua contra el paladar. Al menos la teleoperadora no había saltado diciendo que el número al que estaba llamando no existía.

Empezó a dar vueltas por la habitación para hacer tiempo. Cinco minutos después volvió a

intentarlo de nuevo.

Un tono… Dos… Tres…

—¿Sí? —contestó al fin.

Ada se paró en seco en mitad de la habitación.

—¿Enzo? ¿Enzo Callagan?

—Sí, soy yo. ¿Con quién hablo? —Su voz sonaba extraordinariamente sexy a través del teléfono.

No era el momento. Claro que no lo era, pero le vino a la cabeza la noche en la que se liaron y recordó cómo le hablaba al oído con esa cadencia sugestiva y terriblemente erótica.

—Soy… soy Ada… —se presentó.

—¿Ada? Perdona, tu nombre no me suena… —Enzo frunció el ceño—. ¿Estamos trabajando en algún proyecto juntos?

Ada apretó los dientes con fuerza, casi pudo escuchar como le crujían las mandíbulas de la presión que estaba ejerciendo. No esperaba que la conociera, tampoco que mostrara entusiasmo ni que saltara de alegría, por supuesto. Se habían enrollado hacía más de un año y medio…

En realidad, no sabía qué esperaba, pero le hirvió la sangre en las venas. ¿Con cuántas tías se había acostado aquel idiota? La lista tenía que ser más larga que la Ruta 66. Al ritmo que parecía llevar se iba a gastar todos los millones que ganaba en preservativos. Le dieron ganas de mandarle a freír espárragos y colgarle, y lo hubiera hecho de buen ánimo de no ser porque Teo empezó a llorar en su cuna.

—¿Sigues ahí? —oyó la voz de Enzo al otro lado de la línea de teléfono.

—Sí, sí, sigo aquí —contestó. Ada se acercó a la cuna y comenzó a moverla un poco para calmar al niño. Tomo aire—. No, no estamos trabajando en ningún proyecto juntos… —dijo, respondiendo a su primera pregunta.

«Pero tenemos uno en común llamado Teo», pensó en silencio.

—Sin embargo, necesito hablar contigo —concluyó.

—¿Para qué? —Enzo Callagan sonaba impaciente. Tenía asuntos importantes que tratar y

quería acabar con aquella llamada cuanto antes.

—No es un tema que se pueda hablar por teléfono —dijo Ada.

Enzo comenzó a ponerse borde.

—Mira, si eres comercial y quieres hablarme de…

—No voy a venderte nada —lo cortó Ada con toda la firmeza que fue capaz—. Pero necesito que hablemos.

Su voz era seria. Quizá fue ese tono lo que hizo que Enzo aceptara verla tras pensárselo unos segundos.

—¿Dónde estás? —le preguntó a Ada.

—En Nueva York.

—Iré unos días a Nueva York la semana que viene. ¿Sabes dónde están las oficinas de mi empresa allí?

—Sí.

—El martes a las siete en mi despacho.

A Ada le hubiera gustado quedar en una cafetería. Un sitio neutral para ambos y con un ambiente probablemente más amable que el que habría en su empresa, pero supo que no tenía muchas opciones donde elegir y que tenía que tomar lo que le ofreciera.

—Hasta el martes —se despidió.

—Adiós.

Al otro lado del teléfono Enzo Callagan colgó la llamada. Se notaba que tenía prisa. La misma prisa que le entraba por salir pitando después de tirarse a una tía.

Ada se retiró el móvil de la oreja y soltó de golpe el aire que había estado reteniendo en los pulmones. Enzo ni siquiera le había preguntado si le venía bien ese día y esa hora. Simplemente se había limitado a imponérselo. Si estaba de acuerdo, perfecto y si no, perfecto también. ¿Se podía ser más gilipollas? ¿En serio, se podía serlo más?

Teo seguía lloriqueando de vez en cuando en la cuna. Ada dejó el teléfono sobre la cama y lo cargó en brazos.

—Ya, cariño… —susurró, meciéndole de un lado a otro.

El pequeño recostó la cabeza en su hombro y colocó el rostro en el hueco del cuello. Sentir la sutil respiración del niño en la piel era sumergirse en una laguna de paz, como flotar bocarriba en mitad del mar.

Todo encajaba.

Todo se volvía armónico.

Todo se sosegaba.

El mundo dejaba de girar con su ritmo imparable y discordante.

—Ha llegado la hora de decirle a tu padre quién eres —le dijo a Teo.

CAPÍTULO 8

Hasta que llegó el martes, Ada era un manojo de nervios. Solo ella podía pasar por una situación tan… ¿estrambótica? Porque estrambótica era un rato largo. ¿Quién iba diciendo a desconocidos que eran padres y que tenían un hijo de nueve meses?

Por momentos se arrepentía de haber tomado la decisión de contarle a Enzo Callagan la verdad. Pero es que no tenía otra opción. No había más remedio. Se encontraba en un callejón sin salida. Aunque le repateara, él era el único que podía ayudarla, el único que podía dar a Teo una vida mejor.

No sabía qué ponerse, ni de qué manera peinarse. Barajó la idea de presentarse con el niño, pero no sabía cómo iba a reaccionar Enzo ante la noticia. A lo mejor no lo hacía de ninguna forma. Tendría que digerirlo, como ella tuvo que digerir (y tragar como si fueran piedras) que se había quedado embarazada en el encuentro fortuito que habían tenido aquel 15 de agosto.

Ada tenía esa fecha marcada a fuego en su cabeza. Un día que le había cambiado la vida para siempre, sin ella saberlo cuando salió de la habitación de aquel hotel de lujo. Un día que le había hecho madurar a pasos agigantados y tomar decisiones difíciles. Un día que le había dado lo más bonito del mundo.

Pestañeó varias veces seguidas y volvió en sí frente al espejo del cuarto de baño.

Bien pensado, ella no tenía ninguna razón que le hiciera querer impresionar a Enzo Callagan. Debía darle una buena imagen, era la madre de su hijo, pero hasta ahí. Bastaba con no parecer una asesina en serie.

Optó por unos vaqueros oscuros, zapatos de medio tacón y un jersey de lana fina en tonos

degradados verdes. Febrero despuntaba sus primeros días con un tiempo agradable y una brisa suave, por lo que completó el *look* con una americana negra. Se recogió la larga melena en una coleta alta y se pintó los labios con un toque de *gloss*. Lo que no iba a hacer era pintarse como una puerta, no iba a un cabaret.

—¡Lista!

El timbre sonó. Era Maggie, que iba a quedarse con Teo el tiempo que Ada estuviera con Enzo.

Ada metió rápidamente todos los cachivaches de maquillaje en el neceser y fue a abrir.

—Estás muy guapa —la piropeó Maggie cuando la vio.

Ada se echó un vistazo de arriba abajo y torció ligeramente el gesto.

—No creo que mi atuendo le impresione mucho a Enzo Callagan —dijo.

—Ya le impresionaste una noche. —Maggie alzó sus cejas perfectamente depiladas un par de veces de forma elocuente.

—Sí, y la consecuencia está durmiendo en su cunita —se apresuró a decir Ada.

Maggie se echó a reír.

—¿Sabes ya cómo se lo vas a decir? —preguntó a Ada.

—No. Tengo en mi cabeza mil maneras de abordar el tema, pero ninguna me parece bien.

—No creo que haya una forma apropiada de soltar la bomba que vas a soltar —dijo Maggie.

Ada lanzó a su amiga una mirada de aprensión.

—Estoy súper nerviosa —le confesó.

—Es normal, cariño. Pero Teo te va a dar la fuerza que necesitas para decírselo. Piensa en él.

—Él me va a dar fuerza, sí. Todo esto lo hago por él, Maggie. Bien sabes que mi intención era guardarme este secreto, pero las circunstancias mandan.

—Por pedir ayuda a Enzo Callagan no eres menos madre ni menos madre coraje. Lo eres más, si cabe. Es el padre de Teo. Tiene deberes con él…

—Y también derechos —afirmó Ada.

Y eso es lo que más miedo le daba a Ada, los derechos que Enzo quisiera ejercer sobre Teo.

Los padres tienen deberes para con los hijos, eso está claro, pero también derechos, y ella no podría negárselos.

Consultó su reloj de pulsera.

—Tengo que irme o llegaré tarde —anunció.

Maggie le dio un beso en la mejilla.

—Mucha suerte —dijo.

—Gracias, porque la voy a necesitar —apuntó Ada de buen humor.

Cogió el bolso, se lo echó al hombro y se fue.

Hizo un par de trasbordos en el metro hasta llegar a Park Avenue, donde se encontraba el edificio donde estaban las oficinas de la empresa de Enzo Callagan.

Era una de esas formidables construcciones de acero y hormigón que parecían tocar el cielo, incluso que lo tocaban cuando bajaba la niebla y la cúspide del edificio quedaba por encima.

Cruzó las puertas acristaladas, que se abrieron a su paso, y entró en el enrome vestíbulo. No era lujoso ni nada. Dios Santo.

Se dirigió directamente al mostrador de recepción, situado a la derecha. Allí, un chico más o menos de su edad, con talante de enterrador (el rostro excesivamente serio y el traje y la corbata le daban aire de sepulturero), le indicó que subiera a la última planta, en la que estaba el despacho del señor Callagan.

—¿En qué puedo ayudarla? —le preguntó la secretaria.

Ada se fijó en que ella tampoco tenía pinta de ser la alegría de la huerta. Si el recepcionista tenía aspecto de enterrador, la secretaria lo tenía de guarda de cementerios. Qué serio era todo, qué formal, qué organizado… Qué jodidamente aburrido. No era de extrañar que Enzo Callagan fuera un «rebelde» si todos los días tenía que aguantar eso.

—Tengo cita a las siete con Enzo Callagan —dijo Ada.

La secretaria abrió la agenda y mientras la consultaba, se recolocó las gafas de pasta en el

puente de la nariz.

—¿Es usted Ada?

—Sí.

—Bien, el señor Callagan la atenderá en unos minutos. Por favor, si es tan amable de esperar —dijo, señalándole los sillones de cuero marrón oscuro que había contra la pared del fondo.

—Sí, claro —contestó Ada con amabilidad.

Enfiló los pasos hacia los sillones y se sentó en uno de ellos. Se acercaba la hora y no podía evitar que los nervios crecieran en su estómago. El miedo y las dudas volvieron. Todo era intimidante: el edificio, el lugar, quienes trabajaban en él… No quería escuchar a su vocecilla interior que lo único que le decía es que saliera corriendo de allí. Pero no podía. De ninguna manera. No podía irse sin haber hablado con Enzo Callagan. No después de haber llegado hasta donde estaba. Pensó en Teo y conjurar la imagen de su pequeñín en su cabeza fue suficiente para imbuirse el valor que comenzaba a desvanecerse a medida que se aproximaba el momento de la verdad.

Unas puertas altas y marrones se abrieron. Salió un señor de unos sesenta años y detrás Enzo Callagan. Ada lo miró mientras despedía al hombre con un apretón de manos. ¡Pero qué guapo era! ¡Dios Santísimo! Se le había olvidado lo guapísimo que era, tanto que rozaba la insolencia.

Destellos de imágenes de la noche que habían pasado juntos bombardearon de forma traicionera su cabeza. ¿Cómo se atrevían a aparecer en aquel momento? Joder…

—¿Eres Ada? —le preguntó Enzo Callagan.

Y la voz… Madre de Dios, la voz.

—Sí —respondió.

—Pasa, por favor —dijo.

Ada se levantó del sillón. Enzo se apartó de la puerta y le cedió el paso.

No sabía si conocía a esa chica o no. Le resultaba vagamente familiar, pero no terminaba de encajar cuándo ni en qué lugar podía haberla visto. Era guapa, aunque no iba vestida para querer impresionarle y apenas llevaba maquillaje, excepto por el brillo de labios, algo que le resultó

raro. Las mujeres acostumbraban a arreglarse cuando iban a verle. A veces iban tan producidas que costaba reconocerlas cuando se deshacían de todo lo que llevaban encima.

—Siéntate —dijo, señalando las sillas que había delante de su mesa.

—Gracias.

Enzo se desabrochó el botón de la chaqueta y se sentó detrás del escritorio.

Ada cruzó las piernas por los tobillos y cogió aire para tranquilizarse. No se atrevía a mirar nada que no fueran las palmas de sus manos. Joder, Enzo Callagan tenía un atractivo devastador, más incluso que aquella noche que compartieron.

—¿En qué puedo ayudarte, Ada? —le preguntó.

Ada sonrió con amargura para sí. Ni siquiera viéndola recordaba que había estado con ella. Que apenas un año y medio atrás la había empotrado contra una puerta y la había follado hasta casi hacerla perder el conocimiento.

Cuando por fin alzó el rostro y se atrevió a mirarlo, se dio cuenta de que aquel hombre era la versión adulta de su hijo. Teo era una copia exacta de su padre. Era un *mini* Enzo Callagan. Los ojos negros, el pelo fuerte y moreno, la barbilla… De repente sintió que los pelitos de la nuca se le ponían de punta. Teo ahora tenía las facciones suaves y delicadas de un bebé, pero con el tiempo Ada no dudaba que iría adquiriendo el imponente atractivo que poseía su padre. Aunque no esperaba que tuviera el mismo carácter.

—¿No me recuerdas?

Fue lo primero que se le vino a la cabeza, lo primero que se le ocurrió decir. La mente se le había quedado en blanco y no recordaba nada de lo que había pensado ni de lo que había estado ensayando decenas de veces frente al espejo.

—¿Debería? —dijo Enzo con cierta frialdad en el gesto de la boca.

—Nosotros… nos conocimos hace un año y medio… Estuvimos juntos.

Enzo se movió en el sillón sin dejar de mirarla.

—¿Has venido a pedirme dinero para no ir a las revistas del corazón a decir que una noche echamos un polvo? —le preguntó.

Ada frunció el ceño.

—¡¿Qué?! ¡No! ¿Pero de qué hablas? —contestó indignada.

—No serías la primera que viene a chantajearme —dijo Enzo sin importarle si la había ofendido o no.

—No, Enzo, no he venido a chantajearte.

—¿Entonces a qué has venido?

Ada respiró hondo y buscó una manera de decirlo para reducir el impacto, aunque sería tremendo de todas formas.

—Aquella noche tuvo consecuencias…

Enzo echó el torso hacia adelante. Una vaharada de perfume llegó hasta Ada.

—¿Qué consecuencias? —preguntó muy serio.

—Yo… me quedé embarazada. —Cuando por fin Ada pudo hablar la voz le salió baja y algo ronca.

La ceja negrísima de Enzo se levantó lentamente.

—¿Qué?

Ada carraspeó para aclararse la garganta.

—Tienes… —Ada carraspeó de nuevo. El corazón le zumbaba con latidos furiosos—. Tienes un hijo de nueve meses. —Y cuando lo pronunció en voz alta fue consciente de lo raras que sonaban sus palabras.

—¿Qué has dicho?

Enzo pensó que había oído mal. ¿Esa chica embarazada? ¿De él? ¿Y había tenido un hijo suyo?

Ada se asustó. Parecía que a Enzo Callagan le iba a dar un derrame cerebral. Tragó saliva.

—He dicho que tienes… Bueno, mejor dicho, tenemos un hijo de nueve meses. Se llama…

Enzo se levantó de golpe de la silla y Ada se calló de inmediato, sobresaltada. Si le hubiera dicho que había un unicornio rosa en el otro lado del despacho se habría sorprendido menos. No es que se esperara otra reacción distinta. El impacto había sido tan tremendo como el que ella

recibió cuando las dos rayitas de la prueba de embarazo le comunicaron que estaba esperando un bebé.

—Es una broma, ¿verdad? —dijo Enzo con incredulidad.

—No —negó Ada.

—Tiene que ser una broma.

—¿Crees que tengo cara de estar bromeando? —le preguntó Ada en tono serio.

Enzo se pasó la mano por el pelo de color azabache. No quería creer a esa chica, pero algo en su voz, un matiz de angustia quizá, le decía que podía estar diciendo la verdad.

—Es imposible, yo siempre utilizo condón —arguyó.

Ada recordó las palabras que le había dicho en su día Maggie.

—Ningún método anticonceptivo es efectivo cien por cien, excepto la abstinencia.

—No puede ser mi hijo —fue la respuesta de Enzo—. Tendrás que buscarte a otro tonto al que cargarle el muerto.

Ada se agarró con fuerza a la silla para no levantarse y tirársela a la cabeza.

—¡Deja de comportarte como un gilipollas! —ladró—. ¿Qué coño te has creído? ¿Qué no sé de quién es mi hijo? ¿Acaso crees que voy acostándome con un hombre diferente cada día?

Ada no estaba dispuesta a que aquel imbécil la dejara como una puta, por muy Enzo Callagan que fuera. Ella no era como él, que se tiraba a todo lo que se movía. Le daba igual rubias que morenas que pelirrojas, con que respiraran era suficiente.

—Yo no lo sé —masculló Enzo.

—Pues ya te digo yo que no —aseveró Ada—. Además, puedes hacerle las pruebas de paternidad que quieras, y todas te van a decir que es tu hijo.

—Yo no he elegido ser padre —dijo Enzo.

—Ni yo ser madre, para mí tampoco era el momento…

—Pero lo tuviste, pudiste elegir… —La voz de Enzo sonaba más dura.

—¿Abortar? ¿Eso es lo que ibas a decir? —lo cortó Ada.

Enzo mantuvo silencio y quien calla otorga.

—¿Así es como lo arreglas todo? ¿Cuando algo te estorba o no aparece en el momento conveniente, te deshaces de ello?

El sonido de aquel manojo de palabras quedó colgado en el aire e hicieron que un denso silencio cayera en el despacho. Los ojos negros de Enzo Callagan brillaron como ascuas.

—¿Qué es lo que quieres? —le preguntó a Ada en tono seco.

Responder a eso era casi más difícil que decirle que tenía un hijo.

—Me he quedado sin trabajo y los gastos del bebé…

—Entonces lo que quieres es dinero —la interrumpió Enzo, afirmando con cinismo.

Ada apretó los labios y contó hasta diez para eliminar de su cabeza las abrumadoras ganas que tenía de romperle los dientes de un puñetazo. Como pudo contuvo el instinto que la empujaba a levantarse de la silla y macharse de allí, pero pensó de nuevo en Teo. Tenía que hacerlo por su pequeño.

—No hables como si utilizara a mi hijo como una transacción. No soy una mercenaria —se defendió.

—¿Y no es lo que estás haciendo? —dijo Enzo con una frialdad que le heló el corazón a Ada.

—Es tu hijo —se defendió ella.

—Eso es lo que dices tú.

Aquellas palabras fueron la gota que colmó el vaso. Ya no iba a aguantar más tonterías de un patán como Enzo Callagan. Furiosa, se levantó de la silla casi de un salto.

—¡No sé para qué mierda he venido! —exclamó, colocándose el asa del bolso en el hombro —. No eres más que un imbécil.

Con un gesto brusco se dio media vuelta y cruzó el despacho en dirección a la puerta. No iba a quedarse allí ni un minuto más.

—Quiero ver al niño —oyó decir a Enzo cuando agarró el pomo, dispuesta a irse. Notó que el estómago se le contraía.

Hubo un momento de silencio.

—Puedes ir a verle cuando quieras —contestó Ada sin girarse.

Después volvió un poco el rostro y le dio la dirección de su casa. Unos segundos después abrió la puerta y desapareció.

CAPÍTULO 9

Todo el subidón de adrenalina que la había mantenido en alerta durante el encuentro con Enzo Callagan le bajó de golpe en el metro. Estaba agotada, como si la hubiera arrollado un tren de mercancías. Las piernas apenas le sostenían durante el trayecto que tenía que andar desde la parada del metro a casa.

Sacó la llave del bolso, la metió en la cerradura y abrió la puerta. Nada más de entrar, el aire le llevó un gritito de alborozo de Teo, y escucharle, como si de una poción mágica se tratara, la reconfortó. ¿Cómo una criaturita tan pequeña podía tener tanto poder?

Maggie salió a su encuentro con el niño en brazos y expresión de circunstancia en el rostro.

—¿Qué tal ha ido? —le preguntó.

Ada se dirigió al salón, después de depositar un beso en la cabecita de Teo, y se dejó caer como un pesado saco sobre el sofá. Resopló, apartándose de la cara un mechón de pelo que se le había escapado de la coleta.

—Parece que vienes de la Segunda Guerra Mundial —comentó Maggie.

—Casi.

—¿Ha ido mal?

—Va a venir a ver a Teo —contestó Ada.

Maggie hizo una mueca con la boca.

—No está mal —dijo.

—No sé, Maggie… —Ada sonaba abatida—. Hemos discutido. Al principio no se lo creía…

—Pero es normal. No tiene que ser fácil digerir que una desconocida, porque no dejas de ser

una desconocida para él, te diga que tienes un hijo de nueve meses.

Ada se frotó la cara.

—Claro que no tiene que ser fácil. Me ha dicho que no podía ser suyo, que él siempre utiliza condón, y yo le he soltado que si pensaba que me acostaba con un tío diferente cada día.

—Todas esas dudas son razonables…

—Lo sé, pero si fuera mentira, sino fuera su hijo, saldría a la luz con una simple prueba de paternidad, y yo quedaría en evidencia. No estamos en la Edad Media. ¿Quién sería tan estúpida de mentir en una cosa así?

—Alguna lo habrá sido —apuntó Maggie con mordacidad—. Estoy segura de que más de una ha intentado colarle un churumbel.

—¿Tú crees?

—Estoy convencidísima. Ese tío es rico. Tres cuartas partes de la gente que se le acerca es por su dinero.

Teo alargó los bracitos para que Ada lo cogiera.

—Ven aquí, cariño —dijo ella, tomándole en brazos. Le sentó en sus rodillas y le acarició el pelo—. Ha habido un momento en el que me ha hecho sentir fatal.

—¿Por qué?

—Porque parecía que estaba utilizando a Teo como una transacción para sacarle dinero —dijo Ada con amargura.

—Cariño, no estará haciendo una obra de caridad. Él es el padre.

—Ya lo sé, pero… Yo no quería llegar a esta situación. Tú lo sabes muy bien, Maggie. Lo último que hubiera querido es haber dicho a Enzo Callagan que tiene un hijo. Ese tío es un imbécil. No sé cómo pude liarme con él…

—Pues porque será todo lo imbécil que tú quieras, pero está buenísimo. Es uno de esos hombres que hacen que los ovarios se pongan a dar palmas.

Ada rio y Teo se animó a hacer un gorgorito cuando la escuchó.

—Teo es igual que él —dijo.

—¿Sí?

—Los ojos, el pelo, la barbilla… Es como un mini Enzo Callagan —afirmó—. ¿Para eso lo he llevado yo nueve meses en la barriga? ¿Para que sea clavadito a su padre? —bromeó.

—Bueno, los niños cambian mucho… —Maggie alargó el brazo y acarició la cabecita de Teo —. ¿Así que tu pequeñín de mayor va a ser un bellezón? —añadió.

—Solo espero que no tenga la bragueta tan suelta como su padre —añadió Ada en tono despreocupado. Miró al niño—. ¿Me has oído, Teo? La bragueta quietecita.

El niño la observó con sus enormes ojos negros abiertos de par en par y los labios poniendo morritos.

—¿No me digas que no es para comérselo? —dijo Maggie, muerta de amor por el niño.

Ada levantó al pequeño y lo estrechó contra su cuerpo.

—Claro que es para comérselo —dijo.

Lo alzó y comenzó a hacerle pedorretas en la tripita. Teo no dejó de carcajear en todo el rato.

Desde que aquella mujer había salido de su despacho, Enzo no dejaba de pensar en que tenía un hijo. Un hijo. Aunque le pareciera increíble, aunque todavía no diera crédito, estaba convencido de que era suyo, por eso había accedido a ir a verlo. Sería muy descabellado que una desconocida se arriesgara a mentir en algo semejante. Ella misma lo había dicho, con una simple prueba de paternidad se descubriría la mentira.

Enzo apretó las mandíbulas y contempló el perfil de Nueva York recortado contra el aterciopelado cielo negro de la noche.

La destrozaría si al final ese niño no era suyo. Nadie trataba de engañar a Enzo Callagan de Luca y salía indemne para contarlo. Nadie.

No sería la primera vez que una mujer trataba de encasquetarle un niño para sacarle los cuartos y asegurarse una pensión de por vida. Incluso la prensa sensacionalista en más de una ocasión había dado voz a alguna mujer que afirmaba tener un hijo suyo. Todo había resultado ser

mentira, claro, y eso le había costado muy caro a las que se atrevían a engañarlo.

Sin embargo había algo en esa chica que le decía que no mentía, aunque él se resistiese a creerle, aunque estuviera enfadado como una mona con ella por haberle ocultado algo tan importante. Pero su forma de expresarse, de estar, el sonrojo en las mejillas con el que se presentó en el despacho, la vergüenza… Estaba diciendo la verdad. Y le pesaba, porque nunca se había planteado ser padre. Era algo que veía a años luz, pero no en el presente. No, en el presente no. Si por él hubiese sido, probablemente ese niño no hubiera nacido. Conocía a un par de excelentes médicos que hubieran interrumpido el embarazo sin demasiadas complicaciones. A lo mejor esa sí que era la forma que tenía de arreglar las cosas. Pero esa chica se lo había callado y ahora había un niño de nueve meses de por medio.

Alzó el brazo y se llevó el vaso de *Silent Pool* a los labios. Dio un sorbo y se deleitó con el exquisito sabor que le daban los frutos de enebro bosnio y la angélica de bulgaria… Estaba bebiendo una de las ginebras más caras del mundo. Un capricho de varios miles de dólares, presentada en una preciosa botella pintada por la artista Laura Barret.

Normalmente dejaba ese tipo de bebida para las reuniones con amigos, pero en aquel caso la ocasión lo requería.

Evidentemente si ese niño era un Callagan se haría cargo de él y lucharía por su custodia. Probablemente la madre se opusiera, pero eso le daba igual. Haría lo que fuera necesario; pagaría a los mejores abogados del país especializados en el tema para que el niño se quedara con él.

Esbozó una sonrisilla que se reflejó en el cristal de la terraza. No le costaría demasiado. Aquella chica no tenía recursos para hacer frente al arsenal que él estaba dispuesto a desplegar para quedarse con la custodia de su hijo. Ella poco o nada tendría que hacer.

Teo se quedó dormido en los brazos de Ada y, aunque llevaba un buen rato así, no quería meterlo todavía en la cuna, se resistía a dejar de sentir el calor de su cuerpecito pegado al suyo. Tenía una sensación extraña en la boca del estómago que le producía un desasosiego raro, como

si presintiera algo. Algo desagradable.

La ayuda de Enzo Callagan era indispensable para que Teo tuviera una vida mejor, dadas las duras circunstancias en las que ella se encontraba, pero su aparición en escena podía volverse en su contra. Enzo podía querer la custodia de Teo para criarlo como un Callagan sin tenerla en cuenta a ella para nada. Ada se angustió cuando fue consciente de que Enzo no vivía en Nueva York, viajaba a veces a la Gran Manzana por motivos de trabajo, pero residía en Italia.

Intentó apartar ese pensamiento de su cabeza. Joder, eran adultos, llegarían a un acuerdo como personas maduras y civilizadas. Pero ¿se podía esperar madurez de Enzo Callagan? Ada no estaba nada segura de que la respuesta fuera afirmativa. Era un playboy, y eso la llenaba de recelo.

—Dios mío… —masculló con una presión en el pecho que apenas le dejaba respirar.

Apretó más a Teo contra ella en un gesto inconsciente de protección. Por nada del mundo dejaría que se lo quitara. Era hijo de él tanto como suyo. Pero ¿qué coño haría si Enzo decidía llevárselo a Italia? No tenía ninguna duda de que lo haría si ese era su deseo. La angustia creció en su interior. Lucharía por él con uñas y dientes. Eso lo tenía clarísimo.

Quizá no tuviera tantos recursos económicos como Enzo Callagan, pero era la madre y tenía mucho que decir.

CAPÍTULO 10

Enzo Callagan se presentó en casa de Ada dos días después. Lo hizo sin avisar, cuando ella estaba terminando de pasar la aspiradora por el salón (por suerte era silenciosa y no despertaba a Teo), y tenía pintas de todo menos de ir a una fiesta elegante. Se había puesto un pañuelo de color fucsia en la cabeza y se lo había atado en la nuca para que el largo pelo no le molestara. Llevaba puestos unos leggins azul marino y una camiseta en la que cabían tres personas sin ningún problema y que además tenía el hombro desbocado.

Al abrir la puerta, se encontró a un Enzo Callagan que estaba de toma pan y moja, con un traje de chaqueta negro que le quedaba como un guante. No llevaba corbata y se había desabrochado un par de botones de la blanquísima camisa que se ajustaba al torso hasta hacerte gemir. Maggie tenía toda la razón del mundo cuando afirmaba que era la clase de hombre que hacía que los ovarios se pusieran a dar palmas (de alegría), y saltos también, pensó Ada. *¡Mamma mía!*

Y pensar que ese tío había estado metido entre sus piernas… Lo mejor era dejarlo en puntos suspensivos.

—Hola —lo saludó, tratando de centrarse.

—Hola —respondió él en tono neutro—. Espero no… llegar en mal momento —dijo.

Ada se rascó el cuello.

—Oh, no, tranquilo. Estaba pasando la aspiradora y ordenando un poco la casa —respondió con naturalidad.

Antes de que se diera cuenta se había echado a un lado y había abierto la puerta de par en par

para que Enzo entrara.

—Pasa —dijo.

Enzo lanzó un rápido vistazo a su alrededor. Desde donde se encontraba podía ver el salón y la cocina, separados por una barra americana. Las paredes eran de color vainilla, la alfombra y las cortinas grises y los muebles estaban desparejados. El entorno era acogedor, pero no había mucho espacio para un niño.

En medio del salón se giró y miró a Ada, que en ese instante se subía la manga de la camiseta para taparse el hombro. Enzo no pudo evitar que sus ojos se fijaran en el movimiento de la mano.

—¿Dónde está el niño? —preguntó directamente, sin rodeos que demoraran lo que había ido a hacer allí.

—En la habitación. Ahí. —Ada señaló con el índice una puerta abierta que salía del salón—. Está dormido —añadió.

—No voy a despertarlo —dijo Enzo.

Ada entró en la habitación y Enzo la siguió.

La persiana estaba bajada más de la mitad. Una luz tenue y suave impedía que la estancia estuviera completamente a oscuras, por lo que Enzo pudo ver donde estaba la cuna. Lentamente se acercó y se asomó a ella, evitando darse con el móvil de ositos que colgaba del cabecero y que tanto gustaba a Teo.

Se quedó tan quieto mientras lo observaba como una estatua de hielo.

Ada se mantenía con el corazón encogido, expectante a la reacción de Enzo. Ella sabía que el niño era suyo, por supuesto, pero no dejaba de ser un momento importante y eminentemente transcendental para él. Era la primera vez que aquel hombre veía a su hijo. Tragó saliva.

Tenía los labios contraídos en una mueca. Ada se preguntó qué estaría pasando por su cabeza. Enzo Callagan no parecía ser una persona muy habladora ni que mostrara sus emociones. Era un tipo hermético, contenido y bastante silencioso. Frío, incluso. Intentar averiguar lo que pasaba por su cabeza era como intentar descifrar un jeroglífico.

Durante un rato miró al niño, que dormía plácidamente boca arriba. Tenía los puñitos

cerrados a ambos lados de la cabeza, la boquita de piñón relajada y la respiración era tranquila. Como era su costumbre, se había quitado la colcha de encima a patadas y descansaba a sus pies.

—Qué pequeño es —fue el comentario de Enzo.

—Pues tenías que haberlo visto cuando nació. Se perdía en la cuna, y eso que pesó más de tres kilos y medio —comentó Ada con el pecho lleno de orgullo maternal.

En eso también se parecía al padre, que era muy alto y tenía un cuerpo atlético. Parecía que ella no había tenido nada que ver en la concepción de su propio hijo.

Enzo Callagan no esperaba ver lo que vio. Se quedó sin aliento al comprobar el extraordinario parecido que aquel bebé tenía con él. El pelo oscuro, la barbilla, incluso la forma rebelde de las cejas… Era una copia en miniatura de él.

—¿Cómo se llama? —le preguntó.

—Teo.

«Teo», pronunció el nombre mentalmente. Le gustaba cómo sonaba.

—¿Quién lo cuida cuando trabajas? —siguió con su interrogatorio.

—Ahora no trabajo, ya te dije el día que estuve en tu despacho que me han despedido. Por eso fui a verte —respondió Ada.

—¿Quién lo cuidaba cuando ibas a trabajar?

—Maggie, mi mejor amiga, y si ella no podía una canguro.

Enzo enderezó la espalda y sin decir nada dio media vuelta y salió de la habitación. Ada fue detrás de él.

—¡Tenías que haberme dicho que te quedaste embarazada! —dijo ya en el salón, mirándola con expresión de enfado.

Ya sabía Ada que no iba a transcurrir todo con tranquilidad, con Enzo Callagan no, desde luego. Intentó conservar la calma.

—Ahora eso no importa —dijo.

—Sí importa. Yo tenía derecho a saberlo —le rebatió Enzo.

Ada cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro, como si estuviera adoptando una postura

idónea para empezar a pelear. Quizá figuradamente era eso lo que iba a hacer. Había llegado la hora de enfrentarse a los reproches de Enzo Callagan.

—Si lo hubieras sabido, probablemente Teo no estaría ahora durmiendo tranquilamente en su cuna —le espetó. No se iba a dejar amedrentar. No, de ninguna manera.

Enzo contrajo la mandíbula con fuerza. No podía decir que no fuera verdad. Si le hubiera informado de que estaba embarazada hubiera hecho todo lo que estaba en su mano para que abortara.

—Mi hijo no puede vivir en un sitio como este —dijo en tono crítico, impregnando las palabras con un ligero tono de desprecio—. Apenas hay espacio para él. —Miró a su alrededor con incredulidad—. Joder, apenas hay espacio para ti.

Ada sintió que el corazón le daba un vuelco cuando oyó a Enzo referirse a Teo como «mi hijo». Pero no le dio mucho tiempo de pensar en ello al percibir el indisimulado desaire que había en su tono de voz. ¿Es que no tenía ningún tipo de tacto para decir las cosas? Poseía la sensibilidad de un hipopótamo.

—No todos tenemos mansiones ni cagamos dinero —respondió, al tiempo que alzaba un poco la barbilla—. Puede que este no sea el lugar más espacioso del mundo ni el más bonito, pero Teo es un niño feliz, yo me encargo cada día de que lo sea.

Enzo puso las manos en jarra por dentro de la chaqueta del traje que se había desabrochado y resopló.

—No voy a ponerme a discutir ahora eso —atajó—. Me has quitado los primeros nueve meses de la vida de mi hijo. Me has robado su comienzo, pero se ha acabado.

Un escalofrío descendió por la espina dorsal de Ada. La voz gélida y rotunda de Enzo no presagiaba nada bueno. Una sensación incómoda creció en su interior, haciendo que le costara respirar.

El momento que tanto había temido, llegó.

—Quiero la custodia del niño —aseveró Enzo sin titubear lo más mínimo.

Aquellas palabras gravitaron por el salón como fantasmas de sábanas blancas.

—¿Que quieres qué? —Ada miró a Enzo con estupor mientras el corazón amenazaba con saltarle por la boca.

—Lo que has oído.

—¿Te lo vas a llevar a Italia? —preguntó Ada en un hilo de voz.

—Por supuesto —contestó Enzo—. Yo tengo tanto que decir sobre su futuro como tú. —Su entonación era tan sombría como la expresión de su cara.

Ada tragó saliva, pero apenas podía. Tenía la boca seca. Tuvo la sensación de que el mundo entero se le caía encima y la aplastaba.

—No puedes pedir la custodia de Teo —rebatió con calma. Más que nunca necesitaba tener la cabeza fría para manejar la situación—. Entiendo que quieras verlo, pero no puedes quitármelo. Soy su madre. Solo tiene nueve meses. Todavía me necesita muchísimo —arguyó, intentando disimular el miedo que la atenazaba.

Enzo cogió aire profundamente. La expresión de su rostro era como el hielo.

—Si no hacemos esto por las buenas, lo haremos por las malas. No será difícil que un juez me otorgue la custodia.

—¡¿Qué?! —dijo Ada, con una indignación que le desbordaba la voz.

Su pesadilla se estaba haciendo realidad. Su calma y su compostura salieron disparadas por la ventana. Dio un paso hacia adelante y se quedó a un par de palmos de Enzo Callagan.

—¿Quién cojones te has creído que eres? —explotó.

—El padre de tu hijo —respondió Enzo mirándola fijamente con sus ojos de color azabache y con un aplomo que hizo temblar los cimientos del edificio.

Y en ese instante Ada fue cruelmente consciente de que Enzo tenía razón. Era el padre de su hijo y tenía tantos derechos como ella sobre él. Cogió aire y respiró hondo. No podía ir por las malas, no con Enzo Callagan, o tendría todas las de perder. Él pertenecía a una de las sagas familiares más poderosas del país, mientras que ella —y mucho menos en esos momentos—, apenas contaba con medios económicos para salir adelante. No se podía olvidar nunca contra quien iba a luchar.

Se mordió la lengua y eligió cuidadosamente las siguientes palabras que iban a salir de su boca. Cualquier cosa que dijera podía ser utilizada en su contra. Se sentía como si estuviera en medio de arenas movedizas, si daba un paso donde no debía, terminaría hundida hasta el cuello.

—Somos personas adultas y lo bastante maduras como para llegar a un acuerdo que sea beneficioso para Teo —dijo, haciendo un esfuerzo por mantenerse serena. Enzo Callagan le estaba sacando de quicio.

—No voy a compartir la custodia del niño —repuso él, terco.

Ada hizo un ruido con la lengua al chasquearla.

—Joder, Enzo… —Estaba al borde del llanto. Se pasó una mano por el cuello—. No puedes separar a una madre de un hijo. Las cosas no van así —se lamentó, tragándose las lágrimas. No quería que Enzo la viera llorar. No se podía permitir ser débil. No en ese momento. Se repitió que debía de mantener la cabeza fría—. Tienes que ser razonable. No puedes quitarme a Teo.

—Bien, hay otra alternativa… —comenzó Enzo con semblante imperturbable.

Ada lo miró con los ojos entornados y las cejas ligeramente fruncidas.

—¿Cuál? —preguntó esperanzada.

—Que vengas conmigo a Italia.

Ada lo miró como si hubiera perdido el juicio.

CAPÍTULO 11

Ada se echó medio a reír, fruto de los nervios. ¿Había escuchado bien? No, seguro que no. Enzo Callagan no podía estar diciendo, sin cortarse un pelo el muy cabrón, que se fuera con él a más de seis mil quinientos kilómetros. No eran más que unos desconocidos y, además, se caían mal (muy mal) mutuamente. Solo había que verlos. No se tragaban. No, no debía de estar diciendo eso, porque era una barbaridad.

—¿Me estás tomando el pelo? No tiene gracia —dijo.

—No —negó él con esa expresión imperturbable en el rostro que a Ada le daban ganas de quitarle de un sopapo.

Pestañeó varias veces con incredulidad.

—¿Lo estás… Lo estás diciendo en serio?

—Si quieres seguir al lado del niño, sí.

El bufido de Ada se oyó en todo el salón.

—Es una idea nefasta, no puedes estar hablando en serio —repitió. Enzo se limitó a encogerse de hombros, sin más, y Ada supo que estaba hablando en serio—. Estás loco si piensas que voy a irme contigo a Italia. Tengo mejores cosas que hacer, te lo aseguro —ironizó, cruzándose de brazos como para afianzar su postura.

—Bueno, entonces no vengas. Evidentemente no voy a obligarte. Pero me llevaré a Teo conmigo —repuso Enzo con voz pausada.

—No voy a permitir que te lleves a mi hijo —atajó Ada.

—*Nuestro* hijo —le corrigió Enzo, enfatizando con intención la palabra «nuestro»—. Se te

olvida que también es mío, y que tengo tantos derechos sobre él como tú. Incluso más —dijo con una suficiencia que a Ada le sentó como si le pisara las tripas—. Me ocultaste que era mi hijo, y no creo que eso le haga mucha gracia al juez. Te advierto que mis abogados ya están trabajando en el caso.

¡¿Qué mierda estaba diciendo?! Ada sintió un repentino pánico.

—Eres un hijo de puta —dijo.

Enzo no se inmutó ante el exabrupto. No se le movió un solo pelo.

—Eso es algo que es verdad y también es algo que sabe todo el mundo. No me ofende.

—No pretendía ofenderte, solo calificarte de una manera adecuada y concisa —dijo Ada en tono mordaz.

Enzo apretó los labios y sonrió para sí mismo. Era innegable que aquella chica tenía carácter y que no iba a dejarse acobardar así por así, aunque en el fondo de sus ojos latía un miedo atroz (en realidad era pánico), a perder al niño. No es que Enzo no lo entendiera, pero su hijo tenía que estar con él, y haría lo que fuera necesario para llevarlo a cabo. Pocas veces no terminaba saliéndose con la suya. No recordaba ninguna ocasión en que las cosas no se hubieran hecho como él había dicho.

—No voy a cambiar de idea. Si quieres estar con tu hijo, tendrás que venirte conmigo a Italia. —Hizo una pequeña pausa—. Yo soy quien manda ahora aquí, Ada —dijo con una fría seguridad—, y vas a tener que estar de acuerdo con todas y cada una de mis órdenes. —La miró fijamente—. Tienes dos días para tomar una decisión —concluyó.

Ada palideció. Ya no cabía duda de que Enzo Callagan estaba hablando en serio. Sacudió la cabeza de un lado a otro como si lo necesitase para poner en orden sus ideas, que viraban a mil revoluciones por su cerebro.

—Me estás dando un ultimátum —dijo entre aturdida e indignada.

Nunca, en toda su puñetera vida, había deseado tantísimo darle un puñetazo a alguien. Y de buena gana le hubiera cruzado la cara a ese gilipollas de Enzo Callagan, pero se conformó con apretar los dientes y gritar para sus adentros hasta desgañitarse. Iba a echar humo si seguía así.

«No te muestres débil, Ada, o saltará sobre ti como un león», se dijo.

—Lo que me estás proponiendo es una barbaridad. No estás siendo sensato. No puedo dejar mi vida de aquí…

—¿Y qué dejas aquí? Has dicho que no tienes trabajo —le preguntó Enzo. Una duda lo asaltó —. ¿Acaso tienes pareja? ¿Por eso no quieres dejar Nueva York? ¿Tienes novio o…?

—No tengo nada, simplemente no tengo que irme contigo porque tú lo digas —prorrumpió Ada, sin dejarle terminar y, sin saber cómo, consiguió impregnar su voz con un poco de osadía —. ¿Por qué no lo entiendes? ¿Por qué mierda no te muestras un poco civilizado?

—Esto es todo lo civilizado que me voy a mostrar. No esperes más de mí —atajó Enzo con mirada pétrea.

Y Ada lo sabía. Sabía que no cambiaría de opinión, que nada ni nadie lo haría pensar otra cosa que no fuera llevarse a Teo a Italia y que ella se fuera también.

—Tienes dos días para decidirte —repitió—. Si no, mis abogados se pondrán en contacto contigo —dijo en tono gélido tras unos segundos de silencio.

Ada no dijo nada. No podía hablar. Sus cuerdas vocales no respondían ni siquiera para decirle a Enzo Callagan que era un cerdo. Él tampoco se esperó a que contestara. Se giró sobre sus talones, más tieso que un palo, y salió del salón. Ada solo reaccionó cuando escuchó el sonido de la puerta al cerrarse.

Se dejó caer en el sofá, resoplando ruidosamente. Estaba agobiada. Muy, muy agobiada. Iba a volverse loca. Apoyó los codos en las rodillas y se tapó la cara con las manos.

—Tengo encima un lío de cojones —susurró.

No podía pensar. En esos momentos no tenía capacidad para hilar un solo pensamiento medianamente congruente. Necesitaba hablar con alguien. Cogió el móvil y marcó el número de Maggie.

—Hola, preciosa —la saludó Maggie al descolgar.

—Hola —dijo Ada con voz apática.

—¿Ha pasado algo?

—Enzo Callagan ha estado aquí.

—¿Ha visto a Teo?

—Sí. —Ada hizo todo lo posible para no llorar, pero le fue imposible. La voz le empezó a temblar.

—Ada, ¿qué pasa? —le preguntó Maggie, preocupada.

—Se lo quiere llevar a Italia, Maggie. Se quiere llevar a Teo a Italia —rompió a llorar.

—¿Qué? ¿De qué hablas?

Ada sorbió por la nariz.

—Me ha dicho que quiere la custodia de Teo y que se lo va a llevar a Italia. Es un hijo de puta, un auténtico hijo de puta. Lo odio. Lo odio con todas mis fuerzas…

—¿Quieres que me acerque a tu casa? Acabo de salir del trabajo —sugirió Maggie.

—Sí, por favor —dijo Ada, limpiándose las lágrimas de las mejillas.

—Estoy allí en un rato.

—Vale.

Ada colgó la llamada, se levantó del sofá y se dirigió a la habitación. Entró en silencio, con pasos sigilosos, para no despertar a Teo y se asomó a la cuna. Seguía dormidito. Dios, irradiaba tanta paz… Tanta, pensó mientras lo contemplaba con la mirada embelesada. Y fuera de su mundo había tanto caos. Ada tenía la sensación de que todo se desbarataba delante de sus ojos y de que no podía hacer nada para remediarlo. Solo ver cómo las cosas caían, como se derrumbaban.

Las lágrimas comenzaron a brotar de nuevo de sus ojos. Se apresuró a enjugárselas con el dorso de la mano. Si Teo se despertaba, no quería que la viera llorando.

Sonó el timbre.

Ada sorbió por la nariz, se dio media vuelta y fue a abrir.

—Hey, cariño… —dijo Maggie, abrazándola, nada más de entrar.

—Estoy fatal, Maggie —lloró Ada en su hombro.

—Tranquila. Encontraremos una solución.

—Enzo me ha propuesto una alternativa…

Deshicieron el abrazo y pasaron al salón.

—¿Qué alternativa te ha propuesto Enzo Callagan?

—Que me vaya con él a Italia —respondió Ada.

—¡¿Quéééé?! ¿Ese tío está loco?

—Es un cabrón, Maggie. No me deja otra opción para estar con Teo que yéndome a Italia con él.

—Pero ¿de dónde se ha sacado esa idea?

Ada se encogió de hombros.

—No lo sé. Quiere a Teo y supongo que ha entendido que no puede separarle de mí.

—Pero tú puedes luchar por la custodia de tu hijo. Joder, eres su madre.

—Maggie, estamos hablando de Enzo Callagan de Luca. No tengo nada que hacer contra él, aunque sea la madre. Es como luchar contra Goliat. Ya ha hablado con sus abogados del tema.

—Joder.

Ada se frotó la cara con las manos.

—Tengo dos días para tomar una decisión.

—Tienes que irte con él —dijo Maggie.

Ada le lanzó una mirada entre los dedos.

—Pero ¿cómo me voy a ir a Italia?

—Tienes que hacerlo. No puedes permitir que te quite a Teo —apuntó Maggie.

—¡Claro que no! Eso es lo último que haría. Bajaría al mismísimo infierno si fuera necesario con tal de estar con mi pequeñín. ¿Qué madre no lo haría?

—Entonces tienes que irte con Enzo Callagan.

Ada se revolvió en el sofá.

—Joder, ¿cómo cojones he llegado a esta situación? —se preguntó, pasándose las manos por el pelo. Chasqueó la lengua, fastidiada—. No sabes cómo me arrepiento de haberle dicho que Teo era su hijo.

Ella sola se había metido en ese agujero y ahora tenía que salir de él.

—Tenías que hacerlo, Ada. Ya sabes la situación económica en la que te encuentras.

Maggie estaba en lo cierto. ¿De qué servía lamentarse? No había tenido más remedio que contarle a Enzo Callagan que tenía un hijo. Era el único modo de asegurar un futuro a Teo y de que tuviera la vida que se merecía.

—No tienes otra alternativa —continuó hablando Maggie—. Por lo que has dicho, ese tío va a ir a por todas.

Ada asintió con la cabeza. Sí, Enzo Callagan iba a ir a por todas. De eso no tenía ninguna duda. No estaba amenazándola en vano. Un hombre como él no lo hacía. Sus palabras eran hechos. Si decía que sus abogados ya estaban estudiando el caso, es porque estaban estudiando el caso.

—Supongo que no tengo más remedio que irme a Italia con él —susurró.

CAPÍTULO 12

Tomada la decisión y sin demorarse en tiempos tontos, Ada llamó por teléfono a Enzo para decirle que aceptaba irse a Italia con él y él le comentó con la seriedad que le caracterizaba que tuviera listas las maletas en dos días. Un chófer pasaría a recogerla para llevarla al hangar del aeropuerto JFK, donde estaba su avión privado. Allí la esperaría y pondrían rumbo a la isla de Isquia.

Ada había buscado en Google información acerca de la isla de Isquia (ischia en italiano) y había quedado alucinada con su extraordinaria belleza. Era una suerte de pedacito de paraíso situado en el golfo de Nápoles con una población de algo más de sesenta mil habitantes. Al parecer, la mitad de la isla pertenecía a Enzo Callagan de Luca (entre otras tantas), donde tenía una mansión con playa privada incluida. ¡Cómo se las gastaba el tío! Tanto poder y tanto dinero a Ada le resultaban intimidantes.

Maggie la ayudó a empaquetar las cosas que no iba a llevarse y que dejó en un guardamuebles, hasta ver qué hacía. Cargó con lo imprescindible para Teo y para ella. Enzo le dijo que no se preocupara por las cosas del niño, que había mandado comprar todo lo necesario.

—No hay mejor cosa que tener dinero —se burló Ada ante el ingente despliegue de medios.

Un Mercedes de alta gama de esos que miden no sé cuantos metros de largo paró frente al bloque de pisos y un par de hombres con traje y corbata negros se bajaron de él. Prácticamente en un suspiro metieron el equipaje de Ada en el maletero. Eran pura eficiencia. ¡Qué bien enseñados los tenía Enzo Callagan! La ayudaron amablemente a colocar la silla de viaje de Teo en el asiento trasero del coche y después ella le sentó en la misma. Ya listos, se pusieron en

marcha y se dirigieron al aeropuerto JFK.

De camino, Ada no quiso pensar en nada que no fuera que su pequeño iba a estar mucho mejor a partir de ese momento, disfrutando de una vida que se merecía. Ella no importaba. Se las apañaría en Italia. Era un país precioso y, además, excepto a Maggie, de la que le había costado horrores despedirse, no dejaba nada en Nueva York.

—Mándame todos los días fotos de Teo para ver cómo va creciendo —le dijo Maggie con los ojos vidriosos.

—Por supuesto —dijo Ada—. Te llamaré todos los días para ver qué tal nos va allí.

—Seguro que muy bien —la animó Maggie—. La isla de Isquia es preciosa.

Ada se agarró a las palabras de su amiga como a un clavo ardiendo. Quería y necesitaba confiar en que le iría bien. De otro modo su vida podía convertirse en una puta mierda. Enzo Callagan y ella no tenían nada en común, no se llevaban bien (ni se iban a llevar) y no se caían bien. Eran dos extraños con un hijo en común, nada más (y nada menos). Y, sin embargo, iban a vivir juntos. De aquello no podía salir nada bueno. Nada. Había muchas posibilidades de que terminaran a leches.

—Aprovecha para escribir. Seguro que el lugar te inspira muchas historias —le aconsejó Maggie, y esa idea le gustó. Hacía muchísimo tiempo que no escribía y quizá había llegado el momento de retomarlo.

—Te voy a echar mucho de menos —lloró Ada.

—Y yo a ti —dijo Maggie.

Las dos se abrazaron entre sollozos y se prometieron que estarían todos los días en contacto. Unos cuantos miles de kilómetros no podrían con su amistad, forjada a base de años, risas y también llantos, porque igual que habían compartido alegrías habían compartido penas casi en la misma proporción.

—Iré a verte.

—¿Me lo prometes?

Maggie se llevó la palma de la mano al corazón.

—Lo prometo.

Y si lloró al despedirse de Ada, lloró más, si cabe, al despedirse de Teo. Adoraba a ese niño. Le había visto nacer y crecer y había estado al lado de Ada durante todo el embarazo. Le quería como si fuera su hijo.

—No te olvides de mí, pequeñín —le dijo entre lágrimas.

El bebé, ajeno a lo que ocurría, le cogió la cara humedecida con las manitas.

—De eso me voy a ocupar yo —intervino Ada.

Maggie dio un besito a Teo en la cabecita y se lo dio a Ada, que lo cogió en brazos.

—Os quiero —se despidió, secándose las lágrimas.

—Y nosotros a ti —dijo Ada.

No serviría de nada alargar la despedida y, además, llegaría tarde al trabajo si no se daba prisa.

—Hablamos.

—Hablamos.

Maggie bajó la cabeza y salió del piso de Ada llorando.

Teo hizo una pedorreta, Ada giró el rostro para mirarlo y sonrió débilmente.

—Ay, Teo… —suspiró.

Joder.

Ada abrió mucho los ojos cuando el Mercedes se detuvo en el hangar en el que la esperaba el jet privado de Enzo Callagan. Algunos hombres, entre ellos los pilotos, vestidos formalmente con el uniforme, iban de un lado a otro ultimando los preparativos del viaje. Aquel tipo de cosas solo las había visto en las películas, pero jamás pensó que un día lo viviría en primera persona. Fue inevitable sentirse ciertamente cohibida.

Se apeó del coche, lo rodeó y sacó a Teo de la sillita. Mientras tanto, los hombres que habían ido a buscarla se afanaban en meter todo su equipaje en el avión.

—Esta bolsa la llevo conmigo —se apresuró a decir Ada, echando mano al asa de una bolsa de mano de color fucsia que se colgó al hombro—. Son las cosas del niño.

—Como quiera —dijo con mucha amabilidad uno de los hombres.

Enzo salió a su encuentro cuando los vio y Ada se quedó sin aliento (muy a su pesar). Llevaba puestos unos vaqueros negros y un jersey del mismo color de manga larga y cuello en pico.

Los pantalones se ajustaban a su musculación hasta hacerte perder el conocimiento, marcando sus estrechas caderas. El color negro resaltaba su pelo azabache y el incipiente bronceado de su piel. Ada le miró con la boca medio abierta, como si fuera imbécil. El instinto hizo que se pasara la mano por el pelo, como si con ello quisiera mejorar su aspecto, que no era, ni de lejos, tan impecable como el de Enzo Callagan.

—Me alegra que finalmente hayas decidido venir —dijo Enzo con cierta mordacidad en la voz.

Ada se obligó a cerrar la boca y a reaccionar.

—¿Me has dejado otra opción? —preguntó con Teo en brazos.

—Vamos, no es tan malo. Cualquiera diría que vas a un matadero —se burló Enzo.

Ada lo miró de reojo. ¿Por qué no se metía su sentido del humor por el culo?

—Para mí es casi parecido —se quejó.

Enzo miró a Teo, que andaba muy entretenido mordisqueándole la oreja a su peluche favorito. Un osito de color verde que le regaló Maggie cuando cumplió su primer mes de vida.

—Teo —lo llamó.

El niño levantó la mirada hacia Enzo y parpadeó varias veces con sorpresa. Durante unos segundos se quedó mirándolo con los mismos ojos negros de él. Enzo frunció levemente el ceño.

—Sus ojos…

—Sí, son iguales que los tuyos —se adelantó a decir Ada.

Enzo lo miró con cierto brillo de orgullo paternal.

Teo empezó a hacer un puchero sin dejar de mirarlo, hasta que finalmente rompió a llorar.

—¿Qué le pasa? —preguntó Enzo.

—No está acostumbrado a ver a extraños —contestó Ada, abrazando al niño, que metió la carita en el hueco de su cuello—. Además, es su hora de dormir.

—Entonces vamos subiendo al avión. Despegaremos en un rato.

—Vale.

—Yo llevo la bolsa.

Enzo le quitó la bolsa de mano a Ada del hombro y la cogió él.

—Son las cosas que necesita el niño —le aclaró ella.

—Me lo he imaginado.

Enzo se adelantó unos pasos y Ada lo siguió. De espaldas a ella, la vista se deslizó irremediablemente hasta su culo. Joder, con el culo de Enzo Callagan de Luca. Era redondito, alto, apretado…

—Madre mía, cómo está tu padre —susurró al niño, al que ya se le había pasado el llanto.

Pero ¿qué narices estaba diciendo?, pensó de pronto Ada. Parecía que no había visto un hombre en su vida. Sacudió la cabeza y aceleró el paso.

CAPÍTULO 13

Por dentro, el jet era todo lujo y sofisticación. Había más espacio en aquel avión que en todo su piso junto. Los asientos o, mejor dicho, las pedazo butacas reclinables, eran de cuero de color beige, como las mesas de madera o los detalles de la decoración. La moqueta era de distintas tonalidades marrones y decenas de halógenos se distribuían por el techo y por algunos laterales. Ada lo miraba todo con expresión perpleja.

—Siéntate donde quieras —dijo Enzo.

Ada asintió y se acomodó en uno de los asientos dobles pegados a las ventanillas. Enzo dejó la bolsa de mano a su lado.

A Ada todavía le parecía increíble que estuvieran poniendo rumbo a Italia. En unas horas, Nueva York quedaría atrás y dejaría de formar parte de su vida.

—¿Cuántas horas se tarda en llegar a Isquia? —preguntó a Enzo, sentando a Teo en su regazo.

—Unas diez, más o menos —respondió él—. ¿Supone algún problema para el niño?

—No, ninguno. He traído todo lo necesario en la bolsa, y por norma general suele ser muy tranquilo, aunque está echando los dientes y a veces se enfada.

—Si necesitas algo hay dos azafatas que te ayudarán en lo que sea.

—Vale.

Se quedaron unos segundos mirándose el uno al otro, sin decir nada. Solo mirándose, como si el mundo se hubiese congelado en ese instante. Ada se fijó en el espeso abanico de pestañas que rodeaban los ojos negros de Enzo, y él en que la mirada de Ada era grande y desprendía mucha

calidez. Varios gritos de Teo, acompañados de palmas, los devolvió a la realidad.

Ada carraspeó y apartó la mirada.

—Está contento —comentó Enzo, mirando al niño.

—Sí, Teo es muy alegre. Ya le irás conociendo —comentó Ada, colocando al pequeño en el portabebés del asiento de al lado.

—En eso se parece a ti.

—¡A Dios gracias! —dijo Ada con toda la espontaneidad del mundo, mientras ataba a Teo con el cinturón de seguridad del portabebés.

Enzo sonrió de medio lado.

—No soy tan malo, ya lo verás. Deja de verme como tu enemigo.

—¿Y cómo debo verte? Pretendías quitarme la custodia de Teo —dijo Ada, mostrando su fastidio.

Se enderezó en su butaca.

—Soy su padre, yo también tengo derecho a estar con él —aseveró Enzo.

—Pero había otras maneras… —rebatió Ada—. No tenías por qué obligarme a ir contigo a Italia.

—No vas obligada, no te he puesto una pistola en el pecho —dijo Enzo con ojos divertidos.

Ada bufó. ¡Qué cabrón era!

—Decir que si quiero ver crecer a mi hijo tengo que irme contigo es peor que una pistola en el pecho. Parece que tu intención es tenerme controlada.

El avión comenzó a andar para salir del hangar. El sol claro de febrero entró por las ventanillas, iluminando el interior.

—No está mal que estés cerca, por si acaso —dijo Enzo con desconfianza.

Ada lo miró indignada.

—¡¿Qué?! ¡¿Acaso crees que iba a ir a la prensa a contar que tengo un hijo tuyo?!

—No te lo tomes como algo personal. No te conozco —contestó Enzo en tono sosegado.

—Tú no te quedas lo suficiente como para conocer a nadie. —Ada volvió el rostro al frente.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Te faltó tiempo para largarte de la habitación del hotel —le echó en cara a Enzo—. Saliste en plena madrugada como si fueras un fugitivo.

—No voy a discutir eso contigo.

—No, claro que no —ironizó Ada, haciendo aspavientos con las manos—. Joder, yo ni siquiera sabía quién eras… Lo supe después porque me lo dijo Maggie, mi amiga. Si hubiera sabido que eras tú, puedes estar seguro de que aquella noche no me hubiera liado contigo —añadió, alzando un poco la barbilla en un gesto de orgullo.

Enzo accionó una palanca y su asiento se desplazó lateralmente, invadiendo parte del pasillo y acercándole a la butaca de Ada. Sus rostros quedaron a poco más de un palmo de distancia, nada más. Tan cerca que sus respiraciones se entremezclaron.

Ada contuvo el aliento en la garganta. ¿Por qué se había acercado tanto? Un halo de perfume la envolvió hasta el punto de no permitirle pensar.

—¿Estás segura? —le preguntó Enzo, mientras sus labios delineaban una sonrisa traviesa.

Ada se quedó unos segundos sin habla ante la repentina cercanía de Enzo, la voz deliberadamente suave con que le había hecho la pregunta y el aroma que desprendía. Maldito fuera su perfume embriagador y maldito fuera Enzo Callagan.

Tragó saliva.

«Mierda, reacciona —se recriminó a sí misma—. No hace falta que le demuestres tan pronto que eres idiota.»

—Segurísima —respondió, simulando un aplomo que estaba lejísimos de sentir.

Los ojos negros de Enzo descendieron despacio hasta su boca. Sus labios eran carnosos, rosados y daban la sensación de ser muy suaves.

—¿Por qué será que no te creo? —comentó.

Los ojos le brillaban con un destello burlón. Aquello lo estaba divirtiendo. Ada bufó.

—Ese es tu problema. No eres tan irresistible como te crees —se defendió, fingiendo indiferencia.

—¿Ah, no?

Enzo se mordió ligeramente el labio.

—¿Qué harías si te besara?

Ada notó que las mejillas le ardían. ¡Mierda y mil veces mierda! Pero ¿qué le pasaba con ese tío?

—Darte una bofetada —fue lo único que se le ocurrió decir.

—Señor Callagan, vamos a despegar. Por favor, abróchense los cinturones. —Una voz femenina, la de una de las azafatas, sonó detrás de ellos, interrumpiéndolos.

—Gracias, Anne —dijo Enzo sin apartar la mirada de Ada.

La azafata se retiró discretamente y algo sonrojada al darse cuenta de que había llegado en un momento inoportuno, y les dejó de nuevo a solas.

Enzo volvió el asiento a su lugar normal, separándose de Ada, a quién se le quedó cara de pánfila.

—Tranquila, fierecilla —dijo con aire de suficiencia—. No tienes nada que temer, entre nosotros no va a pasar nada.

Ada estuvo a punto de saltarle a la yugular. ¿Qué se había creído? Cada minuto que pasaba le odiaba un poquito más, si era posible. Agrrr…

—Esto es exclusivamente por Teo —continuó Enzo ya en un tono más serio—. Tú viniste a pedirme ayuda y yo te la he dado, como me corresponde como padre suyo que soy. A Teo no le va a faltar nada estando a mi cargo.

CAPÍTULO 14

Ada tenía ganas de saltarle los dientes, pero tuvo que reconocerse a sí misma que en eso Enzo tenía razón. Las preocupaciones sobre las necesidades y el futuro de Teo habían desaparecido, y eso suponía un alivio para ella, porque desde que empezó a olerse que iban a despedirla de la tienda, se pasaba las noches en vela dándole vueltas al asunto de qué hacer. Pero se mostraba pesimista con respecto a aquel plan. Negó para sí.

El avión se puso en marcha y tras coger velocidad en una de las pistas del aeropuerto JFK habilitadas para los jets privados, levantó el vuelo hacia el cielo azul.

—No estoy segura de que esto vaya a salir bien. Somos dos extraños con un hijo en común. Nada más —le confesó a Enzo, mirando distraídamente por la ventanilla el espesor de las algodonadas nubes.

—No le des tantas vueltas, Ada. Teo necesita a su madre y a su padre, y ahora ya están con él. Va a ir bien porque entre nosotros no hay sentimientos. Por culpa de ellos es por lo que siempre se terminan estropeando las relaciones. Seremos dos personas adultas criando a su hijo y haciendo lo mejor para él.

Ada miró al niño y le acarició la cabecita. Estaba a punto de quedarse dormido.

Suspiró.

Las palabras de Enzo sonaban esperanzadoras, pero ella lo veía más como una condena a entenderse porque tenían un hijo en común, pero es que ahí se acababa lo que tenían en común. Quizá fuera el primer paso hacia una relación civilizada. Puede que, sí ambos ponían de su parte, lograran llegar a un acuerdo. Ella lo haría por su hijo.

Lo miró. Ya dormía como un angelito. Esbozó una sonrisa sin despegar los labios.

Enzo sacó el portátil de un maletín y se puso a trabajar en él, después de hacer un par de llamadas. Ada cogió su Kindle del bolso, lo encendió y retomó la lectura del último libro con el que estaba y que hacía semanas que no tocaba: *La vida que soñamos* de Kerry Londsale, una autora estadounidense, cuyo título había pillado por la suscripción mensual a Kindle Unlimited y que estaba súper interesante, pero que no había podido leer por falta de tiempo.

Teo estuvo dormido unas cuantas horas, pero cuando se despertó tenía hambre y se puso a llorar.

—Ya, cariño… —lo consoló Ada, cogiéndolo del portabebés.

El sonido de su voz lo tranquilizó.

Mientras que con una mano Ada sujetaba al pequeño, con la otra trataba de sacar todo lo necesario de la bolsa para prepararle la cena, pero las estaba pasando putas y Enzo no parecía estar por la labor de ayudarla.

Sonrió para sí con malicia. Iba a vengarse del rato que le había hecho pasar antes de que la azafata los interrumpiera. Iba a bajarle los humos a Enzo Callagan. ¿Cómo? No había nada que intimidara más a un hombre que un niño pequeño. Incluso el guerrero más aguerrido podría sudar la gota gorda al quedarse a solas con un bebé.

—¿Puedes coger a Teo mientras preparo su puré de verduras? —le preguntó.

—¿Cogerlo? —Los ojos de Enzo reflejaron una expresión de alarma—. No se me dan bien los niños… Además, ya has visto como se ha puesto antes.

—Pues tendrás que ir acostumbrándote —dijo Ada.

Y sin dar tiempo a que Enzo replicara (porque estaba segura de que iba a protestar), le colocó a Teo en el regazo. A Enzo no le quedó más remedio que coger al niño.

Ada se le quedó mirando y negó con la cabeza, mientras se mordía los labios para no echarse a reír. Santo Dios, no tenía ni puñetera idea de coger a un bebé, ni siquiera por intuición o instinto.

—¿Has cogido alguna vez un bebé? —le preguntó, con el *tupper* del puré de verduras en la

mano.

—No.

—¿A ningún sobrino? ¿A ningún hijo de un amigo? —insistió, incrédula.

—No —negó Enzo otra vez—. Ya te he dicho que no se me dan bien los niños… —dijo—. Y tampoco es que me gusten demasiado —añadió, mirando al pobre Teo.

Enzo le tenía cogido de tal manera que los brazos del niño quedaban pegados al cuerpo, impidiendo que pudiera hacer cualquier tipo de movimiento. Parecía que Teo le iba a morder.

—Pues este va a tener que gustarte, porque es tu hijo —aseveró Ada, que por dentro se estaba descojonando de la risa. No quería ser padre, pues sería padre—. Tranquilo, fiera, que no muerde —se burló, al tiempo que sacaba los bracitos del niño de la prisión en que se habían convertido las enormes manos de Enzo y haciendo que rodeara al pequeño por el torso.

Él bufó con frustración.

—¿Hay un microondas o algo para poderle calentar el puré? —le preguntó después.

—Sí, al fondo hay una pequeña cocina.

—Vale, pues voy a calentarlo.

—¿Y no lo pueden hacer las azafatas?

Ada torció el gesto a propósito. Estaba disfrutando como una loca del momento. ¡Qué maravillosa podía ser la vida a veces!

—No, tiene que estar a la temperatura exacta, ni muy caliente ni frío, porque si no Teo no se lo come, y ese punto exacto solo se lo doy yo.

—Entiendo —masculló Enzo.

—Será solo un minuto.

—¿Y me vas a dejar solo con él? —dijo Enzo, aterrado.

Ada ya había echado a andar.

—Ya te he dicho que no muerde —dijo de camino a la cocina—. Además, seguramente él esté más asustado que tú —se mofó.

Enzo no se atrevía a moverse, no se atrevía ni siquiera a respirar por miedo a despertar a la

bestia, porque así veía a Teo en esos momentos. Rezó todo lo que se sabía en el santoral para que no se pusiera a llorar. ¿Qué haría si lloraba? Oh, Dios… Imaginarlo le produjo un escalofrío.

—Ada, vuelve pronto, por favor… —susurró.

Miró al niño. Estaba entretenido dando palmadas en la mesa donde tenía el portátil. El ruido le hacía gracia porque soltó un par de gorgoritos mientras golpeaba la superficie una y otra vez.

—Eso es… Pórtate bien, ¿vale? —le dijo Enzo en plan amistoso, como si lo que tuviera en el regazo fuera un tigre y en cualquier momento pudiera saltar y comerle la cara.

Fue en ese momento cuando notó el calor que desprendía su cuerpecito y lo indefenso que era. Había oído que los bebés eran más fuertes de lo que parecían, pero Enzo tenía la sensación de que era extremadamente frágil y de que cualquier cosa podría causarle daño. Era extraño lo que le recorrió el cuerpo. Nunca había sentido nada igual.

—¿Todo bien? —preguntó Ada, que ya había calentado el *tupper* del puré.

—Creo que sí —contestó Enzo poco convencido.

—Madre mía, tienes cara de susto —dijo Ada, con visible expresión de regocijo.

—No te cachondees —le pidió Enzo, que se sentía tremendamente aliviado de que Ada ya estuviera allí.

—¿Ves como no muerde?

—¡Ya! Cógelo tú, por favor —dijo impaciente.

—Dame un minuto más para echar el puré en su plato y preparar las cosas.

Enzo suspiró quedamente y aguantó el tirón. Al menos si Teo se ponía a llorar, Ada estaba allí y podría controlarlo.

—Ya está —anunció Ada al cabo de un rato.

Se volvió y cogió al niño. No dijo nada, pero vio cómo Enzo respiraba aliviado. ¡Hombres! Tan valientes que se creían y les acobardaba un simple bebé, pensó Ada para sí.

—¿Más tranquilo? —le preguntó con una sonrisa burlona.

Enzo se limitó a mirarla de reojo con la mandíbula apretada y a continuar trabajando. Ya había tenido suficiente dosis de niño por el momento.

CAPÍTULO 15

Cuando aterrizaron en el aeropuerto de Nápoles, el *Nápoles-Capodichino*, los esperaba en la pista un helicóptero.

—¿Dónde estamos? —le preguntó Ada a Enzo, mirando por la ventanilla del avión.

—En el aeródromo privado que tengo en el aeropuerto de Nápoles. Vamos a ir en helicóptero hasta la isla.

—¿En helicóptero? —Ada no pudo disimular su sorpresa. Ir en helicóptero no le convencía mucho. Mejor dicho, no le convencía nada de nada—. ¿No se puede ir en otro medio de transporte? —preguntó con recelo.

Enzo, que estaba metiendo el portátil en un maletín apropiado, giró la cabeza hacia ella y la observó con una ceja levantada.

—En ferry, pero se tarda casi dos horas y es un engorro. En helicóptero llegaremos en treinta minutos —respondió—. ¿Acaso tienes miedo, Ada? —le preguntó con una nota mordaz en la voz.

Ada le devolvió la mirada.

¿Así que aquello iba a ser *un toma y daca*? Un *tit for tat*, que se diría en inglés, se dijo.

Ni aunque la torturaran iba a admitir que montar en helicóptero no era precisamente lo que más seguridad del mundo le daba. De hecho, le habían empezado a temblar las rodillas y sentía flojera en las piernas. Pero sobre todas las cosas estaba su dignidad y quedar por encima de Enzo Callagan, que resultaba insufrible.

—No, por supuesto que no —mintió, tratando de sonar firme—. Lo que pasa es que nunca he

viajado en helicóptero.

—Ya… —dijo Enzo, mirándola de soslayo.

Para disimular la cara de espanto que se le estaba poniendo, Ada se volvió hacia Teo y comenzó a desabrochar los cinturones de seguridad del portabebés para cogerlo.

Enzo se colgó el ordenador a un lado y al otro la bolsa de mano de Ada mientras ella se encargaba del pequeño.

—¿Hay sillita especial en el helicóptero para Teo? —preguntó, cuando bajaban del avión por las escalerillas.

—Sí, ya está colocada.

—Bien.

—Buenas tardes, señor Callagan —lo saludó formalmente el piloto. Un hombre que no tendría más de cuarenta y cinco años pero que ya lucía un pelo lleno de canas. Miró a Ada—. Buenas tardes —le dijo también a ella.

—Buenas tardes —dijo Enzo.

Ada lanzó un vistazo al helicóptero. La boca se le fue abriendo poco a poco. Era un Airbus H160 Vip elegantemente pintado en negro y plata metalizado. Eso era un helicóptero y lo demás eran tonterías. Tenía talante de pequeña nave espacial.

—Hola —saludó Ada, cuando logró reaccionar.

—Está todo listo —anunció el piloto.

«Todo listo, menos yo», masculló Ada para sus adentros. ¿Por qué tenían que ir precisamente en helicóptero? ¿Por qué? Eso le pasaba por haber tenido un hijo con un millonario. Si lo hubiera tenido con una persona con una economía normal y corriente, sin excesos ni lujos ni leches, irían en ferry como cualquier hijo de vecino.

Enzo se volvió para mirar a Ada.

—Vamos.

Enzo montó en primer lugar y tendió la mano a Ada para ayudarla a subir, puesto que llevaba a Teo. Después de acomodarlo en su sillita, se sentó en la butaca de al lado. Flipó el arco iris

entero cuando vio el interior. Aquel trasto era el hermano pequeño del jet privado del que acababan de bajar. Butacas de cuero gris y negro (a juego con el exterior), repisas de madera lacada a los lados, halógenos, moqueta… ¡Santa madre querida!

Teo estaba feliz. Lo observaba todo con los ojos muy abiertos, embelesado, agarrando con sus manitas su osito verde, del que no se despegaba ni con agua caliente.

Cuando se acomodaron, el piloto les avisó de que iban a despegar. Enzo abrió un compartimento que había debajo del asiento y sacó una pequeña mochila.

—Toma —le dijo a Ada.

Ella la miró con el ceño fruncido, como si fuera un escorpión.

—¿Qué es?

—Un paracaídas —respondió Enzo.

—¡¿Qué?! —casi gritó Ada—. Es una broma.

—No es una broma. Nunca se sabe lo que puede pasar… Los helicópteros son medios muy seguros, pero a veces algo falla —dijo Enzo en tono serio.

—¿Cómo que nunca se sabe lo que puede pasar? —Ada se estaba poniendo histérica—. ¿Y qué se supone que hacemos con Teo si a este trasto le da por joderse en mitad del vuelo? ¿Y cómo coño se utiliza un paracaídas? —Ada comenzó a desabrocharse el cinturón de seguridad, muy nerviosa—. Dile al piloto que pare, Enzo. Dile que pare, que nosotros nos bajamos —repetía una y otra vez—. Si no se lo dices tú, se lo diré yo.

Enzo no aguantó un segundo más, pese a que se estaba mordiendo los labios, y rompió en una carcajada. Al oírle, Teo le miró y se echó a reír con él, sin dejar de dar palmitas con las manos.

Cuando Ada cayó en que Enzo le estaba tomando el pelo, levantó la cabeza y lo atravesó con la mirada. ¡Diooos, que ganas de matarlo le habían entrado de repente! Colocaría las manos alrededor de su cuello y las iría apretando lentamente hasta que su atractivo rostro adquiriera una tonalidad morada.

—Eres un cabrón —dijo con todas las ganas, irguiendo la espalda en un gesto de dignidad.

—Cuida esa boca, que te está oyendo un niño —dijo Enzo sin parar de reír.

Y se tiró así un buen rato. A Ada le estaba sacando de sus casillas.

—Imbécil —masculló, recostándose en el respaldo y cruzándose de brazos.

Enzo se dirigió a Teo.

—A tu madre le da miedo montar en helicóptero —le dijo al pequeño con voz cómplice.

Ada se retrepó en el asiento.

—¿Te crees muy gracioso? —le reprochó—. Y eso que dicen que eres reservado y antipático —agregó.

—No te creas todo lo que dicen de mí —afirmó Enzo. Guardó silencio unos segundos mientras observaba a Ada—. Ada, tranquila, no va a pasar nada —dijo en tono más serio—. Los helicópteros son tan seguros como lo son los aviones.

Ada hizo un gesto con la boca.

—Sí, lo sé. Es solo que es la primera vez que subo a uno, nada más… —contestó.

—Mira… —Enzo señaló con el dedo la ventanilla, para que Ada viera las vistas que ofrecía volar a nueve mil y pico metros de altura.

Ada se asomó, y el asombro reemplazó al miedo de forma instantánea.

—Wow… —susurró.

Nápoles se advertía como un laberinto de calles y callejuelas recortadas contra el formidable telón de fondo que formaba el cordón montañoso a los alrededores de la ciudad, donde estaba el Monte Vesubio, el célebre volcán que arrasó Pompeya.

—¿Es un volcán activo? —le preguntó Ada a Enzo.

Siempre había sido una niña muy curiosa y le encantaba saber cosas, aunque no había podido estudiar.

—Sí, es el único volcán de Europa que ha tenido erupciones en el último siglo, aunque no está activo. Su actividad ahora es la que produce el vapor que emana de las grietas que hay en el cráter.

—Quién lo diría después de enterrar a toda una ciudad… —comentó Ada, sin dejar de

observar cómo la imagen del Monte Vesubio se hacía más pequeña.

—Sí, es verdad —dijo Enzo, que también contemplaba la estampa.

Teo también parecía embelesado con lo que veía, porque miraba en silencio con los ojillos brillantes, sin hacer ni un solo ruido.

—A Teo también le gusta. Fíjate cómo lo mira todo —apuntó Ada.

Enzo volvió la cabeza hacia el pequeño. Era cierto. Lo observaba como si lo estuviera estudiando con detenimiento para no perder detalle.

—Es un niño muy despierto —dijo.

—Sí, es muy curioso y muy vivo. Lo mira todo con asombro. Las formas, los colores, las texturas…

Enzo desvió la mirada hacia Ada. Las primeras luces escarlatas del atardecer se reflejaban en sus grandes ojos castaños, dándoles una tonalidad caoba. Ya no había en ellos miedo ni rastro del mosqueo que se había pillado por la broma del paracaídas. Ahora estaban llenos de fascinación, como los de Teo. Los dos miraban el paisaje igual, con la misma mirada.

El Vesubio dio paso al Golfo de Nápoles. El mar se extendía bajo sus pies como una tranquila sábana azul, hasta que la forma de Isquia surgió ante sus ojos.

—¿Esa es Isquia?

—Sí.

Ada se mordió los labios por dentro.

Un mosaico de casas se entremezclaba con una interminable zona verde que ocupaba parte del centro de la isla.

El paisaje se fue acercando y haciéndose más nítido a medida que el helicóptero dejaba de tener altura y tomaba tierra. Una enorme construcción apareció delante de unas colinas, o más bien encajada en las rocas de una de ellas. Parecía estar hecha de bloques blancos y grises, como si hubieran superpuestos unos sobre otros. Tenía piscina, jardines enormes y en frente había una playa. No quiso preguntar, pero al ver que el helicóptero empezaba a descender supo que era la casa de Enzo Callagan.

¡Hostia puta!

Se quedó embobada mirándola. Pero cualquiera se hubiera quedado igual. Ella solo había visto ese tipo de mansiones en las revistas o en la televisión, jamás pensó que un día las circunstancias de la vida la llevarían a vivir en una. La casa era una pasada, sin embargo tenía sentimientos encontrados, y no sabía si le hacía mucha gracia vivir en un lugar así. Parecía un pensamiento estúpido. ¿Quién no querría vivir en una mansión? Pues quizá ella. Se sentía un poco como una intrusa, como si estuviera allí de prestado; sin pertenecerle. No era pareja de Enzo, no tenían una relación sentimental. Únicamente era la madre de su hijo. Dos extraños unidos solo por Teo, que habían llegado a un acuerdo con un futuro dudoso.

CAPÍTULO 16

Varios hombres esperaban en una pista asfaltada a que el helicóptero aterrizase. El piloto apagó todos los comandos una vez tomó tierra, las hélices cesaron su movimiento, y Enzo abrió la puerta, descorriéndola hacia un lado. Ada ya había soltado a Teo de la sillita de seguridad y lo tenía en brazos.

Enzo se apeó de un par de saltos ágiles y ayudó a Ada a bajarse.

—Gracias —le dijo, tomando la mano que le ofrecía.

Se quedó atónita con la panorámica que les dio la bienvenida.

El crepúsculo ya se había adueñado del cielo por completo, pintándolo de unas intensas pinceladas naranja, que contrarrestaban con el verde esmeralda que revestía las colinas. Era febrero, pero el suave clima de la isla envolvía el paisaje con una explosión de colores vibrantes.

—Bienvenido, señor Callagan —se apresuró a recibirle uno de los hombres.

Ada se sorprendió al ver que hablaban en inglés (supuso que por cortesía a ella, que no tenía ni pajolera idea de italiano) y de que, además, lo hablaban bastante bien, con un acento que parecía danzar entre las sílabas de las palabras.

—Gracias, Maurizio.

—Señor —dijo el otro hombre, inclinando levemente la cabeza a modo de saludo.

—Hola, Luciano.

—Ella es Ada —la presentó Enzo.

—Bienvenida, señorita —dijeron los dos hombres casi al unísono con suma amabilidad.

—Gracias —correspondió ella.

—Y este de aquí es Teo.

Los hombres asintieron con una sonrisa cuando vieron al niño.

Enzo cogió la bolsa de mano de Ada y junto a ella se encaminaron hacia la entrada de la casa.

En la puerta —una enorme de madera de doble hoja—, les esperaban una mujer y una chica que no tendría más de dieciocho años.

—Ada, ellas son Gabriela y su hija Gianna. Gabriela es la encargada de la casa y la esposa de Maurizio.

—Bienvenida, Ada. Encantada de conocerte —dijo Gabriela.

—Gracias. Igualmente —contestó ella.

Ada calculó que tendría unos cincuenta y tantos años. Llevaba el largo pelo moreno recogido en una coleta y un vestido amplio marrón con florecillas amarillas.

—Hola, Ada —dijo Gianna con una sonrisa.

—Hola, Gianna.

—Mi inglés no es muy bueno —apuntó la chica—, pero estoy estudiando para mejorarlo.

—Lo hablas muy bien —la alabó Ada.

Y era cierto, ojalá ella hablara italiano (o cualquier otro idioma) la mitad de bien que Gianna hablaba inglés.

—Yo te ayudaré, si quieres —se ofreció después.

—Oh, sí, sería genial.

—¿Y esta preciosidad? —preguntó Gabriela.

—Es Teo —contestó Ada.

—*Madonna mia*, ¡qué guapo es! —Gabriela se echó las manos a la cara, como hacen las abuelas cuando ven a sus nietos después de mucho tiempo—. Se parece a usted, señor Callagan.

—Sí, los genes Callagan de Luca son innegables —comentó él.

Teo sabía que en ese momento era el centro de atención y que estaban hablando de él, porque empezó a hacer pedorretas y a dar palmas para que siguieran mirándole.

—Oh, Dios, qué mono es… —dijo Gianna, inclinándose hacia él y tocándole la manita.

Teo le sonrió con un gesto que iba de oreja a oreja y a Gianna se le cayó la baba.

—Va a ser todo un conquistador. A nosotras ya nos ha enamorado —comentó Gabriela.

Ada no dijo nada, pero esperaba que su hijo no fuera tan mujeriego como Enzo, ni que saliera huyendo de la habitación en mitad de la madrugada después de echar un polvo. Ella lo educaría para que fuera más caballeroso.

Cuando entraron en la casa, Ada se quedó sin palabras ante el esplendor de la construcción. Solo el vestíbulo era tan grande como el piso en el que vivía de alquiler en Nueva York. El suelo era de mármol oscuro y los techos muy altos, lo que hacía que pareciese aún más amplio.

Se sintió intimidada, pero se dio cuenta de que no podía negarle a Teo todo aquello. Sería injusto. Era hijo de Enzo Callagan y tenía derecho a disfrutar de una vida mejor de la que ella podía ofrecerle. Fue estando allí cuando supo que había tomado la decisión correcta. Cuando Enzo le había propuesto que se fuera con él a Italia, Ada pensó que confesarle la verdad había sido un error, que hubiera estado mejor callada, guardando en secreto la identidad del padre de Teo, pero en ese momento se reafirmó en que había hecho lo correcto. A ella no le importaba sacrificarse, trasladándose a Italia a vivir, aunque a juzgar por lo bonita que era la isla y la magnífica casa de Enzo, no se podría hablar de sacrificio exactamente, pero ya me entendéis… Su existencia había dado un giro de ciento ochenta grados, no era ni la sombra de lo que era unos meses atrás, pero lo que no sabía Ada es que iba a cambiar más. Mucho más.

—¿Quieres ver la habitación de Teo? —le preguntó Enzo, sacándola de sus pensamientos y lanzándola de nuevo a la realidad.

—Claro.

Atravesaron el vestíbulo hasta llegar a un pasillo con varias puertas a los lados.

—La habitación de Teo está entremedias de la tuya y la mía. Los dos tendremos acceso a ella.

Ada asintió.

Enzo se adelantó un par de pasos y abrió la puerta del fondo del pasillo. Ada se quedó sin respiración, hasta se le escapó un jadeo cuando vio la habitación de Teo.

Era muy espaciosa y estaba decorada para un bebé, pero sin pretender parecer excesivamente infantil o ñoña. Las paredes estaban pintadas de gris claro. En una de ellas ponía «Teo» en letras grandes blancas. En otra, en la que estaba la cuna, había dibujado un cielo, con una enorme luna y unas cuantas nubes que miraban cariñosamente hacia la cuna. Había un montón de muebles blancos y beige para colocar todas las cosas del bebé y estanterías llenas de peluches y juguetes.

Los ojos de Ada se fijaron en la mecedora situada al lado de la ventana. Le encantaban las mecedoras. Sentía debilidad por ellas. Siempre se había imaginado con Teo sobre su pecho, con la carita apoyada en su hombro y meciéndose tranquilamente hasta que se quedara dormido. Era la típica imagen de película que a ella le fascinaba.

—¿Te gusta? —le preguntó Enzo a Ada.

—Es preciosa —contestó ella, llevando los ojos a un lado y a otro—. Mira, Teo, todo esto es para ti —le dijo al niño.

Le acercó a una de las estanterías para que se fuera familiarizando. El pequeño alargó el brazo y cogió una jirafa de llamativos colores.

—A tu habitación se accede por esa puerta —continuó Enzo.

Cuando la abrió, Ada se encontró con la habitación más bonita que había visto en su jodida vida. El sol entraba a raudales, como en el cuarto de Teo, a través de los enormes ventanales que poseía. Unas puertas de cristal daban a una terraza ajardinada. ¡Joder, tenía hasta terraza ajardinada! Las paredes estaban pintadas de un suave color lila, menos en la que estaba la cama de dos metros por dos metros, que era negra. Tenía vestidor, cómoda y un tocador con un espejo con luces a los lados.

Era moderna, elegantísima y, a pesar de tener dimensiones de cara suite de hotel, era muy acogedora y práctica. No como esos dormitorios de las revistas de decoración que parecen sacados directamente de una galería de arte.

—Espero que sea de tu gusto —dijo Enzo.

Ada giró el rostro hacia él.

—¿Lo dices de broma? Es una puta maravilla —afirmó con los ojos brillantes. Se pasó la

mano por la nuca—. No sé qué decir…

—No tienes que decir nada —repuso Enzo.

—Ya, pero todo esto… —Ada abarcó la habitación con la mirada—. Teo es tu hijo, pero yo…

—Tú eres su madre —la cortó con suavidad Enzo—. Si te he traído aquí, lo mínimo que debo de hacer es que tu estancia sea lo más cómoda posible.

Ada no supo qué responder a eso. ¿Por qué Enzo la dejaba a veces sin palabras?

Se limitó a decir «gracias».

—Os dejo para que Teo y tú os acomodéis. Estás en tu casa, Ada.

—Gracias, Enzo.

Enzo se dio media vuelta, pero antes de salir se giró hacia Ada.

—Ah, mi habitación es la que está detrás de la otra puerta que tiene el cuarto de Teo. —Señaló con la mano—, por si me necesitas… —le dijo—. Gabriela y Gianna te ayudarán en todo lo que sea necesario.

—Vale.

Finalmente Enzo salió y Ada se volvió para echar de nuevo un vistazo a todo lo que le rodeaba. En su mente seguía con la boca abierta. Alucinando. Aquella habitación y la de Teo eran de ensueño. ¿De verdad estaba allí?

—Joder… —susurró.

Ya habían llevado sus maletas a la habitación, así que se pondría a deshacerlas, pero lo primero era lo primero y tenía que cambiarle el pañal a Teo.

CAPÍTULO 17

Habían comido algo en el avión y Ada no tenía hambre, así que no cenó. Lo único que quería era dormir a Teo y descansar, porque el viaje, y eso que no había ido nadando hasta Italia, la había dejado agotada. Pero el trastorno del *jet lag* debido al desfase horario, los nervios y la adrenalina de montar en helicóptero, la habían dejado K.O.

Por suerte al niño le había pasado tres cuartos de lo mismo y cayó rendido en su cunita nueva en cuanto Ada le dio su habitual baño, lo que agradeció horrores porque quería pillar la cama cuanto antes. Ni siquiera avisó a Maggie de que ya estaban en Italia. Pensó que mejor lo haría al día siguiente cuando estuviera más tranquila.

Acostumbrada a que Teo durmiera en la misma habitación que ella, se había levantado varias veces y lo había ido a ver, aun teniendo un vigilabebés último modelo encendido sobre la mesilla, que el pequeño se encontraba al lado y que había dejado la puerta que comunicaba las dos habitaciones abierta de par en par.

Cuando se despertó, un sol radiante, que parecía de primavera más que de invierno, entraba por los ventanales. Se había olvidado de bajar las persianas y la luz le estaba cegando por completo.

—Joder —dijo, revolviéndose contra el colchón.

Cogió la almohada y se tapó la cabeza con ella. Un coro de pajaritos alzó sus trinos en el jardín. Todo era muy idílico sino fuera porque seguía sintiéndose cansadísima.

Gimió.

Después de un rato, aprovechando que Teo estaba dormido, se levantó y se dio una larga

ducha en el cuarto de baño que poseía la habitación.

Todavía había cosas en las maletas, que por pereza no había terminado de deshacer por la noche. Las colocó en el armario y buscó algo que ponerse. Hacía buena temperatura, así que eligió un pantalón capri y una camiseta blanca ancha que dejaba a la vista el obligo si levantaba los brazos.

Echó un último vistazo a Teo y le dejó que siguiera durmiendo.

—El señor Callagan está en el jardín —le informó Gabriela cuando Ada se dirigió a la cocina.

—Prefiero desayunar aquí —contestó.

Gabriela frunció levemente el ceño.

—¿Aquí? ¿Cómo te vas a quedar aquí en la cocina con el día tan espléndido que hace? —le dijo, con los brazos en jarra—. Anda, sal al jardín. Te llevaré el desayuno allí.

Ada se preguntó si la gente que trabajaba en el mantenimiento de aquella mansión sabía qué hacía allí. ¿Enzo les habría explicado la situación? Era algo complejo y que no todo el mundo entendería. Ni siquiera ella terminaba de entender qué hacía en esa casa. No era pareja de Enzo ni nada que se le pareciese, ni lo sería nunca. Ninguno de los dos entraba en los planes del otro. Solo vivían juntos porque era lo mejor para Teo. Nada más. Los sentimientos estaban fuera de lugar. Enzo había dejado muy claro la opinión que tenía a ese respecto. Los sentimientos estropeaban las relaciones, así que tenían que dejarlos a un lado. Ninguno de los dos podía permitir que se inmiscuyeran en aquel «experimento», por denominarlo de alguna forma, que estaban llevando a cabo. No, si querían que funcionase medianamente bien.

A pesar de las palabras de Gabriela, Ada se mostraba indecisa y no paraba de mordisquearse los labios. No quería molestar a Enzo. Había sido amable con ella, pero no se caían demasiado bien. Eran un mal necesario el uno para el otro; condenados a aguantarse por su hijo.

—Venga, sal al jardín… —la animó Gabriela, sin darle casi opción a elegir—. Es por ahí —le indicó, apuntando con la barbilla las puertas correderas.

La insistencia de la mujer convenció a Ada, que terminó saliendo al jardín.

Enzo se encontraba sentado a una mesa que había bajo una enorme pérgola tipo cenador en uno de los lados, junto a unos árboles frutales. Estaba vestido impecablemente con un traje de tres piezas y camisa negros. La nota de color la ponía la corbata gris plata. Miraba unos papeles bastante concentrado, a juzgar por la expresión de su rostro.

—Buenos días —dijo Ada, al alcanzarle.

Enzo levantó la mirada lentamente hacia ella. No la había sentido llegar, porque el césped había amortiguado sus pasos mientras se acercaba, y oír su voz le sorprendió.

—Buenos días —respondió.

Involuntariamente su vista recorrió a Ada de arriba abajo. A ella le hubiera gustado meterse en su mente para saber qué pensaba cuando la miraba así, qué pasaba por su cabeza, pero el gesto de Enzo era indescifrable.

—Gabriela me ha convencido para que salga a desayunar contigo al jardín. No he podido decirle que no, los italianos son… muy cabezotas —dijo en tono distendido—. Pero no sé si es buena idea… —añadió con sinceridad.

Enzo dejó los documentos que estaba leyendo sobre la mesa y se recostó en el respaldo de la silla de mimbre.

—Siéntate —le pidió a Ada—. ¿Por qué piensas que no es buena idea? —le preguntó, cuando ella tomó asiento frente a él.

Ada se colocó el pelo suelto tras las orejas.

—Enzo, no nos caemos bien —respondió.

—¿Y nos caemos mal? —planteó él—. ¿Tan insoportable soy?

Ada movió la cabeza. Insoportable no era la palabra adecuada, aunque a ratos sí que le resultaba insufrible, y en esos momentos quería arrancarle la cabeza.

—No, no es eso…

—¿Qué es, entonces?

—Que somos dos extraños.

—Por eso es buena idea que desayunemos juntos, así nos vamos conociendo.

Ada fijó los ojos en Enzo. Lo que decía sonaba razonable, aunque mirándola del modo en que la miraba, había pocas cosas que no se lo parecieran, hasta tirarse desde una avioneta sin paracaídas, porque se sentía como hipnotizada por él.

—Supongo que tienes razón… —dijo, apartando la vista.

—La tengo. Yo siempre tengo razón —comentó Enzo con suficiencia.

—No tienes abuela, ¿eh? —dijo Ada en tono irónico.

—No, mis abuelas murieron. Solo me queda un abuelo —dijo Enzo, siguiendo con la ironía.

Ada iba a abrir la boca para darle réplica, pero en ese instante llegó Gabriela con su desayuno. Aprovechando que Ada estaba distraída con la taza, los cubiertos y demás, Enzo la miró con los ojos entornados, consciente de que, si no fuera por Gabriela, le hubiera dado una buena contestación. Cogió su café y dio un sorbo.

—¿Qué tal has dormido? —le preguntó cuando Gabriela se alejó hacia la cocina.

Los labios de Ada se contrajeron en una mueca.

—No estoy acostumbrada a dormir separada de Teo y me he levantado varias veces para ir a verlo.

—Pero si lo tienes al lado —dijo Enzo con obviedad.

Ada alzó un hombro.

—No estaba a gusto —repuso, mientras echaba un par de cucharadas de azúcar en la taza y lo movía—. Me iré acostumbrando…

—Si quieres, mando a Maurizio llevar la cuna a tu habitación.

—No, no… —Hizo un aspaviento con la mano—. Dormíamos en la misma habitación porque no había espacio, pero lo mejor es que se vaya habituando a dormir en su cuarto.

—Bien, como quieras. Por lo demás, ¿te sientes cómoda?

—Sí, muchísimo. ¿Quién no se sentiría cómodo en una casa como esta? —Ada sonrió.

Maurizio entró en el jardín y se acercó a ellos.

—Señor Callagan, el helicóptero está listo —informó a Enzo.

—Gracias —respondió él.

Maurizio se giró sobre sus talones y se fue con la misma formalidad con la que había llegado.

Enzo recogió los papeles que había encima de la mesa, los metió en una carpeta de plástico con las solapas negras y se levantó de la silla.

—¿Te vas? —le preguntó Ada.

Quizá no tenía derecho a hacerle una pregunta de ese calibre, pero le salió con toda la naturalidad del mundo.

—Sí, a Roma, tengo trabajo pendiente en las oficinas de allí —contestó Enzo—. Hasta luego.

—Hasta luego.

Ada no pudo apartar los ojos de Enzo hasta que su imponente figura desapareció tras las puertas acristaladas. Caminaba como un modelo de pasarela. Su movimiento, seguro y medido, era hipnotizante como un péndulo. El cabrón era sexy como un puto demonio, y parecía poseer el mismo peligroso encanto.

Volvió la mirada a la taza. La tomó con las dos manos y le dio un sorbo.

Tranquila, con la ligera brisa que le traía rastros del aroma de las flores que la rodeaban, agitándole levemente los mechones de pelo, le vino a la cabeza la pregunta que le había hecho Enzo en el jet privado.

«¿Qué harías si te besara?».

Ella le había respondido que darle una bofetada, pero lo había hecho para defenderse, porque le jodía que él fuera tan extraordinariamente arrogante. ¡Y es que lo era en cantidades industriales! Pero Ada no estaba nada convencida de que esa hubiera sido su reacción. Sin proponérselo recordó los besos que se habían dado aquel quince de agosto… Así había empezado todo, con unos cuantos besos. Un escalofrío viajó hasta su nuca, poniéndole el vello de punta.

Enzo besaba como un puto ángel. De esa manera que tanto gusta a las mujeres; exigente (pero sin que te toque las amígdalas con la lengua), sexy, juguetona… Ada se acordó de que le gustaba mordisquear el labio de abajo, apretándole un poquito con el borde de los dientes. Mmmm…

Santo Dios…

Tuvo que tragar saliva.

Sacudió la cabeza. Pensar en cómo besaba Enzo en esos momentos no era bueno. Nada bueno. ¿Qué coño hacía ella recordando lo que pasó aquel quince de agosto?

«¡Quítatelo de la cabeza, Ada! —se ordenó—. Olvídate de aquella noche como se ha olvidado él.»

CAPÍTULO 18

Oyó refunfuñar a Teo a través del escuchabebés, se levantó de la mesa y se dirigió a su habitación.

—Mi amor… —le dijo, asomándose a la cuna.

El niño sonrió al verla y empezó a lanzar patadas al aire.

—¿Dónde está el niño más bonito del mundo? —le preguntó.

Teo soltó un gritito de alegría. Ada alargó los brazos y lo cogió. Le dio un cariñoso beso en la frente y le hizo unas cuantas pedorretas en la tripita. El niño se echó a reír a carcajadas.

—Uhhh, tienes pastel en el culete —rio.

Lo llevó al cambiador de la habitación y le puso un pañal limpio mientras Teo no dejaba de intentar cogerlo todo y tirarlo al suelo. Qué vigor tenía, no se cansaba nunca.

Le dejó en pijama —ya le vestiría después—, y se fue a la cocina para darle el desayuno.

—Oh, ya se ha levantado el rey de la casa —dijo Gabriela nada más verlo.

Se acercó, le cogió la mano y le dio un beso en ella.

—No sé si eso le hará mucha gracia a Enzo —bromeó Ada.

—Pues que se aguante —atajó Gabriela—. Ahora el rey de la casa es esta preciosidad de aquí. Además, orgulloso debería sentirse el señor Callagan, Teo es una copia de él.

Ada sentó al pequeño en la trona y comenzó a prepararle el biberón.

—Sí, son como dos gotas de agua —dijo—. ¿No sé para qué lo he llevado yo nueve meses en el vientre si apenas ha sacado cosas de mí?

—Bueno, el carácter es tuyo. Teo es muy simpático. Te sonríe en cuanto le haces cuatro

gracias —apuntó Gabriela—. El señor Callagan no es precisamente la alegría de la huerta. —Gabriela miró a Ada con expresión cómplice y habló en tono confidencial—. Pero no digas que he dicho eso.

Ada se echó a reír mientras metía una jarrita de agua en el microondas para que se calentara.

—Tranquila. De todas formas, creo que es algo que él ya sabe.

Gabriela sonrió.

—Pero seguro que la presencia de Teo le ayuda a endulzar el carácter. Los niños transmiten mucha ternura.

Ada torció el gesto.

—Yo no estoy muy segura de eso —dijo.

—Yo sí, y creo que tú también puedes hacer que su carácter se endulce.

—Gabriela, yo no estoy aquí en calidad de…

La mujer agitó la mano.

—Lo sé, lo sé… —interrumpió a Ada, que sacaba la jarrita de agua del microondas—. El señor Callagan nos lo explicó. Aunque él no es de dar explicaciones, tuvo que decirnos quién eras y en qué condiciones venías, claro. —Gabriela sacó una cazuela de uno de los armarios y la puso sobre la encimera—. Te confieso que al principio pensábamos que ibas a ser una de esas estiradas que se pondría a dar órdenes a diestro y siniestro.

—¡No, Dios me libre! —exclamó Ada, echando el agua en el biberón de Teo.

La espontaneidad de Ada hizo que Gabriela soltara una carcajada.

—No, tranquila, si se ve enseguida que eres buena gente.

—Bueno, tengo mi carácter —apuntó Ada.

—Y sácalo cuando sea necesario, no te dejes amedrentar por el señor Callagan. Está acostumbrado a hacer siempre lo que quiere.

—Lo tendré en cuenta.

Teo se arrancó a lloriquear en la trona.

—Ya voy, ya voy… —dijo Ada, biberón en mano.

—Tienes hambre, ¿verdad, cariño? —dijo Gabriela.

Ada lo sacó de la trona, se sentó en una silla con el niño en el regazo y le dio el biberón. Teo lo cogió con sus manitas, aunque Ada le ayudaba a sostenerlo, y empezó a succionar con ansias.

—Pues sí que tienes hambre, sí —comentó Ada.

Con el día tan bueno que hacía daba pereza quedarse metido en casa, así que Ada estiró una manta sobre el césped del jardín y sacó a Teo para que disfrutara un poco del sol. Mientras el pequeño se entretenía con los juguetes, Ada aprovechó para llamar a Maggie. Aunque había seis horas de diferencia horaria entre Italia y Nueva York, sabía que le tocaba turno de noche en el hospital en el que trabajaba de enfermera.

Cogió el móvil y marcó, sin quitar ojo a Teo.

—¡Por fin llamas! —dijo Maggie al descolgar.

Ada se echó a reír.

—Es que ayer no pude. Entre el *jet lag*, los nervios y Teo no podía con el culo —se justificó Ada.

—¿Qué tal estás? ¿Cómo es aquello? ¿Cómo está Teo? ¿Qué tal con Enzo?

—Toma aire —dijo Ada—. ¿Puedes hablar o te pillo en mal momento?

—No, la noche está siendo tranquila, pero en cualquier momento puede entrar una urgencia y colgarte casi sin previo aviso. Ya sabes cómo funciona esto…

—Sí, lo sé.

—Pero dime, ¿qué tal? ¿Cómo está Teo? Dios, os echo tanto de menos, Ada.

Ada dirigió una mirada al niño. Se había salido de la manta y estaba gateando tranquilamente por el césped. Podía estar ahí mientras no le diera por comerse la tierra o la hierba.

—Y nosotros a ti —contestó, sin dejar de vigilarlo. Suspiró—. Esto es una pasada, Maggie —dijo.

—Cuánto me alegro, cariño.

—La casa, la isla, la gente… —enumeró—. La isla es preciosa. Tiene unas vistas alucinantes y el clima tan cálido… ufff… Tienes que venir para que lo veas.

—Lo intentaré. A ver si puedo escaparme cuando me coja las vacaciones.

—Te va a encantar.

—¿Y Enzo?

—Demasiado bien —respondió Ada, dejando entrever un matiz de ensoñación en la voz.

—¿Qué quieres decir con eso? —le preguntó Maggie al otro lado de la línea.

Ada reaccionó de inmediato. No podía ir por esos derroteros. ¿Qué narices le pasaba?

—Que se está portando muy bien. —Cambió el tono de voz—. Tenías que ver la habitación de Teo, es de revista de decoración.

—Bueno, cariño. Es su hijo y tiene dinero para alimentar a medio África…

—Ya, sí…, pero es que incluso es amable conmigo. —Ada lo dijo con incredulidad.

—Ay, Ada, ¿y cómo quieres que te trate? No es el demonio —afirmó Maggie.

—Yo no estaría segura de eso. Ya sabemos qué reputación tiene…

—La reputación es solo eso, reputación. Es la opinión que la gente tiene sobre él, pero no significa que sea cierto. Quizá Enzo Callagan es mejor de lo que dicen.

—No sé… —Ada lo dudaba, la verdad.

—Y con Teo, ¿qué tal se porta? —le preguntó Maggie.

—No es el padre más cariñoso del mundo, pero ahí va —comentó Ada.

—Bueno, prácticamente le acaba de conocer; hace nada que sabe que es padre. Supongo que necesita tiempo para hacerse a la idea y encariñarse con el niño.

—Sí, supongo que es cuestión de tiempo.

—Además, no creo que Teo tarde mucho en ganárselo. Es adorable. Antes de que el mismo Enzo Callagan se dé cuenta, lo tendrá comiendo de su mano.

—Si vieras cómo lo coge, Maggie… —Ada tuvo que reprimir la risa—. Como si en cualquier momento Teo le fuera a saltar a la yugular y a darle un mordisco —dijo—. Dios mío, es un niño, no *Predator*.

Maggie dejó escapar una carcajada que llenó toda la línea.

—Hombres…

—Eso mismo dije yo: hombres. No sé quién estaba más asustado, si Teo o él… —repuso—, o yo por dejarlos un minuto solos —agregó.

—Me imagino la escena… —Maggie no podía parar de reír—. Pobre Teo.

Ada también rio al recordarlo.

—¿Y tú cómo estás? —dijo Maggie.

—Bien.

—¿Te sientes cómoda?

—Si te dijera que no, mentiría. La verdad es que estoy mejor de lo que esperaba. Pero bueno, ¿cómo no? La isla es preciosa, la casa es una maravilla y la familia que se ocupa de su mantenimiento es súper simpática… No me puedo quejar. Pero lo que más tranquilidad me da, es saber que Teo tiene el futuro asegurado.

—Sé que lo has pasado muy mal con ese tema desde que supiste que se cerraba la tienda.

—Sí, me ha quitado muchísimas horas de sueño, y no tener que preocuparme más por ello… no sé… Cualquier sacrificio merece la pena, Maggie, si mi pequeñajo tiene la vida que cualquier niño se merece tener.

—Disfrútalo mucho, cariño —le aconsejó Maggie—. No has tenido una vida fácil y quedarte embarazada no mejoró las cosas. Fuiste muy valiente teniendo a Teo. Así que disfruta de todo lo bonito que te da ahora la vida.

—Gracias, Maggie.

Ada escuchó el sonido de la sirena de una ambulancia zumbar al otro lado del teléfono.

—Entra una urgencia, Ada. Tengo que dejarte —se apresuró a decir Maggie—. Ya hablaremos.

—Te quiero —se despidió Ada, antes de que Maggie colgara.

—Y yo a ti.

CAPÍTULO 19

Enzo cruzó la recepción de la oficina con paso resuelto consultando su Hublot Classic Ferrari GT, su reloj de muñeca de lujo. Uno de los últimos caprichos que se había dado.

—Buenos días, señor Callagan —lo saludó nerviosa su secretaria en cuanto lo vio.

Enzo levantó la mirada hacia ella.

—Buenos días —correspondió.

—El señor Conti lo espera en su despacho.

—Gracias.

Enzo abrió la puerta de su despacho sin detenerse y se internó en él.

—¿Llevas mucho tiempo esperándome? —le preguntó al hombre maduro con porte de galán italiano de los años cincuenta que lo esperaba sentado en una de las sillas que había delante de su mesa.

—No, solo unos minutos —respondió el tipo en tono despreocupado.

Enzo se desabrochó el botón de la chaqueta del traje para estar más cómodo y se sentó en el sillón con un gesto elegante. Hasta sentarse en el wáter a cagar debía hacerlo de una forma distinguida, porque vaya porte se gastaba el tío.

El hombre se quedó mirándolo con ojos sagaces.

—¿Ya están instalados en tu casa? —le preguntó, refiriéndose a Ada y a Teo.

—Sí —afirmó Enzo.

—Entiendo que te hayas traído al niño, pero ¿por qué la has traído a ella?

Enzo sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta y lo dejó encima de la mesa.

—Porque es la madre de Teo, y el niño solo tiene nueve meses —respondió con bastante indiferencia, pero con mucha obviedad en sus palabras—. Todavía la necesita muchísimo. Además, yo no tengo ni puta idea de criar un niño. ¿O acaso me ves cambiando pañales? Por favor.

—¿Es solo por eso? —inquirió el hombre con cierto recelo en la voz.

Enzo lo miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué otra cosa iba a ser?

El hombre movió la mano.

—No sé… quizá porque esa chica te gusta.

—¿Que me gusta? ¿Ada? ¿Cuándo me ha gustado a mí una mujer más de una noche? —lanzó al aire Enzo.

—Nunca. Pero… no sé… jamás has metido a una mujer en tu casa, y ahora una está viviendo contigo.

Enzo se inclinó el torso hacia adelante y apoyó los codos en la mesa, mirando fijamente al hombre que tenía enfrente.

—Pero Ada es la madre de mi hijo, es un mal necesario en estos momentos —afirmó con frialdad—. Ya me desharé de ella más adelante, cuando Teo sea un niño más independiente y esté familiarizado conmigo —aseveró—. Soy un hijo de puta, Giulio, pero no voy a hacer con mi hijo lo que hicieron conmigo.

—Lo entiendo, Enzo, pero no te enamores de esa chica —le advirtió Giulio.

Enzo bufó con incredulidad. ¿Estaba oyendo bien? ¿Giulio le estaba hablando de amor? ¿A él? ¿Se había vuelto loco? ¿Es que no le conocía?

—¡Deja de decir tonterías! —soltó con desdén.

Se echó hacia atrás, recostándose en el respaldo del sillón.

—Enzo, el roce hace el cariño… Una cosa puede llevar a otra y…

—¿Qué cariño ni qué mierdas? —lo cortó Enzo—. No me voy a enamorar de Ada. No me voy a enamorar ni de ella ni de ninguna otra. ¿Desde cuándo creo yo en el amor?

—De ella menos que de otra. Ya sabes lo poco que le gustan a tu abuelo los norteamericanos.

—No tienes que recordármelo. Pero mi abuelo ya tiene lo que quería. Quería que yo le diera un bisnieto para no sacarme fuera de la dirección de la empresa, ¿no? Ha estado presionándome con eso desde que tengo uso de razón. Pues bien, ya tiene uno. —Enzo apretó las mandíbulas—. Ada me ha proporcionado una oportunidad de oro que no voy a dejar escapar. —Hizo una pequeña pausa—. Y también la he traído porque prefiero tenerla vigilada.

—¿Vigilada? —repitió Giulio.

—Nadie me dice que no vaya a ir a la prensa a decir que tiene un hijo mío.

—¿Crees que sería capaz?

Enzo se encogió de hombros.

—No la conozco, Giulio. De primeras te diría que no. No parece una mujer de esas, ni siquiera que busque dinero. Pero prefiero no confiarme… ¿Te imaginas el escándalo que se armaría?

Enzo sacudió la cabeza.

—No sería la primera vez que una mujer sale diciendo que tiene un hijo tuyo… —comentó Giulio.

—Pero todas esas veces era mentira, ya ves lo poco que trascendieron aquellas historias… No se les dio importancia. La diferencia es que ahora es verdad —dijo Enzo—. Solo hay que ver al niño, es igual que yo, y eso que solo tiene nueve meses. Si Ada le dijera a la prensa que Teo es mi hijo, no habría nadie que no le creyera, no habría nadie que lo pusiese en duda. Si juntas una foto del niño y una mía de cuando era pequeño, te costaría diferenciar quién es quién. El parecido entre nosotros es demasiado grande para pasar desapercibido.

—¿Por eso ni siquiera te has hecho la prueba de paternidad?

—¿Para qué? Es una tontería, te lo aseguro. Teo es mi viva imagen. Cuando le tuve delante supe que estaba viendo a mi hijo.

—Enzo, ten cuidado —le advirtió Giulio.

Enzo puso los ojos en blanco.

—Relájate —dijo.

CAPÍTULO 20

Ada llevó la trona bajo la pérgola del jardín, donde Gabriela había dispuesto la cena, y sentó a Teo en ella. El niño ya había cenado su puré, pero a Ada le gustaba tenerlo sentado a la mesa con ella. Pensaba que iba a cenar sola. Nadie le había dicho que Enzo fuera a ir. Sin embargo, apenas había empezado a dar cuenta de la *caponata* que había preparado Gabriela cuando se presentó.

—Que aproveche —dijo, regio como un rey.

—Gracias —respondió Ada.

—¿Va a cenar, señor? —le preguntó Gabriela en cuanto lo vio llegar.

—Sí.

—Ahora mismo le traigo un plato.

—Gracias.

Enzo retiró la silla y se sentó frente a Ada.

—Espero no molestar —dijo.

—Estás en tu casa —fue la respuesta de Ada.

Enzo sonrió mientras cogía la servilleta, la desdoblaba y se la colocaba en las rodillas.

Teo lo miró unos segundos, y al ver que Enzo no le decía nada, alargó la manita hacia él para llamar su atención, pero Enzo parecía estar en Babia, porque no se dio cuenta del detalle.

—Teo quiere que le digas algo —repuso Ada, señalando al niño con la barbilla—. Lleva un rato con el brazo estirado hacia ti, buscando tu atención.

Enzo giró el rostro hacia él para mirarlo. Sí, Teo lo miraba con el brazo estirado esperando

que le chistara.

—Oh, yo… no pensé que… —dijo, dejando la frase suspendida en el aire y sin evitar asombrarse por la reacción del pequeño. ¿Empezaba a reconocerlo?

Acercó la mano hasta él y le tocó los deditos.

—Hola, Teo —lo saludó, con una voz que podía catalogarse como más o menos cariñosa.

El niño dio un gritito al ver que había conseguido lo que quería.

Ada sonrió.

—Es igual que tú —afirmó—. Ninguno de los dos soporta que lo ignoren.

En ese instante llegó Gabriela con la cena de Enzo.

—Aquí tiene, señor Callagan.

—Gracias, Gabriela —le dijo él, antes de que volviera a meterse en la casa.

—¿Te gusta? —le preguntó Enzo a Ada, señalando el plato de caponata.

Ada se metió el tenedor en la boca y asintió con la cabeza.

—Sí, está muy bueno.

—La caponata es un guiso típico de Sicilia —empezó Enzo—. Sus ingredientes principales son la berenjena, el apio, el tomate, las aceitunas y las alcaparras. Hay quienes lo utilizan como guarnición, pero a mí me gusta así, como plato.

—Está muy rico.

—Gabriela trabajó muchos años en un restaurante y cocina excelente. Es como una madre, trata de que te lo acabes todo y siempre te echa otro poquito más porque le parece poco. Si por ella fuera estaríamos como cerdos.

Ada rio.

—Es fácil ponerse como un cerdo si todo sabe tan bien como esto —dijo, metiéndose otro bocado.

Teo miraba a uno y a otro, haciendo muecas con la boca.

—¿Por qué me mira Teo tanto? —preguntó Enzo.

—Porque quiere que le des algo de tu cena. Sabe que conmigo no lo va a conseguir, así que

lo intenta contigo.

Enzo esbozó una sonrisilla.

—Vaya, vaya… —dijo, mirando al pequeñajo con admiración—. ¿Y puede comer cosas sólidas?

—Sí, ya lleva un mes comiendo alimentos sólidos: fruta, verdura, queso blando…, pero con cuidado porque todavía no tiene dientes —respondió Ada—. Le gusta probar nuevos sabores y texturas, y le llaman muchísimo la atención los alimentos de colores, como la fruta. Lo que no le gusta nada de nada es el brócoli. Echa la cabeza hacia atrás cuando se lo voy a dar.

Enzo dejó escapar una risa.

—No me extraña. A mí tampoco me gusta el brócoli —dijo—. ¿Y puedo darle algo? Necesito congraciarme con él y ganármelo para que no llore cuando me acerque.

—Le encanta el pan —apuntó Ada.

—¿Puedo darle pan?

—Sí, dale un trozo grande para que lo pueda coger y lo chupe.

Enzo partió un trozo y se lo tendió a Teo, que rápidamente lo cogió y se lo llevó a la boca, después de dedicarle una sonrisa de oreja a oreja y una carcajada. Enzo le devolvió el gesto y un sentimiento de orgullo, desconocido hasta ese entonces, brotó en su pecho.

—Es todo un conquistador —comentó sin dejar de mirarlo.

Todavía le asombraba el parecido que tenía con él. Era increíble cómo habían jugado los genes para hacer una miniatura suya. Ante tales evidencias no le iba a hacer la prueba de paternidad. Era una tontería. Habría que estar ciego para no darse cuenta de que aquel niño era su hijo.

—Ufff… no lo sabes tú bien —dijo Ada—. Tiene muchísimo carisma. La gente acaba rendida a sus pies.

A Ada le dieron ganas de decir a Enzo que «como él», pero se lo calló. ¿Cómo le iba a decir algo así?

—Ya les he dado órdenes a mis abogados para que empiecen a hacer los trámites para darle

el apellido. Quiero legalizar las cosas cuanto antes, para que no haya problemas en un futuro.

—Vale.

Teo andaba ya a su bola, chuperreteando y mordisqueando el pan con la delectación que solo tienen los bebés que están descubriendo los sabores.

Enzo percibió un cambio en la expresión de Ada.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí…

—No lo parece.

Ada se mordisqueó el carrillo.

—Venga, Ada, suelta lo que estés pensando. No te conozco mucho, pero algo ha hecho que te cambie la cara.

—Me siento rara… —confesó, jugueteando con la comida del plato.

—¿Por qué?

—Siempre he visto a Teo como mío. He sido madre soltera y ahora…

—Ahora sigue siendo tu hijo.

—Sí, lo sé…, pero es que desde que nació lo he visto como «solo mío». Suena horrible, es como si no lo quisiera compartir con nadie, como si fuera una posesión.

—Yo soy su padre.

—Joder, ya lo sé, Enzo. Sé que es difícil de entender, y no pretendo que lo hagas. Es solo que… hasta ahora la única que se ha encargado de él he sido yo. No he tenido a nadie más excepto a mi amiga Maggie.

—¿Y tus padres o hermanos? —preguntó Enzo.

El rostro de rasgos suaves de Ada se oscureció, como si hubiese pasado una sombra por delante.

—No tengo a nadie —respondió.

—¿Tampoco padres?

Ada negó rotundamente con la cabeza.

—No sé quién es mi padre y mi madre solo se preocupaba de gastarse el dinero en alcohol, hasta que murió de una cirrosis hace unos años.

—Lo siento —fueron las palabras de Enzo.

Ada alargó la mano hasta Teo y le acarició con ternura la cabecita.

Su madre había fallecido muchos años atrás y no había sido precisamente una madre ejemplar ni cariñosa, ni nadie a quien mencionar siquiera. Ada seguía enfadada con ella, lo estaría siempre, aun estando bajo tierra, por no haberla cuidado, por haberla obligado a invertir los papeles en un mundo que a Ada se le quedaba muy grande. Había pasado su infancia cuidando de su madre, atendiéndola para que una borrachera no la matara, o alguien con quien tuviera una deuda; trabajando para llevar dinero a casa, dinero que su progenitora se gastaba sin muchos escrúpulos ni pudor en cerveza, vino, whisky… y a saber en qué cosas más. La había obligado a meterse en un papel que por edad estaba lejos de corresponderle.

—Teo es mi única familia —dijo.

Enzo se quedó pensativo. Nunca se hubiera imaginado que aquella chica arrastrara una infancia tan traumática.

—Cuando supiste que estabas embarazada, ¿nunca pensaste en…?

—¿Abortar? —se adelantó Ada.

—Sí.

Movió la cabeza, afirmando.

—Sí —dijo.

Ada no pudo evitar sonrojarse al recordarlo. No se sentía orgullosa de haber estado a punto de cometer lo que ahora le parecía una locura.

—Incluso concerté una cita en una clínica, pero no fui capaz de entrar. Estuve en la puerta, de pie, viendo como la gente entraba y salía; confusa, aterrada, con el corazón latiéndome a mil por hora, con una maraña de emociones a flor de piel… y después de un rato me pregunté que qué hacía allí. —Enzo la escuchaba atentamente mientras ella miraba a Teo comer distraídamente pan—. No estaba preparada para ser madre, pero tampoco tenía quince años y

debía apechugar con las consecuencias, no iba a huir de ellas.

Enzo no era un hombre que se conmoviera fácilmente. Pero el relato de Ada lo conmovió, de una manera que desconocía. Tal vez porque estaba hablando de su hijo.

Lo fácil, quizá, dadas las circunstancias y la situación, habría sido acabar con todo, interrumpir el embarazo y quitarse el problema de encima. Pero Ada había afrontado las consecuencias que había tenido aquella noche de sexo entre ellos, y lo había hecho sola.

Sin embargo, él no podía dejarse llevar por ninguna clase de sentimentalismos, y menos referente a aquella chica a la que apenas conocía, aunque fuera la madre de su hijo. Había un plan que había trazado meticulosamente y que debía llevar a cabo. Ada estaría allí hasta que Teo tuviera más autonomía, nada más. Después se la quitaría de encima.

CAPÍTULO 21

A la mañana siguiente Ada se despertó con el llanto de Teo. Tenía el pañal a tope de todo lo que podía tener, y se sentía incómodo.

Apartó las sábanas a un lado y se levantó.

—¿Qué te pasa, pequeñín? —dijo al entrar en su habitación y dirigirse a la cuna.

Había amanecido hacía un buen rato y el sol entraba con un resplandor polvoriento en la estancia, concediendo una especie de halo de magia al ambiente. Ada supuso que era parte del encanto de la isla.

Cuando llegó a la cuna, supo de inmediato por qué Teo estaba tan molesto. El olor que desprendía su pañal no dejaba lugar a dudas. No, ninguna duda. ¿Qué había comido para que soltara todo aquello y con ese olor?

—Caray, Teo, tienes un buen pastel —dijo, mientras lo cogía en brazos y lo llevaba al cambiador—. Cuando te lo quite vas a pesar dos kilos menos —bromeó para sí misma.

Pero el niño no estaba para bromas y no dejaba de llorar.

—Ya, cariño… No te impacientes, que ya te voy a poner limpito —trató de calmarlo Ada, tumbándolo en el cambiador.

Cogió un pañal de uno de los apartados que tenía el mueble en un lado, el paquete de las toallitas húmedas y la crema hidratante para que no se escociera.

Le quitó el pantalón del pijama y abrió el pañal.

—Madre mía, Teo, parece que te has comido a una persona —comentó, al ver todo lo que tenía el pañal.

Al otro lado de la habitación Enzo no pudo evitar sonreír ante la ocurrencia de Ada. Desde luego Teo no se aburría con ella.

Había sentido llorar al niño y a Ada entrar en la habitación, acudiendo a su rescate. Se había levantado y había abierto la puerta. Ada no le había sentido, y aprovechando que la tenía de espaldas se había recostado con un hombro en el marco de la puerta, observándola en silencio y escuchando la conversación que tenía con Teo. La miró detenidamente, con su larga melena castaña cayéndole por los hombros y ese aire de fragilidad que no hacía otra cosa más que esconder su fuerte carácter.

Le atraía el modo tan cariñoso y la atención con la que cuidaba al niño. Cualquiera podría decir que era lo lógico, era su madre, ¿no? Pero no todas las madres tratan a sus hijos como Ada trataba a Teo. No, ni muchísimo menos. Él lo sabía bien. Muy bien.

Pero no era lo único que le atraía…

Se sorprendió mirándole el culo. Tenía puesto un pijama de raso de color rosa compuesto por pantalón corto y camiseta de tirantes, y la fina tela provocaba que su imaginación, de pronto, volase.

También se fijó en las piernas. Eran esbeltas y torneadas, y eso hacía que parecieran muy largas…

Tiró de memoria y trató de recordar la noche que estuvieron juntos, pero no lo logró. Dios, se acostaba con tantas mujeres que era incapaz de ubicar a Ada entre todas ellas. Le hubiera gustado recordar cómo era estar metido entre sus piernas, escuchándola gemir su nombre mientras hacía que se corriera…

Ada tomó a Teo en brazos, ya limpio, y cuando se dio la vuelta se encontró con Enzo. Seguía apoyado en el marco de la puerta, mirándola. El amago de una sonrisa indescriptible se extendía a lo largo de sus labios. Estaba solo con el pantalón del pijama, que le caía de forma sexy por la cadera. Tenía el torso desnudo, dejando al aire sus impresionantes músculos. Iba descalzo y el pelo se veía despeinado y ligeramente revuelto, como cuando acabas de follar. La fuerza de su presencia dominaba toda la habitación, llenándola por completo.

¿Cuánto tiempo llevaba allí?

—Qué susto —dijo Ada, dando un pequeño respingo.

—Lo siento, no quería asustarte —se disculpó Enzo con voz pausada sin dejar de mirarla.

—¿Qué haces ahí?

—Sentí llorar a Teo…

—Sí, es que el pobre estaba de caca hasta arriba —explicó Ada.

Enzo únicamente asintió.

La vista de Ada se deslizó por la figura de Enzo de forma involuntaria. Dios Santo, tenía un cuerpo para pecar, para pecar mucho y muchas veces. La de cosas que se le ocurría hacer…

Carraspeó nerviosa cuando se dio cuenta de los derroteros por los que iban sus pensamientos, que eran bastante indecentes.

—Bueno, voy… a dar el desayuno a Teo —dijo cuando fue capaz de reaccionar.

—Y yo voy a ducharme —dijo Enzo, que también le había costado lo suyo centrarse y poner los pies en la realidad.

El pijama de Ada le había puesto nervioso. Le iba a venir bien una ducha… de agua fría. Muy, muy fría.

Enzo se metió en la ducha, pero el agua fría no le bajó la erección que le había provocado Ada y su pijama, aunque se negaba a sí mismo a reconocer que aquel alzamiento lo hubiera impulsado ella. No podía ser. Tenía que tratarse de una erección matutina, se dijo para intentar convencerse de que Ada no tenía nada que ver. Era solo la reacción de su cuerpo para mantener el miembro saludable, como le ocurría muchas mañanas. Pero no era fruto de pensamientos o fantasías sexuales ni de ese puto pijamita de raso de color rosa que tan bien le quedaba. Le vino la imagen a la cabeza.

—Joder, Enzo… —se dijo con fastidio—. No puedes salir ahora con estas cosas.

Chasqueó la lengua contra el paladar.

A la vista de que la erección no le bajaba ni a tiros por más agua fría que se daba, echó mano de ella (literalmente), y comenzó a masturbarse. No se iba a presentar a desayunar con la tienda de campaña levantada.

Cuando Enzo entró en la cocina, Teo estaba sentado en la trona comiendo una galleta con forma de dinosaurio que le había dado Ada, para que se entretuviera y no refunfuñara mientras le preparaba el biberón. Tenía restos en las manos y en el babero.

El pequeño se llevó la mano a la cara y se llenó la mejilla de galleta.

Enzo sonrió al ver la estampa. Era imposible no hacerlo. Se acercó a él sin pensarlo.

—Te estás poniendo perdido —le dijo.

Teo alzó sus grandes ojos negros hacia Enzo, que debía parecer un rascacielos en esos momentos para él, y lo miró sin dejar de masticar. Durante unos segundos Enzo pensó que se pondría a llorar, como había hecho otras veces cuando se acercaba, sin embargo en aquella ocasión Teo siguió a lo suyo. Iba familiarizándose con él.

El niño se acercó el puñito al ojo y comenzó a rascárselo.

—Espera, que te estás llenando el ojo de galleta —dijo Enzo.

El instinto le hizo coger un pañuelo, inclinarse hacia Teo y limpiarle con mucho cuidado el ojo. Tenía restos de galleta babeada en el párpado, en la ceja y en las largas pestañas. Parecía un cuadro de Picasso.

Ada se había dado la vuelta. Iba a ir hacia Teo para limpiarle cuando pensó que lo mejor era «dejar hacer» a Enzo. Tenía que empezar a delegar la crianza del niño. Enzo era el padre de Teo y ambos debían conocerse, tratarse y acostumbrarse el uno al otro, y para eso lo mejor era dejarles hacer cosas solos.

Vio a Enzo de espaldas, inclinado sobre la trona, maniobrando con las manos para quitarle la comida del ojo al niño.

—Así mejor —dijo Enzo con voz reposada y una sonrisa, cuando el ojo de Teo quedó limpio

de cualquier resto de galleta.

Aprovechó y le pasó el pañuelo por la mejilla, también manchada, y por la boquita, que la tenía llena de babas. Teo empezó a dar palmadas en la trona. Al ver la reacción del niño, Enzo pensó que no lo debía de haber hecho tan mal.

—Hey, lo he hecho bien —dijo, orgulloso de sí mismo.

Ada pensó que solamente había limpiado a un niño, no había desactivado un artefacto explosivo y salvado a la humanidad, pero no le iba a quitar la ilusión. Los hombres eran peores que los propios niños en ese sentido.

—Lo has hecho muy bien —lo animó, aunque dejó entrever una pizca de mordacidad en la voz.

Enzo esbozó una sonrisa cuando se giró hacia Ada.

—Teo te ha manchado de galleta la chaqueta del traje. Espera… —dijo Ada.

Enzo trató de buscar la mancha, pero Ada ya había cogido un pañuelo y le estaba limpiando la solapa, pegada a él. La cercanía hizo que Enzo oliera el aroma que desprendía su pelo suelto. Era una fragancia mezcla de varios cítricos y flor de naranjo.

Ada alzó la mirada y se encontró de pronto atrapada en la profundidad de los ojos negros de Enzo. La intensidad con la que la miraba le hizo tragar saliva.

—Seguro que ha sido cuando se ha puesto a dar palmas en la trona y te ha salpicado —dijo, pasando cuidadosamente el pañuelo por la chaqueta.

Las palabras le salieron en torrente, pero es que el silencio que se había instalado entre ambos la puso nerviosa y se vio obligada a decir algo para paliarlo.

—Seguro —repuso Enzo, sin apartar la mirada de Ada—. Si no se quita tengo un quitamanchas —añadió.

Y lo dijo por decir algo, porque la verdad es que no tenía el cerebro muy lúcido.

—No te preocupes, ya está. Lo he quitado a tiempo de que no se convierta en un desastre mayor —afirmó Ada en un hilo de voz.

—Perfecto.

Se quedaron mirándose otro rato más como dos tontos, hasta que se oyó un carraspeo en la cocina. Ada dio un paso atrás para separarse de Enzo como si le hubieran dado una pequeña descarga eléctrica.

—Siento interrumpir —dijo Gabriela.

—Estaba limpiándole a Enzo la solapa de la chaqueta, Teo se la ha manchado de galleta —se justificó Ada.

Gabriela miró alternativamente a uno y a otro y sonrió para sus adentros.

—Ya sabemos cómo son los niños… —comentó despreocupada—. ¿Quiere un café, señor Callagan? —le preguntó.

—No, he… he quedado con un cliente, y ya llegó tarde —contestó Enzo de forma atropellada mientras consultaba su reloj de muñeca.

No necesitaba cafeína, ya se había puesto a tono con Ada para todo el día.

—Me voy —dijo.

Se dio media vuelta y salió de la cocina.

—Y yo…yo voy a dar el biberón a Teo en el jardín —dijo Ada. Sacó al niño de la trona con prisas y salió disparada con él al jardín.

Gabriela permaneció unos segundos inmóvil en mitad de la cocina. En un momento la habían dejado sola. Aquellos dos habían desaparecido como si los hubiera pillado *in fraganti* haciendo una travesura y no quisieran que los echara la bronca.

Negó para sí con una sonrisilla de conclusión en los labios.

Vaya dos…

CAPÍTULO 22

Una noche Ada estaba preparando el baño de Teo en la bañera móvil que había en el cuarto del niño. La temperatura era ideal y era uno de los momentos que más le gustaban y más disfrutaba el bebé. Enzo siempre llegaba después de que Teo estuviera bañado y a veces incluso cuando ya estaba dormido. Pero aquel día se encontraba en casa desde mitad de la tarde.

Ada vio la franja de luz que salía de debajo de la puerta que daba a la habitación de Enzo y se le ocurrió que quizá quisiera ver cómo le bañaba. Teo se iba familiarizando con él, pero todavía había veces que se ponía a llorar cuando se le acercaba.

Caminó hacia la puerta y la golpeó con los nudillos. Unos segundos después oyó los pasos de Enzo aproximarse al otro lado.

—¿Sí? —dijo al abrir.

Madre de Dios.

Ada se quedó muda.

Tenía el pantalón del traje puesto, la camisa blanca metida por dentro y un par de botones desabrochados, dejando ver parte de su pecho. Se la había arremangado a la altura de los codos, con un aire informal que la volvía loca. Había un magnetismo alrededor de Enzo Callagan, y algo más, algo que no lograba descifrar.

—Voy… Voy a bañar a Teo y he pensado que a lo mejor querías verlo —dijo, intentando por todos los medios que la lengua no se le hiciera un nudo mientras hablaba—. Si puedes, por supuesto… No quiero interrumpir nada —añadió, al darse cuenta de que podía estar trabajando con el portátil en la habitación.

Al principio la petición sorprendió a Enzo, pero más porque le pilló desprevenido que por otra cosa.

—Sí, claro —respondió al cabo de unos segundos.

Ada se giró sobre sus talones y Enzo la siguió.

—Ya verás cómo disfruta, es el momento del día que más le gusta —dijo Ada con los ojillos brillantes. Siempre que hablaba del pequeño le brillaban de una manera que era difícil de explicar.

Enzo observó la destreza con la que desvistió a Teo y lo sumergió despacio en el agua, pasándole el brazo por las axilas para sujetarlo. Enseguida el niño empezó a dar gritos de alegría, entusiasmado, y a patalear.

—Te gusta, ¿verdad? —le preguntó Ada.

Teo respondió sacudiendo las piernas de un lado a otro. La bañera era más grande que la que tenían en el piso y eso le daba mucha mayor libertad de movimientos. Así que estaba pasándoselo bomba.

Ada mojó la esponja.

—¿Puedes echar un poco de gel? —dijo a Enzo, alargando el brazo hacia él.

Enzo cogió el frasco de gel, lo abrió y vertió un chorrito en la esponja.

—¿Más?

—No, así está bien.

Ada la estrujó un par de veces para hacer espuma y comenzó a pasarla por el cuerpo del niño. Enzo los observó. Las risas y la expresión de Teo lo decían todo. Si había un niño feliz en el mundo ese era él. Ada le daba todo el amor que una persona puede dar a otra. Todo el amor de madre que se puede dar.

—Te lo pasas bien, ¿eh, pequeñajo? —dijo Enzo.

Teo soltó una carcajada y empezó a chapotear con las piernas y las manos.

—Para, Teo —dijo Ada—. Para, para, que me estás empapando.

Pero el niño no le hacía caso y el alborozo del momento hizo que continuara salpicando agua

por todas partes, mojando el suelo, los muebles que había alrededor, a Ada, y parte de los pantalones de Enzo, pero él se retiró a tiempo antes de correr la misma suerte que Ada.

—Ya, para —volvió a decir ella en vano.

Enzo se echó a reír con la escena.

Finalmente Ada tuvo que sacar a Teo de la bañera o tendrían que salir de la habitación en canoa. Lo llevó al cambiador, donde lo envolvió con la toalla que tenía estirada sobre él.

—Teo, por Dios… —masculló.

A Enzo casi se le salieron los ojos de las órbitas cuando vio el estado en el que se encontraba Ada. Estaba empapada y la camiseta blanca que llevaba puesta se había quedado pegada a su cuerpo como si fuera una segunda piel. Por si fuera poco, el agua la había vuelto prácticamente transparente y los pechos —sin sujetador—, podían adivinarse bajo la tela. Se puso cardiaco cuando advirtió que Ada tenía los pezones endurecidos. Aquella visión era el sueño erótico de cualquier hombre.

Y de pronto no podía quitarse de la cabeza la imagen de las piernas de Ada alrededor de sus caderas, hundiéndose dentro de ella hasta hacerle gritar de placer.

Joder.

—Tengo… trabajo que hacer —dijo de repente, tan de repente que incluso sonó brusco.

Y sin dejar que Ada hablase, sin dejar que dijese ni media palabra, se dio media vuelta, se metió en su habitación y cerró la puerta.

Ada no entendía nada. Así lo decía la cara de tonta que se le quedó. Pero ¿qué cojones le había pasado? ¿Por qué había salido corriendo?

Bajó la vista y vio que tenía la camiseta pegada totalmente al cuerpo y que se le veían los pechos a través de la tela, pezones incluidos. Para un día que se había quitado el sujetador para estar más cómoda…

Lanzó al aire un suspiro de resignación.

—Genial, le acabo de enseñar las tetas a Enzo Callagan —susurró. Giró los ojos en dirección a Teo—. ¿Has visto lo que has hecho? —le preguntó, señalándose la camiseta empapada.

El niño dio un par de patadas al aire y rio.

—No es divertido —le dijo Ada.

Enzo se recostó en la puerta y resopló. Tenía una erección como un caballo entre las piernas. La imagen de la camiseta mojada y las que después había conjurado traicioneramente su cabeza le habían puesto la polla dura como el acero. No había tenido más remedio que salir pitando. No podía permitir que Ada le viera en ese estado, que le viera más empalmado que Florida.

¿Qué mierda le ocurría con ella? Primero había sido el pijama, que le ponía enfermo cada vez que la veía con él, y quien dice enfermo dice más salido que el pico de una plancha, y ahora la imagen de la camiseta mojada… ¿Qué sería lo próximo? Joder, convivir con Ada estaba empezando a ser una puta tortura. ¿Cómo no lo había pensado? ¿Cómo no había pensado que el plan podría volverse en su contra? ¿Qué podía tener efectos secundarios? Ella era una mujer y él un hombre, un hombre al que le gustaban demasiado las mujeres.

Estaba cavando su propia tumba.

Aquello era obra del karma, que lo castigaba por cabrón… y por gilipollas, pensó.

—Sí, es el karma —murmuró, mientras echaba a andar—. El muy cabrón se está cebando conmigo.

CAPÍTULO 23

Los días siguientes apenas se vieron. Ada tenía la sensación de que Enzo la evitaba a toda costa. Se iba pronto por la mañana y llegaba tarde por las noches. Eran como un matrimonio desgastado por el uso. Podía ser que estuviera muy ocupado con el trabajo. Un imperio —y más familiar— como el que poseía Enzo Callagan, no se levantaba de la noche a la mañana ni se mantenía de la nada, pero algo dentro de ella le decía que esa no era la razón.

Ada llegó a la conclusión de que Enzo no la soportaba y de que lo poco que la tragaba era por Teo. Lo peor es que a ella Enzo no le resultaba tan indiferente. A esas alturas de la película ya no. Últimamente pensaba mucho en él, más de lo que le gustaría, más de lo que necesitaba y más de lo que le convenía.

Quiso convencerse a base de afirmaciones de que tenía que ser algo físico. El tío estaba como quería y vivían juntos. La casa era enorme, pero él estaba ahí. Solo los separaba la habitación de Teo. Además, hacía años luz que Ada no estaba con un hombre. Para ser exactos, el último con el que había estado había sido Enzo. Con un trabajo, un hijo y una casa de la que ocuparse no le quedaba mucho tiempo para citas. Y, bueno, con los tíos ocurría lo mismo que con algunos trabajos, que no querían a una mujer con un hijo a su cargo. Así de despiadado podía ser el mundo para una mujer, entre tantas otras cosas.

Si era físico (atracción física) se le pasaría con el tiempo. Solo se trataba de un cuelgue, y los cuelgues tenían fecha de caducidad. Esperaba que el suyo la tuviera pronto.

Pero Teo era y hacía de punto de conexión entre ambos, de lazo de unión. No solo porque era su hijo, sino porque gracias a él compartían situaciones y circunstancias.

Estaba con la dentición y eso hacía que el niño se mostrara irascible y pesaroso. Después de un día de locos se presentó una noche que se preveía igual. Ada le dio su baño habitual después de cenar y lo acostó. Pero apenas un par de horas después, Teo estaba llorando en su cuna.

Ada lo cogió y lo acunó entre sus brazos para calmarlo.

—Ya, mi vida, no llores… —susurró—. Shhh… No llores. Mamá, está aquí… Te duele, ¿verdad, cariño? —le habló con ternura—. Lo sé… Yo sé que te duele —le dijo.

Puso la carita del bebé en el hueco de su cuello para que la oliera y se tranquilizara.

Finalmente Teo volvió a quedarse dormido. Pero duró poco, pues tres horas después volvió a despertarse llorando. Ada se levantó de la cama y acudió de nuevo a su cuarto.

—Tranquilo… Shhh… —dijo al cogerlo.

La desesperaba verlo llorar y no poder hacer nada más de lo que ya hacía. Sabía que el proceso de la dentición era a veces así, que había que llevarlo con paciencia, pero le dolía ver sufrir a su pequeñín de esa manera, porque le producía mucha impotencia.

—¿Quieres que te cante una nana? —le preguntó—. ¿Te canta mamá una nana?

Ada empezó a caminar de un lado a otro de la habitación, acunando a Teo mientras le cantaba su nana preferida.

—La lechuza, la lechuza, hace shhh, hace shhh… Todos calladitos, como la lechuza, hacen shhh, hacen shhh… La lechuza, la lechuza, hace shhh… hace shhh…

La puerta que daba a la habitación de Enzo se abrió.

—¿Qué le pasa? —preguntó él con voz somnolienta.

—Le están saliendo los dientes y le duelen las encías —contestó Ada—. Siento si te ha despertado, me lo llevaré a mi habitación para que no te moleste —añadió.

—No es necesario —dijo Enzo.

—Pero mañana tienes que madrugar y…

—No, Ada. No pasa nada —la cortó con suavidad—. ¿Puedo hacer algo?

Ada negó mientras acunaba a Teo para que dejase de llorar.

—No, yo tampoco puedo hacer nada —dijo con frustración—, excepto mimarlo para que se

tranquilice.

—¿No hay ninguna medicina que le calme el dolor?

—Ya se la he dado, pero hasta dentro de dos horas no se la puedo volver a dar.

—Entiendo.

—¿Podrías ir a la cocina y traer uno de los mordedores que hay en la nevera? —le pidió.

—Sí, claro —respondió Enzo servicial.

Descalzó, se dirigió a la cocina mientras se frotaba la cara para desperezarse. Abrió el frigorífico y buscó los mordedores. Había dos en uno de los estantes de arriba. Tomó uno de ellos y volvió a la habitación de Teo, que seguía llorando.

—Aquí tienes.

—Gracias.

—El frío le alivia el dolor —explicó Ada, dándole el mordedor a Teo, que en cuanto lo cogió se lo llevó a la boca y empezó a morderlo.

—Ada, ¿y tú qué tal estás? —le preguntó Enzo.

Ada se mordió los labios.

—Me desespera que llore así y no pueda hacer nada para calmarlo. La dentición es un proceso por el que pasan todos los bebés, no es nada grave, pero no me gusta verlo así —dijo.

—La verdad es que a mí tampoco.

No, no le gustaba ver a Teo así, llorando con tanta angustia. Se le encogía el corazón. Y tampoco le gustaba ver a Ada en el estado en el que se encontraba. Estaba tranquila, porque el niño no tenía nada grave, pero la expresión de su rostro dejaba traslucir la impotencia y la frustración que le provocaba el sufrimiento del pequeño.

Enzo no era un hombre especialmente tierno o cariñoso. A él le habían enseñado a ser duro, fuerte, competitivo; a no permitirse ser vulnerable por nada ni nadie. Las debilidades estaban mal vistas y todo lo que tuviera que ver con las emociones y los sentimientos también. Así que desde pequeño todas esas cosas las había relegado al fondo del corazón y a no prestarles atención.

Sin embargo, aquel día, algo le hizo alargar la mano y acariciar la cabecita de Teo en un

gesto cargado de ternura. Quería consolarlo de alguna manera, contribuir a que se sintiese bien, a que dejara de llorar de esa forma desconsolada en que lo hacía, porque se le partía el alma.

Afortunadamente, se había calmado y mordisqueaba el mordedor con ganas. Ada le enjugó las lágrimas que caían por sus rechonchos mofletes y le dio un beso en la frente.

Aprovechando que estaba tranquilo, se sentó en la mecedora para ver si conseguía dormirlo.

Teo comenzó a cerrar los párpados lentamente, como si le pesaran mucho. Ada le colocó bocabajo encima de ella, para que estuviera más cómodo y le apoyó la mejilla en su pecho. Volvió a cantarle en voz baja la nana de la lechuza mientras se mecía suavemente adelante y atrás en la mecedora.

—La lechuza, la lechuza, hace shhh, hace shhh… Todos calladitos, como la lechuza, hacen shhh, hacen shhh… La lechuza, la lechuza, hace shhh… hace shhh…

—Se ha quedado dormido —dijo Enzo al cabo de un rato.

Ada esbozó una ligera sonrisa.

—Esta nana le gusta mucho —comentó.

—¿Es su preferida?

—Sí, cuando canto otra se pone a refunfuñar para que le cante la de la lechuza.

Enzo sonrió.

—Tiene carácter.

—Uy, no veas.

Teo se movió y Ada contrajo la cara en una mueca rezando para que no se despertase. Para curarse en salud comenzó a cantar de nuevo.

—La lechuza, la lechuza, hace shhh, hace shhh… Todos calladitos, como la lechuza, hacen shhh, hacen shhh…

—Ada… Eh, Ada… —Ada abrió los ojos cuando oyó su nombre en la voz de Enzo.

Pestañeó unas cuantas veces para enfocar su imagen.

—¿Sí?

—Teo lleva un buen rato dormido. ¿Por qué no te vas a la cama a descansar? Llevas una noche buena…

—Pero si se despierta…

—Yo lo atenderé —dijo Enzo.

Ada alzó una ceja en un gesto de escepticismo.

—¿Tú? Probablemente terminaríais llorando los dos.

Enzo se pasó la mano por la nuca y bajó la cabeza.

—Bueno, y Gabriela también lo puede atender —añadió, al ver su expresión.

—No sé…

—Ada, estás al lado. No va a pasar nada. Venga, vete un rato a la cama. En la mecedora vas a terminar con dolor de cuello. Yo me quedo pendiente del niño.

—Vale —contestó.

Cogió a Teo con cuidado para no despertarlo y se incorporó. Lo llevó hasta su cunita, lo metió en ella y lo arropó con la colcha.

Enzo la siguió con la mirada hasta que cerró la puerta de su habitación.

CAPÍTULO 24

Enzo se quedó pendiente de Teo.

Se preguntaba por qué no se cansaba de mirarlo. Se acercaba a la cuna una y otra vez y lo contemplaba… Sin más. Su pelito negro, su piel rosada, sus carrillos; el modo en que apretaba los puños como si fuera a pelear, la respiración pausada que hacía que su pecho subiera y bajara lentamente. La paz que desprendía…

Inhalaba hondo, tratando de que su cerebro registrase ese característico olor que poseen los bebés, para que no se le olvidase nunca. Quería guardarlo en su memoria como un tesoro.

Resultaba curioso analizar el modo en que estaba cambiando el centro de su vida, las perspectivas, las prioridades; todo lo que le rodeaba. Lo que estaba experimentando desde que Teo (y también Ada) estaba allí era algo que jamás se hubiera imaginado. Un sentimiento desconocido se había agarrado a su corazón… Un lazo indivisible, primitivo, instintivo, que lo unía a aquel pequeñín que dormía plácidamente en su cuna.

Siempre había oído que los hijos te cambian la vida, y él no quería que su vida cambiase. Le gustaba tal cual era. Por eso se negaba y se resistía a sentar la cabeza, a casarse, a formar una familia, a tener hijos… pese a que por edad «le tocara». Incluso aunque esa (tener un hijo) fuera una de las condiciones que le imponía su abuelo para dejarle su fortuna y no sacarle de la dirección de la empresa. Era una forma de presionarle, de meterle en vereda, porque Enzo era un cabeza loca. Era muy bueno para los negocios, pero perdía mucho tiempo y mucha energía enredado en la legión de mujeres que se tiraba, y eso chocaba con los convencionalismos chapados a la antigua que profesaba su abuelo.

Estaba poniéndose los gemelos en los puños de la camisa cuando oyó rezongar a Teo. Enseguida dejó lo que estaba haciendo y fue a verle. Cuando se asomó a la cuna el niño lo miró con el ceño fruncido. Enzo supuso que se estaría preguntando dónde demonios estaba su mamá y qué hacía él allí, que por supuesto no era ella.

—No vas a llorar si te cojo, ¿verdad? —le preguntó.

Pero con un niño de nueve meses nunca se sabía. Eran imprevisibles. Sin embargo había que arriesgarse.

Se inclinó y lo tomó en brazos.

—Así, muy bien… —susurró, al ver que Teo no lloraba—. No tienes que llorar. Si lloras despertarás a tu mamá y no le has dejado dormir mucho esta noche.

Teo se frotó los ojos con los puños para desperezarse y se quedó mirándolo. Enzo le sonrió. Pero la sonrisa se le esfumó de un plumazo cuando oyó el sonido inconfundible de un pedo. Por si tenía alguna duda, el olor le confirmó de qué se trataba.

—¿Te acabas de cagar en tu padre? —le preguntó al niño, jugando con las palabras.

Teo se tiró otro par de pedos y terminó soltando una risotada. Parecía que lo estaba haciendo a propósito.

—Joder, no me lo puedo creer… —masculló Enzo, frunciendo la nariz por el olor.

Tras unos segundos se dijo que no debía cundir el pánico. Seguro que los niños eran como esos sabuesos capaces de oler el miedo. Sí, seguro que Teo olería su miedo y se lo pondría más difícil. También se dijo que podría salir airoso de aquella situación. No iba a llamar a Ada solo para que cambiara el pañal al niño. Lo haría él. No podía ser tan difícil, ¿no? Claro que no.

Llevó a Teo al cambiador y lo tumbó sobre él.

Lo primero era quitarle el pijama, pero algo tan simple como eso se volvió una odisea, porque el niño no se estaba quieto ni a la de tres. No dejaba de patalear, de rodar a un lado y a otro para intentar ponerse bocabajo y de coger todo lo que había a su alcance; los botes, las cremas… Enzo tuvo que quitarle el bote de la hidratante porque se lo había llevado a la boca y si le dejaba, probablemente fuera lo que desayunara.

—¿Es que no te vas a estar quieto? —le preguntó.

Dejó escapar un suspiro y por fin pudo deshacerse del pijama.

Conseguido.

Ahora tocaba el pañal.

Desabrochó los botones del body, despegó los laterales del pañal y lo abrió.

—¡Señor! —exclamó al ver todo lo que había allí dentro.

Recordó un par de vídeos que había visto tiempo atrás y que se habían hecho virales, en los que hombres que cambiaban el pañal a sus hijos por primera vez, se quedaban colgados dando arcadas. Él no iba a dar arcadas, pero se preguntó con el gesto fruncido que qué había comido el niño para soltar todo aquello. Madre del Amor Hermoso, era como la lava de un volcán.

Destapó el paquete de las toallitas y cogió una.

Ada lo observaba en silencio desde el otro lado de la habitación. Los había oído trastear y se había levantado para ver qué pasaba. La imagen de Enzo vestido inmaculadamente con el pantalón del traje y una camisa gris ajustadita, marcando los músculos de los brazos y de la espalda cada vez que hacía un movimiento era de lo más sexy, de lo más sexual, de lo más… Oh, Santo Dios. Ada se descubrió tragando saliva. Estaba más a merced de sus hormonas de lo que creía. Pero es que Enzo Callagan era como una perfecta estatua con vida.

Mucho se comparaba en las novelas románticas a hombres con los dioses griegos, pero ¿qué había de los romanos? Enzo (y más siendo medio italiano) era un Febo (Apolo en la mitología griega), el Dios de la belleza, de las artes y de la música, o un Neptuno fuerte y musculoso. Ada se lo imaginó saliendo entre las aguas embravecidas del mar, entre olas de espuma blanca, con un tridente y un carro, y…

¡Stop!

¿Qué gilipolleces estaba pensando? ¿Acaso era una niña de quince años para ponerse a fantasear de esa manera? Notó que las mejillas se le sonrojaban.

Escuchó a Enzo chasquear la lengua contra el paladar y enjugarse la frente con la mano. No lo estaba pasando bien. Teo se rebelaba contra él, y eso estaba exasperando a Enzo, que no

dejaba de resoplar. Ada reconoció que se estaba divirtiendo de lo lindo.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó.

Enzo sujetó a Teo poniendo una mano en su tripa y giró el rostro hacia ella.

—No, puedo solo —contestó, como si estuviera resolviendo un complicadísimo problema matemático.

Ada se acercó a ellos para ver la escena de cerca.

—Necesitas más de una toallita para limpiar eso —dijo, y no pudo evitar dejar escapar una risilla. ¡Qué bien se lo estaba pasando!

—¿Te divierte? —le preguntó Enzo.

—Sí —respondió Ada, complacida.

Enzo bufó.

—Y lo dices sin cortarte un pelo. Ni siquiera te molestas en disimularlo —dijo con visible fastidio.

—¿Para qué? Es muy divertido —contestó Ada.

Enzo la miró de reojo.

No tener el control de la situación lo desesperaba. Era dueño de varias empresas vinícolas, miembro del consejo de administración de la multinacional de su abuelo, se enfrentaba todos los días con hombres ricos y poderosos, pero era un bebé de nueve meses, ¡de nueve meses!, el que se las estaba haciendo pasar putas y sudar la gota gorda, en el sentido literal de la frase, porque Enzo notaba como las gotas de sudor resbalaban por sus sienes. Teo era para él un reto mayor de lo que había esperado.

—¿Es normal que suelte todo esto? —le preguntó a Ada mientras le limpiaba el culete al niño con un montón de toallitas.

—Oh, sí. Y a veces suelta más —afirmó Ada.

—¿Más?

—Sí.

Enzo terminó de limpiarlo.

—¡Hecho! —dijo orgulloso de sí mismo.

—Espera… —lo frenó Ada—. Tienes que darle un poco de crema hidratante para que no se le irrite la piel.

—Vale.

Enzo buscó el bote, que era el mismo que Teo había cogido al principio y se había llevado a la boca, lo abrió y le extendió un poco de crema por la piel.

Respiró, por fin, cuando colocó el pañal limpio debajo del niño. Se disponía a cerrarlo alrededor de su cintura cuando Teo lanzó un chorro de pis. Fue tan alto que alcanzó la impoluta camisa de Enzo, dejándole una enorme chorrera en la parte de delante.

—¡Joder! —exclamó él con un respingo.

Intentó apartarse, pero no fue lo suficientemente rápido para hacerlo.

Ada estalló en una carcajada contagiosa que animó al niño a reírse también.

—No tiene gracia —dijo Enzo.

—Un poco sí —rio Ada.

—Deja de reírte, joder. Mira cómo me ha puesto… Voy a tener que cambiarme la camisa —dijo enfadado.

—Pues te la cambias y punto, no te va a llevar más de cinco minutos. Así que menos gruñidos, por favor, que vas a asustar a Teo. —Ada trataba de contener la risa, de verdad que trataba de no reírse, pero le resultaba imposible.

Enzo la miró como si quisiera fulminarla con los ojos, pero a Ada le dio igual. Se lo estaba pasando demasiado bien. Hacía mucho tiempo que no se reía tanto.

—Ahora sé de quién ha heredado Teo los genes dramáticos —se burló.

Enzo entornó los ojos. Quería matarla. Sí, quería matarla lentamente.

—No he dicho nada —dijo Ada, descojonándose aún más.

—¿Puedes terminar tú, por favor? —le preguntó Enzo con retintín en la voz—. Se me va a echar la hora encima.

—Claro —dijo Ada.

Enzo dio media vuelta y se internó en su habitación. Ada se limpió con la mano las lágrimas que habían empezado a deslizarse por su rostro a cuenta de la risa floja que le había dado. Miró a Teo.

—Eso ha estado muy bien —le susurró en tono cómplice—. Pero que no se entere tu padre de que te lo he dicho —rio por lo bajo.

Teo hizo unos cuantos gorgoritos de alegría y se lanzó a patalear y a manotear.

CAPÍTULO 25

Ada buscó a Gabriela por la casa. La encontró en la cocina, preparando uno de esos guisos mediterráneos que hacían chuparte los dedos hasta casi borrarte las huellas dactilares de las yemas.

—Gabriela, ¿dónde podría encontrar algún cuaderno o libreta? —le preguntó.

—En el despacho del señor Callagan.

—¿Y podrías entrar y coger algo donde pueda escribir?

—Claro.

—Y unos bolígrafos —añadió Ada.

—Ahora mismo.

Gabriela se secó las manos a un paño, que después se echó al hombro, y salió de la cocina. Unos pocos minutos más tarde venía cargada con un par de cuadernos y unos cuantos bolígrafos de varios colores.

—¿Esto te vale?

—Es perfecto —dijo Ada, entusiasmada.

Se inclinó y dio un beso en la mejilla a Gabriela.

—Muchas gracias.

—De nada, cariño.

Por la tarde, Teo estaba tranquilo, así que Ada le dejó disfrutar a sus anchas por el césped, gateando de allá para acá; investigando, curioseando, descubriendo el mundo, mientras ella aprovechaba un momento de inspiración para escribir, apoyada en el tronco de un árbol

centenario de los del jardín, sin quitar ojo de encima al niño, claro.

Tenía tiempo (algo de lo que carecía últimamente en Nueva York) y era la mejor forma de invertirlo. Además, el ambiente, el paisaje y el clima suave de la isla eran potentes estimulantes para la creatividad. Hacía tiempo que no se sentía tan motivada, y a falta de ordenador para escribir, bueno era papel y bolígrafo, haciendo honores a la vieja usanza.

La tarde cayó sobre Isquia, pintando el cielo de tonos anaranjados y rojizos y creando un atardecer de postal.

Ada no fue consciente de la rapidez con la que había pasado el tiempo hasta que no vio a Enzo en el jardín.

—Hola —la saludó.

Ada dejó de escribir y levantó la vista.

—Hola —dijo—. Le he dicho a Gabriela que cogiera un par de cuadernos y unos bolígrafos de tu despacho, espero que no te importe.

—No hay problema —contestó Enzo—. ¿Puedo sentarme? —preguntó.

—Se te va a manchar el traje, Enzo Callagan, y ya bastante te has ensuciado hoy —dijo Ada con sorna.

Enzo sonrió, negando para sí mientras se desabrochaba el botón de la chaqueta y se sentaba a su lado.

—Eres muy graciosa, Ada Willow —masculló—. ¿Y Teo?

—Tratando de atrapar una mariposa —contestó Ada, señalando con la cabeza el lugar donde Teo, a gatas, perseguía con ahínco a una mariposa, que se posaba aquí y allá sin dejarse coger.

—¿Crees que terminará atrapándola?

—Espero que no, porque lo más probable es que si la coge se la coma.

Enzo miró a Ada con gesto interrogativo.

—Teo está en una época en que todo se lo lleva a la boca. Es su manera de explorar las cosas —le explicó—. Hay que tener mil ojos con él porque no es recomendable que coma tierra y los insectos todavía no están dentro de su dieta.

Enzo se echó a reír.

—Dios Santo, tener un niño es toda una aventura —comentó.

—No lo sabes bien.

Ada sonrió y Enzo se quedó mirando sus labios como hipnotizado. Tuvo que hacer un esfuerzo para apartar los ojos de ella y que no pensara que era idiota perdido.

Teo se giró hacia ellos al oírlos hablar y cuando vio a Enzo, gateó todo lo deprisa que pudo hacia él. Cuando lo alcanzó puso sus manitas sobre la rodilla. Enzo lo cogió y lo sentó en su regazo.

—No vas a volver a cagarte en mí, ¿verdad? —dijo con una sonrisa.

Teo se puso a dar palmas, hasta que paró y empezó a mirarse las manos como si no se las hubiera visto nunca. Ada estiró el brazo y le limpió un poco de tierra que tenía en el carrillo.

—¿Puedo preguntar qué escribes? —dijo Enzo, mirando hacia el cuaderno de Ada, pero sin detenerse demasiado para no leer lo que ponía, ya que no era de su incumbencia.

—Te diría que una novela, pero es demasiado pronto para aventurarme a llamarlo así —respondió Ada con humildad.

—¿Escribes?

—Lo intento.

—¿Qué tipo de novela?

—Romántico-erótica.

—Interesante… —dijo Enzo.

—Pero solo tengo capítulos sueltos, algunos principios… no he concluido nada aún.

—¿Por qué? —se interesó Enzo.

Ada alzó los hombros.

—Falta de inspiración, de tiempo… Cuando nació Teo dejé de tener tiempo para algo que no fuera él, y con el trabajo y la casa…

—Entiendo… ¿Y te gusta escribir en papel, como los escribanos?

—No, en realidad antes escribía con un ordenador, pero cuando me despidieron del trabajo

tuve que venderlo —respondió.

Enzo torció el gesto.

—Debería echarte la bronca —dijo.

—¿Por qué?

—Porque tenías que haberme buscado antes, Ada, cuando nació Teo, no esperar nueve meses y verte con el agua al cuello para decírmelo.

—Bueno…, ya está, Enzo, ya lo sabes… —titubeó.

Ada trató de defenderse, aunque era complicado porque en realidad no tenía mucha defensa. Alzó al cielo una plegaria silenciosa para que Teo volviera a cagarse (a veces armaba mucho estruendo) y así tener una excusa para interrumpir la conversación.

«Vamos, Teo. Echa una mano a mami.»

Pero no hubo suerte.

—No, no está, Ada —continuó Enzo alzando una octava el tono de voz—. Si no fuera porque te despidieron de esa tienda en la que trabajabas, jamás me hubiera enterado de que tenía un hijo, y no sabes cómo me jode pensarlo. ¡No lo sabes!

Ada lanzó al aire un suspiro. No podía negar que Enzo tenía razón. Sí, era cierto. Si no hubiera sido por los problemas económicos por los que estaba atravesando no se lo hubiera dicho nunca, pero ella había tenido un motivo de peso para no confesarle que se había quedado embarazada y mucho menos que tenía un hijo suyo.

—Ya sabes por qué no te dije nada, Enzo —repuso a la defensiva, frotándose la frente con la mano—. Me hubieras quitado a Teo, como lo has intentado ahora, ¿o se te olvida por qué estoy aquí? —le preguntó.

Ada dijo las últimas palabras enfadada y el niño empezó a llorar cuando los oyó discutir.

—Ya, mi vida… —susurró Ada, acariciándole con ternura la cabecita.

Teo alzó los brazos hacia ella, haciendo pucheros con la boquita de piñón. Ada se levantó y lo cogió en brazos para calmarlo.

—Ya… —lo consoló. Miró a Enzo, que seguía sentado en el césped—. Tenemos que

aprender de alguna manera a no discutir delante de Teo, es un niño que se da cuenta de todo —le reprochó Ada.

Y sin más, se dio media vuelta, cruzó el jardín y se metió con Teo en la casa.

—¡Joder! —masculló Enzo, lanzando un gruñido al aire.

¿Por qué la mayoría de las veces terminaban discutiendo? ¿Acaso no eran adultos? Entonces, ¿por qué se comportaban como si fueran dos críos?

CAPÍTULO 26

Aquella noche Ada cenó en la cocina, no le apetecía ver a Enzo. Solo quería estar tranquila con su pequeñín y no discutiendo cosas que ya no tenían vuelta atrás ni solución. Entendía que Enzo le echase en cara que no le hubiera hablado de Teo antes o que no le contase que se había quedado embarazada después del tórrido encuentro que habían tenido en aquel hotel de lujo, pero él tenía que entender que lo hizo para proteger al niño y para protegerse ella. Él se lo iba a quitar, iba a pedir la custodia, y de no ser porque había accedido a irse con Enzo a la isla de Isquia, ahora mismo su hijo era probable que no estuviera con ella.

Si no llegaban a un punto de equilibrio, a un acuerdo, la convivencia iba a ser un asco y un total fracaso.

Enzo no salió de la habitación. Se pasó toda la noche y buena parte de la madrugada trabajando en el proyecto de un nuevo vino que iba a sacar al mercado.

Sintió a Ada en el cuarto de Teo, y aunque tuvo tentación de entrar y hablar con ella, decidió que lo mejor era dejar las cosas como estaban… por el momento. Ambos tenían personalidades muy fuertes y estaban ofuscados. Mañana lo verían todo más claro.

A Enzo no le debería de importar que Ada se enfadase o se dejara de enfadar, ella estaba allí para lo que estaba. Era el peón de su particular juego, la pieza precisa para llevar a cabo su plan. Pero el caso es que le importaba. Sí, le importaba. No le gustaba que se enfadara con él. No sabía la razón, pero no le gustaba verla enfadada.

Inhaló una bocanada de aire y resopló.

Sobre la mesa, al lado del portátil, descansaba su cuaderno. Se lo había dejado olvidado en el

jardín.

Enzo estuvo tentado de abrirlo y leer lo que había escrito Ada aquella tarde, pero en último momento desistió. No tenía ningún derecho a husmear en nada concerniente a Ada. Lo miró una vez más. Mañana se lo devolvería.

A la mañana siguiente, Gabriela se ocupó del niño mientras Ada se duchaba. Salía del cuarto de baño cuando Enzo llamó a la puerta.

—Adelante —dijo, al tiempo que se peinaba el pelo húmedo.

Ada pensaba que sería Gabriela, porque habían tocado en la puerta principal, no en la que daba al cuarto de Teo y por la que podía haber ido Enzo, pero se llevó una sorpresa mayúscula cuando al que vio entrar en la habitación fue a él. Instintivamente, se llevó las manos al albornoz y se lo cerró para que le tapase el escote. De pronto, sin saber por qué, se sentía vulnerable. ¿No podía haber escogido otro momento más oportuno?

—Pensé que era Gabriela —dijo nerviosa.

—Si quieres, me voy —se adelantó Enzo.

—No, no pasa nada.

Enzo alargó el brazo. En la mano llevaba el cuaderno de Ada.

—Ayer te lo dejaste en el jardín.

Ada lo cogió de su mano.

—Gracias, no me di cuenta —dijo.

Le lanzó una mirada de alarma. No es que en aquellas páginas hubiera escrito su diario, pero no le gustaba que husmearan en sus anotaciones, porque a veces ponía muchas tonterías y otras cosas personales.

—Tranquila, no lo he leído —contestó Enzo a la pregunta que Ada se estaba formulando en la cabeza—. Solo lo leeré si un día… Bueno, si un día quieres que lo lea —añadió.

Ada asintió.

Enzo la miró de arriba abajo sin poder evitar que sus ojos repararan en las zonas de piel que quedaban al descubierto. Pensar que estaba completamente desnuda bajo el albornoz lo descompuso. Aunque podría ir vestida de monja de clausura y lo descompondría igual.

Se fijó en el cuello. Varias gotas de agua resbalaban por la fina piel. Se imaginó inclinándose sobre Ada y lamiéndolas lentamente con la lengua.

Santo Cristo.

Intentó centrarse y dejar aquellas fantasías a un lado, pero el aroma a gel de ducha y flor de naranjo que desprendía el cuerpo de Ada no contribuía mucho a que su entrepierna se calmase. Su polla estaba empezando a dar tantas sacudidas que se olvidó para qué había ido a verla, aparte de para entregarle el cuaderno.

—Ada… he venido a disculparme…

Mientras hablaba se dio cuenta de que el nudo del cinturón del albornoz se había corrido y de que estaba casi deshecho, tan deshecho que el cinturón arrastraba por el suelo. Estaba a un suspiro de abrirse. Solo a un suspiro; a un tironcito.

Oh, Dios.

El corazón se le puso a mil, bombeando sangre a su entrepierna. Casi podía sentir cómo se impulsaba a través de las venas.

Entonces se le ocurrió una maldad.

Una travesura.

Ada se giró para dejar el cuaderno en la mesa, momento que Enzo aprovechó para pisar el extremo del cinturón que arrastraba en el suelo. El nudo terminó de deshacerse y el albornoz se abrió, dejando a la vista parte del cuerpo desnudo de Ada.

—Oh, mierda… —gruñó ella.

Abrió los ojos desmesuradamente y dando un respingo se apresuró a taparse, pero era tarde. Fueron unos pocos segundos, un tiempo nimio, pero para Enzo fue como ver el Cielo, y casi como tocarlo. Ada era jodidamente preciosa: la piel blanca, los pechos generosos, las curvas perfectas para volverse loco. Jadeó.

—¿Querías algo más? —le preguntó Ada con mucha prisa.

Se había puesto nerviosa y le ardían las mejillas. Pero Enzo no estaba en mejor estado que ella.

—Sí…, yo quería…

—¿Qué querías, Enzo? —le apremió Ada, al tiempo que se apretaba tanto el cinturón alrededor de la cintura que a punto estuvo de cortarse la circulación de la sangre. Aquel puto albornoz no iba a volverse a abrir de ninguna manera.

Enzo por fin reaccionó.

—Había pensado que podíamos ir a la playa…

Ada levantó la vista hacia él y lo miró como si le hubieran salido varios brazos alrededor del cuerpo, como al dios hindú Shiva.

—¿A la playa? —repitió.

—Sí, a la privada. Solo estaremos nosotros. Teo, tú y yo. Como a Teo le gusta tanto el agua he pensado que disfrutaría mucho.

Ada se metió el pelo húmedo detrás de las orejas.

—No sé si es buena idea… —dijo.

—¿Por qué?

—Porque tú y yo acabaremos discutiendo, como siempre —contestó Ada—. No podemos estar más de diez minutos juntos sin discutir, Enzo. Y estoy harta. No me soportas, eso es algo que se ve a la legua.

—Eso no es verdad —la contradijo Enzo.

—¡Sí que lo es!

—¡No lo es!

—Claro que lo es. —Ada frunció las cejas con obcecación—. Me toleras porque soy la madre de tu hijo, nada más—. Sales corriendo de donde estoy y pasan días enteros sin vernos, como si me evitaras.

—Pero eso no es porque no te soporte, es porque… —Enzo se calló de golpe.

—¿Por qué es? —le preguntó Ada.

Enzo tuvo que morderse la lengua hasta casi hacerse sangre para no decirle que eso se debía a que le ponía como una moto, a que se encendía como un candil cuando la veía, a que lo único que hacía su cabeza era torturarlo con imágenes suyas follándola de todas las maneras posibles, de todas las maneras humanamente viables, como no había follado nunca a ninguna mujer. Justo como le estaba pasando en esos momentos. Su erección ya había hecho acto de presencia y no tenía pinta de que fuera a abandonarle.

—Será mejor que me vaya —atajó, dándose la vuelta.

—¿Lo ves? Eso es lo único que haces, largarte, como la noche que estuvimos juntos —dijo Ada, enfadada.

Enzo se giró de nuevo hacia ella.

—Pero no es porque no te soporte —dijo.

—Entonces, ¿por qué? ¿Por qué cojones sales corriendo?

Enzo dio un paso hacia adelante y se quedó a escasos centímetros del rostro de Ada, tan cerca que podía intercambiar el aliento con él.

—Por… —Apretó los dientes.

—¿Por? —le incitó Ada.

Enzo estaba a punto de soltarlo, pero en el último momento se contuvo. Las palabras se resistían a salir de su boca. Dejó escapar el aire entre los dientes, frustrado. Se giró y salió de la habitación sin decir nada.

Ada resopló, cansada, y negó para sí. Qué difícil se le estaba haciendo la convivencia con Enzo Callagan. Aunque Teo era lo más importante en su vida y estaba allí por él, no había sido una buena idea ir con Enzo a Italia y embarcarse en una aventura de aquella talla y que de antemano sabía que iba a salir mal. Empezaba a quedársele grande, porque a ella, él le gustaba más de lo que se imaginaba.

Se encontraba inmersa en esa vorágine de pensamientos cuando la puerta se abrió de golpe. Enzo entró en la habitación como una exhalación, con la fuerza con la que lo haría un tornado.

Antes de que Ada reaccionara, por qué no sabía a qué venía aquello, Enzo se abalanzó sobre ella de un par de zancadas, con una mano le sujetó la cabeza por la nuca, con la otra le aferró la barbilla, y la besó en los labios. Los cuerpos chocaron. El impulso fue tan fuerte que Ada trastabilló un par de pasos hacia atrás.

Fue un beso duro, exigente, hambriento y largo… Un beso lleno de esperas y de ganas. Un beso lleno de instintos que Ada recibió con los labios entreabiertos. Las bocas se buscaban decididas tratando de abarcar a la otra, de encontrarla, de encontrarse, de fundirse en una sola.

El corazón de Ada latía desbocado. Casi lo podía sentir en los propios labios, pulsando y pidiendo más. Más de Enzo.

Con la mente en blanco, sin poder pensar, y dejándose llevar por el instinto, enterró los dedos en el pelo negro de Enzo y acarició su cabeza.

CAPÍTULO 27

—Porque me gustas, joder… —jadeó Enzo en su boca cuando se separó. Su voz emergió de sus labios en una suave ráfaga. Ada le miraba con un gesto interrogante. Sin entender lo que acababa de pasar—. Porque lo que no soporto es tenerte cerca y no poder tocarte.

Ada estaba sin palabras y sin aliento, intentando ubicarse, porque había perdido la noción de todo lo que la rodeaba, como si hubiera dejado de existir.

—Enzo… —susurró.

Su nombre fue la única palabra que pudo pronunciar, la única que procesaba su cerebro, como si se le hubiese olvidado todo lo demás.

—Las ganas de tocarte son tan intensas que me abruman…

Sus bocas volvieron a juntarse, y empezó de nuevo una exploración.

Enzo metió la mano por debajo de la gruesa tela del albornoz y le acarició la nalga. Dejó su boca y le recorrió la línea de la mandíbula con pequeños mordisquitos de forma ascendente hasta llegar al lóbulo de la oreja, que lamió con fuerza. Ada suspiró de gusto.

En esos momentos podía confesarse a sí misma que había soñado con aquello muchas más veces de las que quería admitir. Pero Enzo Callagan era Enzo Callagan. Su nombre a ella le decía todo, incluso lo que no quería oír. Era como una droga adictiva a la que no podía resistirse.

Enzo la cogió en brazos y la llevó hasta la cama.

—Vas a llegar tarde al trabajo —se burló Ada.

—Ahora mismo me importa una puta mierda el trabajo —afirmó Enzo, tumbándose encima de ella.

Ada soltó una carcajada mientras se apresuraba a quitarle la chaqueta del traje y a desabrocharle los botones de la camisa.

Con manos impacientes, Enzo le quitó el albornoz.

—Joder, niña… —exclamó al verla desnuda.

Ada continuó desabrochándole el cinturón y los pantalones. Enzo se encargó de quitarse los bóxer blancos de Calvin Klein que tanto le estorbaban a su erección, desesperada por liberarse.

Con los brazos a ambos lados de la cabeza de Ada, se inclinó y se hundió en su pecho. Mientras que con una mano acariciaba uno, con la boca lamía y chupaba el otro.

—Oh, Dios… —gimió Ada.

Enzo bajó las caderas y Ada notó la dura erección en su vientre.

—Necesitamos un preservativo —dijo, antes de ir a más—. Con Teo por ahora tenemos suficiente —bromeó.

Aunque a veces ni los anticonceptivos impedían un embarazo.

—Sí. —Enzo esbozó una sonrisilla—. Espera un momento…

Se incorporó de la cama de un salto, y raudo y veloz se fue a su habitación. Abrió el cajón superior de la mesilla y agarró la caja de preservativos. Cuando volvió con Ada, ya se había enfundado de látex el miembro.

—¿Dónde lo habíamos dejado, *piccola mia*? —preguntó en tono canalla, de pie frente a Ada.

¡Lo que le faltaba a Ada, oírle hablar en italiano!

En su cuerpo parecía que se había declarado un incendio. ¿Cómo podía estar tan bueno? Parecía idiota, porque no podía apartar los ojos de su torso, de los abdominales marcados, de los bíceps… y de la erección. Divina y fabulosa erección: dura, grande, gorda…

—Me estabas besando aquí —contestó pícara, señalándose los pechos.

—Ya me acuerdo… —Enzo se mordió el labio.

Después se inclinó y empezó de nuevo a juguetear con las tetas de Ada. Ella se arqueó, soltando un suspiro de placer, y Enzo dibujó con sus manos el perfil de sus curvas, repasando cada recoveco de su cuerpo casi con devoción.

—Qué ganas tengo de follarte —susurró mientras parecía que se relamía de gusto.

Metió las manos por debajo de las nalgas de Ada y tiró de ella para colocarle las piernas encima de sus muslos. Puso un brazo al lado de su cadera y con la mano libre se cogió la polla y tanteó la entrada. Ada se arqueó, buscándolo (tenía tantas ganas de follárselo como él), y Enzo coló su erección, dura como un ariete para reventar puertas, en el interior. Salió y volvió a entrar, enterrándose del todo. Ada no pudo evitar poner un gesto de dolor.

Enzo se quedó inmóvil, con expresión contrariada.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—Hace mucho tiempo que no tengo relaciones sexuales.

—¿Cuánto?

—Desde que estuve contigo —respondió Ada.

Enzo asintió.

—Voy a ir más despacio, ¿vale?

—No te preocupes, estoy bien.

Enzo se inclinó sobre ella, manteniendo el peso de su cuerpo en sus brazos y se apoderó de los labios de Ada, deslizando la lengua por su boca para enredarla con la suya. Mientras la besaba, fue penetrándola despacio, abriéndose paso centímetro a centímetro.

Joder, estaba tan estrecha… Tan húmeda… Tan confortable…

Tuvo que hacer un esfuerzo para contenerse y dejar que Ada se acostumbrase a su invasión. Tomó aire y lo dejó salir poco a poco.

Ella sentía cómo los músculos se ensanchaban para acomodarlo y cómo el escozor de la primera embestida se transformaba en placer. En un rotundo placer.

—¿Qué tal? —le preguntó Enzo.

Ada sonrió.

—Muy bien —ronroneó satisfecha.

Y estaba muy bien. Muy, muy bien.

Se agarró a sus brazos y levantó las piernas, empujando las caderas hacia delante para recibir

sus envites.

—Más rápido, Enzo —le pidió, y lo animó espoleándole con los talones.

—Mmmm…, mi fierecilla —susurró él.

Un gemido escapó de la garganta de Ada cuando Enzo aumentó el ritmo. Se hundía en ella notando como su cuerpo se cerraba alrededor de su miembro, atrapándolo. Gruñó de satisfacción. ¿Cómo podía haberse olvidado de una mujer como Ada? De sus generosos pechos, de sus nalgas respingonas, de sus labios, de… Estar dentro de ella era estar en el mejor spa de lujo del mundo.

—Estoy… a punto —susurró Ada.

Enzo incrementó aún más las embestidas para que se corriera. Unos pocos empujones después Ada sintió un cosquilleo en la pelvis que se fue extendiendo lentamente por cada rincón de su ser y que despertó una reacción en cadena que la llevó a un orgasmo increíble. Los espasmos de placer sacudieron todo su cuerpo.

—Oh, joder… —masculló casi sin fuerzas, aferrada a los hombros de Enzo.

Él empujó hacia su interior una última vez y, metido en lo más hondo, se dejó ir sin remisión. Mientras el orgasmo lo ponía del revés, farfulló unas palabras en italiano que Ada no entendió, pero que estaban revestidas de un sonido de satisfacción que dejaba claras muchas cosas.

CAPÍTULO 28

Se estaban acomodando en la cama cuando Gabriela llamó a la puerta.

—¡Teo! —exclamó Ada en voz baja, acordándose de pronto de él—. Voy —dijo en tono atropellado.

—Nos hemos corrido por los pelos —bromeó Enzo—. Gabriela ha estado a punto de interrumpirnos en pleno orgasmo.

Pero Ada se había puesto nerviosa y no estaba para gracias.

—Ada, ¿tienes tú el chupete de Teo? —le preguntó Gabriela desde el otro lado de la puerta —. No lo encuentro por ninguna parte.

Ada apartó las sábanas de golpe y salió disparada de la cama, como si le hubieran pinchado en el culo con un alfiler. Miró a todos los lados con impaciencia. A derecha, a izquierda; arriba, abajo… Los ojos no le daban de sí buscando el chupete del niño. Por fin lo localizó sobre la cómoda.

—Sí, está aquí —dijo.

Echó mano al albornoz, que había terminado en el suelo, y se lo puso a toda prisa. Cogió el chupete de camino a la puerta y abrió.

—Está aquí —dijo, poniéndoselo en la boca a Teo, que estaba en brazos de Gabriela.

Gabriela la miró extrañada.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Ada se atusó el pelo, revuelto por el revolcón que se acababa de dar.

—Sí, claro.

Teo estiró los brazos hacía Ada y ella lo cogió.

—¿Has visto al señor Callagan? —dijo Gabriela.

—¿A Enzo? No, no lo he visto, no tengo ni idea de dónde puede estar… —Ada seguía muy nerviosa y parecía que le había dado un tic en los ojos, porque no paraba de pestañear.

—Ada, ¿estás bien? —insistió Gabriela algo preocupada.

El niño, al ver a Enzo en la cama de Ada, empezó a dar gritos de alegría y a querer irse con él. A lo que Enzo contribuía llamándolo con las manos, para que Ada se pusiera más nerviosa de lo que estaba. Qué cabrón era.

—Sí, estoy bien. Voy… Voy a vestirme y a atender a Teo —contestó Ada con prisa.

—Vale. Si ves al señor Callagan dile que le estoy buscando.

—Sí, lo haré.

Ada cerró la puerta y soltó el aire de los pulmones, aliviada.

Enzo se echó a reír.

—Pero ¿qué te pasa? —curioseó, al advertir el estado en el que se había puesto

—No quiero que Gabriela piense que le dejo a Teo para poder follar contigo —respondió, avanzando hacia la cama.

—¿Y qué más da lo que piense Gabriela?

—A mí me importa —contestó Ada.

Se inclinó y sentó a Teo sobre la cama revuelta. El niño gateó hasta Enzo para que lo cogiera.

—Pequeñajo, ¿cómo estás? —dijo, sentándolo sobre su tripa.

Teo estiró las manitas y le acarició la cara, entreteniéndose con la incipiente barba que le había salido.

—Rasco un poco —le dijo Enzo al niño, que no dejaba de tocarle.

—Sí, rascas bastante —intervino Ada.

—Pero a ti te gusta —atajó Enzo en tono travieso.

Le agarró la mano y tiró de ella para acercarla a él. Ada se dejó caer a su lado y Enzo le dio un beso en la boca, pasando después la barba por su barbilla.

—¿Qué te parece ahora el plan de la playa? —le preguntó.

—Me parece bien —contestó Ada—. Solo espero que no acabemos como el rosario de la aurora.

Enzo rio.

—Mujer de poca fe. No vamos a discutir, tranquila. —Dirigió la mirada a Teo—. ¿Tú quieres ir a la playa? —le preguntó, dándole un golpecito con el dedo en la punta de la nariz.

Teo frunció el ceño, como si estuviera pensando la respuesta y después, en un arrebato infantil, agarró la cara de Enzo y se frotó contra ella.

—A eso lo llamo yo entusiasmo —dijo él, con la boca aplastada contra la cara de Teo.

Cuando el niño separó su carita, Enzo se inclinó y le dio un beso en la cabeza. Después Teo se tumbó sobre su torso desnudo, apoyando la mejilla en el pecho y lo abrazó con sus cortos bracitos. Enzo a su vez lo abrazó a él. Su expresión se volvió seria. Porque el momento era tierno, pero también solemne. La sensación que tenía en esos momentos era una de las más maravillosas que había sentido en su vida.

Su hijo, porque ya lo sentía como tal.

Su pequeño.

Su vástago.

Cerró los ojos unos segundos, suspiró, y se dejó embriagar por esa sensación. Ada aprovechó para sacarles una foto juntos.

Cogió el móvil, que estaba encima de la mesilla de noche cargándose, pulsó el icono de la cámara para abrir la aplicación, encuadró la imagen y disparó, mientras se le caía la baba, todo hay que decirlo. La estampa era preciosa. Una de esas que te ensanchan el corazón y que te hacen coger aire y respirar satisfecho.

Volvió a encuadrar y sacó otro par de instantáneas más, mientras Enzo acariciaba la pequeña espalda de Teo, que parecía estar en un estado zen total, a juzgar por lo a gusto que se le veía.

Enzo abrió los ojos.

—Ya me va reconociendo, ¿verdad? —le preguntó a Ada.

—Sí —afirmó ella.

Teo ya no lloraba cuando Enzo se acercaba o cuando lo cogía y en esos momentos parecía estar en la gloria con él. Además, eran muchas las ocasiones en las que era el niño el que buscaba —exigía con gruñidos, más bien— la atención de Enzo. Era más que evidente que había una conexión especial entre ellos, ese lazo indivisible e inquebrantable que los uniría como padre e hijo para siempre.

—Es maravilloso —confesó Enzo.

Ada sonrió sin despegar los labios.

—Sí, lo es.

Enzo levantó la vista hacia Ada. Alargó la mano y le picó con el dedo en el costado, haciendo que diera un respingo por las cosquillas que le produjo.

—Entonces, ¿vamos un rato a la playa, *piccola*? —le preguntó.

Ada se derretía como un merengue cada vez que Enzo hablaba en italiano o colaba en una frase alguna palabra en ese idioma.

—¿No tienes que trabajar? —dijo.

—Me tomaré el día libre. Es lo bueno de ser el jefe —contestó Enzo.

Ada sonrió.

—A Teo le va a encantar. Si se lo pasa bien en el baño, imagínate en el mar.

—Le diré a Gabriela que prepare algo para picar y nos lo llevamos.

CAPÍTULO 29

Lo bueno de ser propietario de una playa privada, entre las decenas de cosas buenas que tiene, es que está a un paso (desde la casa de Enzo se veía) y que no te molesta nadie. Tenían la playa, literalmente, para ellos solos, y si me apuras, casi el mundo. Nadie te quita el sitio, nadie pasa a tu lado corriendo y te mancha de arena, no se escapa ninguna pelota y te atiza en la cara… La caña, vamos.

Extendieron un par de toallas y se sentaron en la cálida arena.

El día era espléndido. Isquia contaba con un clima agradable, de eterna primavera, lo que permitía tomar el sol y bañarse en el mar buena parte del año. Ese clima afortunado se reflejaba en el carácter amable de sus habitantes, que siempre se mostraban hospitalarios y con una sonrisa.

—¿Llevas mucho viviendo aquí? —le preguntó Ada a Enzo, al tiempo que extendía el protector solar por el cuerpecito de Teo. Aunque el sol no era fuerte, había que protegerle la piel para que no se le quemara.

—Desde hace nueve años.

—¿Y por qué elegiste este lugar?

—Mi madre era de aquí. Esta era su tierra. —Enzo se tumbó en la toalla sobre un costado y se apoyó en el codo—. La gente es cordial, hace buen tiempo prácticamente todo el año y está alejado de la vorágine que tienen las grandes ciudades. Además, tiene difícil acceso para paparazzi, curiosos, extraños y demás fauna indeseable y puedo permitirme el lujo de prescindir de los guardaespaldas todo el día. —Miró a Ada—. ¿Por qué esa cara?

—¿Qué cara? —preguntó ella, poniéndole a Teo un gorrito verde en la cabeza.

—Esa que tiene una expresión de extrañeza —contestó Enzo.

—Es que… no sé…, pareces un tío cosmopolita, urbano… Da la impresión de que tu ambiente sea más una ciudad como Nueva York, con toda su locura, su caos, que una calmada isla del archipiélago napolitano con algo más de sesenta mil habitantes.

—Veo que has hecho los deberes —anotó Enzo, al reparar en que sabía algunos datos de Isquia.

Ada rio.

—Me informé de dónde me ibas a traer, simplemente por instinto de supervivencia —dijo—. Por si íbamos a una isla perdida en mitad del océano en la que solo estuviéramos tú y yo y un par de cocoteros.

Enzo dejó escapar una carcajada. Su risa era tan sexy como todo lo demás, como todo él.

—No me importaría perderme en una isla solitaria contigo —dijo, guiñándole un ojo.

A ella tampoco, se reconoció Ada a sí misma. No le importaría perderse con Enzo y no encontrarse jamás. Conociéndolo como lo había empezado a conocer, serían días de sexo salvaje y desenfrenado. Seguramente que, de no ser porque estaba Teo con ellos, en esos momentos estarían follando como locos sobre la toalla.

—No estamos para islas solitarias, tenemos un bebé que cuidar —dijo.

Enzo sonrió.

—Bueno, nos conformaremos dándonos cremita… —sugirió, agitando el bote de protector solar en alto—. ¿Puedo? —preguntó.

Con esa cara de niño travieso que se gastaba como le iba a decir que no.

Ada asintió.

Cogió los bordes del vestido playero que se había puesto. Uno ligero blanco con estampado de rayas azul marino, y se lo sacó por la cabeza. Había metido un par de bikinis en la maleta y para aquel día había elegido uno negro con pequeñas florecitas verdes.

—*Mamma mia*, menudas vistas —soltó Enzo.

Ada le tiró el vestido a la cara para que dejara de mirarla. Sus intensos ojos negros la ponían nerviosa.

—¿Me das crema o no? —le metió prisa.

—Qué carácter tienes. ¿Nunca has pensado ser general en el ejército? —se mofó Enzo.

Ada puso los ojos en blanco y resoplo de forma teatral.

—Lo que me toca aguantar.

—Anda, túmbate, que te doy el protector solar para que no te quemes más de lo que estás —siguió vacilándola Enzo.

Ada bufó y se colocó bocabajo en la toalla sin darle réplica. Podrían tirarse así todo el día… y toda la noche… y toda la semana. Apoyó la barbilla en las manos, vigilando a Teo, y trató de relajarse.

Enzo abrió el bote, echó un generoso chorro de crema en su espalda y empezó a esparcirla, deslizando suavemente las manos por el cuerpo de Ada.

Sentir las enormes manos de Enzo sobre ella era… ufff… Para gritar. Se ponía solo con eso. Sus dedos parecían contener fuego, porque notaba una estela de calor allá por donde pasaban.

—¿Me estás dando protector solar o un masaje tántrico? —le preguntó Ada, al ver cómo se recreaba en cada uno de los movimientos.

Enzo sonrió con malicia.

—Ambas cosas. Hay que desentumecerte toda la tensión que tienes acumulada, que por lo que veo es mucha —dijo, pasando las palmas de las manos por los costados de Ada.

—Menos mal que Teo no se entera —suspiró Ada—, sino estaría escandalizado —comentó.

Enzo giró el rostro para ver qué hacía el pequeñín. Estaba muy entretenido con los juguetes que le habían llevado.

—Si te hago una pregunta, ¿me la vas a contestar? —tanteó Enzo.

—Prueba… —dijo Ada.

—¿Por qué no has estado con ningún hombre este tiempo?

A Enzo le había sorprendido mucho la confesión de Ada.

—Ser madre soltera no es fácil. Ya te he dicho que, entre el trabajo, la casa y Teo no me quedaba mucho tiempo, y menos para citas.

—Pero me dijiste que una amiga tuya se quedaba con él.

—Sí, Maggie, pero le pedía ayuda cuando tenía que trabajar, no para tener una cita. Además, no todos los hombres quieren salir con una chica que tiene un bebé.

—Eso es una tontería. Eres joven, guapa, interesante, divertida…

Ada se incorporó y se sentó en la toalla.

—Seré todo lo que tú quieras, pero no todo el mundo está dispuesto a hacerse cargo de una responsabilidad tan grande como es criar a un niño, y menos si no es su hijo. Y lo entiendo, ¿eh? No me voy a hacer la víctima ni la ofendida. Es lo que hay.

Bajó la vista para mirar a Teo, que se divertía sobre la toalla metiendo unas anillas de colores en la base de plástico. En esos momentos agitaba una de ellas transparente que tenía bolitas en su interior que sonaban.

Alargó la mano y le acarició la mejilla. Teo alzó los enormes ojos negros hacia ella, esbozó una sonrisa y lanzó un gritito de alegría, como si llevara mucho tiempo sin verla, o como si se acabara de dar cuenta de que estaba allí. Ada le devolvió el gesto.

Enzo se fijó en cómo miraba al niño. Lo hacía con el amor más grande, puro e incondicional que puede haber en el mundo.

Y entonces supo que las cosas se estaban complicando, y que sus planes también. Todo se desbarataba por momentos. Porque lo último que pensaba era sentir lo que sentía por Teo, aunque fuese su hijo, aunque llevara su sangre. Él nunca se había planteado ser padre, nunca había querido serlo. Por eso su abuelo lo presionaba con ese tema, porque era la única manera (aunque ni por esas) de que Enzo Callagan tuviera descendencia y, sin embargo, ahora daría la vida por aquel pequeñín, si fuera necesario. Se dejaría matar para protegerlo.

Pasó la mano por el gorrito verde de Teo.

Y lo que tampoco pensaba es que se encontraría con una mujer como Ada. La observaba cada día desde que estaban en Isquia y cada día lo sorprendía más, y eso que él no se sorprendía

ya con facilidad, y menos por una mujer. Ninguna conseguía captar su interés más allá de un par de polvos una noche.

Ada poseía algo inexplicable, un halo que no se veía, pero que se percibía con los sentidos. Un no sé qué que flotaba a su alrededor y que te atraía hacia ella sin darte cuenta. Ella y Teo formaban un tándem capaz de llenar de magia cualquier espacio en el que estuvieran. En eso el niño era igual que ella. Ambos tenían el mismo carisma. Se habían ganado sin esfuerzo a todos los de la casa. A Gabriela, a Gianna, a Maurizio… Incluso a él. Todos bebían los vientos por ellos.

—Fuiste muy valiente teniendo a Teo tú sola —dijo Enzo.

Ada se sintió absurdamente halagada.

—Sí… Bueno… —se ruborizó.

Enzo sonrió para sí cuando vio que se había sonrojado.

—Ahora me toca a mí —anunció Ada, cogiendo el protector solar.

Enzo se quitó la camisa, descubriendo su espectacular torso y se tumbó bocabajo sobre la toalla, como unos minutos antes había hecho Ada.

—¿Qué tal fue el embarazo? —le preguntó, cuando ella comenzó a extender la crema por su espalda.

—Oh, bien. No me puedo quejar. Los primeros meses tuve algunas náuseas matinales. Ya se sabe… Pero a partir del tercer mes casi ni me enteré.

—¿Y el parto?

Ada entornó los ojos.

—¿De verdad quieres saber cómo fue el parto? —le preguntó con escepticismo.

Enzo se incorporó un poco y giró el rostro hacia ella.

—Pero ¿qué clase de tío crees que soy? —dijo.

—Uno al que no le interesa cómo me fue en el embarazo o en el parto —contestó Ada, empujándole para que volviera a tumbarse.

Pasó las manos a lo largo de la espalda y se recreó a gusto en los anchos hombros. Enzo

estaba duro como un adoquín.

—Tuviste a mi hijo —dijo Enzo—. Tienes demasiados prejuicios contra mí.

—Te largaste en mitad de la noche después de echar un polvo. Ni siquiera tuviste la decencia de esperar a que amaneciera y a despedirte como un caballero.

—¿Hasta cuándo me lo vas a echar en cara?

—Hasta que te mueras —sentenció Ada con mordacidad—. Eres un capullo.

Enzo puso los ojos en blanco.

—No voy a negar que soy un poco cabrón…

—¿Un poco? —lo interrumpió Ada—. Eres el cabrón entre los cabrones.

Y hundió los pulgares en su espalda.

—¡Ah! —se quejó Enzo.

Ada sonrió con malicia y siguió apretando aquí y allí. Enzo empezó a descojonarse.

—No me digas esas cosas. ¿Qué va a pensar Teo de mí? —bromeó.

Teo había levantado la cabeza hacia ellos al escuchar el alarido de Enzo y los miraba con la boca abierta.

—No metas a Teo en esto —dijo Ada.

Enzo volvió a quejarse cuando Ada hundió sus pulgares en la zona lumbar.

—¿Has visto cómo me trata tu madre? —le preguntó al niño.

—Vaya… pobrecito de ti —se burló Ada, haciendo un exagerado mohín con la boca.

Ada no supo cómo lo hizo, porque ni *Flash, el relámpago humano,* hubiera sido tan rápido, pero Enzo la agarró de la cintura con la agilidad de un felino, la empujó hacia atrás y cuando se quiso dar cuenta lo tenía encima, arrancándole un grito de sorpresa de la garganta.

CAPÍTULO 30

—Ay, mi bella fierecilla… —susurró Enzo a unos centímetros de su rostro. Su aliento rozó la boca de Ada—. No vas a frenar nunca la lengua…

Sus labios esbozaron una sonrisa lobuna y sus ojos se achinaron de una forma que a Ada le pareció muy sexy y que lo transformaba en una tentación. Puta tentación. ¿Cómo podía escapar sino era cayendo en ella? ¿Cómo podía escapar de Enzo Callagan sino era cayendo en sus brazos?

—Nunca —dijo Ada, y pronuncio el «nunca» como si le estuviera lanzando un reto.

Teo, que había observado la escena con el ceño fruncido, se había puesto alerta y había echado a gatear hacia ellos. Cuando los alcanzó, puso las manos en Enzo como si quisiera empujarlo para quitarlo de encima de Ada. Ambos lo miraron de reojo.

—Tienes un defensor dispuesto a entrar en pelea si la ocasión lo requiere —dijo Enzo.

—No me lo puedo creer… —murmuró Ada, asombrada por el gesto del niño.

—Tranquilo, pequeñín, que no voy a hacer nada a mamá. Por lo menos nada malo… —repuso en tono sugestivo.

Cogió al niño, rodó sobre su espalda, quitándose de encima de Ada, y lo abrazó contra su pecho.

Teo comenzó a carcajear, encantado de aquella voltereta que le había dado su padre.

—Mi pequeño héroe —dijo Ada, acariciándole la espalda.

—¿Por qué no nos metemos un rato en el agua? —sugirió Enzo.

—Sí, vamos —dijo Ada.

Se levantaron de la toalla, Enzo con Teo en brazos, y se dirigieron al mar. La marea, que iba y venía hacia ellos, les lamía suavemente los pies. Fueron adentrándose poco a poco, avanzando por la balsa azul que se extendía hacia el infinito. Ada dio un pequeño respingo cuando una ola chocó inesperadamente con ella, salpicándole.

—El agua está un poco fría —comentó.

Cuando les cubría casi por el pecho, Enzo agarró las manitas de Teo y dejó que su cuerpo flotara. Lejos de asustarse o embazarse, el niño parecía estar en su salsa, como pez en el agua, y nunca mejor dicho.

Por instinto, empezó a mover las piernas. Mientras Enzo daba pequeños pasos hacia atrás, Teo pataleaba impaciente, empeñado en avanzar.

El aire se llenó de alegres gritos.

—¿Lo ves? —dijo Enzo a Ada.

—Está feliz —comentó ella.

Durante un buen rato Ada y Enzo disfrutaron como niños del mar de Isquia, del sol suave, de la brisa y de Teo, que se divertía de lo lindo en el agua y que refunfuñó cuando lo sacaron a pesar de que estaba arrugado como una pasa. Los tres lo estaban.

Cuando salieron se sentaron en las toallas y picaron algo de lo que les había preparado Gabriela. Una cosilla ligera para matar el hambre.

—¿Eso es un castillo? —preguntó Ada, señalando con el índice una especie de fortificación que se alzaba a lo lejos sobre una pequeña colina en un islote.

—Sí, es el *Castello Aragonese* —dijo Enzo en italiano, mirando hacia el islote que señalaba Ada—. El Castillo Aragonés —tradujo después.

—Qué bonito… —musitó.

Ada se quedó pasmada mirándolo. Desde esa distancia se distinguían partes de las murallas, algunos torreones con sus ventanucos y la vegetación verde que trataba de adueñarse de la piedra, invadiéndola casi por completo en algunos lados, y que contrastaba vibrante recortada contra el intenso azul del cielo.

—¿Te gustaría verlo? —le preguntó Enzo al percibir su mirada de asombro.

—Me encantaría —dijo una entusiasmada Ada.

—Hay un horario de visitas y se pueden hacer guiadas, pero si quieres, puedo pedir una visita privada, solo para nosotros.

—¿Puedes hacer eso?

Ada supo de inmediato que aquella pregunta era tonta. Se le olvidaba con quién estaba hablando.

—Soy Enzo Callagan de Luca —respondió Enzo, y no tenía que decir nada más, su nombre ya lo hacía por él.

—Engreído —dijo Ada con burla ante su suficiencia.

Enzo alargó el brazo hacia ella con media sonrisa en los labios, inclinándose hacia adelante, la sujetó con la mano por el cuello y le dio un beso en la boca, un beso que Ada saboreó como si fuera miel. Porque a eso sabían los labios de Enzo, a miel.

—¿Crees que Teo se pondrá celoso si me ve besarte? —preguntó él.

—Puede. Siempre me ha tenido para él solo —respondió Ada.

—Pues va a tener que aprender a compartir.

Ambos lo miraron y sonrieron. El mar lo había agotado y se había quedado dormido como un bendito bajo la sombrilla.

Enzo metió la mano en la bolsa y buscó su móvil en uno de los bolsillos interiores. Cuando dio con él, lo sacó y después de buscar un número de teléfono, llamó.

Ada lo escuchó hablar en italiano con la persona que estaba al otro lado. Entre las palabras oyó decir «*Castello Aragonese*» y supuso que estaba haciendo los trámites pertinentes para tener una visita privada al castillo. Así eran las cosas con Enzo, dichas y hechas (a la voz de ya). Esas eran las ventajas de ser rico y de que la mitad de la isla fuera suya, como se decía.

—*Ciao* —se despidió.

Colgó y devolvió el móvil a la bolsa.

—Listo. Mañana abrirán el castillo para nosotros.

CAPÍTULO 31

Enzo no quería pensar en nada. No quería pensar en que sus planes se estaban viniendo abajo. En que lo que había pensado en un principio se desmoronaba. En el motivo por el que había llevado a Ada a Isquia. No quería pensar en la familia, ni en su abuelo, ni en lo que se jugaba, ni en lo que le convenía… Solo quería colarse en la habitación de Ada cuando Teo se durmiera, meterse entre sus piernas y quedarse allí toda la puta noche. Navegando en su cuerpo.

En su mente estaba ella. Solo ella. Omnisciente. Copándolo todo, consumiéndolo, desbaratándolo, haciendo trizas cualquier otra cosa que se atreviera a asomar a su cabeza (sin su permiso).

Haber estado metido en su entrepierna había sido un error… tan gordo como irremediable. Pensaba que una vez que la hubiera tenido, no iba a necesitarla más. Pero se había equivocado. Porque ahora, de repente, necesitaba volver a estarlo. Necesitaba calmar ese hormigueo que le recorría de arriba abajo. ¿Qué narices le pasaba con Ada? ¿Por qué no se la podía sacar de la cabeza? Ninguna mujer había ocupado tanto sus pensamientos como ella. Ninguna. Enzo no estaba acostumbrado a pensar —y hay que ser realista y decirlo—, en otra persona que no fuera él. Era *yoista* por naturaleza, y arrogante, y caprichoso, y creído. Pero Ada estaba colándose entre sus pensamientos de manera sigilosa, sin hacer ruido, sin aspavientos; de la peor manera, de la más peligrosa, porque cuando te quieres dar cuenta, estás atrapado y no hay vuelta atrás, no hay retorno.

Y lo más sospechoso es que no solo parecía gustarle porque sus generosos pechos o su culo respingón le pusieran la polla como un trabuco cargado a punto de disparar. Detrás de eso había

algo más… Algo invisible y todavía inexplicable. Algo que convertía el problema en más grave de lo que parecía, porque no se trataba de la necesidad visceral de follar.

Ya se puede decir: Enzo estaba jodido, pero tampoco quería pensar en ello, o no se atrevía a hacerlo.

Solo necesitó quince minutos para que el recuerdo del cuerpo desnudo de Ada lo excitara y su miembro reclamara su atención. Es como si sus circuitos cerebrales se sobrecalentaran.

Entró en el cuarto de Teo, se acercó sigiloso como un gato a la cuna para comprobar que dormía y al ver que estaba como un angelito, se fue a la habitación de Ada. Llamó a la puerta con un ligero toque de nudillos.

Ada abrió. Enzo le dedicó una mirada que viajó desde la cabeza a los pies. Llevaba encima ese pijamita de raso rosa que le ponía tontorrón y que tantas veces había deseado quitarle, o arrancarle a dentelladas. Ahora tenía la oportunidad.

Sin dejar que Ada dijera ni media palabra, Enzo se lanzó a ella, después de cerrar la puerta con un ligero puntapié. La alzó a pulso por las nalgas, para que enroscara las piernas en su cintura y buscó su boca con una urgencia devastadora mientras la empotraba contra la puerta.

—Silencio, que no estamos solos en el mundo. Teo puede despertarse —dijo Ada al escuchar el sonido sordo que su cuerpo había hecho contra la madera.

—Sí, tienes razón —masculló Enzo, pegado a su boca.

—¿Te gusta empotrarme? —le preguntó Ada con una sonrisilla morbosa, al ver que era lo mismo que estaba haciendo cuando se liaron por primera vez aquel quince de agosto.

—Entre otras cosas —respondió Enzo, besándola en el cuello.

Ada ladeó la cabeza para que Enzo tuviera mejor acceso y pasó las manos por su nuca.

—¿Y qué más cosas te gusta hacerme?

—Ya lo irás descubriendo —susurró con voz de diablillo—. Pero follarte hasta que se te doblen las piernas es una de ellas.

—Tú sí que sabes decirle a una mujer lo que quiere oír, Enzo Callagan —susurró Ada en su oído.

—Y también sé hacerle lo que le gusta que le hagan para gritar de placer, Ada Willow —apostilló él.

Ada se sujetó a sus hombros y mientras se los acariciaba con una amenaza en la yema de los dedos, hundió las uñas en la carne. A ver si dejaba de ser tan engreído el muy cabrón. Enzo gruñó.

—Ten cuidado, fierecilla, no despiertes a la bestia… —masculló a modo de advertencia con los negrísimos ojos entornados. La media luz que había en la habitación le daba un aire extraño.

Ada no pudo contener una risotada de satisfacción.

Aprisionándola con su cuerpo contra la puerta, Enzo le sacó la camiseta del pijama por la cabeza, tirándola a un lado y dejando libres sus pechos. Oh, sus pechos… Gloriosos y benditos. La levantó un par de palmos más y hundió la cara en ellos, como si fuera a beber agua de un manantial de vida.

—Ah, joder… —se quejó Ada.

Enzo succionó tan fuerte uno de los pezones que Ada sintió un hilo de dolor que rápidamente se transformó en una sacudida de placer.

Tras un rato de manoseo, Enzo se deshizo del pantalón del pijama, del bóxer y del short de Ada con movimientos impacientes.

—¿Estás lista? —le preguntó, después de ponerse el preservativo que se había guardado en el bolsillito trasero que tenía el pantalón del pijama. No aguantaba más.

—Métemela hasta donde quieras —respondió Ada.

—Me encanta que me digas guarradas.

Enzo oyó el sonido suave de la sonrisa de Ada y sonrió también. Levantó un poco la cadera y hundió la polla enfundada en el condón hasta el fondo, con una certeza imparable.

—¡Dios! —gimió Ada.

Su cuerpo se arqueó para recibirlo mejor y que la penetración fuera más profunda. Lo quería totalmente dentro. Como si tenerlo así fuera tenerlo todo.

—Joder, Ada… —jadeó Enzo, saliendo de ella y volviendo a embestirla con fuerza—. No te

duele, ¿verdad?

—No, tranquilo.

Empujó de nuevo poniéndose de puntillas para entrar más hondo de Ada, si es que era posible. ¿Qué le pasaba? ¿Qué le daba aquella mujer? ¿Qué le daba ella que no le daban las demás? Había follado más de lo que podía imaginarse; recordaba semanas en las que se había tirado a una tía diferente cada noche y con ninguna había sentido lo que sentía en esos momentos metido entre las piernas de Ada. Estaba tan apretada que la presión que ejercían sus músculos alrededor de la erección de Enzo iba a volverlo loco. O esa es la sensación que tuvo. Esa y que se iba a deshacer de placer.

—Empiezas a volverme loco, Ada —susurró.

—Y tú a mí — afirmó ella.

El cuerpo de Ada colisionaba contra la puerta cada vez que Enzo se clavaba en ella.

—¿Siempre lo haces como si fueras un animal? —le preguntó Ada al oído entre jadeos. Enzo respondió con una nueva embestida.

—A veces puedo ser dulce como un gatito —musitó con voz melosa.

Ada dejó escapar entre los labios una sonrisa.

—Me voy a correr… Sigue.

—¿Dándote fuerte?

—Sí, no pares —murmuró.

—No voy a parar, tranquila.

Un latigazo de placer la pegó de golpe a Enzo, que la sujetó con fuerza mientras su cuerpo se contraía una vez y otra. Un grito se arrancó de su garganta. Lo ahogó como pudo mordiendo el hombro de Enzo.

Él siguió follándola, entrometiéndose en ella como si quisiera perder el conocimiento en el intento. Un cosquilleo empezó a subirle por las piernas como si se tratara de un pequeño calambre. Un temblor. Gemidos. Suspiros. Jadeos. Placer.

—Oh, Dios… —gruñó en el cuello de Ada cuando el orgasmo se descargó con violencia en

el preservativo.

Ambos se quedaron quietos, abrazados, con la boca del otro resoplando en el cuello; tratando de recuperar el aliento, como si acabaran de sobrevivir a un tornado que hubiera arrasado la habitación.

—Ada… —susurró despacio Enzo, en un tono que encerraba todo a lo que no encontraba explicación.

—Enzo…

Se miraron.

Se sonrieron; con una de esas sonrisas que parecen escaparse de los labios sin permiso.

Se suspiraron.

—¿Te vas a ir a dormir a tu habitación? —le dijo Ada a Enzo al tiempo que recogía la camiseta del pijama del suelo y se la ponía.

—¿Quieres que me vaya a mi habitación? —preguntó Enzo a su vez, extrañado.

—Yo he preguntado primero.

—Es que no sé a qué viene esa pregunta, Ada.

—Viene a tu tendencia a salir corriendo después de echar un polvo —respondió ella.

Enzo sonrió, sacudiendo la cabeza. Era cierto que iba a recordárselo hasta el día que muriera.

—Vivimos en la misma casa y nuestras habitaciones están separadas por unos pocos metros, no tendría mucho sentido salir corriendo —dijo.

—¿No? —Ada enarcó las cejas—. No sé… A lo mejor tienes una de esas fobias raras que te impide dormir con las mujeres con las que follas.

Enzo se echó a reír.

—No digas tonterías. No soy el protagonista oscuro de ninguna novela —dijo. Se acercó a Ada y le rodeó la cintura con los brazos—. Simplemente… —Se encogió de hombros—. Bueno, no me gusta tener que estar diciendo a una chica que la llamaré para quedar bien cuando ni me

apetece ni lo voy a hacer. No tenía nada personal contra ti, Ada. Es solo mi manera de actuar. Sé que soy un hijo de puta y que no lo debería de hacer así.

—Algunos hombres sois tan… —siseó Ada entre dientes, dejando la frase suspendida en el aire—. Agrrr… —gruñó.

—Lo siento. Siento mucho haberme ido aquella noche y haberte dejado sola en el hotel —dijo con voz seria—. ¿Me perdonas? —inclinó la cabeza y cariñosamente rozó su nariz con la de Ada—. Di, ¿me perdonas? —repitió, poniendo un puchero.

—Eres un zalamero de lo peor, Enzo Callagan.

—Y tú eres muy dura de pelar, Ada Willow.

Ada abrió la boca, Enzo supuso que para protestar, claro, así que la silenció con un beso, y cuando probó de nuevo sus labios, ella se olvidó de lo que iba a decir.

—Entonces, ¿te quedas aquí? —le preguntó.

—Esta noche yo dormiré aquí y mañana tú dormirás en mi habitación —dijo Enzo—. ¿Te parece bien?

—Me parece muy bien. —Ada le echó los brazos por el cuello, se puso de puntillas y le dio un beso rápido.

—Todavía hay mucho sexo pendiente entre nosotros —repuso Enzo.

—Nada de sexo por esta noche, vamos a dormir. Solo a dormir —dijo Ada, vacilándole.

Enzo entornó los ojos.

—Qué ingenua eres —se mofó.

Ada le dio un codazo en el costado y él se dobló por la mitad fingiendo que le había hecho daño o que le había roto alguna costilla.

—¡Joder, qué dolor!

—Idiota —le dijo Ada, taladrándolo con la mirada, al verlo actuar así.

Enzo empezó a descojonarse vivo.

A mitad de la noche Teo refunfuñó. Ada se despertó y miró por el vigilabebés. Como era costumbre en el niño, se había quitado la colcha a patadas y descansaba a los pies. Puede que tuviera el pañal mojado, pensó.

Apartó las sábanas con cuidado y se levantó sin hacer ruido para no despertar a Enzo. Cruzó la habitación bostezando y arrastrando los pies descalzos y entró en el cuarto de Teo. Estiró la mano y dio el interruptor de la pared. Una luz azulada iluminó la estancia con un resplandor tibio.

—¿Qué te pasa, mi vida? —susurró cuando alcanzó la cuna.

El pequeño estaba medio dormido. Abría y cerraba los ojos con gesto somnoliento. Ada se inclinó y ahuecó un poco el pañal por la parte de la nalga para ver si necesitaba que se lo cambiara, pero lo tenía seco.

Echó un vistazo a la cuna. Teo aferraba el osito verde con sus manitas como cada noche.

—Es el chupete, ¿verdad? —concluyó, cuando lo vio en una de las esquinas.

Teo se lo había quitado y le había dado un manotazo, mandándolo a la otra punta de la cuna. Ada lo cogió y se lo metió en la boca. De inmediato el niño dejó de refunfuñar y siguió durmiendo plácidamente. Ada esbozó una sonrisa maternal mientras estiraba la colcha y lo arropaba. Iba a durarle un minuto encima, porque siempre terminaba quitándosela con los pies, pero a ella le daba cosilla dejarle destapado.

Apagó la luz y salió del cuarto de Teo.

—¿Está bien? —le preguntó Enzo, que se había despertado al sentirla.

—Sí, es que se le había caído el chupete —respondió Ada en tono despreocupado.

Se fijó en Enzo. Estaba bocabajo sobre la cama, con un brazo metido por debajo de la almohada, solo con el bóxer puesto. Su cuerpo no tenía desperdicio. Quitaba la respiración.

Las sábanas estaban hechas un reburujo en los pies, como hacía Teo. ¿Podían ser más iguales? Cualquiera diría que Ada no había tenido nada que ver en la concepción del niño. Si se paraba a pensarlo detenidamente parecía una especie de absurda broma del destino. Ella, cuya mayor pretensión era que Enzo Callagan no se enterara nunca de que tenía un hijo, y resultaba

que el pequeño era igual que él. Una réplica casi exacta. Qué poderío tenían los genes «Callagan de Luca».

—Hasta en la forma de deshacerte de las sábanas con los pies Teo es igual que tú —comentó.

Enzo sonrió orgulloso. Pensaba que uno no se podía sentir más orgulloso de sí mismo que cuando cerraba un negocio que le hacía ganar millones de dólares, pero no estaba en lo cierto, lo que le hacía llenarse de orgullo es saber que su hijo era igual que él.

Se movió en la cama y alargó el brazo.

—Ven aquí —le dijo a Ada.

Ada se metió en la cama y se acurrucó de espaldas contra el cuerpo de Enzo.

—Eres la mejor madre del mundo —susurró, pasando la mano por su cintura y atrayéndola un poco más hacia él—. Ojalá mi madre hubiera sido conmigo como tú eres con Teo —confesó medio adormilado.

CAPÍTULO 32

Ada hizo una mueca.

—No estoy muy segura.

Enzo respiró hondo, paciente.

—Ada, no va a pasar nada.

—Ya, pero hace mucho tiempo que no me separo de Teo. A lo mejor me extraña.

—Claro que te va a extrañar, pero con Gabriela estará bien. Además, no saldremos de Isquia. No nos vamos a la guerra, volveremos. Si se pone a llorar tanto que haya peligro de que se inunde la casa, Gabriela nos llamará y volveremos en canoa si hace falta.

Ada clavó los ojos en Enzo con los dientes apretados, y lo taladró con la mirada. ¿Por qué siempre tenía que ser tan sarcástico?

—No te burles —le reprochó.

—No me burlo.

—Sí, lo estás haciendo.

—Es que eres muy exagerada. Has dejado otras veces a Teo con Maggie.

Ada lanzó un suspiro de resignación. Había empezado a claudicar.

—Sí, tienes razón.

Y la tenía, pero últimamente no se había separado de Teo ni un momento y le producía cierta aprensión hacerlo.

—Con Gabriela y con Gianna va a estar bien. Ya las conoce y ellas se desviven por él —insistió Enzo.

Otra vez tenía razón. Tanto la una como la otra lo adoraban. Teo estaba en buenas manos, desde luego, porque él les tenía también mucho cariño. Ella no quería ser una de esas madres sobreprotectoras con sus hijos. No quería convertirse en su sombra. Eso lo único que traía a la larga era un montón de problemas.

—Está bien —accedió al fin.

Iban a ir a ver el Castillo Aragonés con la visita privada que había conseguido Enzo. El horario en invierno terminaba a las seis de la tarde, y ellos tenían el pase a las siete.

La tarde era cálida y en Isquia se respiraba paz. No era extraño que Enzo hubiera elegido aquella isla para vivir. Ella también lo haría.

La atmósfera de media tarde supuraba una brisa suave y aterciopelada que agitaba los mechones sueltos de la larga melena de Ada.

Quería estar cómoda, así que había optado por unas bailarinas, una falda larga de dos capas de color salmón y una camiseta de algodón blanca de manga corta con letras brillantes del mismo tono que la falda.

—Estás muy guapa —dijo Enzo al verla.

Lo estaba. Mucho. Tenía un aire juvenil y fresco que le encantaba y que definía muy bien su personalidad desenfadada.

—Gracias. Tú también —contestó Ada.

Enzo llevaba un pantalón vaquero oscuro ajustado, un jersey finito con cuello en V de color verde botella y unos botines *chelsea* negros. Tan bien le quedaba un traje de tres piezas, chaleco incluido, como un atuendo más informal. Tenía percha de sobra para que todo le sentara de puta madre. Es lo que tiene poseer anatomía de modelo de pasarela de Milán, y a él lo de Milán le venía al pelo por su ascendencia italiana.

¡Bendita genética!

—¿Vamos? —le preguntó Enzo a Ada.

Ella asintió con la cabeza mientras se colgaba al hombro el asa de cadena del bolso. Se acercó a Teo, que estaba en brazos de Gabriela, entretenido con una galleta.

—Hasta luego, cariño —se despidió de él con un beso en la frente.

El niño la miró y siguió royendo la galleta.

—Hasta luego, pequeñajo —dijo Enzo, acariciándole el pelito.

—Llámanos si ocurre algo, tanto Enzo como yo nos llevamos el móvil —indico Ada a Gabriela.

—Tranquila, lo haré.

—He dejado la cantidad de puré que tiene que comer en un *tupper* en la nevera.

—Ada, vamos —dijo Enzo.

—Ya sabes que no le gusta ni frío ni muy caliente —continuó hablando Ada.

—Lo sé —dijo pacientemente Gabriela.

Enzo le cogió la mano a Ada mientras ponía los ojos en blanco, y tiró de ella. De otra manera no iba a sacarla de casa. Ni arrastrándola podría.

—Vamos —dijo de nuevo—. Teo va a estar bien.

—Disfrutad —les deseó Gabriela en tono animado. Se dirigió a Teo—. Di adiós a mamá y a papá.

Cogió la pequeña mano de Teo y la movió de un lado a otro haciendo el gesto de «adiós». Pero el niño estaba demasiado entretenido como para prestarle atención a algo que no fuera la deliciosa galleta que se estaba comiendo.

Circularon con el coche de Enzo por las calles empedradas de Isquia bordeando la costa, dejando el mar a un lado, como si fuese un tour turístico. Ada contemplaba el paisaje por la ventanilla del vehículo tratando de absorberlo todo, de que su mirada no se perdiera nada. Las casitas blancas estilo «isla griega» situadas como un pequeño enjambre en las faldas de los cerros, los edificios rústicos de colores pintorescos frente a la playa, las suaves colinas de fondo. Enzo la miraba de vez en cuando, apartando unos segundos la vista de la calzada, como Ada miraba la isla.

Pero si había algo sugestivo en Isquia, era sin duda el Castillo Aragonés. Una construcción alzada sobre un escollo de origen volcánico y que despuntaba en el horizonte con la magnificencia que poseen las fortalezas medievales que nos ha dejado la historia.

Enzo se metió en una pequeña rotonda y se desvió a la derecha por una calle llamada Via Boccaccio. Apenas unos metros más adelante había un aparcamiento en el que dejaron el coche. Delante, el mar se abría paso hacia el infinito y detrás una preciosa casa con la fachada blanca y las ventanas azules llamó mucho la atención de Ada.

Sacó el móvil del bolso e hizo unas cuantas instantáneas de todo lo que la rodeaba, mientras Enzo cerraba el coche con el mando a distancia.

De camino al castillo por el puente de piedra que lo comunicaba con la isla, Enzo le contó a Ada algunas curiosidades, seguro de que le iban a gustar. Intuyó que tenía una naturaleza curiosa para esas cosas y no se equivocaba.

—¿Sabes que el islote sobre el que está construido proviene de una erupción volcánica que se produjo hace trescientos mil años?

Ada abrió los ojos como platos sin dejar de mirar el promontorio que se alzaba ante ellos.

—¿En serio?

—Sí, ahí donde lo ves, es una burbuja de magma que se fue consolidando durante las sucesivas erupciones.

—¿Así que antes esa colina fue un volcán?

—Sí.

—¿A qué debe su nombre el castillo? —preguntó Ada a medida que avanzaban por el puente.

—A la dinastía de Aragón, que fue con quien alcanzó su máximo esplendor. Fue construido inicialmente por Gerone de Siracusa en el año 474 antes de Cristo, pero estuvo un largo periodo abandonado, hasta que lo ocupó Alfonso V de Aragón.

—¿Y vivía gente dentro? Quiero decir, como vivían antes en los castillos…

—Sí, la historia dice que en su interior vivían unas dos mil familias.

—Qué interesante.

—Hay un dato mucho más interesante —dijo Enzo en tono misterioso.

—¿Ah, sí?

—Antiguamente se accedía al castillo a través de un túnel excavado en la roca, ya que la única manera de ir hasta él era por mar. Ahora también hay un ascensor, cuyo camino está tallado en la montaña.

—Hay que modernizarse —bromeó Ada.

—Gracias a los turistas.

Sin apenas darse cuenta habían llegado a la entrada del castillo. Pasaron un arco de piedra y una puerta de madera enclavada en un muro gris les dio la bienvenida.

—Buenas tardes —los saludó en italiano un hombre alto y desgarbado que los recibió con una sonrisa amable—. Los esperábamos.

—Buenas tardes —dijo Enzo—. Gracias por este pase privado.

—Es un placer, señor Callagan.

Ada lo decía: no había mejor cosa que tener dinero, influencias y apellido de saga familiar célebre.

Subieron un par de escalones de piedra y cruzaron una recepción que los llevaba a uno de los patios del castillo. Ada se quedó embelesada en cuanto puso un pie en aquel lugar, inspirando su parte escritora. Había restos de los muros, murales, columnas, cúpulas y altares que habían formado parte de las trece iglesias que contenía el castillo.

En otro lado del patio podían verse vasijas de cerámica de todos los tamaños y sábanas de enredaderas conquistando las paredes.

El interior no era menos interesante. Franquearon pasillos de piedra con ventanucos en las paredes por los que se colaba la refulgencia ámbar del atardecer. Visitaron varias estancias del convento de monjas clarisas que había en el castillo y un museo de las torturas con los cachivaches y los rudimentarios artefactos que se usaban.

Enzo se acercó a Ada por detrás.

—Seguro que al principio te hubiera encantado torturarme con algún aparatito de estos —le

dijo.

Ada rio maliciosa. Qué bien la conocía.

—Con varios —confesó—. No te vendría mal un cinturón de castidad como ese —dijo, señalando con el dedo un cinturón-braga de hierro, que se cerraba con llave y que la parte del pene estaba cubierta por anillas también de hierro, que a su vez estaban unidas entre sí por eslabones—. Tiene pinta de incómodo —añadió con malicia.

—¿Incómodo? Eso te tiene que dejar la polla en carne viva —dijo Enzo.

La carcajada de Ada resonó por toda la sala. Se tapó la boca con la mano para amortiguar el ruido. Menos mal que estaban solos. El hombre de la entrada les había dejado campar a sus anchas por el castillo. Al parecer el nombre de Enzo Callagan era garantía más que suficiente de que se portarían bien y no tocarían nada que no pudieran tocar.

—De todas maneras, a mí me tendrían que hacer uno a medida. Ahí no me cabe la polla ni de coña —alardeó Enzo.

—Diría que eres un puto fanfarrón, pero no me queda más remedio que darte la razón.

Enzo se inclinó hacia Ada y pegó los labios a su oído.

—A mí más que tener la polla metida en un cinturón de castidad me gusta tenerla metida dentro de ti —susurró con voz morbosa.

El aliento de Enzo sobre su piel y su sugestiva entonación hizo que Ada se encogiera con un escalofrío sobre sí misma. Un estremecimiento de placer se extendió por su nuca, poniéndole los pelos de punta. Era una tonta, pensó, porque se había puesto roja como un tomate.

CAPÍTULO 33

Cuando salieron del castillo el escenario había cambiado por completo. Había anochecido y el puente empedrado estaba iluminado como una pasarela por dos hileras de farolas. Un puñado de barcas descansaban sin sus dueños sobre la balsa acerada en que la noche había convertido el mar. Las luces anaranjadas del castillo se reflejaban sobre el agua junto a la luna, que deslizaba un resplandor plateado en la superficie espejada.

Ada supo que su mente no borraría aquella imagen nunca. Hacerlo sería un pecado.

—¿Te ha gustado? —le preguntó Enzo de vuelta a la isla para recoger el coche del aparcamiento.

—Me ha encantado, Enzo —respondió Ada con sinceridad, desbordada de entusiasmo—. Es tan inspirador… El castillo, la colina sobre la que está construido, el modo de llegar, las historias que me has contado… Todo.

—Puedes utilizarlo como enclave para una de tus novelas —sugirió Enzo.

Ada sonrió.

—Quizá lo haga —dijo.

—¿Quieres ver más cosas inspiradoras? —le preguntó Enzo.

—Sí, por favor… —pidió Ada, poniéndole morritos.

Él se quedó mirándola unos instantes.

—Ay, esos morritos —dijo.

Cómo le ponían esos morritos.

Cogieron el coche y tomaron la SP270 dirección suroeste. En ese *impasse* Ada aprovechó

para llamar a Gabriela y preguntarle por Teo.

—¿Qué tal está?

—Muy bien. Acaba de comerse el puré y ahora está jugando con Gianna —contestó Gabriela.

—¿Se lo ha comido todo?

—Sí, todo. No ha dejado ni una sola cucharada.

Ada sonrió al oírle dar gritos al otro lado de la línea. Con Gianna se lo pasaba genial porque le consentía todo.

—Vale, me alegro de que no te esté dando ningún problema.

—Teo es muy bueno, Ada. Pocos bebés son tan tranquilos como él —dijo Gabriela.

—La verdad es que no nos podemos quejar —repuso Ada, orgullosa.

—¿Ya has visto el Castillo Aragonés? —le preguntó.

—Sí, y tengo que decir que es precioso.

—Me alegro mucho de que te haya gustado.

—Tenéis una isla maravillosa —dijo Ada.

Miró de reojo a Enzo, que estaba muy concentrado en la carretera. O eso parecía.

—Pasadlo bien.

—Gracias.

Ada colgó la llamada y metió el teléfono en el bolso. Luego dirigió una mirada a Enzo.

—Seguro que estás pensando que soy una pesada. Y es verdad, lo soy.

Enzo extendió por sus labios una sonrisa.

—Eres mamá, es lo único que pienso —dijo, apartando unos segundos los ojos de la carretera para mirarla.

—Cuando dejaba a Teo con mi amiga Maggie la llamaba unas veinte veces… o más. Alguna vez me han llegado a llamar la atención en el trabajo. Teo era más pequeño y requería muchos más cuidados.

—Es normal que te preocupes por él, Ada. —Enzo se mostraba comprensible.

Ada se mordió el labio de abajo. Teo estaba bien, así que podía disfrutar un poco más del día. Hacía siglos que no salía para algo que no fuera trabajar, hacer la compra o pasear al niño. Necesitaba distraerse.

—Bueno, ¿y dónde vamos? —le preguntó a Enzo, cambiando de tema.

—A Serrara Fontana —respondió Enzo.

—¿Solo me vas a decir eso?

—Sí, es mejor que lo veas.

Y sí, era mejor que lo viera, porque describir aquel paisaje con palabras era imposible, o se hacía imposible.

Atravesaron algunas calles en coche y ascendieron una colina por un camino de arena, hasta llegar a una explanada donde Enzo aparcó el vehículo.

La panorámica era espléndida. Se encontraban en un páramo desde el que podía contemplarse parte de la costa de la isla.

—Joder, es… una puta pasada —fue lo único que se le ocurrió decir a Ada.

—Aquellas luces de allí son el pueblo pesquero de Sant´Angelo —le explicó Enzo, apuntándolo con el dedo.

Haciendo de telón de fondo a ese puñado de luces que parecían dejarse caer por la ladera de la colina, había un islote, parecido al escollo en el que se enclavaba el Castillo Aragonés, pero sin fortaleza en su cima.

El mar se unía a lo lejos con el cielo en una línea del horizonte que los fundía en uno solo.

Otras luces salpicaban las faldas de los montículos que daban forma a aquel paisaje de ensueño como si fueran farolillos.

—¿Es inspirador o no? —preguntó Enzo a Ada.

—Mucho. Es mágico —respondió Ada—. Me podría quedar mirándolo toda la noche.

¿Cómo no iba a ser inspirador? ¿Cómo no iba a ser mágico? Tenían tierra, mar y cielo en un

solo vistazo.

Y fue en ese momento, con todos los elementos a su alrededor, cuando Ada empezó a sentir miedo. Ese miedo obsceno que te provoca la vulnerabilidad de sentir que estás en manos de una persona. Fue en ese momento cuando Ada se dio cuenta de que estaba enamorada de Enzo Callagan. Y con aquella afirmación vino el miedo. A perderlo. A que nada de lo que pasaba por su cabeza fuera real. A que no se cumplieran sus expectativas, esas que se había ido creando casi sin querer. A que todo quedara solo en un intento. Porque en el amor, a veces las intenciones no contaban. No eran suficientes.

—Eh, ¿estás bien? —le preguntó Enzo.

—Sí, perfectamente —mintió Ada, tratando de ocultar tras una sonrisa lo que estaba pensando.

—¿Es por nuestro pequeño? Podemos volver a casa, si no estás a gusto.

—No, no, de verdad, estoy bien —se apresuró a contestar Ada—. Sé que Teo no puede estar en mejores manos. —Hizo una pequeña pausa—. Me gusta cómo suena «nuestro pequeño»…

—Es que es nuestro. Es nuestro pequeñín, Ada —dijo Enzo—. Tuyo y mío. Lo hemos hecho nosotros.

Ada ya había entendido que Teo no era solo suyo. Esa parte egoísta hacia el niño del principio iba desapareciendo progresivamente a medida que Enzo se iba encariñando con el pequeño y viceversa. Teo ahora tenía un padre, además de una madre.

—Sí, lo sé. —Ada sonrió—. Sé que es nuestro pequeñín.

—Y no sé tú, pero yo creo que es lo mejor que he hecho en mi vida —dijo Enzo.

—Yo también. —La sonrisa de Ada se hizo más grande.

Enzo se recostó en el capó del coche con las piernas cruzadas por el tobillo.

—Al principio no estaba seguro de que fuera a sentir… —comenzó a hablar, aunque quería buscar las palabras adecuadas para que no se malinterpretara lo que quería decir—… lo que siente un padre por un hijo.

—¿Por qué? —le preguntó Ada.

—No he tenido referentes en mi vida en ese sentido.

Ada frunció las cejas.

—¿Cómo que no has tenido referentes? ¿Y tus padres?

Enzo cruzó los brazos por encima del pecho, como si quisiera cerrarse en sí mismo y poner una barrera entre el mundo y él como un mecanismo inconsciente de autodefensa, como si quisiera distanciarse de la situación que iba a relatar a continuación.

Bajó la mirada al suelo, rompiendo el contacto visual con Ada.

—Mis padres… —Rio con amargura—. A mi padre solo le interesaba el trabajo. Vivía en Estados Unidos por y para él, y mi madre, cansada de que nunca estuviera en casa, me dejó al cuidado de mis abuelos y se largó a hacer su vida. Una vida en la que yo estorbaba.

—Enzo… —susurró Ada.

Comprendió por qué entre sueños Enzo había dicho que le hubiera gustado que su madre hubiera sido con él como ella era con Teo. Dios, le sonaba tanto aquella historia… Su madre jamás se había preocupado lo más mínimo por ella. Ya se lo había mencionado en una ocasión a Enzo, solo le angustiaba no tener dinero para comprar alcohol y emborracharse. Esa era su única inquietud.

—He tenido de todo… Todo lo material que se puede tener. He sido el típico niño rico, pero me ha faltado lo principal: el cariño de unos padres.

—¿Y tus abuelos? Con los que te criaste…

Enzo levantó el rostro y se quedó mirando la línea infinita en la que se juntaban el cielo y el mar, y tomó aire.

—Mi abuela materna era de otra generación y hacía todo lo que decía mi abuelo, y mi abuelo me crio con las únicas ideas en la cabeza de que tenía que ser fuerte, duro, competitivo e implacable con mis enemigos. En casa de mis abuelos las debilidades no estaban bien vistas y todo lo que tenía que ver con los sentimientos tampoco. «Los hombres no lloran», me repetía constantemente.

—Pero los hombres sí lloran, y no pasa nada por ello —apuntó Ada.

—Para mí es una lección que llega tarde.

Enzo enderezó la espalda y sacudió ligeramente la cabeza, como si hubiera vuelto en sí y se hubiera dado cuenta de que había hablado demasiado. Y lo había hecho.

—No sé por qué te he contado todo esto… —dijo en tono de disculpa.

Y no sabía la razón por la que lo había hecho. Él era un hombre de pocas palabras. Nunca hablaba de su pasado ni de lo que había significado su infancia, de la severidad y la rectitud con la que lo habían educado, y el modo en que se había rebelado contra todo y contra todos. Se convirtió en un adolescente rebelde y llevó esa rebeldía hasta su edad adulta. Hacía lo que quería, cuando quería y como quería sin dar explicaciones a nadie. Por eso era la oveja negra de la familia, por eso le habían dado ese título, por no ceñirse a reglas ni convencionalismos, ni siquiera a los familiares. Eso había hecho que su abuelo materno lo tomara casi como un enemigo. No atenerse a lo que el patriarca dictaba era poco menos que una afrenta o un insulto, pero a Enzo era algo que le daba igual. Había criado fama y ahora solo se echaba a dormir. Le daba igual lo que pensaran de él o lo que no. Ya estaba curado de espanto. Su abuelo había llegado a ponerle contra las cuerdas, amenazándolo con desheredarle y quitarle de la dirección de sus negocios, si no sentaba la cabeza y le daba un bisnieto. Era su manera de obligarle por las malas a hacer lo que él quería (ese era el modo que había utilizado toda su vida), pero ni con esas lo había conseguido.

Sin embargo, el destino había querido que Ada se quedara embarazada de él y que naciera Teo. Ese niño era el pase directo a la herencia de su abuelo y a seguir manteniendo la dirección de sus negocios. Ahora ya no había excusas.

—No es malo que me lo hayas contado —dijo Ada con una sonrisa de comprensión—. Ahora sé un poquito más de ti.

Apoyado todavía en el capó del coche, Enzo alargó el brazo y tiró de la camiseta de Ada, atrayéndola hacia él con un movimiento suave. Su rostro adoptó una expresión seria mientras ella se acoplaba entre sus piernas. Clavó la mirada en la suya y pudo ver cómo el resplandor de la luna convertía sus ojos castaños en dos madreperlas grises.

No deberían estar allí. Él no debería haberse liado con Ada. A su abuelo no le gustaban los norteamericanos. No podía ni verlos desde que su hija se había enamorado de uno de ellos y se había escapado después con él.

Inspiró profundamente y suspiró ante su propia rendición.

—Me alegro de que Teo y tú hayáis aparecido en mi vida —dijo, olvidándose de que aquello no le convenía a sus planes.

Ada le pasó las manos por el pelo sin dejar de mirarlo.

—Y yo de que tú estés en las nuestras, Enzo —repuso—. Aunque no empezáramos con buen pie —añadió en broma.

—¿Cómo que no empezamos con buen pie? —repitió Enzo, ceñudo—. Empezamos follando, ¿qué mejor manera es esa?

Ada no tuvo otra que reírse.

—¡Enzo! —dijo a modo de reproche.

—¡¿Qué?! Empotrarte contra una puerta es una buena forma de empezar a intimar. No me digas que no.

Ada movió la cabeza, negando. Tenía que dejarlo por imposible, porque la otra opción era matarlo, y no le apetecía mucho andar manchándose las manos de sangre.

—Ya me entiendes… —dijo.

—Sí, te entiendo. Obligarte a venir a Isquia quizá no fue una idea brillante —reconoció Enzo.

—No, no fue nada brillante.

—Pero ¿qué otra cosa iba a hacer? —Enzo se encogió de hombros—. De otro modo no ibas a venir y yo quería estar con mi hijo.

Ada suspiró.

—No vamos a discutir por eso —atajó—. La noche es preciosa y sería un pecado estropearla.

—Es verdad, además, hay mejores formas de aprovecharla —dijo Enzo en tono voluptuoso.

CAPÍTULO 34

Acercó su rostro al de Ada y la besó. Sus lenguas salieron al paso enroscándose en un juego húmedo y sensual que se avivaba por momentos.

—Es increíble cómo me pones —susurró Enzo en su boca, y pronunció las palabras como si estuviera enfadado consigo mismo.

Y en cierto modo lo estaba. No poder contenerse a ella le jodía y lo desconcertaba, porque normalmente era al revés. Eran las mujeres las que no podían contenerse a él, las que lo buscaban, las que insistían, pero Ada había cambiado las tornas y ahora ella era la que tenía la sartén por el mango. Y esa sensación era nueva para Enzo.

La cogió de las caderas y la apretó contra su cuerpo para que notara su erección. Se la ponía dura solo con tenerla cerca.

—Ya estás a tono —ronroneó Ada satisfecha, al sentir su polla en el vientre.

—No sé qué clase de brujería me haces, pero siempre que te tengo cerca me pongo a tono —afirmó Enzo.

Se lanzó de nuevo a besarla, pero Ada retiró un poco la cara, echando hacia atrás la cabeza.

—¿Brujería? —repitió con un bufido—. ¿Acaso te crees que soy una bruja?

—Algo de eso tienes que ser para tenerme como me tienes. Te lo aseguro —contestó Enzo —. Tu «efecto Viagra» es la puta hostia.

Para que no le dejara con las ganas de un beso, le sujetó el rostro con las manos y atrapó sus labios. Enganchando el de abajo con los dientes y tirando un poco de él como tanto le gustaba.

Se incorporó, se giró y colocó a Ada en la posición en la que antes estaba él. La agarró de la

cintura y la sentó sobre el capó.

—¿Vamos a hacerlo aquí? —le preguntó Ada.

—¿Dónde mejor? Tenemos silencio, intimidad y todas las estrellas mirándonos —dijo con cierto matiz de burla en la voz.

El deseo sobrevoló el negro azabache de sus ojos.

—Eres un poco exhibicionista, ¿no crees?

—Un poco, sí. Me encanta que millones de estrellas me vean follar.

Subió la falda de Ada, le quitó el tanga, deslizándolo lentamente por las piernas, y se inclinó. Le separó los muslos y hundió la lengua en su sexo. Los besos la habían empapado y Enzo saboreó su humedad como si bebiera de la fuente de la vida.

Ada tuvo que agarrarse al borde del capó para no perder el equilibrio mientras Enzo le daba placer con la boca.

—¡Diooos! —siseó, echando la cabeza hacia atrás y abriéndose un poco más para facilitarle el acceso.

Enzo siguió husmeando entre sus piernas, recorriendo los pliegues de su sexo mientras la noche terminaba de caer y lo oscurecía todo un poco más, haciendo el momento más íntimo, más personal, más privado, más suyo…

Ada vio las estrellas, y no solo las del cielo, cuando el orgasmo la sacudió tan fuerte que sintió que se le doblaban las rodillas. Se aferró con más fuerza al capó para no caerse y los nudillos se le pusieron blancos de la presión que hacía.

—¡Joder, Enzo! —gimió.

Él sonrió.

Mientras Ada se recuperaba, Enzo se bajó la bragueta. El ruido de la cremallera se mezcló con el de la respiración entrecortada de Ada. Se sacó la erección y la enfundó en el preservativo que tenía en la cartera. Porque Enzo Callagan era Enzo Callagan, y siempre tenía un condón a mano, uno o un montón.

—Todavía no hemos terminado… —susurró.

Se colocó entre las piernas de Ada y con la palma de la mano en su estómago la incitó a que se tumbara sobre el capó. Cogiéndola de los muslos se hundió en su cuerpo, abriéndose paso a través de los pliegues suaves y resbaladizos que lo absorbieron con avidez. Los músculos de Ada se tensaron a su alrededor.

—Santo Dios, qué delicia… —gimió.

Era tanto placer el que sentía que creía que iba a desfallecer.

Apoyó las palmas de las manos en el capó para impulsarse y la embistió con fuerza y rápido, como le pedía el cuerpo, como le gustaba a Ada. Su miembro entraba y salía de ella desesperado; buscando más. Maldita fuera, siempre quería más de ella. No se saciaba nunca. Era un pozo de agua del que no se cansaba de beber.

Ada sintió que se inflamaba, como un producto de los que no se pueden acercar al fuego. Estaba a punto de estallar de nuevo. Oleadas de placer la inundaban haciendo que su cuerpo palpitara con cada acometida de Enzo.

—Enzo, me voy a ir ya… —gimió.

—¿Adónde te vas a ir? —se burló él con malicia.

—No te cachondees, joder —le amonestó Ada entre jadeos.

Enzo rio.

Y hasta en esos momentos en que la vacilaba Ada lo deseaba. Oh, Santísimo Dios, cómo lo deseaba. Tanto, que dudaba que alguna vez tuviera suficiente de él. Con Enzo nunca era bastante.

—¿Quieres que aumente el ritmo? —le preguntó Enzo.

—Sí —contestó Ada con voz agónica.

Enzo tiró de ella hacia sus caderas para tener un ángulo mejor y se enterró profundamente con una estocada seca, que estremeció a Ada. Los siguientes envites fueron vertiginosos, salvajes, iracundos…

—¿Así es como te gusta? —siseó Enzo.

—Sí, joder, sí… —gimió, con los pechos agitándose por los envites debajo de la camiseta.

Ada se agarró a los fuertes brazos de Enzo cuando notó que perdía el control de su cuerpo, que dejaba de ser ella para abandonarse al goce puro y duro de la carne. Qué gusto daba pecar y, sobre todo, pecar con Enzo Callagan. Follando era como el mismísimo diablo.

El orgasmo brotó como una fuerte ola, precipitándola a una caída libre de placer. Se sacudió contra el coche una, dos, tres veces, mientras Enzo, con la frente empapada de sudor, continuaba hundiéndose brutalmente en ella, hasta que por fin sus nervios explotaron y se corrió con tanta intensidad como si fuera la primera vez, como si llevara años sin hacerlo. El placer le atravesó la piel, los músculos, los huesos… Cada una de las células de su cuerpo.

Después se quedó quieto, un segundo, un minuto, una hora… A saber… El tiempo y el mundo se habían desvanecido a su alrededor para concentrarse solamente en Ada y en él. No había nada más después de ellos. Nada.

Enzo salió perezosamente de Ada y se quitó el preservativo. Ella resbaló por el capó del coche hasta quedar de pie frente a él. Apenas le sostenían las piernas. Se bajó la falda.

—Joder, Enzo…

—¿Qué pasa?

Él se acercó y le dio un beso en los labios mientras se subía los pantalones y se recolocaba la ropa. Ada lo miró con los ojos aún turbados de deseo. Dejó escapar un suspiro.

—Nada —contestó, pero pasaban muchas cosas, más de las que quería reconocer(se)—. ¿Dónde está mi tanga? —preguntó fingiendo despreocupación, mirando a un lado y a otro.

Enzo alargó el brazo y lo cogió de encima del coche. Había ido a parar a la luna delantera.

—Aquí está —dijo.

Ada fue a tomarlo, pero Enzo lo subió un poco con un movimiento ágil para quitárselo del alcance y se lo guardó en el bolsillo del pantalón.

Ada frunció el ceño.

—Devuélveme mi tanga —dijo.

—No, me lo quedo como recuerdo —respondió Enzo como si nada, como quien te dice que va a comer macarrones con tomate.

—Enzo, no puedo ir sin ropa interior —se quejó Ada.

—¿Y eso quién lo dice? —se burló él, al tiempo que esbozaba en su boca esa sonrisa canalla que hacía que el corazón de Ada latiese desbocado.

—No puedes ser tan cabrón.

—Sí, ya lo creo que puedo serlo. Sube al coche —dijo, zanjando el tema.

Sacó el mando a distancia del bolsillo del pantalón y el coche se abrió con un par de pestañeos anaranjados.

—Enzo. —Ada pronunció su nombre como una amonestación.

—¿Qué?

—¡Maldita sea, devuélveme el tanga! —exclamó con malas pulgas—. Estoy empapada y pegajosa… —Hizo una mueca con la boca.

Enzo rio.

—No te quejes, mi bella fierecilla, que así estás más fresquita.

Ada le lanzó una mirada asesina.

—No sabes cómo te odio en este momento.

—Puedo hacerme una idea —aseveró Enzo, dedicándole a Ada su sonrisa más canalla. Se notaba que se estaba divirtiendo de lo lindo con la situación. Ella odiaba esa sonrisa, pero la ponía a mil.

—Te mereces picar piedra en Siberia —aseveró.

Enzo empezó a reírse a carcajada limpia.

—Sube al coche, anda —dijo, abriendo su puerta y entrando en el vehículo.

Al ver que no iba a conseguir el tanga y que le iba a tocar ir sin ropa interior, Ada abrió la puerta del copiloto y se sentó resoplando ruidosamente.

—Esto me lo vas a pagar, Enzo Callagan.

—Estoy completamente seguro de ello, Ada Willow —dijo él al tiempo que arrancaba.

Ada contrajo las mandíbulas. No le molestaba ir sin ropa interior, aunque no era el mejor momento, desde luego. Lo que le molestaba es que Enzo se saliera con la suya. Pero ya se la

cobraría. Por supuesto que sí.

CAPÍTULO 35

Al día siguiente, cuando Ada se despertó, Enzo ya se había ido a trabajar. Tenía un viaje programado a la Toscana, región donde poseía muchos de los viñedos que formaban su patrimonio, y había salido temprano de casa.

Teo seguía dormido como un lirón. Se había despertado en mitad de la noche porque necesitaba que le cambiaran el pañal, pero después no parecía que había niño en la casa.

Cuando llegaron, Gabriela ya se había encargado de dormirlo. Tanto Ada como Enzo se asomaron a la cuna y se quedaron un rato observando cómo dormía y comentando lo bonito que era, como dos padres a los que se les cae la baba orgullosos de su retoño.

Mientras se daba una ducha pensó en todo lo que había sucedido los últimos días y la posibilidad de que podía estar enamorándose de Enzo, si no lo estaba ya, porque las señales eran claras. La noche anterior la certeza había caído sobre su cabeza como un meteorito. El problema venía (y radicaba) en que Ada no sabía lo que Enzo sentía por ella, que podía perfectamente no ser nada. Enzo no tenía pinta de ser un hombre dado a sentir, quizá marcado por su pasado. Era muy sexual, follaba como los ángeles y todo lo que quisieras, pero hasta ahí.

Para Ada no era algo solo físico o química sexual como podía serlo para Enzo. Le resultaba muy atractivo (entre otras cosas) el modo tan cariñoso en que se comportaba con Teo. Tal vez porque no era un hombre niñero y verle en esa tesitura la conmovía… y la enamoraba. Sí, vale, de él la enamoraba todo.

Ada apoyó la frente en la pared de azulejos gris oscuro y resopló. El agua templada caía por su cuerpo, reavivando sus músculos.

No podía albergar la esperanza de que con ella todo sería diferente. Ni ser tan tonta de caer en la trampa de pensar que podía tener una relación con Enzo y formar con él la familia que tenían a medio camino con el nacimiento de Teo. Era lanzar las campanas al vuelo para terminar dándose la hostia padre. Porque eso es al final lo que terminaría dándose, una hostia del tamaño del Coliseo.

—Estás jodida, Ada —se dijo.

Por la tarde, mientras Teo jugaba en el jardín, Ada se puso a escribir y dar continuación a la historia que había comenzado unos días atrás.

Estaba en ello cuando sonó su móvil. Sonrió cuando vio el nombre de Maggie. Descolgó.

El rostro de Maggie apareció en la pantalla del teléfono.

—Desaparecidaaaaaaa —le dijo su amiga.

Ada frunció el ceño.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó.

—Porque hace un montón de días que no se de ti.

Ada suspiró.

—Joder, aquí el tiempo se pasa volando. No me entero —se excusó—. ¿Qué tal estás?

—Muy bien —contestó Maggie—. ¿Cómo está mi sobrino postizo?

—Cada día más grande y más guerrero. ¿Quieres verlo?

—¡Claro! ¿Qué pregunta es esa?

Ada se levantó de la mesa y se acercó a Teo.

—Teo, cariño, mira quien está en el teléfono…

El niño miró el móvil con sus grandes ojos negros y sonrió al reconocer a Maggie al otro lado.

—Hola, mi amor… ¿Qué tal estás? —preguntó al pequeño con voz cariñosa.

Teo miraba el teléfono perplejo, tocando la pantalla, como si así pudiera tocar la cara de

Maggie, mientras daba gritos de alegría.

—Dile «hola» a Maggie —intervino Ada, sujetando el móvil.

El niño balbuceó algo ininteligible que Maggie se tomó como si le hubiera dicho que la quería.

—Te quiero mucho, Teo —se despidió, tirándole un beso a través de la pantalla.

Ada movió la manita del niño de un lado a otro.

—Adiós, Maggie —habló por el niño.

Levantó el teléfono y se lo puso frente a su rostro.

—Madre mía, está precioso, ¡y qué grande! —comentó Maggie.

—Crece por días —dijo Ada.

—¿Le ha salido ya algún diente?

—No, pero está a puntito. Yo creo que en unos días le va a salir el primero

—¡Qué ilusión haberle visto! —exclamó Maggie—. Y tú, ¿qué tal estás?

—Bien —respondió Ada, pero lo hizo poco convencida.

—Uy, qué raro ha sonado ese «bien» —percibió una avispada Maggie.

Ada se pasó la mano por el pelo.

—Sí, bueno…

—¿Ha pasado algo con Enzo? —se adelantó a peguntarle Maggie.

—Ha pasado todo —respondió Ada.

—¡¿Cómoooo?! ¿Os habéis liado?

Ada afirmó con la cabeza.

—Sí.

—Se veía venir, Ada —dijo Maggie, divertida.

—¿Cómo que se veía venir? —repitió ella.

—Vamos…, dos personas solteras, jóvenes, guapas, con un hijo, viviendo juntas, compartiendo tiempo… —enumeró con obviedad—. Era cuestión de tiempo.

—Maggie, te recuerdo que Enzo y yo nos detestábamos.

Maggie rio como si Ada acabara de decir una tontería.

—Querida, del odio al amor hay un paso. Todo el mundo lo sabe. Y el roce hace el cariño…

—Y Enzo y yo nos hemos rozado mucho —afirmó Ada con picardía—. Pero entre nosotros no hay amor —se apresuró a aclarar, más seria—. Por lo menos no por su parte —añadió, y sin poder callarse soltó—: Joder, Maggie, creo que estoy enamorada de Enzo Callagan.

Maggie se quedó sin expresión en la cara.

—Pero ¿enamorada de enamorada? —dijo, y Ada advirtió cierta nota de alarma en su voz, lo que la preocupó.

—Sí, enamorada de no poder pensar en otra cosa que no sea él, de ponerme tontorrona cuando lo veo, de dejarme a merced de las hormonas cuando me toca, de las puñeteras mariposas revoloteando en el estómago…

—Dios, Ada.

Y aquellas dos palabras contenían muchas cosas. Cosas que Ada entendió a la perfección.

—Sí, el asunto está feo, Maggie. —Se metió unos mechones de pelo detrás de las orejas—. Creo que la he cagado bien cagada —añadió.

—Y él…

—No creo que Enzo sienta mariposas en el estómago, precisamente. En la entrepierna sí, pero en el estómago no.

Maggie no pudo hacer otra cosa que reírse.

—Pero es que… —Ada continuó hablando a la pantalla del móvil después de lanzar al aire un suspiro—. Si vieras cómo es con Teo… —Giró la cabeza hacia el niño, que andaba entretenido tocando las teclas de colores de un órgano eléctrico infantil—. A veces me imagino que somos una familia, porque nos comportamos como tal. El otro día estuvimos en la playa los tres y fue… maravilloso. Jugamos con Teo en el agua, nos reímos, le dimos de comer… —Hizo una breve pausa—. Y no te lo voy a negar a estas alturas, pero folla como un ángel. —Ada vio a Maggie sonreír—. Creo que no fue una decisión acertada venir a vivir con Enzo.

—Tuviste que hacerlo por el niño —le recordó su amiga.

—Sí, lo sé… Sin embargo tengo la sensación de que me he metido en la boca del lobo.

—¿Has hablado de esto con Enzo?

—¡No! —Ada negó horrorizada—. Enzo no cree en las relaciones. Dice que se estropean cuando hay sentimientos por el medio. Cuando le confesé que dudaba de que nos fuéramos a llevar bien, me dijo que no tendríamos problemas en sobrellevar la situación porque no había sentimientos entre nosotros.

—Pero ahora los hay por tu parte —anotó Maggie al otro lado de la línea.

—Sí, y es posible que empiecen los problemas.

—Cariño, no sabes lo que siente él.

—No creo que Enzo sea hombre de una sola mujer. Es un picaflor, le gusta ir de una a otra.

—Pero las personas cambian.

Ada chasqueó la lengua.

—Llevo unos días súper confundida. Sin saber qué pensar o qué hacer… —Se acarició la frente—. Y lo peor es que no puedo tomar distancia con la situación porque vivo con él y, por si fuera poco, estamos liados. Así que el cacao mental que tengo en estos momentos es de campeonato.

—Dejar pasar el tiempo, Ada. Eso es lo que puedes hacer. A ver qué ocurre… Quizá vaya poniendo las cosas en su sitio.

—No tengo otro remedio, Maggie. Solo dejar que el tiempo pase.

CAPÍTULO 36

—¿Qué cojones te pasa, Enzo? —le preguntó Giulio—. Últimamente estás en tu puto mundo, a millones de kilómetros de aquí.

Enzo se abrió la chaqueta del traje y puso los brazos en jarra —mirando con el ceño fruncido, pues el sol le cegaba— la extensión de viñedos que se desplegaba antes sus ojos. Era tan inmensa que se perdía a lo largo de kilómetros entre las verdes y ondulantes colinas que formaban la línea del horizonte.

La Toscana no solo era una fiesta visual con sus icónicos paisajes, también lo era para el paladar. Aquella región del centro de Italia era una tierra que daba grandes y célebres vinos tintos, por eso Enzo la había escogido para ampliar el legado familiar.

Al ver que no tenía intención de decir nada, Giulio preguntó:

—¿No vas a contarme lo que te pasa?

—No hay nada que contar —fue la áspera respuesta de Enzo, que seguía mirando la vasta extensión de viñedos.

Giulio bufó.

—Vamos, Enzo, ¿te crees que soy imbécil? Está claro que te pasa algo, y ese silencio… ominoso, deja claro que estoy en lo cierto.

—Giulio, no seas dramático —le dijo Enzo con cierto tono de amonestación.

—¿Dramático? —Soltó una carcajada seca—. ¿Es por la madre de tu hijo? ¿Por esa tal…? —No le salía el nombre—. ¿Cómo se llama? —Chasqueó un par de veces los dedos ágilmente, como animando a su memoria a recordar.

Enzo desvió la vista y lo miró de reojo, y de pronto le entraron unas tremendas ganas de aplastarle el cráneo contra el suelo. ¿Cómo se atrevía a hablar de esa manera de Ada? ¿En ese tono casi despectivo? ¿A decir «esa tal…»? Ella no era «ninguna tal», ella era Ada.

—Ada —contestó, tratando de no perder los nervios.

—Eso, Ada —repitió Giulio resuelto—. ¿Qué te pasa con esa chica? Porque estoy seguro de que ella tiene que ver mucho con tu estado.

Enzo no quería hablar de ello. No quería hablar de nada. Tampoco de la maraña de pensamientos que tenía en la cabeza y que a ratos le quitaba el sueño. No quería hablar de esa extraña sensación anidada en el estómago, y que deseaba que no fueran mariposas. No quería hablar de lo bien que se sentía cuando estaba con Ada (y con Teo), de lo que le gustaba estar metido entre sus piernas, de la paz que le daban uno y otro, cada uno a su manera, y de que habían logrado, quién sabe cómo, que añorara cosas que ni siquiera sabía que se podían añorar. Sobre todo él.

No, no quería hablar de nada de eso. Él no era una persona de dar explicaciones. Nunca lo había hecho, y menos de cosas personales.

—Lo que me pase con Ada no te incumbe, Giulio —respondió, tratando de zanjar el tema.

Volvió el rostro, devolviéndole toda su atención al paisaje. El sol supuraba un resplandor dorado que barnizaba de oro las viñas.

Durante unos segundos se hizo el silencio. Enzo sentía los ojos de Giulio clavados en él como si fueran cuchillos y, conociéndolo de tantos años como lo conocía, estaba convencido de que no iba a dejar el tema ahí.

—¿No me jodas que te estás enamorando de ella? —le preguntó directamente con expresión seria.

—No me estoy enamorando de Ada —se apresuró a contestar Enzo.

Lo hizo por impulso, para defenderse, porque si meditaba la pregunta probablemente se encontrase con una respuesta que no le gustaba o que no le convenía. Más que nada eso, que no le convenía. En los últimos tiempos las cosas habían cambiado (inesperadamente) y la

percepción que tenía de Ada se había ido transformando en algo que le era imposible catalogar. Quizá por miedo, no porque no intuyera a lo que se enfrentaba.

—Corta de raíz lo que cojones sientas por esa chica —le advirtió Giulio.

Enzo giró la cabeza hacia él como si le acabaran de dar un latigazo y lo fulminó con la mirada.

—No se te ocurra decirme lo que tengo o no tengo que hacer —dijo con voz fría y rostro imperturbable—. Que no se te olvide quién eres dentro de la empresa, Giulio. Que no se te olvide que eres solo uno de mis abogados.

A Giulio se le descompuso la cara.

—Pero a tu abuelo… —comenzó.

—¡Estoy harto de mi abuelo! —gritó Enzo, cortándolo de manera abrupta—. Estoy harto de sus directrices, de sus órdenes, de su forma de hacer las cosas, de que quiera llevarme por el buen camino… A mí nadie me dice lo que tengo que hacer. Ni siquiera él —sentenció.

—Te vas a quedar sin la dirección de sus negocios si vas por ese camino.

—¿Es que sigues sin entenderlo? Que me da igual, Giulio.

—Antes no te daba igual.

—Antes era antes —atajó Enzo, sin más.

—Claro, antes no estabas enamorado… —concluyó Giulio.

—Ya te he dicho que no estoy enamorado.

Enzo se resistía a admitir que el amor hubiera tocado a su puerta, que una mujer hubiera conseguido tirar por tierra sus creencias, que lo hubiera hecho *sentir*, cuando él no estaba ni quería estar preparado para ello.

Giulio rio sin ganas.

—Puedes negarlo cuantas veces quieras, Enzo, repetírtelo a ti mismo hasta el cansancio, pero esa chica te gusta. Esa defensa acérrima no es por nada, y eso te va a traer problemas. Más de los que piensas —dijo.

Y de nuevo se colaba entre sus palabras esa advertencia que hizo que Enzo contrajera la

mandíbula.

Él no era ajeno a las consecuencias que tendría su rebeldía. Nunca lo había sido. Su abuelo era un hombre extremadamente conservador, chapado a la antigua, muy apegado a las ideas y tradiciones familiares. Para él eran sagradas e inquebrantables. Vivía sumergido en el pasado hasta el punto de parecer un «dinosaurio mental». No obedecer sus órdenes o no hacer las cosas como él quería era una agresión. Creía poseer la verdad absoluta y siempre estaba dispuesto a pasar por encima de aquellos que pensaban diferente a él. Jamás le perdonaría que estuviera con una norteamericana. No era gente bien recibida en la casa de los De Luca. Ni lo eran ni lo serían jamás.

—Vámonos —dijo, sin entrar a debatir más aquel tema.

Se dio media vuelta y echó a andar, pero Giulio lo interceptó agarrándolo del brazo.

—Piensa muy bien lo que vas a hacer —dijo.

Enzo bajó la mirada hasta el punto donde la mano de Giulio sujetaba su brazo. Apretó los dientes. Este le soltó de inmediato, como si de pronto la piel de Enzo quemara.

—Deja de utilizar ese tono de advertencia conmigo o no tardaré ni un minuto en mandarte a la puta calle —aseveró Enzo, encarándolo.

—¿Es una amenaza?

—Sí —respondió contundente Enzo—, y sabes que yo no amenazo en vano —añadió en el mismo tono duro.

—Enzo, yo solo miro por tus intereses —apuntó Giulio adoptando una expresión en el rostro que pretendía ser conciliadora.

—Déjame en paz. —Fue la respuesta de Enzo.

CAPÍTULO 37

Una noche llena de estrellas recortaba el regio perfil de Enzo, que permanecía de pie con una copa de vino en la mano, frente a la balaustrada de piedra blanca que delimitaba el perímetro del enorme jardín. Un poco más allá, la playa se dejaba intuir con el vaivén de la marea y el murmullo que hacían las olas con su hipnótico ir y venir. La luna, llena y lechosa, se alzaba como un brillante medallón en lo alto del cielo azul oscuro.

Ada se recolocó la pashmina de cachemira sobre los hombros y avanzó con pasos cortos hacia Enzo. La brisa corría suave, removiendo algunos mechones de su largo pelo. Cuando lo alcanzó, pasó las manos por su espalda y lo abrazó por la cintura mientras depositaba un beso en la curva de su cuello.

Enzo no hizo nada. No movió un músculo ni un pelo. Se limitó a contemplar en silencio la panorámica que regalaba la noche de Isquia.

—¿Todo bien? —le preguntó Ada.

—Sí —respondió escuetamente él.

Ada frunció el ceño, descolocada por su seriedad.

—Uy, estás muy serio —comentó de forma despreocupada. sin querer dar excesiva importancia a algo que posiblemente no lo tuviera.

—Estoy bien, Ada.

Pero no lo parecía. Su voz sonaba átona, apagada, y su cuerpo se mantenía erguido, en una postura estática, como detenido en el espacio, como una formidable estatua inanimada.

—¿Un mal día en el trabajo? —tanteó ella, cariñosa.

—Sí.

—Si quieres, puedes contarme lo que ha pasado —se ofreció Ada.

—Estoy cansado y es mejor que me vaya a la cama —respondió Enzo con una sequedad de la que se arrepintió al instante.

Se soltó del abrazo de Ada, dejó la copa de vino sobre la mesa de jardín que había al lado y se giró con rostro serio.

—Hasta mañana —se despidió.

Y sin más se fue.

—Hasta mañana —dijo Ada de forma mecánica.

Lo escuchó alejarse. Tuvo que hacer un esfuerzo para no volver la cabeza.

Miró la copa de vino que Enzo había dejado sobre la mesa. Alargó el brazo y la cogió. Como un acto reflejo se la llevó a la nariz e inhaló para tratar de atrapar la esencia. El aroma que percibió evocaba a ciertos minerales. A piedras mojadas, a suelo después de haber llovido o al grafito de un lápiz de madera. Se lo acercó a los labios y dio un trago.

La copa estaba casi llena, lo que le hacía pensar que Enzo no la había tocado.

Se preguntó qué le pasaba, por qué de pronto la indiferencia, por qué la reflexión, por qué la huida. ¿Por qué de una u otra manera siempre acababa huyendo? ¿Qué le pasaba en el fondo con ella?

Quizá solo fuera un mal día, una jornada de trabajo dura. No tenía que ser fácil manejar unos negocios de la envergadura de los de Enzo Callagan de Luca. Tenía que ser un caos todos los días.

Dio otro trago de vino y miró hacia el horizonte mientras se sujetaba con la mano libre la pashmina. El sonido del mar que se escuchaba de fondo era relajante e hipnótico.

Cerró los ojos y respiró hondo.

Enzo abrió la puerta de su habitación y se metió, como si entrar en ella pudiera obrar el

milagro de hacerlo desaparecer. Hubiera dado la mitad de su fortuna por chasquear los dedos y esfumarse, o por hacer que algo lo lanzara al espacio sideral. Iba a darle un derrame cerebral de un momento a otro si no conseguía bajar las revoluciones a las que se movían los pensamientos dentro de su cabeza. Iba a echar humo.

Estaba desazonado, inquieto, incómodo… Caminaba de un lado a otro como un león enjaulado mientras movía los hombros como si quisiera deshacerse de algo que tuviera encima.

Se quitó la chaqueta del traje y la echó sin prestar mucha atención sobre el respaldo del sillón de cuero negro que había en la estancia. Se aflojó el nudo de la corbata, se deshizo de ella y se desabrochó los puños de la camisa para arremangársela hasta los codos. De repente todo le molestaba, todo le apretaba, todo le picaba, como si la ropa le diera alergia.

Se sentó en uno de los laterales de la enorme cama que dominaba la habitación y enterró la cara entre las manos, resoplando. La tela de la camisa se tensó alrededor de sus potentes músculos. ¿Cuándo había perdido el control de la situación? ¿Cuándo se le había ido de las manos? ¿Cuándo había dejado a un lado la perspectiva de los planes que tenía en mente en pos de…? ¿De qué? ¿Dónde estaba la respuesta?

Se frotó la cara con vehemencia, como si quisiera empujar fuera toda la confusión que tenía encima, y que parecía poseer peso propio. No sabía explicar lo que sentía, porque no lograba entenderlo.

¿Tenía razón Giulio? ¿Se había enamorado de Ada? ¿Estaba enamorado de ella?

Negó con la cabeza.

No, claro que no. Él era un escéptico del amor. No creía en él ni en Cupido ni en esa magia que la gente aseguraba que existía entre dos personas que se enamoraban, y aunque no creía en ella, Ada era magia. Era el truco más impresionante que había presenciado en su vida. Por eso en alguna ocasión le había dicho que le había hecho brujería, porque de otro modo no entendía el estado de confusión en el que se encontraba.

Pero no podía ser amor, razonó (o trataba de razonar). El amor venía con el tiempo y ellos no se conocían desde hacía tanto. No había pasado el tiempo suficiente. Se lo pasaban bien juntos,

congeniaban, y se habían quitado el polvo unas cuantas veces, pero nada más. ¿O había algo más? ¿Algo más que simplemente sexo? ¿Algo más que una cana al aire?

Se descubrió la cara, la alzó un poco, mirando a los ventanales que daban al jardín, y suspiró.

No, él no estaba enamorado. Encoñado sí, pero enamorado no. Eso eran palabras mayores.

No quiso pensar en ello. No quiso darlo más vueltas, porque hacerlo le asustaba. Y es que el miedo es libre, como dicen. Nadie elige a qué tener miedo y a qué no.

Se levantó con gesto decisivo y se dirigió hacia la mesa, donde descansaba su portátil. Tenía faena pendiente y nada mejor que una buena sesión de trabajo frente al ordenador, para quitarse los pájaros que revoloteaban por su cabeza y olvidarse de toda aquella confusa maraña que no le dejaba pensar con claridad.

CAPÍTULO 38

Ada entró en la cocina con Teo en brazos, que se frotaba los ojos con los puñitos.

—Buenos días —dijo.

Gabriela estaba de espaldas, atareada con el relleno de los canelones que iba hacer para comer. Al oír a Ada se giró.

—Buenos días, cariño —la saludó con su clásico ánimo. Se limpió rápidamente las manos a un paño y se acercó—. Hola, rey —le dijo al niño con voz ñoña. Le cogió la mano y le dio un beso en los dedos.

Ada sentó a Teo en la trona y se puso a prepararle el biberón. Gabriela volvió a sus canelones.

—Gabriela, ¿puedo preguntarte una cosa? —dijo Ada en tono cauteloso. No quería quedar de indiscreta o de curiosa.

—Claro —respondió ella.

—¿Tú has conocido a la familia de Enzo? ¿A sus abuelos? ¿A los que le criaron?

—¿A los señores De Luca? Sí, mi madre les sirvió durante muchos años —respondió Gabriela.

—¿Y cómo eran? —Ada metió en el microondas una jarrita con agua para que se calentara.

—La señora Stella, la abuela de Enzo, era una persona amable, con un carácter dócil y sumiso. Una mujer de su casa, como se decía en aquellos tiempos. —Gabriela hablaba con mucho respeto de ella—. Y de la bondad de la señora Stella se aprovechó el señor Fabrizio siempre. La señora Stella murió hace algunos años, pero él aún vive.

—¿Y cómo es? —indagó Ada.

—Es un hombre duro, inflexible y muy riguroso con sus ideas. Tiene una mente muy cuadriculada —dijo Gabriela, gesticulando con las manos—. Él fue el que levantó el imperio bodeguero que posee aquí en Italia y eso ha hecho que se crea con el derecho de ordenarle a la gente cómo tiene que vivir su vida.

—Enzo no tiene pinta de ser de esas personas que dejan que le digan cómo debe vivir o no —comentó Ada.

Gabriela cabeceó, dándole la razón.

—No, ni mucho menos —afirmó—. Enzo jamás ha dejado que su abuelo lo manipule o le diga cómo llevar su vida, por eso se rebeló contra él.

El *ding* del microondas sonó.

—¿Fue un niño rebelde? —Ada abrió la puerta del electrodoméstico y sacó la jarrita con el agua caliente.

—Sí, el señor Fabrizio lo educó de una forma demasiado rígida, demasiado severa; con enseñanzas que no le corresponden a un niño, y con muy poco cariño, la verdad. Y esa no es la manera, no lo es. —Volvió a cabecear para mostrar su desacuerdo—. La señora Stella era cariñosa con Enzo, pero su abuelo acababa matando todo resquicio de emociones o sentimientos.

Ada vertió el agua caliente en el biberón, donde ya había un par de cucharadas de leche en polvo, lo cerró y lo agitó.

—¿Así crio a su hija, a la madre de Enzo? —dijo, poniendo a Teo un babero para que no se manchara.

—Sí, a todos sus hijos —contestó Gabriela—. Por eso Nicoletta también se rebeló contra él. El señor Fabrizio quería que se casaran con personas de Italia, no tolera bien a los extranjeros, y Nicoletta terminó escapándose con un estadounidense, Ben Callagan, un playboy millonario al que le gustaban las mujeres más que otra cosa, y casándose en secreto con él.

«Ya sé a quién ha salido Enzo. De tal palo tal astilla», pensó en silencio Ada.

Acercó una silla a la trona de Teo y comenzó a darle el biberón.

—Pero ni Nicoletta de Luca ni Ben Callagan estaban hechos para el matrimonio —continuó hablando Gabriela mientras seguía atareada con los canelones—. Él, lo único que hacía era trabajar, ausentarse de casa y de vez en cuando echar una canita al aire, si se terciaba. Porque ya se sabe que genio y figura… —dejó caer—. Nicoletta se hartó de la conducta de Ben, claro. Un buen día dejó a Enzo con sus padres y se fue a vivir la vida.

—Pero ¿y dejó a su hijo? ¿Así, sin más? Yo no podría dejar a Teo con nadie e irme a vivir la vida con esa frialdad. Mi vida es él.

Ada ya se había echado las manos a la cabeza cuando le contó aquello mismo Enzo, el día que se había abierto a ella en Serrara Fontana, pero no dejaba de ser un argumento que la horrorizaba. El poco apego que esos padres habían sentido por su hijo era… no encontraba palabras para describirlo.

Gabriela se encogió de hombros.

—Nicoletta era una persona muy superficial, muy frívola. Yo siempre he pensado que se encaprichó de Ben Callagan solo para llevarle la contraria a su padre, para dejarle claro que no iba a hacer nada de lo que le ordenara.

—Hasta cierto punto puedo entenderla. Comprendo que se rebelase contra su padre. Probablemente yo en su lugar hubiera hecho lo mismo. Rebelarme, digo —puntualizó Ada—, pero jamás hubiera abandonado a mi hijo, porque lo que hizo Nicoletta con Enzo fue abandonarlo.

Gabriela se dio media vuelta y se recostó en la encimera.

—Eso es algo que ha marcado mucho al señor Callagan —apuntó—. El abandono de su madre y la estricta educación que le dio su abuelo.

Ada inclinó un poco más el biberón para que Teo siguiera bebiendo.

—Pero es lógico. ¿A quién no le traumatizaría algo así? —dijo.

—Enzo no ha tenido una infancia fácil…

Ada se mordisqueó el labio de abajo.

—¿Enzo es como ellos, Gabriela? ¿Es como su padre y como su madre?

Ada tenía miedo de la posible respuesta que le diera Gabriela, y tal vez no la hubiera formulado en voz alta si se hubiera parado a pensarla detenidamente. Pero ya la había hecho. Ya no había vuelta atrás.

—Tiene cosas de ellos, no te voy a mentir —comenzó—. Pero son sus padres, es normal que la genética haya hecho su labor. Enzo siempre ha sido un mujeriego empedernido y se desvive por el trabajo, como Ben Callagan. El señor Fabrizio le inculcó con ahínco un fuerte sentido de competitividad. No permite errores y no tolera nada que no sea perfecto. Ha lanzado una especie de competición entre los cuatro nietos que tiene para ver quién heredará la mayor parte del patrimonio bodeguero.

—¿Qué?

¿Ada había escuchado bien?

—Sí, como te lo digo —afirmó Gabriela—. Lo normal es que repartiera el patrimonio equitativamente. Eso es lo que haría cualquier persona. Pero Fabrizio de Luca nunca se ha caracterizado por ser un hombre equitativo, justo ni… —Miró a Ada con expresión de complicidad en los ojos y bajó un par de notas el tono de voz—… que quede aquí entre nosotras, normal —concluyó, y lo último lo dijo con un matiz ciertamente despectivo que a Ada no le pasó desapercibido.

—Pero ¿por qué?

Gabriela sonrió sin despegar los labios, dejando claro que conocía muy bien a aquella familia.

—Porque así se asegura de que hacen lo que él quiere. Es una forma de… chantaje. Les amenaza con no heredar nada de la inmensa fortuna que ha cosechado a lo largo de todos estos años y así sus nietos acatan todo lo que él dice.

—Resulta difícil de creer —comentó Ada, que estaba atónita.

—Pues créetelo. Lo peor es que el señor Fabrizio no se da cuenta de que con esa… —Gabriela buscó una palabra para definirlo—… estúpida competición, lo único que ha logrado es que sus nietos apenas se hablen entre ellos. Andan a la greña.

—¿Por qué será que no me extraña? —dijo Ada, tirando de mordacidad—. Para cada uno de ellos su primo es un rival al que echar abajo, para alzarse finalmente con la herencia como si fuera un trofeo.

—El señor Fabrizio no ha hecho las cosas bien. No —opinó Gabriela, negando con la cabeza.

Ada cogió una servilleta de papel y limpió a Teo las comisuras de los labios, que las tenía con restos de biberón.

—No, ni mucho menos —apostilló.

Miró al niño. Acercó su rostro al de él y le frotó la punta de la nariz con la suya como en un beso esquimal.

—Te lo has comido todo, mi amor —le dijo con voz cariñosa.

Teo le agarró la cara con las manitas y le hizo una pedorreta. Ada rio, contagiada por la alegría del niño.

—Vas a crecer grande y fuerte —dijo Gabriela a Teo, orgullosa. Hizo una pausa y les devolvió la atención a los canelones, o al relleno, para ser precisos—. En cuanto a lo de si el señor Callagan es como sus padres… —retomó el tema—. Enzo tiene conciencia. Es *un cabeza loca* y hace en todo momento lo que le da la gana, pero tiene conciencia y es más responsable de lo que su padre y su madre lo fueron algún día. Solo tienes que ver que se ha hecho cargo de Teo en cuanto ha sabido que era hijo suyo.

—Sí, eso es verdad —reconoció Ada, y en cierto modo eso la tranquilizaba.

Se levantó de la silla y se dirigió a la encimera donde estaba la cafetera.

—¿Quieres que lo haga yo? —se ofreció enseguida Gabriela cuando vio sus intenciones.

—No te preocupes, gracias —contestó Ada, agradecida por su amabilidad.

Abrió uno de los armarios y echó mano a una taza.

—¿Qué pensaron tus padres cuando te quedaste embarazada? —le preguntó Gabriela.

—A mi padre no le conocí y mi madre murió hace unos años.

Ada vio que las mejillas de Gabriela se sonrojaban ligeramente.

—Oh, cuanto lo siento —se apresuró a disculparse—. No era mi intención…

—Tranquila —la cortó Ada mientras vertía en la taza un poco de café—. Es algo que a estas alturas no me supone un problema. Yo tampoco tuve una infancia muy feliz, que digamos, pero ya lo tengo superado.

—No quiero ser indiscreta, cariño, pero ¿qué pasó?

Ada se echó un poco de azúcar, lo removió con una cucharilla que sacó de un cajón, y dio un trago de la taza. De vez en cuando le gustaba tomarse un café solo con azúcar. Le ayudaba a levantar el día si se volvía pesado.

—Mi madre nunca quiso decirme quién era mi padre. Aunque, para ser sincera, probablemente ni siquiera ella lo sabía. Se pasaba la mitad del día borracha y la otra mitad durmiendo la borrachera.

—Por Dios, Ada… —Gabriela se llevó las manos a la cara, sorprendida por su confesión.

—Fui yo quien tuvo que cuidar de ella, en lugar de cuidarme ella a mí, que era lo que le correspondía.

—Se cambiaron los papeles.

—Algo así. Desde pequeña me tocó trabajar para llevar dinero a casa, de otra forma no comíamos.

—Resulta inexplicable lo mal padres que son algunas personas. Los hijos son lo primero —dijo Gabriela.

—Eso es lo que pienso yo. —Ada dirigió una mirada a Teo y le sonrió cuando el niño levantó la cabeza hacia ella. Él le devolvió la sonrisa y además hizo unos cuantos gorgoritos—. Cuando tienes un hijo has de anteponerlo a todo, incluso a ti misma. Pero, fíjate qué casualidad, ni los padres de Enzo ni los míos pensaban así.

—Es cierto que es casualidad, y también es casualidad que los dos seáis huérfanos.

Ada miró a Gabriela.

—¿Los padres de Enzo no viven?

Gabriela movió la cabeza, negando.

—No. Ben Callagan murió de cáncer hace un par de años y Nicoletta hace cinco en un

accidente de coche cuando regresaba a Italia junto a su último amante.

—Joder, qué cruel puede ser a veces la vida.

—Enzo y tú tenéis más cosas en común que solo a Teo —afirmó Gabriela.

CAPÍTULO 39

Enzo metió los brazos por las mangas de la camisa, se la abotonó con gesto meticuloso antes de anudarse la corbata y cogió los gemelos que descansaban sobre la mesilla de noche. Mientras se los colocaba en los puños, un movimiento llamó su atención en el jardín. Levantó la cabeza.

Ada.

La vio cruzar por delante de él hacia la zona de la piscina cogiendo a Teo, que a su vez le sujetaba el cuaderno del que no se separaba últimamente nunca.

Llevaba un vestido de estilo playero (una especie de camisola), suelto, amplio y sin formas, de color naranja. El naranja era un tono que le sentaba bien, pensó Enzo sin dejar de mirarla. Aunque, ¿había algún color que no le quedara bien con su precioso pelo castaño, su piel clara y sus grandes ojos marrones? Por supuesto que no.

El corazón comenzó a acelerársele de anticipación cuando presumió qué era lo siguiente que iba a ocurrir.

Embadurnó de protector solar el cuerpecito de Teo y lo sentó con sus juguetes favoritos dentro del parque infantil que un rato antes había sacado al jardín Maurizio.

—¿Estás bien, cariño? —la oyó decirle al tiempo que le acariciaba el pelito negro.

Teo ya estaba entretenido con el organillo de teclas de colores que tanto le gustaba. Iba a salir músico, se dijo Enzo con orgullo.

Y llegó el momento.

Ada se sacó el vestido playero por la cabeza y dejó a la vista un bikini blanco. Enzo tuvo que tragar saliva. Lo hizo tan fuerte que incluso pudo escuchar el movimiento de la garganta.

Se imaginó que era uno de esos dibujos animados a los que les saltan los ojos de las cuencas cuando ven algo que les encanta. Era para volverse loco. Solo le faltaba babear, joder.

Pero la cosa empeoraba por momentos.

Ada se echó un chorro de crema protectora sobre el muslo y comenzó a esparcirla por la piel.

Maldita sea.

Enzo trató de apartar la mirada de ella, pero le resultaba imposible hacerlo. Estaba hipnotizado, o gilipollas, una de las dos cosas.

La polla le tironeó bajo la tela del pantalón. ¡Lo que le faltaba!

El movimiento lento de las manos de Ada sobre su pierna le estaba poniendo malísimo, pero malísimo de verdad. La mente le traicionó y se imaginó que eran sus manos las que le extendían el protector solar en el cuerpo, como el día que estuvieron en la playa.

—*¡Porca puttana!* —exclamó malhumorado.

Aquel «puta mierda» con los dientes apretados le salió del alma. Solo era una mujer en bikini dándose protector solar. Bien pensado, no tenía nada de particular. Había visto a decenas de mujeres desnudas haciendo cosas más eróticas, más sexuales y, sin embargo, esa imagen le parecía una de las más sensuales que había visto en su puñetera vida. Quizá porque se trataba de Ada, porque la protagonizaba ella, y porque donde estaba ella, todo se volvía erótico, sexy, sugestivo… Ada no tenía que hacer mucho, ni nada especial para que su mente se pusiera calenturienta. Su mente y lo que no era su mente, porque tenía la polla a punto de detonarse en mil pedazos.

—*Sono uno stronzo* —se dijo.

Soy un gilipollas.

Se apartó a regañadientes de la cristalera y terminó de vestirse. ¿Cómo podía comportarse como si fuera un adolescente salido la primera vez que ve una teta? Sacudió la cabeza.

—Ada, Ada, Ada… —musitó, mientras vigilaba frente al espejo que el nudo de la corbata estuviera en su sitio.

Iba a irse directamente, pero cuando se quiso dar cuenta caminaba hacia la zona de la piscina.

¿Qué hacía yendo para allá? Iba a despedirse de Teo. Sí, por eso se dirigía allí como el Sputnik, porque iba a despedirse de su hijo… Y a ver a Ada de cerca. ¿A quién cojones quería engañar? Quería ver a Teo, por supuesto, pero la razón por la que sus piernas lo habían llevado allí es porque quería ver a Ada. Ver si el bikini le quedaba tan bien de cerca como de lejos.

Ada dejó de escribir y levantó la cara del cuaderno cuando sintió que alguien se acercaba.

—Buenos días —la saludó Enzo.

—Buenos días —correspondió ella.

Enzo trataba de no apartar los ojos del rostro de Ada. No se puede decir que no estaba poniendo todo su empeño, pero la mirada se deslizaba por las curvas de su cuerpo.

—¿Quieres algo? —le preguntó Ada, al ver que Enzo no se movía y que tampoco decía nada, que se había quedado como si le hubiera dado un aire.

—He venido a… a despedirme de Teo antes de irme a trabajar —respondió.

—Bien, pues ahí está —indicó Ada con la barbilla.

Después del comportamiento que había tenido Enzo la noche anterior, fruto de lo que fuera que le tuviera en ese estado de indiferencia o apatía, no sabía muy bien de qué modo actuar.

—Sí, claro… —dijo él, como ido.

Pero ¿qué demonios le pasaba?, se preguntó Ada, cuando Enzo echó a andar hacia el parque infantil donde estaba jugando Teo. ¿Por qué la miraba como si fuera un animal en peligro de extinción?

Suspiró para sí. ¡Hombres! Deberían venir con un manual de instrucciones bajo el brazo. Y luego decían de las mujeres…

—Hasta luego, pequeñajo —le dijo Enzo a Teo.

Al escuchar su voz, el niño alzó la cabeza hacia su padre y dio un gritito de alegría. Ada los miró. Era increíble lo bien que había congeniado Teo con Enzo. ¿Sería la llamada de la sangre?

El pequeño se agarró con las manitas a las cuerdas del parque y tomó impulso para auparse, poniéndose de pie en el parque. Todavía no guardaba bien el equilibrio, por lo que le temblaban las piernecitas.

—¡Hey, te has puesto en pie! —exclamó Enzo.

Arrastrado por una corriente paternal que empezaba a ser familiar, se inclinó y lo cargó en brazos.

—Ten cuidado de que no te manche, babea mucho por los dientes —le advirtió Ada.

—No importa —contestó Enzo, despreocupado.

Cómo habían cambiado las cosas, pensó Ada. Se levantó de la hamaca y con un pañuelo de papel que sacó de la bolsa de Teo, le limpió la saliva que le escurría por la barbilla.

—Seguro que te sientes orgulloso de que se haya puesto en pie cuando te ha visto —comentó Ada.

—Claro —respondió Enzo, un poco descolocado por el comentario.

—Estaría muy bien que se lo dijeras —sugirió Ada, con el inicio de una sonrisa en los labios.

Enzo enarcó una ceja.

—Pero es muy pequeño para entenderlo —arguyó, tratando de esquivar el tema.

—Teo lo entiende todo. Ya viste cómo reaccionó en la playa…

—Ya… —Enzo parecía poco convencido.

Ada entornó los ojos porque el sol le daba de soslayo en el rostro. Enzo se fijó a la luz natural del día en la constelación de pecas que se extendía por su nariz y sus pómulos.

—Enzo, no quiero que seas un padre de esos que nunca les dicen a sus hijos lo orgullosos que se sienten de ellos —comenzó Ada—. Sé que no estás acostumbrado, pero es algo a lo que te tienes que habituar, y cuanto antes empieces, mejor. Tienes que decirle que le quieres y que estás orgulloso de sus logros, sean los que sean, y le lleven a ser arquitecto, empresario, músico o piloto de avionetas… Necesitamos reforzar su autoestima para que sea un adulto feliz y completo.

Ada estaba en lo cierto cuando afirmaba que él no era mucho de decir ese tipo de cosas. Jamás había oído pronunciar algo semejante de los labios de su abuelo hacia su persona, y de su padre menos, ya que apenas lo había visto a lo largo de su vida.

—Así que díselo —le animó Ada—. Que Teo sepa lo orgulloso que está su padre de él por

haberse puesto en pie solito.

Enzo tardó unos segundos en hablar, sopesando en silencio si aquella terapia era beneficiosa o no. Puede que no lo fuera solo para el niño, puede que también lo fuera para él, tan encorsetado como estaba en las rigurosas enseñanzas de su abuelo.

—Estoy orgulloso de ti, Teo —dijo al fin.

Poco a poco se fue relajando, sintiéndose más cómodo en su papel de padre. No pasaba nada por decirle a su hijo esas cosas. No se acababa el mundo, no colisionaba un meteorito contra la Tierra ni se abría el suelo a sus pies y lo engullía.

—Claro que estoy orgulloso de ti. —Se inclinó y depositó un suave beso en su cabecita—. Muy orgulloso.

Ada sonrió satisfecha y Teo pareció entender lo que le estaba diciendo su padre, porque se le iluminó la carita y soltó una retahíla de gritos, tan alegres que sorprendieron tanto a Enzo como a Ada, y eso que ella estaba más acostumbrada a las reacciones del pequeño.

—¿Lo ves? Lo entiende todo —le dijo a Enzo.

Enzo no pudo evitar sorprenderse ante la capacidad que tenía Teo, con solo diez meses, de mostrar sus emociones. Era como un libro abierto. Qué pena que aquella espontaneidad te la cortaran de cuajo a medida que ibas creciendo. La gente sería más feliz si la dejasen expresarse, si la dejasen ser ella misma, si no hubiera tantas cortapisas que dijeran cómo ser o cómo comportarse. Quizá él hubiera vivido la vida de otra manera si le quedara algo de la espontaneidad que tenía cuando era niño.

Enzo se inclinó y dejó a Teo jugando en el parque. Al girarse se encontró con la figura de Ada. Gloriosa su figura. Definitivamente el bikini le quedaba tan bien de cerca como de lejos.

De muy buena gana se hubiera quedado todo el día allí, disfrutando del sol y dándose algún baño en la piscina. La piscina… Le encantaría follarse a Ada en ella. Retozarían en el agua como animales.

Carraspeó al darse cuenta del rumbo que estaban tomando sus pensamientos.

—Me voy —dijo apresuradamente, sin saber muy bien hacía dónde dirigirse.

—¿Estás mejor que anoche? —le preguntó Ada.

—Sí, bueno… Ayer fue un día… duro —se justificó Enzo sin mucho convencimiento. ¿Qué iba a decir? Se pasó la mano por la nuca, acariciándosela—. Bueno, me voy, que tengo un par de reuniones importantes y llego tarde.

Guiada por un impulso y sin pensárselo dos veces, Ada dio un paso hacia adelante, se acercó a Enzo y le dio un beso en la mejilla.

—Qué tengas un buen día —le deseó, hablando con voz suave.

Puede parecer increíble, pero a Enzo se le ruborizaron ligeramente las mejillas. Algo tan casto e inocente como ese gesto le subió los colores.

No había nada como el aroma de un buen vino, a excepción de la dulce fragancia de Ada. El olor de su piel le recordaba a esos vinos de excelente cosecha que desprenden un aroma afrutado y que uno se quedaría oliendo toda la vida.

Carraspeó de nuevo.

—Gracias. Tú también —murmuró.

No sabía qué decir. El cerebro reaccionó lo justo para que pudiera darse media vuelta y marcharse.

Ada se sentó en la hamaca después de echar un vistazo a Teo, cogió el cuaderno y el bolígrafo y continuó escribiendo por donde lo había dejado. Enzo, por su parte, cruzó el jardín echando serpientes por la boca por ser tan sumamente estúpido de no poder controlarse cuando tenía a Ada cerca. ¿Iba a ser así siempre?

Bufó y se dirigió hacia el helicóptero, donde a pie de pista le esperaba el piloto y Maurizio.

CAPÍTULO 40

Ada contemplaba la noche sentada en el balancín que tenía la casa en uno de los lados del jardín, junto a la pared de la habitación de Enzo. Era de madera de roble, con el toldo marrón y el asiento de mullidos cojines del mismo color.

Parecía que alguien había echado un manto oscuro sobre el cielo y había esparcido por él un puñado de polvo de estrellas.

—Te vas a quedar fría.

Alzó el rostro cuando escuchó la voz de Enzo a su lado. Tenía el brazo estirado y le ofrecía una manta de cuadros amarillos y grises.

—Gracias —dijo.

La tomó de su mano, se inclinó hacia adelante, la desdobló y se la echó por los hombros. Enzo la ayudó a colocársela bien en la espalda para que no quedaran arrugas incómodas.

—¿Teo ya está durmiendo? —le preguntó.

—Sí, ha acabado rendido. Esta tarde hemos estado jugando un rato en la piscina y le ha agotado.

—Le encanta el agua —comentó Enzo.

—Va a ser nadador profesional —bromeó Ada.

—Claro, que también le encanta tocar el órgano. A lo mejor es músico.

Ada rio.

—A saber… —dijo.

Se hizo unos segundos de silencio. Las olas del mar se oían de fondo junto al canto de una

cigarra. ¿Podía haber una banda sonora mejor?

—¿Qué tal has tenido hoy el día? —le preguntó Ada.

—Bien.

—¿Mejor que ayer?

Enzo se mordió el labio de abajo.

—Ada, yo… quiero pedirte disculpas —dijo Enzo—. No es nuevo para ti si digo que a veces soy un gilipollas.

Ada esbozó una breve sonrisa.

—No te preocupes, un día malo lo tiene cualquiera —atajó.

—Sí, supongo…

Pero su comportamiento no había tenido nada que ver con un día malo o bueno. No había dependido de que una reunión no hubiera salido como él quería, de que una negociación no se hubiera cerrado como estaba prevista o de que un cliente le hubiera sacado de quicio. Tenía que ver directamente con ella y con lo que sentía, o estaba empezando a sentir, o… Dios, estaba tan confundido. Jamás se había sentido así. Ada, y esa magia que parecía tener su sola presencia, le habían pillado desprevenido.

La atracción que sentía por ella era inesperada y perturbadora, porque no sabía qué mierda hacer. Ada no le convenía, pero no podía sacársela de la cabeza. Estaba ahí con una omnipresencia desquiciante, como una broma del destino.

—Me confundes —dijo Ada.

No miraba a Enzo, sus ojos descansaban en algún punto impreciso del oscuro cielo. Él no se sorprendió por esa afirmación. Tal y como se había comportado lo raro es que Ada no estuviera confundida.

—Tú también me tienes muy confundido a mí —dijo.

No era el mismo tipo de confusión ni estaba originada en los mismos motivos, por supuesto, y Enzo era consciente de la diferencia.

Ada giró el rostro hacia él y ladeó la cabeza.

—¿Yo? —preguntó con extrañeza.

Ahora era la mirada de Enzo la que estaba perdida en el inabarcable horizonte que esbozaba la noche con su manto azul oscuro.

—Nunca te comportas como espero —fue su respuesta.

—¿Y eso es bueno o malo?

Enzo tardó unos segundos en contestar. Se meció un poco y comenzó a mover el balancín hacia atrás y hacia adelante, columpiándolos levemente a los dos.

—No lo sé, Ada.

Y no lo sabía. Ada era imposible de entender, porque no era como las demás. No se parecía a ninguna mujer de las que hubiera conocido.

—¿Siempre eres así de críptico?

Enzo sonrió, pero al gesto le faltó energía.

—Das la callada por respuesta, así que sí, siempre eres así de críptico —concluyó Ada.

No le extrañó. A Enzo había que sacarle las palabras con sacacorchos. Era sumamente reservado en muchos aspectos de su vida, a los que absolutamente nadie tenía acceso. Era más fácil descifrar las ecuaciones de Navier-Stokes que a Enzo Callagan.

Enzo se fijó en el cuaderno que descansaba en el asiento al lado de Ada.

—¿Qué tal llevas la novela? —le preguntó, cambiando radicalmente de tema.

Ada miró un instante el cuaderno y volvió la vista al frente. Enzo siempre se las apañaba para no hablar de lo que no quería. Joder, le resultaba tan complicado entenderle. ¿Por qué unas veces se mostraba cariñoso y apasionado y otras frío y distante? ¿Qué coño le pasaba? ¿Tenía algo que ver con ella? ¿O era él?

—Bien. No avanzo tan rápido como me gustaría, pero no me quejo. Las musas no entienden de tiempos —respondió resignada.

De nada serviría preguntarle a Enzo por qué decía que ella le confundía porque no iba a obtener respuesta.

—¿Algún día me dejarás leer lo que has escrito? —le preguntó.

—Quizá algún día, cuando te ganes mi confianza… —dijo Ada en un ligero tono de broma.

—¿Y cuándo seré merecedor de tu confianza? —dijo.

Ada se encogió de hombros.

—Quién sabe…

Cogió el cuaderno y el bolígrafo y arrebujándose la manta sobre el pecho, se levantó del balancín.

—Hasta mañana, Enzo Callagan —se despidió.

—Hasta mañana, Ada Willow.

Enzo había seguido su movimiento con la mirada. Iba a dejarla ir. Sin embargo, cuando Ada pasó por delante de él, se le cruzaron los cables y se produjo ese cortocircuito en su cerebro que se daba siempre que la tenía cerca. Sin pensarlo, se levantó de golpe, le rodeó la cintura con el brazo y le dio la vuelta de sopetón, para encararla. El impulso hizo que sus rostros quedaran a unos pocos centímetros el uno del otro. Durante unos segundos compartieron el aliento y la respiración mientras sus miradas se encontraban.

El corazón de Ada empezó a aporrearle las costillas, amenazando con rompérselas, y las rodillas le temblaron cuando la mano de Enzo se posó en la curva de su cintura. Su fragancia le asaltó las fosas nasales, narcotizándola.

—Joder, me lo pones tan difícil… —susurró Enzo.

Ada abrió la boca para preguntarle qué quería decir eso, pero Enzo aprovechó para besarla. Sus labios se estrellaron contra los de ella. El beso fue tan apasionado, tan descarnado, tan lleno de dientes y lengua que Ada se quedó sin aire en los pulmones.

—Enzo… —musitó con la voz cargada de deseo, tratando de recuperar el resuello.

—No digas nada, Ada… Por favor, no digas nada…

—Pero…

Enzo le sujetó la cara entre las manos. Ada sintió la yema de los dedos clavadas en su carne, quemándola en el mismo sitio donde antes la barba de un par de días de Enzo le había irritado la piel. Parecía desesperado. Con esa desesperación agónica que tienen los condenados a muerte

que son inocentes y que luchan por hacer saber su verdad. Nunca lo había visto así. Tan impaciente, tan a merced del cuerpo y de las apetencias.

—No quiero pensar en nada… En nada que no seas tú —la cortó. La voz salía de sus cuerdas vocales como si fuera terciopelo. Acariciadora y extremadamente suave. Ada se estremeció de la cabeza a los pies—. Necesito estar contigo una vez más… Necesito estar metido entre tus jodidas piernas… —dijo en tono anhelante, como si fuese algo sin lo que no pudiera seguir viviendo.

No la dejó rechistar. La cogió en brazos y la metió en su habitación por las cristaleras que daban al jardín y que estaban abiertas de par en par (por las mismas que había salido él). Atravesó el umbral y la llevó directamente a la cama.

Se desnudaron con rapidez sin dejar de besarse. Él le quitó el vestidito de flores blancas con el que parecía una muñeca y ella le desabrochó el cinturón y el botón de los pantalones del traje con el que decía quién era.

Les ardía la piel, como si necesitaran el tacto del otro para aliviar esa quemazón que sentían en el cuerpo.

A Ada le pesaban los pechos y quería que Enzo se los tocara, se los chupara, se los manoseara. Fue pensado y hecho, o pensado e invocado. Parecía que Enzo le había leído el pensamiento.

Él se lanzó a ellos como si fueran agua en mitad del desierto. Mientras rodeaba uno con su mano, acariciándolo, su boca atrapaba el pezón del otro.

—Dios, Enzo… —gimió Ada.

La brisa de la noche se colaba por las puertas que daban al jardín y hacía ondear las cortinas de gasa gris que colgaban del techo, como si fueran velos al aire.

Ada le dejó hacer durante un rato, hasta que se sentó en el borde de la cama, le bajó el bóxer y cogió su erección con la mano derecha. Su polla estaba rígida y dura como una barra de acero. Qué portento.

Sin decir nada se echó hacia adelante y se la metió en la boca.

—Ahhh… —El profundo gruñido que soltó Enzo cuando sintió los labios de Ada sobre su

miembro llenó toda la habitación como lo hace el eco en una montaña.

Ada la engulló todo lo que pudo. Se la sacó cuando notó que iba a dar una arcada.

—Joder, nena… —siseó Enzo, echando la cabeza hacia atrás.

Ada volvió a metérsela en la boca y él gimió de nuevo profundamente. Lo que la excitaba ponerlo como una moto; saber que poseía ese poder.

Durante un rato Ada fue alternando el movimiento de la boca con el de la mano. A veces los dos a la vez, hasta que Enzo se retiró.

—Para o me corro —le advirtió—, y necesito estar metido entre tus piernas, Ada.

Ada se tumbó encima de la cama con expresión pícara en los ojos y tiró de Enzo hacia ella.

—Espera, el preservativo…

Alargó el brazo, abrió el cajón superior de la mesilla de noche y rebuscó con la mano hasta encontrar la caja de condones. Cogió uno, rompió sin dilación el paquetito plateado y lo sacó. Mientras se lo colocaba en la erección, Ada lo miraba como si fuese a darse un festín. Un banquete como el que se concedían los guerreros después de la batalla, en el que no faltaba ningún manjar encima de la mesa. Por momentos se avergonzaba de que un hombre la pusiera así, en un estado a punto de estallar, pero era lo que había, y lo que la hacía sentirse viva. La intensidad con la que lo deseaba.

Enzo se mordió el labio de abajo cuando vio que Ada pasaba la lengua por los suyos, humedeciéndolos. Santísimo Cristo.

Ada lo recibió con las piernas abiertas, ansiando tenerlo dentro, sentirlo, notarlo abriéndose paso a través de ella misma.

Enzo cargó el peso en los brazos y la penetró hasta el fondo de un solo empujón. Ada lo recibió cálida y húmeda, con el cuerpo arqueado, justo como a él le gustaba.

Fue un acoplamiento duro y delicioso con el que ambos gimieron. Aquello no podía ser otra cosa que el paraíso.

—¡Enzo! —gritó Ada.

Enzo sintió el movimiento de las caderas de Ada y se hundió en ella más y más, todo lo

hondo que podía llegar, hasta que los huevos le chocaron con las nalgas. El cuerpo de ella le aprisionaba la polla.

—Me encanta cómo tu coño me exprime… —jadeó Enzo.

El lenguaje era tan obsceno, tan pornográfico, que Ada no podía hacer otra cosa más que excitarse.

Sonrió.

Enzo metió la mano por debajo de su trasero y la sujetó mientras incrementaba el ritmo. Ada se aferró a su cuello cuando un cosquilleo de placer empezó a recorrerle el vientre.

—Me voy a correr —jadeó.

—¿Y si paro ahora? —la retó Enzo.

Ada lo taladró con los ojos.

—¡Te mato… como se te ocurra… parar! —dijo entre dientes, tirando de él hacia sí, por si acaso se le pasaba por la cabeza gastarle una broma de aquel calibre.

Enzo sonrió con burla.

—Te detesto —añadió Ada al advertir el brillo de diversión que se alojaba en el fondo de sus negrísimos ojos.

Enzo agachó la cabeza y acercó los labios al oído de Ada.

—Mi bella fierecilla, me vuelves… loco —susurró con voz sexy, empujando de nuevo.

Enzo tocó algo muy sensible en el interior de Ada y ella estalló después de ese envite. Su cuerpo se colapsó de sensaciones y todas las terminaciones nerviosas de su sistema se conectaron para hacerle sentir el orgasmo más intenso de su vida. Aunque con Enzo tenía esa sensación cada vez que follaban: la de caer al vacío por un precipicio para levantar el vuelo en el momento más inesperado, con la adrenalina bullendo a todo gas en el interior de las venas.

Enzo fue después de ella, con jadeos secos y los ojos en blanco. Se sacudió espasmódicamente mientras eyaculaba con violencia contra la pared de látex del preservativo. El orgasmo siguió y siguió extendiéndose unos segundos más de lo que solía ser normal. Enzo arrastraba los gemidos de placer por el aire, moviendo descontroladamente las caderas encima de

Ada, que se agarraba a él con las uñas clavadas en su espalda.

Sin salir de ella, se besaron lánguidamente, saboreándose, mientras recuperaban el sentido del tiempo y el espacio que siempre perdían cuando follaban. Como si el mundo desapareciera en el momento en que sus pieles se rozaban, como si ninguna ley científica tuviera efecto sobre ellos.

Pero después del subidón postorgásmico, Ada puso los pies en el suelo. En cuanto dejaron de besarse y el encantamiento del sexo con Enzo desapareció.

CAPÍTULO 41

Enzo salió de ella con cuidado y se tumbó a su lado de costado, apoyando la cabeza en el codo.

—¿Qué te pasa, Ada? —le preguntó, apartándole un mechón de pelo de la cara.

Había percibido un cambio en su expresión, algo que había trastocado su suave rictus y había vuelto su rostro serio.

—A veces tengo la sensación de que me ocultas algo, Enzo, y me gustaría saber qué es —dijo ella al cabo de unos segundos.

Había estado pensando mucho sobre si decirle aquello o no. Le había dado infinidad de vueltas en la cabeza. No decirlo evitaba un problema, porque no removía la mierda que probablemente hubiera oculta en los bajos fondos de lo que tenían y que no sabía cómo catalogar: ¿Eran follamigos con un hijo en común? Y diciéndolo corría el riesgo, precisamente, de que saliera a la luz algo que estaba convencida de que no le iba a gustar. Pero había que coger el toro por los cuernos. O eso decían…

—Eso es una tontería, Ada. Yo no oculto nada —respondió Enzo con tranquilidad, como si la cosa no fuera con él.

Se incorporó un poco y tiró del condón para quitárselo. Hizo un nudo y lo dejó caer al suelo con la intención de recogerlo después.

—No te entiendo. Te juro que muchas veces no te entiendo —dijo Ada. Tiró de la colcha y se tapó los pechos con ella—. Pareces estar librando una batalla contigo mismo y no sé qué papel tengo yo en ella.

—Eso no es así —le rebatió Enzo.

Se recostó en el cabecero de la cama. Un panel almohadillado negro a juego con el resto de la elegante decoración de la habitación.

—No hablas claro, Enzo. No dices nada —repuso Ada.

—¿Respecto a qué?

—Respecto a nada. —Ada movió las manos con un aspaviento—. Hablas a medio gas, dejando las cosas a medias. Dices que no quieres pensar en nada, que necesitas estar conmigo una vez más… ¿Es que tengo fecha de caducidad y no me he enterado?

Enzo sonrió, pero más por si el gesto le ayudaba a salir indemne de la situación que porque le apeteciera. No se sorprendió de que Ada hubiera empezado a sospechar que le pasaba algo. Se comportaba como un auténtico gilipollas, así que lo extraño sería que no se hubiera dado cuenta.

Era cierto que libraba una batalla interior y también era cierto que Ada formaba parte de ella. De hecho, era el centro mismo de la trifulca que desde hacía un tiempo tenía consigo mismo. El ojo del huracán en el que se encontraba inmerso. Pero evidentemente no se lo iba a decir. No tenía complejo de suicida.

—¿Qué quieres que te diga, Ada? Soy un tío complicado —dijo Enzo a modo de justificación.

Pero para Ada aquella respuesta no era suficiente. No, a juzgar por su ceño fruncido, no lo era.

—No entrabas en mis planes —añadió Enzo, encogiéndose de hombros—. Cuando viniste aquí lo que menos pensaba es que… pasaría lo que ha pasado —reconoció.

—La verdad es que yo tampoco pensaba que íbamos a acabar liándonos. No, viendo con el mal pie que empezamos. Nos detestábamos —dijo Ada en un arranque de sinceridad.

—No sé si la palabra detestar es la más apropiada, tampoco es que quisiéramos apuñalarnos la tráquea… —repuso Enzo.

Ada lo miró de reojo con una ceja enarcada y una expresión con un significado muy concreto.

—¿Tú a mí sí? —le preguntó Enzo.

—Es mejor que no entremos en ese terreno si queremos tener la fiesta en paz —le advirtió Ada.

Ambos se echaron a reír.

—Quizá hemos sido unos ingenuos al pensar que no ocurriría nada entre nosotros —apuntó Enzo.

Él desde luego lo había sido, y en ese sentido hablaba más por él que por Ada. Había sido un ingenuo y un imbécil al pensar que aquella mujer le sería totalmente indiferente y que podía llevar a cabo su plan sin imprevistos. Solo tenía que convivir con la madre de su hijo hasta que este fuese más autónomo y luego si te he visto no me acuerdo. ¿Qué podía salir mal? Pues, al parecer, todo. Porque no contaba con la magia que tienen algunas personas, con que Ada fuera como era ni que hiciera que deseara arriesgarlo todo. Porque ella y Teo habían hecho que se sintiera más vivo de lo que se había sentido en toda su jodida existencia.

Él era un mujeriego empedernido, que se dejaba llevar por los apetitos de la carne. Nada más. Jamás se había enamorado porque era un sentimiento en el que ni siquiera creía. No había tenido buenos ejemplos de amor en su vida y eso le había convertido en un escéptico redomado. Para Enzo los sentimientos no eran prácticos, más bien terminaban siendo un problema en las relaciones. Dentro de la pareja siempre había uno que quería más que el otro; siempre había uno al que se le acababa el amor antes. Entonces venía la indiferencia, el desafecto, el dolor… Muchas relaciones se basaban en la costumbre y en el miedo a no quedarse solo más que en el propio amor en sí. A veces había hábito más que otra cosa.

Y, sin embargo, pese a ser un sentimiento en el que nunca había creído, parecía que estaba ahí, llamando a su puerta. Abrumador como todo lo que tiene que ver con él.

—Quizá —dijo Ada, dándole la razón.

Enzo volvió a la realidad con la voz de Ada. Sus cavilaciones quedaron a un lado en su cabeza.

—¿Qué vamos a hacer, Enzo? —le preguntó.

—No lo sé, Ada. Yo… —Enzo se movió incómodo en la cama y se pasó la mano por el pelo —. Tal vez lo único que podemos hacer es dejar pasar el tiempo.

Tiempo era lo que él necesitaba para intentar aclararse.

—Eso suena a falta de compromiso —dijo Ada.

—No quiero prometerte algo que no sé si voy a cumplir —dijo Enzo.

Ada se mordisqueó el labio de abajo.

—Entiendo —susurró.

Intentó que su voz no mostrase la decepción que aquellas palabras habían provocado en ella, pero no le dio resultado.

—¿Para ti es importante etiquetar lo que tenemos? —le preguntó Enzo.

Ada tomó aire.

—No es cuestión de poner una etiqueta o concretar un nombre, pero debemos de tener cuidado, Enzo. No estamos solo nosotros, tenemos un hijo y hay que pensar en él —respondió Ada.

Enzo se sintió como una puta mierda. Él no había pensado lo suficiente en su hijo cuando llevó a Ada a Isquia, tampoco había pensado demasiado en ella, cuando había ideado un plan que solo le beneficiaba a él. Pero eso era a lo que estaba acostumbrado, a pensar solo en él. No iba a justificarse a esas alturas, porque no tenía sentido hacerlo, pero ese era el «preciado» dogma bajo el que le había criado su abuelo, el egoísmo, puro y duro, y en ese caso lo había llevado hasta sus últimas consecuencias.

—Si, tienes razón… —dijo.

El llanto de Teo se mezcló con sus palabras, interrumpiéndolo. Y Enzo nunca había agradecido tanto escuchar el llanto de un niño como en ese momento, así no tendrían que seguir hablando de ese tema.

Ada salió de la cama, dejando a un lado la colcha, recogió el vestido del suelo, se lo puso y fue a la habitación de Teo. Enzo aprovechó para enfundarse el bóxer.

—Cariño, ¿qué te pasa? —le dijo al pequeño. Se inclinó sobre la cuna y lo cogió—. Son los

dientes, ¿verdad? —preguntó, dándole un beso en la carita y achuchándole contra su pecho mientras lo acunaba.

Enzo, que estaba escuchando la conversación y sabía una de las soluciones, salió de la habitación camino de la cocina. En menos de un minuto se presentó en el cuarto de Teo con uno de los mordedores que siempre había guardados en la nevera.

—Gracias —le agradeció Ada.

—Ya voy aprendiendo —dijo modestamente Enzo.

Ada sonrió.

Teo lo cogió entre las manitas cuando Enzo se lo tendió y empezó a morderlo con ansia para aliviar el dolor, sin embargo continuó llorando.

—Ya, mi vida —lo acunó Ada entre los brazos con voz tranquilizadora—. Ya…

—¿Podrías alcanzarme la medicina que hay en la estantería? —dijo Ada a Enzo.

—Claro.

Enzo se acercó a la estantería y cogió un pequeño bote que había junto a otros frascos.

—¿Este?

—Sí. Coge la medida de 160 mililitros en la jeringa y pásamelo.

Enzo abrió el frasco e hizo con meticulosidad lo que Ada le había indicado.

—¿Esto le aliviará el dolor? —se interesó.

No le gustaba nada ver llorar a su hijo de aquella forma. Se le encogía el corazón. Hasta ese punto había llegado.

—Sí, es paracetamol.

—Huele a frambuesa —observó Enzo, dándole la jeringa a Ada.

—Es que sabe amargo y así se camufla un poco el mal sabor —comentó Ada, cogiéndola de su mano—. Y a pesar de eso sigue sabiendo fatal, ya verás qué cara pone Teo.

Metió como un centímetro la jeringa en la pequeña boca del niño y vertió el líquido rojizo con cuidado para que no lo escupiera. Teo en cuanto lo probó frunció la cara, convirtiéndola en una caricatura, como si le hubieran dado un par de gotas de zumo de limón.

—Ay, pobre —dijo Enzo al ver su gesto.

—Te lo dije.

Ada continuó acunándolo contra su pecho hasta que la medicina empezó a hacer efecto. Cuando se tranquilizó, lo metió en la cuna, pero Teo no tenía muchas ganas de cuna, o se había olido que tal vez le concederían el capricho de dormir en la cama. Ada, que lo conocía sobradamente y sabía qué clase de «tretas» se gastaba, supo enseguida lo que quería.

—Quieres dormir en la cama, ¿eh? —dijo con mordacidad en la voz.

—¿Le gusta dormir en la cama? —preguntó Enzo.

—Más que nada en el mundo —contestó Ada.

—Entonces que duerma con nosotros —sugirió Enzo.

—¿Con nosotros? —repitió Ada, como si no hubiera oído bien.

—Sí.

Ada tenía pensado meter a Teo en la cama con ella, pero no esperaba que Enzo se uniera al plan. Él tampoco se comportaba como esperaba. Eso es lo que había dicho de ella. Quizá lo estuviera subestimando en su papel de padre. Tenía que reconocer que últimamente no lo estaba haciendo nada mal.

—Vale —respondió—. ¿En tu cama o en la mía?

—En la mía, que es algo más grande que la tuya. Si vamos a compartir cama los tres, mejor en la más grande —dijo Enzo.

—En cualquiera de las dos podría dormir media isla —apuntó Ada, cogiendo de la cuna el peluche verde de Teo—. Son de dimensiones astronómicas.

—No te voy a decir que no —dijo Enzo, enfilando los pasos hacia su habitación—. Pero grande ande o no ande.

—¿Las querías tan grandes para hacer orgías? —bromeó Ada.

Enzo no dijo nada, se limitó a lanzarle una miradita por debajo del abanico de espesas pestañas.

—Oh, Dios, qué cerdo eres —dijo Ada.

Quitó el muñeco a Teo de las manos y se lo tiró a Enzo, que lo cogió al vuelo sin problemas. A Teo le hizo mucha gracia y empezó a reírse y a patalear en los brazos de Ada.

—Buena puntería —dijo Enzo, uniéndose a las risas del pequeño.

Ada negó con la cabeza mientras esbozaba una sonrisa.

Se metieron en la cama y pusieron a Teo en medio de los dos, junto con su peluche (sin él no dormía). Pero el niño no estaba mucho por la labor de dormirse. Apagaron la luz para ver si así lo conseguían, pero ni por esas. Teo no dejaba de hacer pedorretas y de dar palmas en la oscuridad. Finalmente optaron por encender la luz y quedarse un rato observándolo, tumbados de lado y con la cabeza apoyada en la mano, como quien observa una película en el cine.

Teo estaba encantado de tener la atención de ambos. Pasado el mal rato del llanto, se cogió el pie derecho, se lo llevó a la boca y empezó a chuparse el dedo gordo.

—Madre mía, qué flexibilidad —comentó Enzo.

—Puede poner los dos pies detrás de la cabeza sin mayor dificultad —dijo Ada.

—Increíble.

Enzo estiró la mano y le hizo cosquillas en el otro pie con la punta de los dedos. Teo reaccionó carcajeándose y dando una patada para quitar el pie del alcance de Enzo, pero él le perseguía allá donde lo ponía para seguir haciéndole cosquillas.

Teo se dio la vuelta y a gatas fue a refugiarse al regazo de Ada. Sin embargo buscaba con la mirada a Enzo, que fingía no hacerle caso.

—No soporta que lo ignoren, es como tú… —dijo Ada.

Teo empezó a dar gritos y a balbucear cosas ininteligibles para que Enzo le prestase atención.

—Ya veo —dijo él.

Le encantaba que su hijo se pareciese a él. Le hacía sentir un orgullo que no había sentido antes con nada de lo que había logrado en su vida, y que no había sido poco. Ni siquiera el contrato que más millones le había reportado le había hecho sentirse así.

Era mágico.

Quizá en eso residía que no pudiera describirlo con palabras, a que era mágico, a que estaba envuelto en ese halo extraordinario y fascinante que solo se pude explicar cuando la magia está de por medio.

Teo seguía buscándolo. Enzo alargó las manos hacia él y lo cogió en volandas.

—Ven aquí, anda —dijo.

Se tumbó bocarriba y estirando los brazos empezó a hacer el avión con el niño, planeando de un lado a otro. Teo se sentía feliz, pataleando y manoteando sin parar como si realmente estuviese volando y riéndose a carcajada limpia.

—Con que facilidad se le hace feliz —afirmó Enzo, admirado.

Los labios de Ada esbozaron una sonrisa, aunque no abrió la boca para que no se le cayera la baba con la imagen. Siempre que Enzo ejercía de padre ocupándose o jugando con Teo se derretía por dentro. No era sano, porque le hacía albergar la esperanza de formar una familia los tres, pero Enzo no parecía muy dispuesto, a pesar de todo.

Teo manoteó hacia Ada para que lo mirara.

—Te lo estás pasando bomba, ¿eh? —dijo ella.

—Fuiii… Fuiii… —farfullaba Enzo, imitando el ruido de un avión, cuando llevaba a Teo de izquierda a derecha.

—Me encanta verlo tan contento; riendo, gritando… Es capaz de alegrarme el día —dijo Enzo.

Ada observó a Teo unos segundos. Se lo estaba pasando casi mejor que el niño, como el día que estuvieron en la playa, que disfrutó más que el propio Teo.

—Ese es su poder —repuso Ada, dedicando al pequeñín una mirada maternal—. Si tienes un día triste, Teo es capaz de alegrártelo, de cambiarte el humor, de dibujarte una sonrisa de oreja a oreja en la cara. —Guardó silencio unos instantes antes de decir—: Entré en pánico cuando supe que me había quedado embarazada. No recuerdo haber tenido más miedo en toda mi existencia, pero hoy le doy gracias a la vida, a Dios, a lo que sea, por tenerle.

Enzo se quedó pensativo unos segundos. Él también le daba gracias a lo que fuera que se las

tuviera que dar por tener a Teo en su vida… y también por tener a Ada.

—Es que es un tesoro —dijo, mientras el niño seguía riendo y gritando alegre—. Los dos lo sois —añadió.

CAPÍTULO 42

Aunque la cama era tan grande como el mismo Coliseo romano, Ada y Enzo terminaron durmiendo en los extremos, a medio centímetro de darse la vuelta y acabar en el suelo, mientras Teo permanecía a sus anchas en el centro de la cama, en el medio de los dos. Vamos, nada que no ocurra con otros padres y su hijo.

Ada se despertó al percibir el resplandor del sol entrar por los ventanales. La luz se abría paso a través de la habitación con un resplandor blanco. La atmósfera tenía una extraña textura, como si el aire estuviera empolvado.

Pestañeó un par de veces, bostezó y se giró. En su campo de visión aparecieron Teo y Enzo. Los dos dormían como benditos. Teo, con ganas de juerga, los había tenido jugando con él buena parte de la noche hasta que finalmente había caído rendido. Le hicieron el avión, el helicóptero, el dragón y el gato volador. Santo Dios, no se cansaba nunca.

En ese momento dormía plácidamente abrazado a su peluche y con un charquito de baba bajo la boca. Alargó la mano y le acarició suavemente el pelo negro. Detrás de él se encontraba Enzo. Los rasgos esculpidos de su rostro permanecían relajados por el sueño. Su cuerpo, a excepción del bóxer, se encontraba gloriosamente desnudo. Bocabajo, los músculos de la espalda, de las piernas y de los brazos se marcaban con una definición de escultura. Joder, estaba más bueno que el pan. Y él lo sabía. Las sábanas solo le cubrían hasta las rodillas, se las había quitado de encima a patadas, como hacía Teo.

Después de un rato, Ada se levantó. Con los pies a rastras se metió en el cuarto de baño que tenía la habitación de Enzo, estirando los brazos para desperezarse, hizo pis y se lavó la cara

frente al espejo. Entre unas cosas y otras había dormido poco y eso lo gritaban claramente las ojeras que se dibujaban debajo de sus ojos.

Suspiró resignada a la imagen que le devolvía el espejo. Ser mamá de un bebé de casi once meses (el tiempo que ya tenía Teo) es lo que suponía, que dormir las noches enteras era un milagro.

Las tripas le rugieron, así que dejó a Enzo y a Teo en la cama y se fue a la cocina a desayunar, después de pasar por su habitación a por la bata. Porque cuando Ada tenía hambre, no había nada que se interpusiera en su camino.

—Buenos días, Gabriela —dijo al entrar.

—Buenos días —contestó ella. Ladeó la cabeza—. ¿Y el rey de la casa? —preguntó.

—Dormido con Enzo. Esta noche hemos tenido que meterle en la cama con nosotros —dijo Ada, frotándose los ojos con los dedos.

—Se te ve cansada —observó Gabriela.

—Es que Teo se despertó llorando y después se quedó dormido tardísimo —explicó Ada antes de que la boca se le abriera con un bostezo.

—Siéntate, que yo te preparo el desayuno.

—Gracias, te lo agradezco.

Ada retiró una de las pesadas sillas de madera hacia atrás y se sentó a la mesa mientras Gabriela trasteaba por la cocina.

—Me gusta que el señor Callagan y tú estéis juntos. Ya era hora de que sentara la cabeza —comentó Gabriela, llenando de leche la taza que había cogido del armario.

Ada torció el gesto.

—No sé si estamos juntos o no —dijo.

Gabriela se volvió hacia ella con la jarra del café en la mano y una ceja arqueada.

—¿Cómo que no sabes si estáis juntos?

Ada hizo chasquear la lengua contra el paladar.

—Conoces a Enzo, Gabriela… No es muy dado al compromiso —dijo, tratando de no dar

mucha importancia al asunto, aunque para ella la tenía, más de lo que le gustaría dársela. Pero uno poco puede hacer frente a lo que le importa o lo que no. No lo elegimos.

—Pero vivís juntos, tenéis un hijo en común y os comportáis como una pareja… —enumeró Gabriela.

—Pero eso no parece ser suficiente para él.

—¿Y para ti?

Ada tardó unos segundos en contestar.

—Yo soy una idiota, Gabriela —afirmó—. ¿Por qué las mujeres siempre acabamos pilladas por los hombres? —lanzó al aire.

—Bueno, nuestra naturaleza es mucho más emocional.

Ada apoyó la barbilla en la mano y suspiró.

Desde el otro lado de la casa les llegó el llanto de Teo y a los pocos segundos la voz de Enzo.

—¡Ada!

Ada no pudo evitar sonreír. Seguro que Enzo había entrado en pánico al verse solo con el niño llorando.

—¡Ada! —le oyó gritar de nuevo.

Se notaba impaciente. Sí, se estaba poniendo nervioso. La sonrisa se amplió en los labios de Ada.

Gabriela puso la taza de café con leche delante de ella.

—¿No vas a ir? —le preguntó.

Ada tomó la taza entre las manos, se la llevó a la boca y dio un sorbo con actitud tranquila.

—No —dijo, negando con la cabeza. En su rostro había una expresión divertida—. No está solo, está con Enzo. Así que no pasa nada.

Nada, nada, no es que pasara, pero estaba con Enzo, eso era cierto.

—Además, Enzo me debe una —dijo, pensando en la vez en que se había quedado con su tanga y había tenido que volver a casa con el chocho al aire.

Gabriela tuvo que reírse.

—Yo también se lo hice alguna vez a Maurizio —le confesó Gabriela—. Los hombres se ponen muy nerviosos cuando se enfrentan a un niño llorando. No saben qué hacer.

En la habitación, Enzo continuaba llamando a gritos a Ada, al ver que no le contestaba, empezó a vociferar el nombre de Gabriela, a ver si así corría más suerte.

—¡Gabriela! —Silencio—. ¡Ada! —Más silencio—. ¡Gabriela! ¿No va a venir nadie?

¿Dónde se había metido todo el mundo?

Mientras tanto, Teo seguía llorando. Enzo lo miró con ojos angustiados.

—No llores, por favor —le suplicó con impaciencia—. ¡Ada! —gritó de nuevo. Esperó unos segundos, pero nadie respondió—. ¿Quieres que te coja? —le dijo al niño—. Si te cojo, ¿dejarás de llorar? Por favor, dime que dejarás de llorar…

Enzo hincó una rodilla en el colchón y tomó en brazos a Teo.

—Ya, pequeñín… —susurró para tratar de calmarlo—. Ya…

El niño tenía unas cuantas lágrimas prendidas en las pestañas de abajo, dándole un aspecto muy tierno. Enzo estiró la mano y con mucho cuidado se las enjugó con el pulgar.

—No llores así, que se me encoge el corazón… —le dijo.

Teo lo miró con sus enormes ojos negros y dejó de llorar.

—¿Sabes que te quiero mucho? —dijo Enzo, acunándolo como había visto que hacía Ada. El niño pestañeó unas cuantas veces sin dejar de mirarlo, como si entendiera lo que estaba diciendo —. ¿Y que estoy muy contento de que estés aquí? Muy, muy contento—. ¿Quieres que ponga música?

Enzo se acercó a una de las estanterías que tenía la habitación y encendió el equipo de música. Unas lucecitas azul eléctrico iluminaron llamativamente el aparato. Teo giró la vista y se fijó en ellas.

—¿Te gustan? Son muy chulas, ¿eh?

Enzo buscó algo apropiado. No era plan de poner música *heavy*. No fuera a romper a llorar de nuevo.

—A ver si te gusta esto… —Pulsó el *play* con el dedo.

Los armónicos acordes del piano de *The Reason* de Hoobastank empezaron a llenar el silencio de la habitación. Después, la voz de Doug Robb acompañó a la música.

—¿Te gusta? —le preguntó Enzo a Teo. El niño movió las piernas en los brazos de Enzo—. Ese pataleo me lo voy a tomar como un sí.

—Seguro que esto también le gusta.

La voz de Ada sonó a su espalda. Enzo se giró. Ada llevaba un biberón que agitaba en la mano.

—¿Por eso lloraba? —preguntó Enzo con ingenuidad.

—Sí, es su hora de desayunar —contestó Ada, avanzando hacia ellos. Teo volvió la cabeza al oírla y lanzó un gritito de alegría al verla, pero sobre todo al ver el biberón—. ¿Te atreves a dárselo? —dijo.

Enzo sacudió la cabeza.

—No sé… —titubeó—. Ya sabes que los niños no se me dan muy bien.

—No te preocupes, te lo va a poner fácil. Mira cómo observa el biberón.

Teo miraba el biberón con impaciencia.

—Vale —accedió finalmente Enzo—. Me siento, ¿verdad?

—Sí, mejor.

Enzo se sentó en el sillón que había al lado de las puertas que daban al jardín. Se colocó a Teo en el regazo y Ada le pasó el biberón.

—Procura que la tetina esté siempre llena de leche para que no entre aire, si no después tendrá gases.

—Entendido.

Ada tenía razón, el niño se lo puso muy fácil, porque sujetó el biberón con sus manitas y se metió la tetina en la boca con ansiedad.

Ver comer a Teo lo ayudaba a olvidarse de todos los problemas que tenía en la cabeza.

Ada señaló el equipo de música con el dedo.

—¿Take That? —preguntó extrañada cuando empezó a sonar su canción *Patience* en la

habitación.

Enzo se encogió de hombros.

—¿No me digas que esta canción no te gusta?

Ada afinó el oído. La verdad es que la canción tenía su punto, y también la letra, que escuchó con detenimiento unos segundos: «*Pero algún minuto todo el dolor se detendrá. No seas demasiado dura con mis emociones… Porque necesito tiempo. Mi corazón está insensible, no tiene sentimiento. Así que mientras aún estoy curándome, solo trato de tener un poco de paciencia…*»

Ada se quedó pensativa al escuchar la letra. Parecía hecha para Enzo.

—¿O vas a decir que no te gusta solo para llevarme la contraria? —dijo él.

Ada sonrió.

—No, es muy bonita y la letra también —admitió.

Enzo bajó la mirada hasta Teo, que seguía dando buena cuenta del biberón.

—Teo, ¿has oído a tu mami? Está de acuerdo conmigo. Esto es un hito histórico. Tú estás de testigo —le dijo, utilizando un tono cómplice con él.

—Mira que eres tonto —se mofó Ada—. Intenta que se lo termine todo y después dale unos golpecitos en la espalda para que eructe —dijo.

—A sus órdenes —contestó Enzo.

Ada sonrió.

—Voy a ducharme.

Se giró sobre sus talones y enfiló los pasos hacia su habitación. Enzo la siguió con la mirada hasta que desapareció detrás de la puerta. Sus ojos repasaron su cuerpo curvilíneo, hasta casi desgastarlo. Tragó saliva al recordar aquellas piernas alrededor de su cintura. Joder. Se le escapó un suspiro.

Bajó la vista hasta el niño, que ya se había terminado el biberón.

—Ay, Teo… —comenzó a decir, quitándole el biberón de la boca. La expresión de su rostro infantil era de satisfacción—. Si supieras cómo he metido la pata…

Se recostó en el respaldo del sillón y colocó a Teo sobre su pecho. El pequeño ocultó la carita en su cuello. Enzo cerró los ojos al sol que entraba por los cristales, y dejó que la respiración pausada del niño lo serenase, al tiempo que le acariciaba la espalda y le daba unos golpecitos tal y como le había indicado Ada.

—He ido de listo y resulta que soy un tonto —habló de nuevo—. Pero un tonto de verdad —enfatizó. Teo soltó un eructo y Enzo abrió los ojos, sonriendo—. Tu madre me gusta, me gusta cómo no me ha gustado nunca una mujer. Porque tiene algo que no tiene ninguna. Esa magia especial que destila por cada poro de la piel y que la hace única. Seguro que tú sabes de lo que hablo porque la conoces muy bien. Pero no me tenía que gustar, no tenía que sentir nada por ella… El plan no era ese, y ahora todo se ha complicado. —Hizo una breve pausa y resopló sonoramente—. Estoy jodido, Teo, ¿sabes? Muy, muy jodido. Y no voy a decir que no me lo merezca, porque soy un cabrón. Lo he sido toda mi vida. Supongo que este es el San Martín que dicen que le llega a todo cerdo, porque también soy un cerdo.

Teo se revolvió y Enzo lo sentó sobre sus rodillas de cara a él. Durante unos segundos lo observó.

—Parezco un memo diciendo estas cosas, pero eres tan bonito. Y aunque parezca un memo, me da igual. No quiero ser contigo como mi padre y mi abuelo fueron conmigo. No quiero condicionarte a nada. No, no, no.

Levantó al niño y le hizo una pedorreta en la tripita. Teo empezó a carcajear. Cuando Enzo lo sentó de nuevo en sus rodillas, se dio cuenta de que algo blanqueaba en la boca del pequeño.

Se quedó pasmado cuando tiró un poco del labio inferior hacia abajo para abrirle la boca y vio que le estaba saliendo un diente.

—Pequeñín… ya te está saliendo un diente —dijo. Acercó su rostro al de Teo y le dio un beso en la mejilla. Miró por encima del niño hacia la puerta de la habitación de Ada—. ¡Ada! —la llamó.

Ada se presentó descalza, con una toalla en la cabeza y otra alrededor del cuerpo.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Mira…

Al acercarse, Enzo le enseñó el borde del diente que asomaba por la sonrosada encía.

—Mi amor, ya tienes un diente —dijo Ada, dejando ver su orgullo maternal. Cogió al pequeño de los brazos de Enzo y lo achuchó contra su pecho—. Ya te estás haciendo grande, mi vida —añadió.

CAPÍTULO 43

El teléfono de Enzo comenzó a sonar. Alargó el brazo hacia la mesilla, donde se estaba cargando, y lo cogió. Consultó la pantalla y de inmediato se levantó. Tiró del cable del cargador para liberarlo y salió pitando hacia el cuarto de baño.

—Tengo que cogerlo —le dijo a Ada.

Ella asintió en silencio. Sin embargo, advirtió algo extraño en el rostro de Enzo. Una inquietud que antes no estaba, como si fuera una llamada que no se debía haber producido en ese momento.

—*Dimmi, Chiara* —le oyó decir al escape en italiano antes de internarse en el cuarto de baño y cerrar la puerta a cal y canto.

¿Chiara? Ada había empezado a chapurrear italiano, y aunque no lo dominaba todavía, no necesitaba tener un master en ese idioma para darse cuenta de que era un nombre de mujer. Y la llamada le hubiera pasado totalmente desapercibida, si no fuera por el nerviosismo de Enzo y porque normalmente él nunca se apartaba para hablar por teléfono cuando recibía una llamada, excepto en aquella ocasión.

¿Qué mierda ocultaba? ¿Acaso se estaba viendo con otras mujeres al mismo tiempo que estaba con ella, y esa tal Chiara era su último ligue?

Claro, se dijo Ada de mal humor, por eso se había puesto tan nervioso, por eso le había faltado tiempo para escaparse al cuarto de baño a hablar y que ella no pudiera escucharle. Bufó.

Qué cabrón.

Unos celos incontenibles empezaron a arañar su estómago.

Quizá a eso eran debido sus idas y venidas. Por eso unos días estaba bien y otros no tan bien, porque tenía que estar alternándose. Todo encajaba (o Ada creía que encajaba). Sí, era eso, se veía con otras el muy…

—Agrrr… —gruñó, apretando los dientes.

En ese momento Enzo salió del cuarto de baño y Ada compuso en los labios una sonrisa que le hubiera parecido artificial incluso a un ciego.

—Era mi abogado —dijo Enzo.

¿Su abogado? ¿Su abogado? ¿Había oído bien? Ada iba a matarle.

Iba a decirle a Enzo, fingiendo con total despreocupación, que no tenía que darle explicaciones, que podía hablar con quien le diera la gana, en cambio le preguntó:

—¿Tu abogado se llama Chiara?

Y el retintín con el que pronunció las palabras hizo sonreír a Enzo.

—¿Estás celosa? —dijo.

Ada frunció el ceño y lanzó al aire un bufido. Quería parecer indiferente, pero estaba consiguiendo justo lo contrario.

—¿Celosa? —repitió—. Eso es lo que te gustaría a ti —se defendió como pudo.

—Ada, estás celosa —afirmó Enzo, divertido.

Ella se ruborizó, como a una niña que pillan en mitad de una travesura.

—No estoy celosa.

—Entonces, ¿a qué viene ese tono?

—No… No hay ningún tono.

Una vocecita interior le decía (le gritaba) que se callara, que se callara ya, que estaba dejando al descubierto sus celos. Pero era Ada, y Ada no se iba a callar ni aunque se lo pidiera el mismísimo papa.

—Solo espero que no estés revolcándote con nadie mientras yo estoy aquí —dijo, sin poder aguantarse las ganas—. Sería muy… —apretó los labios—… muy poco caballeroso por tu parte.

Enzo estalló en una sonora carcajada, que obligó a Teo a mirarle.

—¿Lo encuentras gracioso? ¿Eres así de capullo? —dijo Ada.

Enzo echó a andar hacia ellos. Al alcanzarlos, rodeó a ambos con los brazos. Ada quiso zafarse y movió un poco los hombros de un lado a otro, pero con Teo cogido no podía hacer mucho.

—Ay, mi bella fierecilla… —susurró Enzo en tono comprensivo a ras de su boca—. A veces te enfadas como una niña pequeña.

—Y tú te comportas como un capu…

Ada no pudo terminar. Enzo silenció sus palabras con un beso, dejando el exabrupto prendido en el aire. Sus bocas se unieron.

Joder, aquello era un asalto a los sentidos, pensó Ada, y lo peor es que el cabrón besaba de escándalo. Como lo hacía todo, vamos. Tenía la mano en su nuca para asegurarse de que Ada no se echase hacia atrás y así ganar la batalla.

Y lo estaba haciendo. Ya lo creo que lo estaba haciendo.

Ada ya no tenía ni puñetera idea de qué estaban hablando antes de que Enzo la besara.

Separó los labios y él le metió la lengua. Trastearon un rato con ellas hasta que oyeron refunfuñar a Teo. Entre los dos le estaban dando calor y empezaba a sentirse incómodo. Enzo insistió un poco más en la boca de Ada. Le costaba horrores dejar de besarla, pero Teo también insistió con sus refunfuños.

—Está bien —dijo sonriente Enzo, separándose finalmente de Ada—. Tú ganas, pequeñajo —añadió, dándose por vencido.

Dio un paso hacia atrás para que corriera el aire.

—Será mejor que te vayas a duchar antes de que esto empiece a parecer una película porno —bromeó Ada.

—Sí, va a ser lo más sensato —repuso Enzo.

Aquel día, Ada notaba algo extraño, como si la gente supiera algo que ella no. Habían estado

un par de hombres en la casa y cuando le preguntó a Gabriela que quiénes eran, la mujer le contestó evasiva que Enzo había cambiado los muebles de su despacho y que aquellos hombres los estaban montando. Ada lo dejó así. No quiso ahondar más en el tema porque no era algo de su incumbencia, pero seguía diciéndose a sí misma que el ambiente estaba raro.

Todo tomó forma a la caída de la tarde. Cuando el crepúsculo vestía el cielo de un abanico de tonalidades púrpuras.

—Ven, tengo algo para ti —dijo Enzo.

Ada se encontraba en el jardín, escribiendo muy concentrada bajo la pérgola mientras Teo jugaba en el parque infantil.

—¿Algo para mí? —preguntó Ada, sorprendida.

—Sí. —Enzo se inclinó y cogió a Teo en brazos—. Vamos —le metió prisa.

Ada cerró el cuaderno y se lo llevó con ella. Enzo la guio a través de la casa hasta una habitación situada en la segunda planta, en el lado en el que estaba la playa.

—Me he puesto nerviosa, ¿qué es? —le preguntó Ada muy impaciente.

—Paciencia, ahora lo vas a ver.

El corazón de Ada latía a mil por hora mientras seguía a Enzo por el pasillo. ¿Qué era lo que tenía para ella? ¿Habría comprado algo y estaba en aquella habitación?

—Está aquí —dijo él al detenerse frente a una puerta de madera maciza gris.

—¿No tendrás un cadáver guardado en un congelador ahí dentro? —bromeó Ada.

Enzo se echó a reír.

—Qué gore eres, joder —dijo. Ada sonrió. Hubo unos instantes de silencio antes de que Enzo dijera en tono enigmático—: Espero que te guste.

Alargó el brazo que tenía libre, hizo girar el pomo de la puerta con la mano y abrió de par en par.

Ada se llevó las manos a la boca. Gimió de gusto, incluso juraría que a punto estuvo de tener un orgasmo. Se quedó sin aliento en la garganta.

—Oh, Dios mío… —musitó sin apenas fuerza en la voz—. ¿Es para mí? —preguntó.

—Sí —contestó Enzo.

Era un estudio.

No le faltaba detalle. Ni uno solo. Los muebles eran blancos y muy juveniles. Tenía un escritorio grandísimo con cajoneras a los lados, debajo de la enorme ventana que daba a la playa y por la que la luz malva de la última hora de la tarde entraba a raudales. Había una estantería de dos cuerpos con algunos libros y cajas en una de las paredes. Una silla giratoria, un panel de corcho con una tira de pequeñas lucecitas, varias plantas en los rincones y un ordenador portátil abierto encima de la mesa, donde también había botes con bolígrafos, libretas, post-it…, y hasta una velita de color lila. En otra de las paredes había otra estantería, totalmente vacía de no ser por la impresora que descansaba en una de las baldas. En una de las esquinas, contigua a la estantería, había un sillón, con una mantita en el respaldo y una lámpara de lectura.

Era acogedor, íntimo y exquisito. Era lo que Ada siempre había soñado.

—Este será tu espacio, tu rincón para dar rienda suelta a tu creatividad —dijo Enzo.

Ada giró el rostro y lo miró. Tenía los ojos ligeramente vidriosos. Nunca se hubiera imaginado tener un rinconcito así de bonito para ella.

—No sé… Oh, Enzo, no sé qué decir… —balbuceó presa de la emoción, como una niña pequeña a la que le acaban de regalar el juguete con el que lleva soñando meses. Tragó el nudo que se le había formado en la garganta. Le faltó el canto de una moneda para echarse a llorar. Nadie se había tomado tantas molestias por ella. Nunca.

—Solo dime si te gusta —repuso él con una sonrisa.

Ada se pasó las manos por la cabeza con incredulidad.

—¡Claro! ¡Joder, claro! ¿Cómo no me va a gustar? Es… es increíble. Es un detallazo.

Ada se lanzó a él y le dio un beso corto en los labios.

—Enzo, muchas gracias —le dijo con el corazón en la mano y la voz convertida en un hilo de emoción.

—No tienes que darme las gracias —respondió él—. Tenía que haber estado listo hace un par de semanas, pero hubo un problema en la fabricación de los muebles —le explicó.

Teo se puso a dar palmitas con las manos y a patalear, entusiasmado.

—¿A ti te gusta, Teo? —le preguntó Enzo.

El niño siguió pataleando mientras sus ojos miraban de un lado a otro. Aquella estancia era nueva y, curioso cómo era, lo observaba todo con la mirada brillante.

Enzo levantó la cabeza y se dirigió a Ada.

—Si algo no te gusta, puedes hablar con *Chiara* para que lo cambie —dijo, enfatizando el nombre de «Chiara» de manera especial—. Ella es la persona que se ha encargado de ayudarme a elegir la decoración.

Ada deseó que la Tierra se abriera a sus pies y la engullera como si fuera un monstruo cuando cayó en la cuenta de lo que significaba aquello.

—¿Chiara es… la decoradora?

—Sí, Chiara de Santis. Es una profesional de interiores de mucho prestigio en Italia. Fue la que decoró tu habitación y la de Teo.

Ada sintió de pronto que las mejillas se le sonrojaban violentamente. Dios, la cara le ardía. Casi no se atrevía a mirar a Enzo, pese a que notaba sus ojos negrísimos clavados en ella, esperando su reacción al decirle realmente quién era esa mujer y a qué se debía el secretismo de la llamada que había tenido lugar por la mañana. Era para que no se enterara de la sorpresa que le tenía preparada, y también entendió la presencia en casa de los hombres que habían estado llevando los muebles y que Gabriela le había dicho que eran para el despacho de Enzo. Al parecer todos estaban compinchados.

¡Madre de Dios, qué metedura de pata con lo de Chiara!

Frunció los labios en un gesto infantil y lo miró avergonzada.

—He sido una idiota, ¿eh? —dijo.

Enzo sonrió con expresión comprensiva.

—A veces eres muy impulsiva —apuntó.

Era una forma suave de decirlo, porque lo que había dejado patente Ada era lo celosa que se había puesto al pensar que Enzo se podría estar viendo con otra mujer. Bien podría haber

permanecido callada. Pero así era ella. Una fierecilla, como le decía cariñosamente Enzo.

—¿Por qué no estrenas tu nuevo espacio mientras yo me llevo a Teo para que tengas un ratito de tranquilidad? —le propuso él.

—¿Podrás con él? —dijo Ada.

—Creo que a estas alturas puedo afirmar que sí —contestó Enzo, aunque lo dijo con cautela. Teo podía llegar a ser un hueso muy duro de roer.

—Vale —accedió Ada.

—Bien, te veo luego —dijo Enzo.

—Luego nos vemos.

Enzo cerró la puerta con una sonrisa y un guiño de ojo que a punto estuvo de lanzar a Ada fuera de orbita.

Una vez que se quedó sola, tomó aire, llenándose los pulmones, y echó de nuevo un vistazo al estudio. ¡Era precioso! Y podía ver la playa.

Imaginarse escribiendo con el sonido del mar de fondo le puso la piel de gallina. La alegría hizo que diera un par de saltitos en el sitio y que alzara los puños al aire.

Se acercó a la mesa, dejó en un lado el cuaderno que llevaba, y pasó los dedos por las teclas del ordenador. Era un Mac de Apple de color blanco con unas flores a los lados amarillas y un diseño para quitar el hipo. No tenía nada que ver con el portátil que había tenido que vender para conseguir algo de dinero cuando la despidieron del trabajo.

Como si fuera una niña pequeña, se sentó en la silla giratoria y dio un par de vueltas. Estaba tan emocionada que hasta se mareó un poco. Jamás hubiera pensado que Enzo tendría un detalle así con ella.

CAPÍTULO 44

Ada disfrutó mucho de aquel espacio que le había regalado Enzo. Espacio que no tardó en hacer suyo, o en sentirlo suyo, más bien. No era difícil, todo hay que decirlo, porque era un lugar delicioso, donde la brisa que se colaba por la ventana le traía, a veces, el olor salobre del mar. Desde el que podía ver la línea infinita donde el cielo y el mar se unían y sobrevolar por encima a las gaviotas. Un escenario único para dar alas a su imaginación.

Y los días pasaron. Y Ada y Enzo seguían viviendo y comportándose como si fueran una familia… sin serlo y sin etiquetarse como tal. A Teo le salió otro diente, empezó a sostenerse en pie sin ayuda, aunque todavía no se atrevía a dar sus primeros pasos, y Ada y Enzo habían hecho una especie de competición para que los llamara como «mamá» y «papá» respectivamente antes que al otro, aunque Teo lo único que pronunciaba era cosas ininteligibles.

Enzo llevó a Ada a conocer cada rincón de Isquia y ella se enamoró profundamente de la isla y de la magia que desprendía. Se enamoró del carácter amable de la gente; de su hospitalidad, del Jardín de La Mortella; decorado con plantas del Mediterráneo y también tropicales, de la playa de Chiaia, con su muro de rocas, del restaurante Al Pontile, donde Enzo y ella cenaron varias noches, de la Piazza Antica Reggia, un bullicioso barrio portuario; donde podías encontrar un montón de tiendas y cafeterías con un encanto especial. Podría vivir allí eternamente, pensaba Ada cada vez que conocía algo nuevo.

Pero nada dura eternamente y la felicidad, esquiva a veces, solo se deja acariciar con la punta de los dedos.

Aquella mañana el ambiente estaba enrarecido, similar a esa calma sigilosa y discreta que precede a la tormenta, a una de esas capaces de sacudir el mundo bajo los pies. Nadie sabría decir qué pasaba exactamente. Nadie sabría decir de dónde nacía ese extraño silencio que daba la sensación de tragarlo todo. Nadie sabía nada, pero todos notaban algo extraño.

Por la tarde, la tormenta tomó nombre propio: Fabrizio de Luca.

El abuelo de Enzo se presentó en la casa sin previo aviso, escoltado por una legión de empleados que se encargaba en todo momento de que estuviera bien y de que se cumplieran cada una de sus órdenes. Solo faltó poner una alfombra roja y tirar pétalos de rosas por dónde él iba a pasar. Un boato que solo se podía esperar de alguien como Fabrizio de Luca.

Ada lo vio de pasada cuando Enzo lo llevaba a su despacho. Era un hombre alto, con el pelo plateado y bastante bien de aspecto, teniendo en cuenta que ya asumía una edad importante en su osamenta. Tenía bigote, ojos negros intimidantes y rictus de tirano. Un hombre demasiado regio, al que le sobraba seriedad y rectitud y le faltaba gentileza y humildad. No se podía vivir siempre como si tuvieras metido un palo por el culo, por mucho dinero que poseyeras. Eso no tenía que ser bueno para la salud, pensó Ada, cuando Fabrizio la miró de reojo como si fuera un insecto. Ni siquiera se había molestado en acercarse para ver (y conocer) a Teo, su bisnieto, al que tenía cogido en brazos. Si un bebé no era capaz de tocar su corazón, nada lo haría, se dijo, sin darle demasiada importancia.

Recordó todo lo que le había dicho Gabriela acerca de ese hombre, y no le caía bien. No, nada bien. Así que al ignorarla le hacía un favor.

—Parece un dictador —dijo al entrar en la cocina, donde estaban Gabriela y Maurizio. Un dictador o un miembro de la mafia, pero esto último se lo cayó. Era como Vito Corleone de *El Padrino*.

—Ni la vejez es capaz de arrancarle ese aire de Mussolini —comentó Gabriela.

Maurizio dirigió a su mujer una mirada de reprobación.

—¿Qué? —dijo ella de inmediato—. No estoy diciendo nada que no sea verdad y Ada es de

la casa —añadió con toda la naturalidad del mundo.

—Pero es el señor De Luca —le recordó Maurizio, como si Gabriela no lo supiera.

Meneó los hombros.

—¿Y qué? A mí como si es el papa —atajó.

El tono en el que lo dijo provocó la risa de Ada, aunque trató de disimularla ocultándose la boca con la mano y apretando los labios.

—Gabriela, no puedo contigo —dijo Maurizio como un viejo cascarrabias.

Y se marchó de la cocina como alma que lleva el diablo.

Gabriela sonrió.

—Mi jefe es el señor Callagan, no Fabrizio de Luca —le dijo a Ada.

Teo empezó a refunfuñar.

—Voy a sacarlo al jardín para que se distraiga un poco —comentó Ada.

—Aprovecha porque hace un día estupendo. Ahora os llevo unos refrescos —se ofreció Gabriela.

—Gracias —contestó Ada, cogiendo el biberón del agua de Teo.

Enzo retiró el sillón de cuero y se sentó.

—¿A qué has venido? —le preguntó a su abuelo, sin molestarse en disimular la mala cara que se le había puesto al verlo. No es que no fuera bienvenido en su casa, pero su abuelo siempre traía con él discusiones, problemas y quebraderos de cabeza.

Fabrizio de Luca no era hombre de andarse por las ramas. Era directo e incisivo como una bala y así lo demostró una vez más.

—¿Cuándo ibas a decirme que has tenido un hijo con una norteamericana? —dijo. Fabrizio tampoco se molestó en disimular el desdén que sentía por Ada, aún sin conocerla

—¿Quién te ha ido con el cuento? ¿Giulio? —preguntó Enzo con mordacidad. Lo despediría por aquel atrevimiento.

—¿Y eso qué más da? —contestó Fabrizio sin dar importancia a su pregunta—. Lo hizo tu madre y ¿ahora lo haces tú? Pero ¿qué diablos os pasa? ¿Qué veis en esa gente? —dijo, volviendo al tema que lo había llevado hasta allí.

Enzo clavó la mirada en su abuelo. Parte de los rasgos de aquel anciano eran los suyos. A veces era como mirarse en un espejo trascurridas unas cuantas décadas.

—¿Para eso has venido? ¿Para echarme en cara quien es la madre de mi hijo? —saltó—. Ya te he dado un bisnieto. Eso es lo que querías, ¿no? Que tuviera descendencia…

—¡Pero no quería que lo tuvieras con una extranjera y menos con una estadounidense! —le espetó Fabrizio, irguiéndose en la silla que estaba frente al escritorio de Enzo—. Sabes que detesto a esa gente.

Enzo se recostó en el asiento sin dar importancia a las palabras de su abuelo.

—Sí, los detestas desde que mi madre decidió casarse con uno de ellos —dijo—. Siempre has sido demasiado puritano. A veces me pregunto cómo me soportas sabiendo que yo soy mestizo.

Fabrizio de Luca guardó silencio. Un silencio que para Enzo significaba muchas cosas y que provocó que sonriera con un gesto de amargura en los labios. Su abuelo solo lo soportaba porque su hija prácticamente lo había obligado a criarlo, al dejarlo a su cargo cuando ella se largó a hacer su vida por ahí.

—Deshazte de esa mujer —ordenó Fabrizio seco.

Y aunque su voz autoritaria no admitía réplica, Enzo replicó, por supuesto. Siempre lo había hecho. No se había ganado el apodo de oveja negra de la familia por ser obediente precisamente.

—Me desharé de ella cuando me dé la gana. No vas a ser tú quien venga a decirme qué tengo o no tengo que hacer —dijo Enzo enfadado.

Fabrizio dio una palmada en la mesa que hizo que algunos de los objetos que había encima de ella vibraran.

—¡Soy Fabrizio de Luca! ¡Tu abuelo! —estalló—. Y si quieres ver un céntimo de mi herencia y seguir en la dirección de mis negocios te desharás de esa mujer.

—¡Es la madre de mi hijo! —gritó Enzo sin dejarse amedrentar.

Su abuelo no le infundía el temor que lograba infundir al resto de la familia. Lo respetaba, sí, porque era su abuelo, sangre de su sangre, familia, y eso eran preceptos muy arraigados en Italia, pero no le tenía miedo. Ninguno. Nunca se lo había tenido, y esa era otra de las cosas que sacaba a Fabrizio de sus casillas, que no podía hacer con él lo que quisiera, como sí pasaba con el resto de los miembros del clan.

—Como si es la madre de Dios —dijo Fabrizio—. Tenías que haberte traído solo al niño.

—Teo la necesita —intervino Enzo—. Todavía es muy pequeño para que esté sin Ada.

CAPÍTULO 45

Ada miraba al frente con los ojos vidriosos, a punto de llorar. Sin ver nada. Sin apenas sentir. Sin apenas percibir ningún estímulo del exterior. Ni siquiera el latido de su corazón, que bombeaba a un ritmo vertiginoso en sus sienes. El pecho le subía y le bajaba con una respiración pesada que no podía controlar, como si le fuera a dar un ataque de ansiedad de un momento a otro. Las palabras de Enzo y de Fabrizio daban vueltas en su cabeza como un remolino en el agua. El estómago se le agitó en una especie de náusea que trepó hasta su garganta.

En el tiempo que llevaba en Isquia había empezado a chapurrear italiano. Si iba a relacionarse con la isla y sus gentes, lo mejor era que conociera el idioma. Le gustaba, se le daba bien y Enzo siempre estaba dispuesto a ayudarla, aunque era con Gianna con quien había conseguido dominarlo.

Entendía el italiano y entendía a la perfección lo que estaban hablando Enzo y su abuelo y en torno a qué giraba la conversación. Era primavera (una buenísima primavera), la ventana del despacho de Enzo estaba abierta y no corría una pizca de aire, por lo que las palabras volaban sin problema y con nitidez hasta donde se encontraba jugando con Teo. Además, el tono había subido y casi desde el principio estaban discutiendo a voces, como si no hubiera nadie en casa excepto ellos.

No podía creer lo que estaban diciendo, sobre todo no podía creer lo que estaba saliendo por la boca de Enzo. «Que se desharía de ella cuando le diera la gana», «que Teo era muy pequeño para estar todavía sin ella». ¿De qué cojones hablaba? ¿Iba a quitarle a su hijo? Finalmente, ¿iba a hacerlo?

Ada trató de mantener la calma. En el estado en el que se encontraba no podía pensar, y necesitaba que su cerebro funcionase al cien por cien más que nunca.

Miró a Teo mientras se frotaba nerviosa la frente. El niño estaba entretenido tirando unas bolas de colores chillones. La cabeza de Ada empezó a ir a mil por hora.

Por eso estaba allí, por eso la había llevado Enzo a la isla, por eso la había obligado a ir. La necesitaba, como un peón en una partida de ajedrez. Esa era la única razón. Ni siquiera había un viso de generosidad en su acción. No le había propuesto ir a Isquia para que ella estuviera con su hijo, sino para que lo criara hasta que fuera más autónomo, y después la mandaría a la mierda, se la quitaría de encima como se quita un mueble que ya no te sirve.

—Hijo de puta… —musitó.

Las lágrimas brotaron de sus ojos y se precipitaron por su rostro hasta caer en la manta que había en el césped. Se apresuró a enjugárselas de las mejillas con rapidez, en un gesto lleno de rabia, por haber sido tan tonta de haber caído en su trampa.

Empezó a atar cabos…

Por eso había accedido tan rápidamente a hacerse cargo del niño. Le convenía. Lo había oído. Su abuelo le exigía que tuviera un hijo para entrar en esa rocambolesca e idiota competencia para quedarse con su herencia, que había impuesto para tener a todos bajo su mando. Enzo se había propuesto hacerse con ella y Teo era un paso adelante en su camino para conseguir su objetivo. Eso era todo. Y ella había pasado a ser un mal necesario, porque era la madre.

—Eres una imbécil, Ada. Eres una imbécil de remate —se dijo enfadada.

¿Cómo había podido creer en él? ¿Pensar que quizá tenían un futuro juntos? ¿Que podrían construir una familia? ¿Que no era tan cabrón como todo el mundo decía que era? ¿Que había cambiado por ella? Bufó sonoramente. ¿Por qué todas las mujeres tenían la estúpida creencia de que podían cambiar a los hombres? ¿De que dejarían de ser unos hijos de puta por ellas?

A esas alturas había controlado más o menos la respiración, pero había empezado a hervirle la sangre en las venas y tenía los dientes tan apretados que no podrían habérselos separado ni con una palanca.

No sintió a Gabriela cuando se acercó a ella con una jarra.

—He hecho zumo —anunció, pero Ada no oía nada.

Se levantó casi de un brinco.

—Gabriela, ¿te puedes quedar con Teo un minuto? —preguntó con voz ausente.

—Sí, claro. —Gabriela miró a Ada—. Cariño, ¿estás bien? —dijo al ver que estaba llorando.

—Sí —fue su única respuesta.

Cuando Gabriela se quiso dar cuenta, Ada ya cruzaba el jardín camino de vete a saber tú dónde.

—¿Qué le pasará? —se preguntó Gabriela mientras observaba como se alejaba.

Ada entró en la casa con las mandíbulas contraídas y pisando el suelo como si quisiera hacerlo añicos. Tenía muy claro adonde se dirigía y qué iba a hacer.

Abrió la puerta del despacho de Enzo de golpe, sin molestarse en llamar, y se plantó en mitad de él. Enzo alzó la vista hacia ella y Fabrizio giró la cabeza al oírla entrar.

—¡Eres un cabrón de mierda! —dijo alto y claro, apuntando con el dedo índice a Enzo, sin importarle que Fabrizio de Luca estuviera allí. Él era igual. Un miserable. De tal palo tal astilla.

—Ada… —Enzo frunció el ceño. ¿A qué venía aquello?

Ada no le dejó hablar.

—¿Para eso quieres a Teo? ¿Para quedarte con la puta herencia de tu abuelo? ¿Por eso te hiciste cargo de él? —gritó enfadada.

Enzo se quedó de piedra.

—¿De qué estás hablando? —dijo.

Ada se adelantó un par de pasos.

—¿Que de qué estoy hablando? —bufó con mordacidad—. De lo que le acabas de decir a tu querido abuelo —dijo en tono de burla—. Lo he escuchado todo, Enzo. ¡Todo!

La cara de Enzo se desencajó.

—Ada, no es lo que piensas… —balbuceó.

Ada entornó los ojos y le lanzó una mirada asesina. Le hubiera fulminado en el acto con la

mirada si hubiera podido.

—¡¿Qué?! —chilló indignada—. ¿Vas a ser tan cínico de decirme que no es lo que parece? ¿Cómo cuando pillas a tu pareja follándose a otra en la cama?

—Haz que se calle —sonó la voz áspera de Fabrizio en el despacho.

Hablaba inglés. Perfecto, pensó Ada, así estaba entendiendo todo lo que decía e iba a entender todo lo que iba a decir.

—No te metas, abuelo. Esto no es asunto tuyo —lo cortó Enzo con severidad.

Se levantó del sillón de cuero, rodeó la mesa y fue hacia Ada.

—Es mejor que hablemos fuera —dijo, cogiéndola del brazo.

Ada dio un tirón y se liberó de la mano de Enzo. Lo que menos quería en ese momento es que la tocara.

—¿Fuera? No —negó vehementemente con la cabeza—. Quiero que tu abuelo oiga lo que tengo que decir.

—Ada, por favor… —le pidió Enzo.

—¡Por favor, nada! —exclamó ella—. Sois los dos unos miserables, unos cabr…

Enzo la cogió del codo y finalmente la sacó del despacho. Su abuelo no tenía por qué oír nada de lo que tuviera que decirle. Además, seguro que empeoraba las cosas con alguno de sus inoportunos comentarios. Porque su abuelo podía ser muy inoportuno cuando se lo proponía, y sin proponérselo también.

Enzo pudo llevar a Ada hasta su habitación.

—¡Suéltame! —dijo ella al entrar, dando de nuevo un tirón. Enzo cerró la puerta a su espalda —. No se te ocurra tocarme un pelo.

—Ada, deja que te explique… —Enzo trataba de hacerla entrar en razón, pero no había manera.

—Es que no hay nada que explicar —lo cortó.

—Escucha…

—¡No! Escúchame tú a mí. Eres un cabrón y un miserable —dijo, dándole golpecitos en el

pecho con el dedo índice.

—Ada, por favor, tienes que dejar que me explique —insistió Enzo.

Pero Ada no le hacía caso. Estaba demasiado ofuscada para hacerlo.

—¿Eso es lo que somos Teo y yo para ti? ¿Una mera transacción? ¿Eso es lo que tu hijo es para ti? —continuó hablando. Ada se echó las manos a la cabeza.

Dio media vuelta y comenzó a caminar por la habitación como un animal enjaulado. Las palabras que había oído de boca de Enzo cada vez le pesaban más y cada vez era más consciente de lo que significaban, de lo que había detrás de ellas.

—Todo este tiempo… Todo este tiempo nos has considerado peones en un juego de ajedrez —dijo—. ¿Eso ha sido todo para ti? ¿Un juego? ¿Un puto juego?

—No —negó Enzo.

—¡Sí! —refutó Ada, dándose la vuelta de golpe para encarar a Enzo—. Para ti solo hemos sido piezas que has movido a tu antojo, según tu plan… —Clavó los ojos en los de él—. Ibas a deshacerte de mí —susurró dolida. La voz le temblaba—. Ibas a quitarme a Teo, a mi hijo… Dime que no era ese tu plan. ¡Dímelo, Enzo! —le exigió con un grito.

En los ojos de Ada brillaba la decepción. Una decepción profunda y sombría que a él le dolió cuando la advirtió en el fondo de su mirada.

—Al principio, pero luego… —comenzó a hablar. Se rascó la nuca.

Enzo no sabía qué decir. No esperaba que Ada se enterara de cuál era su plan original. Por lo menos no de esa forma. Y en ese momento no sabía muy bien cómo atajar el problema, porque le había pillado totalmente desprevenido, con el carrito del helado, como se suele decir, y porque dijera lo que dijera, no le dejaba en buen lugar. Ada estaba en lo cierto. Se había comportado como un hijo de puta. Se había comportado como lo que era.

—¿Qué clase de hombre eres, Enzo Callagan? ¿Qué clase de persona? —lanzó al aire Ada.

—Ada, Teo y tú sois lo más importante que tengo ahora en mi vida.

—¡Mentira! No eres más que un puto mentiroso.

—No, te juro que no. Al principio es cierto que… que ese era mi plan. Te lo confieso.

—¿Me lo confiesas? —se burló Ada. No pudo evitar el tono mordaz ni dejar de levantar una ceja—. Te he pillado, que no es lo mismo. Si no hubiera oído la conversación con tu abuelo, me hubiera enterado de tus intenciones cuando me echaras de aquí.

—No, Ada, no. Las cosas han cambiado. Ahora todo es distinto. Tienes que creerme. Te estoy diciendo la verdad —dijo Enzo.

Ada se cogió los brazos con las manos y se los acarició de arriba abajo. Hacía calor, pero ella sentía frío. Mucho frío. Se le había puesto la carne de gallina.

—Yo… Yo no te creo, Enzo —dijo, tragándose el nudo que tenía instalado en la garganta y que apenas le dejaba hablar.

—Pero, Ada…

Ella lo cortó. No podía seguir escuchándolo. No tenía fuerzas suficientes.

—Lo único que quiero es irme de aquí. Yo… Yo lo único que quiero es irme de aquí —repitió. Nerviosa, miraba a un lado y a otro para localizar la puerta. Estaba desubicada—. No quiero estar aquí.

CAPÍTULO 46

—No puedes irte.

—Sí que puedo, y es lo que voy a hacer. ¿No lo ves? —dijo Ada con firmeza y un punto de sarcasmo.

—Teo también es mi hijo —repuso Enzo.

La voz le salió más autoritaria de lo que pretendía. No quería echar más leña al fuego ni comportarse como un déspota. Aquello solo se podía arreglar con diálogo, con mucho diálogo.

Ada alzó la cabeza con un destello de rabia en la mirada. Los ojos le echaban chispas. Qué ganas de arrancarle la piel a tiras le estaban dando. Dios, qué ganas.

—No juegues esa baza, no se te ocurra jugar esa baza otra vez, porque no te lo voy a permitir —le advirtió con el dedo índice en alto.

—Pero es mi hijo —insistió Enzo.

—¡Vete a la mierda, Enzo Callagan! —atajó Ada, que se negaba en rotundo a continuar hablando con él.

Se lanzó a andar con pasos firmes y se dirigió a su habitación. Enzo fue detrás de ella. Ada abrió el vestidor y sacó la maleta. La puso encima de la cama y abriendo los cajones, empezó a meter en ella la poca ropa que había llevado. La tiraba dentro sin orden ni concierto y sin molestarse en doblarla. Todo iba a bulto.

—Ada, tu sitio y el de Teo está aquí, a mi lado —dijo Enzo, mientras la veía ir de un lado a otro con tanta prisa que el suelo parecía quemar bajo sus pies.

Ada se detuvo en seco en mitad de la habitación con un par de camisetas en la mano y lo

miró enfurecida.

—¿Aquí? ¿Contigo? —repitió con incredulidad—. ¿Se te ha ido la cabeza? Nos has utilizado, a Teo y a mí. A tu propio hijo —enfatizó estas últimas palabras—, y a mí me has engañado como un vulgar trilero. Porque eso es lo que eres. Un manipulador. Debes de estar loco si piensas que después de lo que me he enterado me voy a quedar aquí, o que te voy a dejar a Teo.

Lanzó las camisetas a la maleta y se fue a por más ropa. Ni siquiera pensaba lo que estaba haciendo o de qué manera. Lo único que quería era largarse de aquella casa y dejar de ver a Enzo cuanto antes.

En ese momento, Gabriela entró por la puerta que daba acceso a la habitación de Teo. Había ido a por otro chupete al cuarto del niño, porque el que tenía se había manchado al caerse en la tierra.

—¿Pasa algo? —dijo, con el pequeño en brazos, al oír el revuelo que había formado entre Ada y Enzo.

—Gabriela, por favor, ¿puedes pedirme un taxi? —le preguntó Ada.

—Sí, claro, pero ¿es que te vas?

—Sí.

—Gabriela, no pidas ningún taxi, Ada no se va a ningún lado —intervino Enzo con voz autoritaria.

—Sí que me voy. Por supuesto que me voy —le rebatió ella con soltura—. Por favor, Gabriela, pídeme un taxi —dijo de nuevo.

—Gabriela, no —dijo Enzo.

Ada soltó una risa áspera.

—¿Te crees que porque Gabriela no me pida un taxi no me voy a ir? Puedo pedirlo yo.

Gabriela intercambió una mirada silenciosa con Enzo y alzó un hombro. Ada tenía razón, que no llamara a un taxi no iba a impedir que no se fuera, si esa era la decisión que había tomado. Dio media vuelta y salió con el niño de la habitación en busca del teléfono.

Enzo se acercó a Ada de un par de zancadas y la sujetó por una de las muñecas para detener el ritmo frenético que llevaba. Estaba supersónica.

—Ada, para… Por favor, para un momento —le pidió en tono conciliador.

—Que no me toques, Enzo —dijo ella entre dientes, sin ni siquiera mirarlo. No podía.

Ada tenía la cara congestionada y los ojos llenos de lágrimas.

—Respira y, por favor, piensa lo que estás haciendo…

—Déjame en paz —dijo con la voz quebrada.

Y rompió a llorar. Ya no aguantaba más. Ya no podía contenerse más. Ya no podía hacerse la fuerte más tiempo.

—Joder, no llores… Ada, no llores… —susurró Enzo.

Tiró de ella hacia sí y la rodeó con los brazos para consolarla.

—Las cosas han cambiado. Tú…

Ada empezó a revolverse contra él. No quería escuchar nada.

—¡Así no se arreglan las cosas! —le gritó. Metió las manos entre los dos cuerpos, las apoyó en el duro pecho de Enzo y lo empujó. Él la liberó—. No se arreglan con un abrazo o con un beso…

—Está bien —dijo él, con expresión resignada en el rostro.

Ada dio un par de pasos hacia atrás para poner distancia con Enzo mientras se limpiaba las lágrimas con las manos. Él seguía teniendo un efecto devastador sobre ella. Estaba enfadada, cabreada y en ese momento sería capaz de estrangularlo con sus propias manos, pero el efecto que tenía sobre ella no había cambiado. Su olor, su voz, su carisma, el calor que emanaba de su cuerpo…

Joder, no había cambiado.

Y podía caer.

Y ella no quería caer. No quería que se le pasara aquel cabreo. Quería seguir enfadada con Enzo. Lo necesitaba para irse de allí, porque estaba demasiado enamorada y eso la hacía muy vulnerable frente a él, poniéndola en una situación de desventaja.

—Por favor, no te vayas… —dijo Enzo—. Hay muchas cosas que me gustaría decirte.

—No, Enzo. —Ada negó con la cabeza—. No voy a dejar que me vuelvas a embaucar, que me engañes otra vez… Ya no. Has dejado muy claro qué tipo de persona eres. Yo… —Dejó caer los brazos a los costados. No le salían las palabras. Tomó aire y trató de poner orden en su cabeza—. Ahora mismo ni siquiera puedo verte la cara. Estoy muy decepcionada. Solo quiero irme de aquí.

Enzo sabía que tenía poco que hacer si Ada había decidido irse. Y no es que no la entendiera, es que no quería quedarse sin ella y sin Teo. Pero nada de lo que dijera le haría entrar en razón.

—Puedes esperarte a mañana, Ada. Hablaré con el piloto del helicóptero para que prepare los papeles. Hoy ya es imposible —le sugirió Enzo.

—Me iré en el ferry hasta Nápoles y allí cogeré un avión. Ya te he dicho que no quiero estar ni un minuto más aquí —arguyó, metiendo unos vestidos en la maleta.

«Y si no me iré nadando», le dieron ganas de decirle, pero se mordió la lengua en el último segundo.

Si se quedaba, aunque solo fuera un día, Enzo podría llevarla a su terreno otra vez. Contarle mil milongas y ella probablemente acabaría cediendo, porque estaba enamorada de él hasta las trancas. Y ya sabemos cómo juega el amor y qué traicionero puede ser. En ese momento, debido a la rabia que bullía en su interior, tenía fuerzas suficientes para mandar a Enzo a la mierda y largarse de allí, pero no tenía claro que más tarde pudiera hacerlo, por lo menos no con tanta decisión.

—Ada, ¿puedo hacer algo para que te quedes? Dime… Haré lo que sea —dijo Enzo con voz templada y con un viso de súplica.

Ada negó rotundamente con la cabeza, mientras vaciaba los cajones de la ropa interior dentro de la maleta.

—No, Enzo. No puedes hacer nada. Solo… Solo ponerme esto fácil y dejar que me vaya.

—¿Ni siquiera quieres pensártelo? —insistió él—. Ahora todo el asunto está caliente. Quizá mañana cuando se haya enfriado veas las cosas de otro modo…

—No tengo nada que pensar —fue la respuesta de Ada.

Un silencio denso e incómodo se instaló en la habitación.

—Bien —accedió finalmente Enzo, resignado.

Su voz parecía lejana, como si hubiera tenido que recorrer todo el cuerpo para salir.

Se dio media vuelta y abandonó la habitación. Desde la otra punta de la casa podía oírse cómo el alma le arrastraba en el suelo.

Nunca, en toda su puta vida, se había sentido tan mierda, tan miserable y tan vacío como en aquel momento. Era lógico que Ada se hubiera puesto como un basilisco con él y que no quisiera escucharle, ni tan siquiera mirarle a la cara. Él estaría igual (o peor) que ella si se hubiera enterado de que una mujer había hecho con él lo que él había hecho con ella. Se merecía picar piedra en Siberia, como le había dicho en alguna ocasión Ada.

CAPÍTULO 47

Cuando entró de nuevo en el despacho, de lo que menos ganas tenía era de hablar con su abuelo. Le hubiera gustado hacerlo desaparecer con un chasquido de dedos, haberlo mandado al infierno.

En mala hora había aparecido.

Se dirigió directamente a los ventanales y los cerró con un golpe seco, aunque ya no tenía mucho sentido. Ada había escuchado todo lo que no tenía que escuchar. Ya no importaba quién los oyera discutir ahora.

—¿Cómo diablos dejas que te hable así? —comentó Fabrizio con malas pulgas cuando Enzo se sentó en el sillón frente a él.

Algo parecido a indignación se reflejaba en sus avejentados ojos negros (color que venía de familia). Un hombre como él jamás dejaría que una mujer le hablara de aquella forma, ni siquiera aunque tuviera razón.

—Vete —fue lo que respondió Enzo, mirando hacia la ventana, y lo dijo sin que le temblara la voz, de forma rotunda y concisa.

Las arrugas de Fabrizio de Luca se marcaron con gravedad en su rostro.

—¿Me estás echando? —le preguntó a su nieto sin amedrentarse. A él, ni la edad lo volvía vulnerable. Era un *De Luca* y eso estaba marcado en su sangre a fuego.

Enzo apretó las mandíbulas. Él también era un De Luca.

—No, te estoy invitando a que te vayas antes de que te eche —contestó.

—Que no se te olvide quien soy. —El tono que utilizó Fabrizio era de advertencia o incluso

de amenaza.

Enzo giró el rostro lentamente hacia él. De pronto el mundo parecía haberse ralentizado, como si el planeta hubiese relajado el movimiento y todo fuera más despacio.

—Te lo volveré a decir: vete. —Enzo tenía los dientes apretados y se estaba aguantando las ganas de dar un golpe en la mesa y mandarlo todo a la mierda—. Vete antes de que pierda los nervios y diga algo de lo que más tarde pueda arrepentirme.

—Ten cuidado conmigo, Enzo —dijo Fabrizio.

—¿Qué vas a hacer? ¿Me vas a desheredar? —le retó Enzo con los ojos entornados. Casi le echaban fuego—. ¿Eso es lo que vas a hacer? ¿Desheredarme? —repitió con desdén—. No eres más que un manipulador —soltó sin poder callarse más.

Estaba más que harto de las triquiñuelas que utilizaba su abuelo para que todo el mundo hiciera lo que él quisiera. Siempre había sido demasiado artero, demasiado marrullero.

—¡Enzo! —lo amonestó Fabrizio, pero a Enzo le dio igual.

—Estoy cansado, abuelo. Te juro que estoy cansado… —Se incorporó y se quedó de pie detrás de la mesa. Se pasó los dedos por el pelo azabache—. No necesito tu dinero —dijo súbitamente. Rio con amargura—. Los necesito a ellos —apuntó con el índice a la puerta—. ¡A ellos! —exclamó, levantando de golpe la voz—. Y ahora por tu culpa y por mi estupidez los he perdido.

Fabrizio se sobrecogió. Nunca había visto a su nieto así.

Enzo apoyó las palmas de las manos sobre la superficie de la mesa y se inclinó un poco hacia adelante, para acortar la distancia que había entre su abuelo y él.

—Pero tú no lo vas a entender nunca, porque nunca has amado a nadie ni nada que no fuera el dinero, el puto dinero. Ese ha sido el único motor de tu vida: el dinero —dijo con rabia—. Le amargaste la vida a tu mujer, le amargaste la vida a tus hijos y me amargaste la vida a mí. Nos jodiste bien jodidos, Fabrizio de Luca.

Aquellas últimas palabras junto con el nombre de su abuelo resonaron entre las cuatro paredes del despacho como si las hubieran golpeado.

Fabrizio apoyó las manos en los brazos del sillón y se incorporó con más agilidad de la que se esperaría de un hombre de su edad. Su rostro estaba impertérrito, mostrando una flema como solo tienen los generales de guerra.

—No te voy a consentir que me hables así y mucho menos que me eches en cara nada. No eres nadie para hacerlo. Todo lo que tenéis es gracias a mí. Yo levanté este imperio. —Abrió las manos—. Yo levanté las Bodegas De Luca, las mejores bodegas de Europa. Nuestro vino es oro líquido. La gente mata por tener una de nuestras botellas. Todo lo que sois es gracias a mí…

—Se te olvida que yo soy un Callagan, abuelo —le cortó Enzo.

Y no es que se sintiera orgulloso de su padre, porque en muchos aspectos había sido igual que el propio Fabrizio y nunca se había preocupado por él, pero en ese momento se alegró de poder utilizar su apellido paterno y la fortuna que había cosechado su padre y que él había aumentado con creces, como arma arrojadiza contra su abuelo. Y si no conseguía bajarle los humos, porque eso era imposible en un hombre como Fabrizio de Luca, al menos conseguiría fastidiarlo.

—Tu padre no fue más que un pintamonas que tuvo suerte con algunas inversiones —afirmó desairadamente Fabrizio, haciendo un gesto desdeñoso con la mano. Aquel hombre tenía la misma soberbia que el diablo.

Enzo se cansó de las insolencias de su abuelo y dio un puñetazo en la mesa, tan fuerte que algunas cosas de las que había encima cayeron al suelo.

—¡Basta! —gritó enfurecido. Fabrizio abrió los ojos de par en par ante el estruendo. Las arrugas que surcaban sus ojos se alisaron—. Tú no eres ejemplo de nada —continuó Enzo—. Hiciste infelices a todos los que te rodeaban. A todos. No te dejaste a nadie: a la abuela, a los tíos, a mi madre, a mí… Todos acabamos huyendo de ti, rebelándonos a tus normas, a tu severidad, a tu extrema rigidez. Nunca diste el amor que tenías que dar como marido, como padre o como abuelo. Para ti todo eran negocios, hacer dinero y que las Bodegas De Luca fueran las mejores de Europa. ¿Y para qué? ¿Para qué, abuelo? —le preguntó enfadado.

—No voy a discutir contigo. Estás… demasiado ofuscado por lo que ha pasado con esa mujer

—dijo Fabrizio, sin dar importancia a lo ocurrido con Ada minutos antes. Miró a Enzo con dureza en los ojos—. Recupera a ese niño. Sea quien sea la madre es tu hijo —añadió con voz fría.

Enzo sonrió con un gesto agridulce. ¿Cómo podía ser su abuelo así?

—No has entendido nada —dijo—. No quiero tu dinero. No quiero nada que venga de ti, Fabrizio de Luca. No regreses a esta casa nunca, porque no serás bienvenido —sentenció.

Fabrizio, que se había girado hacia la puerta dispuesto a dar por concluida su visita y a marcharse, se volvió hacia Enzo.

—¿Qué estupideces estás diciendo? —masculló.

—Hoy he perdido muchas cosas por tu culpa. No quiero volver a verte.

—¿Todo esto es porque te has enamorado de esa fulana? ¿Es eso lo que pasa, Enzo? ¿Que te has enamorado de ella? —le preguntó su abuelo.

—¡No la llames fulana! ¡No te atrevas a llamarla fulana! ¡Ada no es una fulana! Joder, es mejor de lo que tú has sido alguna vez en tu vida …, y mejor de lo que yo seré nunca. Ella llena de magia las vidas de los que le rodean y tú las llenas de sombras, tú las destrozas, las aniquilas.

—Eres como la desagradecida de tu madre —le escupió Fabrizio.

—¡Vete! —gritó Enzo, apuntando con el índice hacia la puerta—. ¡Vete de mi casa! Hiciste de mí un hombre sin sentimientos, sin empatía por el prójimo y casi sin escrúpulos, como eres tú. Me hiciste a tu imagen y semejanza, y ahora he perdido lo más valioso que alguna vez he tenido en mi vida. Haz lo que quieras con tu herencia, pero lárgate de mi casa, Fabrizio de Luca.

—Esa mujer te ha vuelto loco —se burló su abuelo—. Por esa razón no debiste traerla aquí. No debiste meterla en tu vida. Las mujeres nos embaucan, nos vuelven estúpidos y nos hacen perder el rumbo de lo verdaderamente importante. Esa magia que dices que tiene no son más que majaderías, necedades que la gente cree porque es tonta. La magia no existe. Existe el dinero, el poder… —La voz de Fabrizio sonaba grave.

Enzo pensó en silencio que su abuelo no iba a cambiar nunca, por más años que pasasen o por más viejo que se hiciese. Daba igual qué le dijera o qué no, él siempre seguiría pensando de

esa forma tan poco ortodoxa, tan cuadriculada. Como dicen, genio y figura… Pero Enzo sabía que la magia sí existía y Ada se lo había demostrado.

—Me das pena, abuelo. Mucha pena —dijo.

Fabrizio arqueó una de sus canosas cejas.

—Espero que algún día tengas la vergüenza de reconocer el error que estás cometiendo —repuso.

—Mi único error ha sido no haberte echado antes de mi vida —contestó Enzo, rotundo.

Fabrizio se dio media vuelta sin que se le moviera la ropa y salió del despacho de Enzo con la dignidad que lo caracterizaba.

Enzo negó para sí con la cabeza cuando la puerta se cerró tras su abuelo. Vencido, se dejó caer sobre el sillón de cuero. Resopló.

CAPÍTULO 48

Ada no se detuvo ni siquiera unos minutos para recapacitar, para darse un tiempo. Iba frenética de un lado a otro, con la cabeza a mil por hora, recogiendo todo y metiéndolo en la maleta a bulto. La nube de confusión y rabia que tenía en la mente y que embarraba todos sus pensamientos no le dejaba concebir otra idea que no fuera irse de allí y alejarse de Enzo Callagan cuanto antes y, a ser posible, para siempre.

De repente todo se había roto.

De repente ya nada era como antes.

De repente las cosas habían dejado de ir bien.

De repente la felicidad se había esfumado.

De repente todo parecía irreal, como si fuera una absurda pesadilla.

Casi sin ser consciente de lo que hacía, compró un billete para el ferry y otro para el avión a través de Internet y preparó un termo con la leche de Teo para el viaje. Ya en el ferry que la llevaba a Nápoles envió un WhatsApp a Maggie para decirle que regresaba a Nueva York, e indicarle la hora a la que el avión llegaba al aeropuerto JFK por si podía hacer el favor de ir a recogerla.

Sí, iré a recogerte al aeropuerto, pero ¿qué ha pasado? ¿Por qué regresas?, le preguntó Maggie.

Te lo contaré todo cuando llegue, respondió Ada.

Maggie entendió que lo mejor era que se lo contara cuando se vieran y no hizo más preguntas, pero supuso que algo no iba nada bien.

Enzo no fue capaz de despedirse de Teo. El vacío que sentía era tan grande que le oprimía el pecho y a duras penas podía respirar, como si tuviera sobre las costillas una pesada losa haciendo presión. ¿Cómo se le había metido tan adentro? Y no solo hablaba del niño, también de Ada.

Quizá tenía que haber salido corriendo y haberle dicho que la quería, que probablemente estuviera enamorado de ella, que lo perdonara que había sido un estúpido, que no se le daban bien esas cosas porque eran nuevas para él, porque nunca había querido a nadie que no fuera a sí mismo. Pero lo único que hizo fue mirar por la ventana del despacho, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón del caro traje italiano, cómo Ada se despedía de unas afligidas Gabriela y Gianna, que lloraban sin consuelo, y cómo después se subía con Teo en el taxi y cómo se alejaban calle arriba, dejando la casa tan deshabitada como si nunca hubieran estado allí, como si ya no viviese nadie, y llevándose con ellos una parte de él mismo. Los vio irse con la sensación de no poder hacer nada, convencido de que sus caminos se habían separado para siempre.

Después de la tormenta había regresado una calma aterradora.

Todo se había jodido en unas pocas horas.

Sí, en unas pocas horas había pasado de tenerlos a no tenerlos.

En unas pocas horas había pasado de tener luz a tener oscuridad.

De oír las risas de Teo y Ada a estar inmerso en un silencio lacerante.

Y todo en solo unas pocas horas.

Tal vez era cuestión de tiempo que Ada terminara sabiendo la verdad de sus planes al llevarlos a Isquia. Tal vez el karma había hecho de las suyas para que lo que se tenía que confabular lo hiciera, de tal modo que Ada se enterara de todo. Eso era lo justo, y la vida termina siendo muy justa, más tarde o más temprano, aunque pensemos lo contrario. A él le había puesto en su lugar, donde le correspondía estar, y había sacado a la luz lo miserable que era.

No era mejor que su abuelo. No era mejor que Fabrizio de Luca, pensó.

Ahora el único camino que le quedaba era aprender a vivir sabiendo que había perdido lo más bonito que había tenido en su vida.

Gabriela dio un par de golpes con los nudillos a la puerta de la habitación de Enzo y entró. No había salido de allí en toda la tarde, ni siquiera para cenar.

Había estado deambulando por la estancia rememorando su vida desde que Ada y Teo habían aparecido en ella. Desde que Ada le confesó en su despacho que tenía un hijo suyo y él puso el grito en el cielo.

Se había sentado en el borde de la cama, con la cabeza agachada, o entre las manos. También había estado sentado en el sillón que había al lado de la terraza y en el suelo, con la espalda contra la pared…

—Gabriela, quiero estar solo —dijo serio, cuando la vio en la habitación.

—Señor Callagan, no ha cenado —apuntó ella.

—No tengo hambre.

A Gabriela no le pasó desapercibido el semblante abatido de Enzo. Su resignación, su angustia, su desánimo… Su cara reflejaba un dolor sordo que no podía disimular. Se encontraba sentado en un lado de la cama, con la cabeza girada hacia las cristaleras y la mirada perdida en algún punto impreciso del cielo.

—Pero tiene que comer algo. ¿Le preparo un caldo? —insistió ella.

Enzo negó con la cabeza.

—No quiero nada, Gabriela.

Gabriela avanzó por la habitación, únicamente iluminada por el resplandor plateado de la luna y los faroles del jardín, y se sentó al lado de Enzo.

—No sé qué ha pasado entre Ada y usted, ni por qué ella se ha enfadado, pero seguro que tiene solución —dijo, adoptando una actitud maternal.

Y en cierto modo así se sentía con él, a veces, como una madre protectora. Todo el mundo veía en Enzo a un mujeriego empedernido, a un rebelde sin causa —con una mente brillante para los negocios, eso sí—, a un egoísta que solo pensaba en sí mismo, a un arrogante y un largo etcétera más que no hablaba muy bien de él. Pero detrás de aquella fachada ella seguía viendo al niño que mendigaba unas migajas de amor, al niño que hacía de todo para ganarse el cariño de su abuelo (pero que no había manera posible porque Fabrizio de Luca era de piedra), porque sus padres lo habían abandonado para ir a vivir una vida más divertida, sin cortapisas.

Gabriela veía a una persona cuyo principal referente en la vida había sido un hombre duro, severo, que le había concedido una educación y unas enseñanzas alejadas de todo lo que fuera sentimientos, emociones y amor.

—Hay cosas que son muy difíciles de arreglar —dijo Enzo.

—Pero, aunque sean difíciles de arreglar, tienen arreglo —insistió Gabriela—. Ada está enamorada de usted.

Enzo volvió el rostro hacia ella y le dirigió una mirada de sorpresa.

—¿Enamorada? —repitió.

—¿No me irá a decir que a estas alturas no se había dado cuenta? —le preguntó Gabriela.

—No… Bueno, sí… Bueno, en realidad… no sé si Ada está enamorada de mí —dijo, después de tirarse un rato titubeando.

—Pues lo está —afirmó Gabriela—. Lo que le ha hecho ha tenido que ser muy feo para que haya cogido a Teo y se haya ido de un momento a otro, pero quizá solo necesite tiempo para recapacitar.

—¿Tú crees? —le preguntó Enzo.

—Estaba ofuscada y esa ofuscación no le dejaba pensar con claridad y, además, es una chica muy impulsiva, pero también es sensata. Tiene muy bien amueblada la cabeza — enfatizó—. Tal vez dentro de un tiempo vea las cosas diferentes, o no las vea tan graves a cómo son. El tiempo lo suaviza todo y le resta trascendencia. Y tienen un hijo en común. Eso es algo que les unirá el resto de sus vidas.

En el pecho de Enzo brilló un pequeño destello de esperanza, pero enseguida se apagó. No podía permitirse el lujo de ser optimista, pese a que lo necesitaba para no sentirse tan basura como se sentía.

—No soy un buen tío —dijo entre humilde y resignado.

—Tampoco es malo —señaló Gabriela—. Hágame caso, deje pasar el tiempo, ya verá como las cosas se ven con otra perspectiva.

—Tampoco tengo otra opción —repuso Enzo.

Gabriela se levantó.

—Ah, y pida perdón —le aconsejó antes de irse—. Pídalo las veces que sea necesario. No hay nada malo en pedir perdón, en reconocer que nos hemos equivocado, en rectificar. Somos humanos y como tal cometemos errores, pero siempre nos queda el perdón.

CAPÍTULO 49

—Menudo capullo de mierda —soltó Maggie con rabia cuando Ada le contó el porqué de su regreso express a Nueva York—. Ufff… sería capaz de matarle con mis propias manos.

—Pues ponte a la cola —dijo Ada.

Se frotó la cara con las manos, como si quisiera arrastrar con el gesto todo el cansancio físico y mental que tenía encima. El *jet lag*, la discusión con Enzo y el propio ajetreo de la situación la habían dejado K.O. Se sentía como si estuviera anestesiada. Ni daba ni tomaba.

Estaba sentada a estilo indio en el sofá de Maggie. Teo se había quedado dormido desde hacía un rato y lo había metido en la cama de la habitación de invitados del piso de Maggie, donde se iba a quedar de momento hasta que encontrara un trabajo.

—Joder, ¿por qué no ha podido salir bien? —dijo con fastidio—. Nos iba bien… Funcionábamos. Hasta puso un estudio en la casa para que pudiera escribir. Pero resulta que todo eso tenía fecha de caducidad y solo lo hacía para tenerme contenta. Iba a quedarse con Teo y a deshacerse de mí en cuanto dejara de serle útil. —Se apuntó a sí misma en el pecho con el dedo índice—. Y todo para quedarse con la puta herencia de su abuelo. Enzo ya tiene una fortuna, ¿para qué quiere más? ¿Qué les da el dinero para que jueguen así con las personas? ¿Para que jueguen sin ningún tipo de escrúpulos? Utilizar a su propio hijo… Es que no tiene nombre. —Ada sacudió la cabeza con indignación.

—Ya, cariño, deja de darle vueltas, sino te vas a volver loca —le aconsejó Maggie.

Pero a Ada no le resultaba tan fácil dejar de pensar en lo que había pasado. Todo había sido demasiado fuerte.

—Me siento como una imbécil…, como una auténtica imbécil. —Se pasó los dedos por la frente, agobiada—. Estoy pillada por Enzo hasta los huesos y él solo me ha utilizado, me ha manejado a su antojo como un peón de ajedrez para hacer una buena jugada.

Maggie alargó el brazo y acarició cariñosamente la espalda de Ada arriba y abajo.

Ada se había pasado el camino de vuelta en el avión llorando como una Magdalena. Era incontable el número de paquetes de clínex que había gastado. Por suerte le había tocado en el lado de la ventanilla y así no daba tanto el espectáculo como para que la azafata le preguntara si estaba bien o si no terminarían ahogados todos en el avión.

Teo la observaba con las cejas fruncidas, sin entender qué pasaba, y de vez en cuando alargaba las manitas y le tocaba la cara tratando de limpiarle las lágrimas que rodaban por sus mejillas. Ada intentaba contener el llanto de todas las maneras posibles, porque Teo lo percibía todo y sabía que se daría cuenta de que estaba triste y, aunque se lo proponía, no lo lograba. El dolor, la rabia y la frustración eran tan grandes, ocupaban tanto, que solo sentía algo de alivio llorando. Las lágrimas eran lo único que la desahogaba.

—Te olvidarás de él, Ada. Solo tienes que dejar que el tiempo pase —dijo Maggie.

—Tenemos un hijo en común —respondió ella—. Más tarde o más temprano querrá saber otra vez de él.

—Llegaréis a un acuerdo. No sois la primera ni seréis la última pareja que tiene un hijo y vive separada.

Ada asintió, más mecánicamente que por convencimiento. Se llevó la taza de té blanco que le había preparado Maggie a los labios y dio un sorbo.

Se infundió un poco de energía diciéndose que se olvidaría de Enzo Callagan. Se olvidaría de lo cómoda que se sentía con él, de la forma en que le robaba el aliento cuando la besaba, de la corriente de… ¿magia? (porque eso es lo que parecía que había entre ellos) que corría entre los dos cuando estaban juntos, del sexo salvaje, de las conversaciones en el balancín que tenían por las noches mientras compartían manta, de cómo se le caía la baba cuando lo veía jugar con Teo…

Se sintió agobiada. Muy agobiada.

Joder, eran demasiadas cosas de las que olvidarse. Iba a tener que hacer una larga lista, pensó con burla ácida para sus adentros.

CAPÍTULO 50

Enzo entró en la habitación de Ada. Ya no encontró nada personal suyo, solo las cosas que había antes de que ella la ocupara, y en el cuarto de Teo pasaba tres cuartos de lo mismo. El vacío que habían dejado era sobrecogedor. Tan imperante en el espacio que daba miedo, pese a que aún podía percibir algunos matices de sus olores en el ambiente. Contemplar la cuna vacía de Teo, con las sábanas perfectamente estiradas, y pensar que no volvería a verle en ella, que no se asomaría cuando se despertara esperando que lo recibiera con una sonrisa, le contrajo el estómago con una sensación rara y desagradable.

Ada y Teo habían roto con su llegada el silencio y el formalismo de la casa. Sobre todo Teo, su pequeñín, que era capaz de revolucionar todo y a todos con solo once meses.

Enzo sonrió al recordarle.

Se preguntó si se había respirado tanta alegría en la casa como cuando Teo había estado en ella. Como cuando sus gritos, sus gorgoritos y su risa infantil llenaba cada rincón.

En ese momento, inmerso en el silencio de tumba que había en la habitación, se reconocía a sí mismo que nunca había deseado tanto regresar a casa del trabajo como cuando sabía que vería a Teo y a Ada al llegar. Ellos se habían convertido en un tándem perfecto en su vida. Ambos eran magia. Magia de la buena.

Los pasos le llevaron hasta el estudio de Ada. Fue allí como un autómata. Giró el pomo y abrió la puerta. El sonido del mar se colaba indiscreto por la ventana y la brisa movía ligeramente las cortinas blancas. Allí, la presencia de Ada, aunque no estaba, se intensificaba, porque había pasado muchas horas dentro de aquella estancia trabajando en su novela. Su huella

parecía estar adherida a cada una de las paredes, a cada uno de los muebles; parecía flotar en el aire, como un ente invisible.

Lanzó al aire un suspiro. Un gesto que contenía muchos anhelos, incluso de cosas que no sabía que anhelaba hasta ese momento. En sus planes no había entrado el puto miedo que tenía en ese instante a perderla para siempre. Ese miedo no había entrado en sus planes. Sin embargo ahora estaba ahí, torturándolo. Igual que el miedo de despertarse una mañana y no encontrarla en casa.

Caminó hasta la mesa y pasó los dedos por el borde de la madera lacada. Papeles con notas escritas de puño y letra de Ada descansaban en pila a un lado, junto con una libreta con las solapas de purpurina que había comprado en una de las papelerías locales un día que salieron con Teo de paseo. Enzo no sabía a quién había llamado más la atención la dichosa libreta, si a Ada o al niño, porque no la soltó hasta que no llegaron a casa.

Había post-it de colores colgados en el panel de corcho, varios botes con bolígrafos, lápices y subrayadores, y libros con páginas señaladas. Pero lo que hizo que el corazón le diera un vuelco fueron dos fotografías que Ada tenía pinchadas en el corcho con unas chinchetas. En ambas salían los tres. Una de ellas era un selfie en el que estaban besando a Teo, uno en cada carrillo, mientras el pequeño se dejaba querer esbozando una sonrisa de oreja a oreja. Ada no había encuadrado del todo bien y a Enzo le había cortado un poco la cabeza. La otra se la había sacado una mujer de la isla a la que le habían pedido el favor. Estaban de pie, con Teo en brazos y Ada se descojonaba viva porque a él le había cagado una paloma en el hombro.

Le quitó la chincheta y la cogió. Dios, estaba guapísima. Aunque estuviera riéndose de él estaba guapísima. Quizá a lo mejor esa era la razón por la que estaba tan guapa. Tenía la boca abierta en una carcajada y le brillaban los ojos con un destello de felicidad que Enzo no había visto en muchas personas.

Tomó la otra instantánea y se guardó las dos en el bolsillo de la chaqueta como si fuera oro en paño.

Levantó la tapa del portátil y lo encendió. No había muchos archivos guardados en el

escritorio, pero sí el documento Word de la novela que estaba escribiendo y que aún no tenía título.

Retiró la silla giratoria y se sentó en ella.

No era por curiosidad ni por meterse donde no debía, pero picó sobre el icono de Word y lo abrió. El primer capítulo del libro apareció en la pantalla. Solo tuvo que leer unas cuantas páginas para darse cuenta de que Ada estaba escribiendo su historia. La de los dos, para ser exactos. Eso le hizo sentir un pellizco en el estómago.

La prosa era sencilla, pero estaba cargada de encanto, con descripciones que te sumergían directamente en el lugar o en la situación que estuviera narrando. Se quedó enganchado a la lectura como un idiota.

La novela arrancaba con el encuentro que habían tenido en el Luma Hotel, el hotel de lujo situado a trescientos metros de Time Square. Él no se acordaba (para su desgracia), pero lo revivió a través de sus palabras y no pudo por menos que sonreír al verse reflejado en aquellas páginas.

Pudo saber lo que sintió Ada al enterarse de que estaba embarazada de un hombre al que solo conocía del revolcón de una noche y cómo pasó el embarazo. Que hablaba al bebé casi todos los días y que le ponía música tranquila cada vez que podía para que se relajara y se fuera acostumbrando a oír sonidos. Le contaba que tenía unas ganas inmensas de verle la carita y que, pasara lo que pasara, siempre iban a estar juntos, que ella jamás le abandonaría y que, gracias a él, aunque todavía no había nacido, ya no se sentía sola. También pudo saber un montón de cosas más que a Enzo le enternecieron.

Admiró a Ada de nuevo por lo valiente que había sido al tener a Teo sola, y de tenerlo en unas condiciones económicas no boyantes, precisamente.

Sintió el miedo que tenía de que, si él se enteraba de que tenía un hijo suyo, quisiera quitárselo.

—Joder… —masculló, pasándose la mano por el pelo.

No era extraño que Ada pensara algo así, porque era precisamente lo que había tratado de

hacer. Había sido un hijo de puta de lo peor.

Después leyó concentrado cómo se había adaptado Ada a Isquia y el amor que sentía por la isla. Se podría quedar allí eternamente, ponía. Relataba la manera en que había pasado los primeros días en su casa, cómo Gabriela y Gianna le habían ayudado a integrase sin problemas, haciéndola sentir como una más. Lo cómoda que se fue sintiendo a medida que pasaba el tiempo y cómo él había ido cambiando con ella y con Teo.

Todo estaba allí plasmado. Ada se había abierto en canal en aquellas páginas y ahora él tenía al alcance de la mano lo que había sentido y lo que sentía…

Ada confesaba que nunca se había sentido tan protegida en su vida como en esos momentos con él y la tranquilidad que le proporcionaba saber que el futuro de Teo estaba asegurado, después de tantas penurias económicas. Ella no importaba, daba igual lo que pasase, pero al menos Teo tenía a alguien que respondiera por él, y saberlo la aliviaba profundamente.

La sinceridad que plasmaban sus palabras era brutal y aplastante. Fue inevitable que a Enzo se le pusieran los pelos de punta en muchas ocasiones. Pero así era Ada, pura franqueza, y así lo había sido desde el principio. Todo lo contrario que él, que había puesto sus intereses por delante de ellos.

Qué mal había hecho las cosas.

CAPÍTULO 51

Durante el mes siguiente, Enzo leyó y releyó la novela de Ada una y otra vez, hasta casi aprendérsela de memoria. Se empapó de sus sentimientos, de sus emociones, de sus pensamientos y de Teo. Raro era el día que no entraba en el estudio y se tiraba un rato en él, con el portátil abierto, ojeando lo que Ada había escrito mientras el mar y las gaviotas sonaban como banda sonora de fondo. Solía ser casi siempre cuando caía la tarde. Cuando el ocaso empezaba a vestir el cielo con esa luz aterciopelada que daba a las cosas un toque mágico y como de otro mundo.

Aquel gesto se había convertido en una suerte de rito diario que le permitía evocar a Ada, acercarse a ella, llevarla un poco a Isquia de nuevo y también acercarse a él mismo. Sí, aquel libro le estaba acercando a él. A través de las palabras de Ada conoció en profundidad su propia historia, la que vivió con ella. Una parte de su vida, corta en el tiempo, que escondía todo lo que había detrás.

Resultaba curioso, y extraño al mismo tiempo, saber más de él mismo por medio de algo escrito por otra persona, de descubrirse por medio de la percepción de otra persona.

Cuando Ada se marchó estaba demasiado cerca de las cosas para verlas con perspectiva. Y fue en esos días, fue en ese mes cuando Enzo descubrió todo un universo de sentimientos. También cuando se dio cuenta de que había dado la batalla por perdida demasiado pronto. ¡Era un Callagan de Luca, joder! Había heredado virtudes no muy buenas de los Callagan y también de los De Luca y él se había encargado personalmente de alimentarlas, pero la genética también le había otorgado otras cosas de ambas familias que eran aprovechables.

Él jamás iba a aceptar una derrota sin mover antes cielo y tierra para obtener su objetivo. No lo había hecho nunca en los negocios, ¿por qué habría de hacerlo con algo que era infinitamente más importante?

No iba a perder el derecho a ser el padre de Teo, ni a perder la oportunidad de formar una familia, ni a perder la felicidad que podría tener con Ada. No, desde luego que no. Se negaba. En rotundo. No dejaría que su incapacidad para abrir su corazón estropeara lo mejor que iba a poder tener en su vida. No le daría a su abuelo, al gran Fabrizio de Luca, el gusto de salirse con la suya. Le había criado para que fuera un hombre sin sentimientos, pero no permitiría que esas creencias lo limitaran y lo convirtieran en un hombre como él.

Cerró el ordenador, lo metió en un maletín y se lo llevó consigo.

En un par de días era el cumpleaños de Teo, cumplía su primer añito, y era el momento perfecto para volver a verlo, y a Ada también, claro. Habló por teléfono con el piloto del jet para preparar de inmediato el viaje a Nueva York para el día siguiente, e hizo lo mismo con el piloto del helicóptero que lo tenía que trasladar a Nápoles, donde cogería su avión privado. Antes tenía que comprar un regalo a su pequeñín.

Ada llevaba quince días trabajando en una cafetería de un conocido de Maggie y, aunque seguían viviendo con ella, ya había empezado a buscar piso. Vivir con Maggie era simplemente maravilloso, porque era la mejor anfitriona que se podía tener y la ayudaba en todo lo que podía y más, pero su casa era muy pequeña para tres personas, sobre todo si una de esas personas era un niño. Son pequeños, pero su repertorio de cosas ocupa como las de cinco adultos.

Fue una carambola y mucha suerte que el cumpleaños de Teo coincidiera con su día de descanso en la cafetería. Le daría tiempo a prepararle una pequeña fiesta (solo para ellos tres) y a hacerle una tarta.

En un bazar compró todo lo necesario: globos de colores, guirnaldas, la velita con el número uno, platos y vasos de dibujos animados y alguna cosa más por ahí. Teo no era consciente de lo

que significaba un cumpleaños, pero ver aquel despliegue de colores le iba a encantar.

—Mi amooor, es tu cumpleaños. ¡Felicidades! —le dijo cariñosamente cuando se despertó aquella mañana—. Hoy cumples un añito —dijo, poniéndole delante el dedo índice con el «uno»—. Uno. Ya eres todo un hombrecito. —Lo cogió en brazos y le dio un beso en la mejilla mientras lo achuchaba sin parar.

Teo se frotó los ojos con los puñitos para desperezarse cuando Ada dejó de estrujarlo contra su pecho.

—Ma-ma —balbuceó.

Ada sonrió como una boba. Desde que Teo había empezado a decir «mamá» unos días atrás, se le caía la baba cosa mala. Por poco no tenía que utilizar los baberos de Teo para no poner el suelo perdido. Cosas de madres.

—Mamá te ha preparado una fiesta y una tarta y un regalo… —enumeró.

Mientras lo llevaba a la cocina para hacerle el biberón, no pudo evitar pensar en Enzo y en que no estaría para el primer cumpleaños de su hijo.

Era idiota, pero no había dejado de pensar en él desde que había vuelto de Isquia. Lo había intentado, pero no había forma de que saliera de su puta cabeza. Era un 24/7 que iba a terminar volviéndola loca de atar. ¿Es que lo que había hecho no era suficiente para mandarlo a la Santa Mierda? ¿Para borrarlo de su mente para siempre? ¿Qué más necesitaba?

Lo odiaba más si cabía, por el hecho de que no podía deshacerse de él. Ni cagando se olvidaba de él.

Entró en la cocina y sentó a Teo en la trona que había ido a recoger del guardamuebles en el que había dejado sus cosas cuando se fue a Isquia. Mientras le preparaba el biberón lo miró. Estaba abrazado a su osito de peluche verde, todavía con cara de sueño, esperando el desayuno. Ada se preguntó cómo serían las cosas si Enzo estuviera celebrando el cumpleaños con ellos.

Le echaba muchísimo de menos. Muchísimo. No podía decir otra cosa porque se estaría mintiendo. Enzo se había metido en su corazón y no tenía pinta de querer salir, por lo menos de momento. De alguna forma tendría que aprender a vivir con ello.

Suspiró abatida. Había sido un mes duro. Un mes en el que había llorado mucho, en el que se había pasado muchas noches en vela sin poder dormir.

Todo había acabado de un modo obscenamente abrupto. Inesperado, porque no lo había visto venir, e impensable, porque de todas las formas en que podía acabar lo mucho o poco que hubiera entre Enzo y ella, aquella había sido la última que se le hubiera pasado por la cabeza.

Teo refunfuñó para pedir su biberón y Ada salió de su ensimismamiento al escucharlo.

—Ya voy, cariño… —dijo con voz calmada, esbozando una sonrisa—. ¿Has cumplido un año y ya te has vuelto un cascarrabias? —bromeó, avanzando hacia la trona—. Aquí tienes.

Acercó el biberón a la boca de Teo, que cogió la tetina con ganas.

Ada dejó escapar un suspiro.

—Ay, mi niño… —susurró acariciándole el pelito—. Qué error cometí al meter en la ecuación de mi futuro a tu padre. Qué ingenua fui al pensar que él me estaba tomando en serio. —Resopló sonoramente.

CAPÍTULO 52

—Sopla la velita, cariño —le dijo Ada a Teo, después de que Maggie y ella le cantaran el *Cumpleaños feliz* casi a pleno pulmón.

Teo hizo un amago de apagarla, imitando el gesto de Maggie, pero tuvo que ayudarle Ada, que fue quien finalmente la apagó.

—¡Bieeen! —gritaron las dos al unísono, dando palmadas. Teo también se puso a dar palmitas, mientras lanzaba al aire unos cuantos gritos y balbuceaba a saber qué, porque todavía nadie era capaz de entenderle.

Ada había hecho una tarta de bizcocho y chocolate en la que había escrito: «Felicidades, Teo», que el pequeño empezó metiendo el dedo y llevándoselo a la boca. Si algo le gustaba era el chocolate. Eso era indiscutible.

Cuando terminaron de comerse la tarta y Ada limpió los berretes a Teo con una servilleta de papel, porque se había puesto la cara perdida de chocolate, como en la típica escena de las películas, le dieron los regalos. Maggie le compró un peto vaquero y una camiseta de manga corta de la Patrulla Canina, los dibujos preferidos de Teo. A él el peto le daba igual, pero estuvo un rato mirando la imagen de la camiseta. Ada le regaló una mesita que era una explosión de color con distintas actividades, para que fuera descubriendo cosas nuevas.

La montaron y la colocaron en un lado del salón. Teo estuvo jugando un rato con ella, pero lo que quería era andar. Había empezado a dar sus primeros pasos y solo le apetecía estar de pie e ir de allá para acá. Ah, y coger todo lo que estaba a su alcance para tirarlo al suelo.

Llamaron al timbre cuando Teo, agarrado a la mano de Ada, iba de un lado a otro. Maggie y

Ada intercambiaron una mirada.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Maggie a Ada.

—En la fiesta estamos todos —contestó ella—. Joder, a lo mejor hemos cantado muy alto el *Cumpleaños feliz* y algún vecino viene a quejarse —dijo Ada con una nota de aprensión en la voz.

Maggie sacudió la cabeza quitando importancia a ese argumento, al tiempo que se levantaba del sofá para ir a abrir la puerta.

—Tengo unos vecinos muy majos. Ninguno vendría a quejarse por cantar el *Cumpleaños feliz* a Teo —contestó—. Además, tampoco es que hayamos puesto una discoteca móvil en el salón.

—Ni tenemos montada una bacanal de sexo y lujuria —añadió Ada.

Las dos rieron.

Pero a Ada la sonrisa se le quitó de la cara de un plumazo cuando fue levantando la mirada poco a poco y descubriendo la silueta del hombre que estaba parado en medio del salón.

Enzo.

Los lustrados zapatos, el planchadísimo traje italiano (que le quedaba de puta madre, todo hay que decirlo), la hechura, el porte y ese olor mezcla de jabón, perfume y… hombre, solo podían ser de una persona: Enzo Callagan.

Dios Santo, estaba guapo a rabiar.

¿Por qué le tenía que gustar hasta cuando estaba cabreada con él?

Ada notó que el estómago se le contraía de la impresión que supuso verlo después de un mes. Tuvo que tragar saliva, porque las hormonas empezaron a revolvérsele dentro. Seguro que Enzo había oído el ruido de la garganta.

¿Qué hacía allí? ¿En mitad del salón de Maggie? Podía ser una alucinación, pero no había echado nada raro en el pastel que había preparado.

Teo, nada más verlo, lanzó un gritito de alegría, se soltó de la mano de Ada y echó a andar hacia él. Sus pasos eran vacilantes porque todavía le faltaba terminar de adquirir un poco de

equilibrio, pero se las apañó para recorrer la distancia que lo separaba de su padre. Enzo, que lo observaba asombrado, se puso de cuclillas y lo recibió con los brazos abiertos. El pequeño se echó a él y lo abrazó. La característica fragancia infantil invadió las fosas nasales de Enzo, que sintió como si estuviera en casa.

—Pequeñajo —dijo, estrechando su cuerpecito contra él y depositando un cariñosísimo beso en su cabecita de pelo negro—. Eres un campeón. Como andas ya…

—Pa-pa —balbuceó Teo.

Y aunque lo dijo con lengua de trapo, Enzo lo entendió perfectamente. Pensó que las horas muertas que se había tirado intentando que Teo lo llamara «papá» cuando todavía estaba en Isquia habían surtido efecto.

A Ada se le encogió el corazón hasta el tamaño de un guisante cuando vio la escena. Joder, era tan tierna. Alzó los ojos y miró a Maggie, que se encogió ligeramente de hombros.

¿Hasta qué punto tenía derecho de quitarle a Teo la figura de su padre? El niño lo adoraba, solo había que ver el modo en que había reaccionado al verlo. Si hubiera podido correr lo hubiera hecho. Y Enzo… Pues independientemente de las intenciones que tuviera en un primer momento, estaba claro que quería muchísimo a Teo. Eso tampoco parecía que se pudiera discutir a esas alturas.

Se mordisqueó los labios, nerviosa.

—Este regalo es para ti —le dijo Enzo a Teo, cogiendo un paquete que había dejado a un lado.

El pequeño abrió la boca, asombrado, y estiró los brazos como queriéndolo coger, pero era imposible porque era bastante grande y no podría sujetarlo. Así que se dejó caer al suelo con un culetazo y Enzo le puso el paquete encima de las piernas. Pero Teo lo único que hacía era intentar agarrar los coloridos muñecos que tenía impreso el papel y que habían llamado mucho su atención.

—Cariño, el regalo no es el papel de regalo —intervino Ada en tono comprensivo, esbozando una sonrisa.

Dio un par de pasos, se inclinó y rasgó una de las esquinas del papel. Al acercarse, el olor de Enzo se acentuó, aturdiéndola. Sabía que su mirada de ojos azabache estaba clavada en ella, y eso provocaba que le temblaran las manos. ¡Mierda! El efecto que tenía sobre ella seguía ahí, intacto.

Enseguida Teo la imitó y comenzó a romper el resto del papel. Al final Enzo lo ayudó a terminar de abrirlo.

Teo dio un par de golpes a la caja cuando vio que se trataba de un piano mucho más grande que el que había tenido en Isquia, con muchos más colores y muchas más melodías. Cuando Enzo lo sacó de la caja y se lo dio, Teo empezó a dar palmitas y a gritar. El pequeño no cabía en sí de lo contento que estaba.

—Al final va a ser músico —comentó Enzo, al ver a Teo.

—Sí, eso parece —dijo Ada.

El niño empezó a toquetear todos los botones de colorines que tenía el piano. Distintos acordes empezaron a sonar.

Ada y Enzo se incorporaron. Era extraño viniendo de dos adultos, pero se sentían avergonzados, como si fueran un par de adolescentes.

—Y esto es para ti, Ada —dijo Enzo, alargando el brazo y tendiéndole el portátil.

Oír de nuevo su nombre en labios de Enzo fue… No podía describirlo. Nadie lo pronunciaba de esa forma aterciopelada con la que lo hacía él, como si acariciara cada letra con la lengua. Ufff…

Ada se quedó mirando el ordenador con el ceño fruncido.

—¿El ordenador? —preguntó extrañada.

—Lo justo es que escribas el final de la novela —contestó Enzo.

Ada se mordió el labio de abajo. Si Enzo sabía que solo le quedaba por escribir el final de la historia significaba que la había leído.

—Veo que la has leído… —comentó, nerviosa por lo que pudiera pensar al ver plasmado un pedacito de su vida en un libro.

Estiró la mano y cogió el portátil.

—No lo he hecho con mala intención ni por curiosidad morbosa, simplemente me apetecía. —Enzo hablaba con sinceridad—. Ha sido una manera de… tenerte cerca de mí. Disculpa si crees que me he excedido —añadió.

—No, no… No hay ningún problema —repuso Ada.

¿Había dicho que era una manera de tenerla cerca? ¿Había oído bien?

Maggie carraspeó para evidenciar su presencia, ya que se notaba que Ada y Enzo se habían olvidado de ella desde hacía un buen rato. En aquel momento se sentía como una espectadora de teatro viendo una obra en directo, y le hubiera gustado quedarse a ver cómo seguía, no lo negaba. A ver si se tiraban los trastos a la cabeza o se comían a besos, pero lo más sensato era dejarlos solos y que se las arreglaran como mejor supieran. Una pareja era cosa de dos, y ella solo estorbaba.

—Voy a… —Se rascó el cuello cuando Ada y Enzo giraron la cabeza hacia ella—… a comprar… pan. Sí, voy a comprar pan, que creo que no hay para cenar —dijo la primera gilipollez que se le vino a la cabeza, y cualquier cosa hubiera valido para salir de allí pitando, hasta que le había parecido ver aterrizar una nave espacial en el parque de enfrente.

Cogió la cazadora y las llaves de casa y se fue.

Ada y Enzo mantuvieron silencio incluso unos segundos después de que oyeran la puerta cerrarse. Estaban a solas. Bueno, Teo también estaba allí, pero andaba demasiado entretenido con su nuevo piano.

CAPÍTULO 53

Ada se revolvió el pelo, inquieta.

—Enzo, ¿a qué has venido? —preguntó finalmente, rompiendo el silencio.

Apoyó el ordenador en su pecho y se abrazó a él, como si fuera un escudo que la protegiera de Enzo.

—Podría decirte que he venido a felicitar a Teo, que por supuesto, también he venido a eso. No quería perderme el primer cumpleaños de mi hijo —respondió él—. Pero he venido a pedirte perdón. Sobre todo he venido a pedirte perdón.

Se acordó de las palabras de Gabriela, y Gabriela era una mujer sabia. Si ella decía que era bueno pedir perdón, que como humanos erramos, seguro que lo era. Él estaba convencidísimo de que lo era.

Ada se movió impaciente en el sitio, como si tuviera hormigas en la planta de los pies. No sabía muy bien qué decir, porque tenía algo así como un millón de sentimientos encontrados, matándose los unos con los otros para ver cuales salían victoriosos.

—Enzo, yo…

—Ada, te fuiste sin más, te llevaste a Teo… —la cortó él con suavidad—. Ojo, no te lo estoy echando en cara ni mucho menos. Yo en tu lugar hubiera hecho lo mismo, pero tenemos que hablar. Joder… —Se calló súbitamente.

Se pasó la mano por el pelo. Estaba nervioso. Había pensado mucho en qué quería decirle y de qué modo, pero en ese momento no le estaba resultando tan fácil hacerlo como había planeado. ¿Por qué con Ada los planes nunca le salían? Verla de nuevo lo había descuadrado,

haciendo que todo saltara por los aires. Lo alborotaba por dentro, en todos los sentidos en que una persona puede alborotar a otra. Desde la cabeza hasta la punta de los pies, pasando por la entrepierna. Dios, la entrepierna. Sabía que lo afectaba, pero no imaginaba cuánto. Aunque solo tenía que verla con un vestidito de tirantes como el que llevaba puesto para hacerse una idea.

«Maldita sea, Enzo, céntrate, joder, y di de una vez lo que has venido a decirle», se reprendió a sí mismo.

Se arrancó a hablar otra vez.

—He sido un hijo de puta, pero merezco la oportunidad de que me escuches. Al menos eso: escucharme —le rogó.

—Has jugado conmigo y con Teo —afirmó Ada, con poca capacidad para decir otra cosa.

—¡No, joder, no! —Enzo cabeceó—. Ni siquiera al principio he jugado con vosotros.

—¡Sí! —le rebatió Ada de inmediato con expresión de rabia—. Me obligaste a ir a Isquia pensando que te ibas a hacer cargo de Teo, como hijo tuyo que es. Por eso acepté ir. Dejé Nueva York y me fui allí. Pero en realidad tus planes eran otros… Otros mucho más rastreros, por cierto —señaló—. Así es para ti la vida, una partida de ajedrez en la que mueves a las personas a tu gusto. Teo y yo te conveníamos, te veníamos bien, y por eso aceptaste ayudarme con él, pero no porque sintieras la responsabilidad como padre.

—Es verdad que mis planes eran otros cuando os llevé a ti y a Teo a Isquia. Lo reconozco.

—Lo que hiciste no tiene nombre. Yo… —La voz de Ada se rompió, cargándose de emoción —. Mierda, yo confié en ti, Enzo. Cuando dijiste que te alegrabas de que Teo y yo hubiéramos aparecido en tu vida, te creí. Te creí como una imbécil.

—Ada, era verdad. Te juro que era verdad —afirmó Enzo con vehemencia—. Me encanta que forméis parte de mi vida. Sois lo mejor que me ha pasado. Lo mejor.

Ada negó para sí, moviendo la cabeza pesarosamente. Una lágrima gorda resbaló por su mejilla. Alzó la mano y se apresuró a enjugársela. No quería que Teo la viera llorando y Enzo tampoco. Pero Enzo sí la vio y no había cosa que menos soportara que ver llorar a Ada, se le partía el alma en dos, y más cuando el causante era él.

—No llores, Ada… Por favor… —susurró con ternura—. Me rompes cuando te veo llorar.

Ada dio un paso hacia atrás para evitar la tentación de que Enzo se acercara para consolarla. No estaba preparada para su contacto. Todavía no. Ni siquiera para mirarlo. Corría el peligro de perderse en su profunda mirada negra si lo hacía.

—¿Crees que no me doy asco por lo que he hecho? ¿Crees que no me arrepiento cada día? —lanzó al aire Enzo. Continuó antes de que a Ada le diera tiempo a hablar—. Sí, lo hago cada minuto de cada día. Mis planes eran esos, los que tú dices. Estaba cegado, pero había cosas con las que no conté.

Ada alzó los ojos hacia él.

—¿Con qué no contaste, Enzo? —quiso saber, más bien exigió saber.

—Con que os metierais en mi corazón, con eso no conté. No entraba en mis planes lo que sentiría por vosotros. Poco a poco os habéis ido ganando mi cariño, él y tú, hasta el punto de que no puedo ni quiero vivir sin vosotros. —Enzo cogió aire—. No conté con la magia que ibais a traer a mi vida, ni con la magia que tenías tú… —Dejó caer los hombros y se rindió—. No conté con enamorarme de ti, Ada. Con eso no conté.

El rostro de Ada se iluminó de pronto. Por poco no se cayó de culo al escucharle. ¿Qué? ¿Enamorarse? ¿Enzo Callagan enamorado de ella?

—Joder, Enzo… —musitó sorprendida, sin apenas fuerza en la voz.

—Mira, no sé si esto valdría como final de un libro. Si es romántico o no, pero te quiero, Ada —dijo. Un ligero sonrojo tiñó sus pómulos.

Ella enarcó las cejas.

—¿Me quieres?

A Ada parecía que le habían dado un golpe en la cabeza y que estaba sufriendo una conmoción cerebral, porque no atinaba a pensar con claridad.

—Como un puto loco —aseveró Enzo—. A excepción de a mi madre cuando me dejó con mis abuelos, yo nunca he echado de menos a nadie. A nadie, Ada —enfatizó, para que se diera cuenta de lo que significaba—. Este mes que he estado sin ti y sin nuestro pequeño ha sido… No

sé… —Movió la cabeza—. No me ha gustado nada. Pensar en mi vida sin ti me da miedo. Mucho miedo —confesó.

—Enzo…

Enzo puso un dedo en los labios de Ada.

—Por favor, espera un momento. Todavía tengo muchas cosas que decirte —repuso en tono suave. Ada asintió con la cabeza para que siguiera hablando—. Mi abuelo lo único que me enseñó es que el dinero es lo más importante. El dinero y las Bodegas De Luca —añadió—. Por las que toda la familia teníamos que dar la vida. He crecido con la idea de que los sentimientos son algo malo, sobre todo expresarlos, y desde que era niño he estado controlando mis emociones, procurando que no traspasasen líneas que no tenían que traspasar. Pero cuando te fui conociendo todos esos esquemas se vinieron abajo. Todo se sacudió dentro de mí y ya nada ha vuelto a estar donde estaba. Y de pronto no me acuerdo de cómo era mi vida antes de que entraras en ella, y de que también lo hiciera Teo.

Suspiró.

—Has sido tremendamente generosa conmigo todo este tiempo y sobra decir que eres la mejor madre del mundo. Soy consciente de que no te merezco, pero también de que no te quiero fuera de mi vida. De ninguna manera te quiero fuera de mi vida. No quiero estar un solo día sin ti. Así de sencillo —afirmó convencido—. Y te digo una cosa, Ada Willow, he sido un cabrón y seguramente vaya al infierno, pero lo que no voy a hacer es rendirme contigo. No tan pronto. —Apretó los labios y movió la cabeza para subrayar sus palabras—. No lo he hecho nunca con lo que me importa, y tú me importas como pocas cosas me han importado en la vida. Soy capaz de mover montañas para conseguirte de nuevo.

Se quedó mirándola a los ojos, que los tenía vidriosos por las lágrimas.

—Joder, te quiero tanto, Ada. Tanto que las palabras no alcanzan a describirlo. No podrían hacerlo ni en mil años. He sido un estúpido, pero si me das otra oportunidad, pasaré el resto de mis días demostrándote todo lo que te quiero y que quizá merezco la pena.

Ada se había metido debajo de su piel como la tinta de un tatuaje y estaba seguro de que si la

perdía su vida jamás volvería a ser la misma. Y él tampoco.

—Enzo, yo también te quiero. Te quiero mucho. No creo que pueda dejar de quererte nunca —susurró Ada con la voz llena de emoción—. Y sé que mereces la pena.

—Ven aquí, mi bella fierecilla, que me muero si no te abrazo —dijo Enzo, estirando los brazos.

Ada dejó el ordenador en el sofá sin mucho cuidado y se lanzó a Enzo, que la rodeó con los brazos, le levantó en vilo los pies y la besó, como únicamente él la besaba. De esa manera que la hacía estremecerse de la cabeza a los pies. Ada dejó escapar entre los dientes una carcajada mientras se besaban, porque se dio cuenta de que ese beso sabía a sinceridad, a amor, a confianza, a MAGIA.

Enzo leyó su pensamiento.

—Si la magia tiene sabor, es el de tus labios —dijo.

Ada sonrió entre lágrimas.

Enzo se las enjugó con los dedos pulgares y apoyó la frente en la suya.

—Perdóname. Por favor, Ada, perdóname… —dijo con voz muy seria. Suspirando en sus labios—. Por favor…

—Te perdono, Enzo. No podría no hacerlo si te quiero tanto como te quiero —dijo ella, sujetando amorosamente su cara entre las manos.

—No hay nada en el mundo que me importe más que vosotros, que Teo y tú. Nada, te lo juro —afirmó Enzo—. No hay fortuna, ni dinero ni herencia ni familia más importante que vosotros. Ya no. No me había dado cuenta de las cosas que me estaba perdiendo por culpa de mi abuelo hasta que os conocí a Teo y a ti.

Ada sonrió.

En ese momento sintieron las manitas de Teo en sus piernas. El pequeño se había levantado y había caminado hasta ellos, solicitando su cuota de atención. Ambos miraron al mismo tiempo hacia abajo. Teo sonreía con una mueca de oreja a oreja, dejando a la vista los tres dientes que ya le habían salido. Dios, era para comérselo.

Enzo se inclinó y lo tomó en brazos.

—Y tú, ¿qué quieres, cariño? —le dijo—. ¿Quieres volar? ¿Quieres volar con papá?

Lo cogió por debajo de las axilas y lo lanzó hacia arriba. Teo carcajeó cuando cayó de nuevo en las grandes manos de Enzo, que volvió a lanzarlo hacia arriba. Los gritos de alegría del niño llenaron el salón.

Ada se acarició los brazos al sentir un escalofrío. Por fin había formado la familia con la que tanto había soñado. Enzo y su pequeño Teo, ese pequeñajo que había venido de manera inesperada fruto de una noche de pasión, eran ahora su familia.

—Ha sobrado tarta, ¿quieres un trozo? —le preguntó a Enzo.

—Claro.

—La he hecho yo.

—Con más razón, entonces —dijo Enzo.

Se sentó a la mesa con Teo en su regazo y Ada sacó de la nevera la tarta que había quedado. Partió un trocito, la echó en un plato y se lo ofreció a Enzo.

Enzo cogió un poco con la cucharilla y se lo metió en la boca. Teo siguió el recorrido con la boca abierta y los ojos golosos.

—¿Quieres un poco de tarta? —le preguntó Enzo.

—Papa… —contestó el niño con los ojillos brillantes.

A Enzo se le cayó la baba.

—Teo ya ha comido su parte, pero va a ser imposible que no coma un poco más —intervino Ada.

—Es que, si me lo pide diciendo «papá» y me pone esa carita, no tengo valor para decirle que no —contestó Enzo, resignado ante su hijo.

Ada rio mientras Enzo metía una cucharada de tarta en la boca de Teo.

—Nos tiene cogido el truco —dijo Ada—. Teo es más listo que tú y yo juntos —bromeó.

—Es que hemos hecho el niño más listo del mundo —dijo Enzo, dándole un apretado beso en la mejilla a Teo. Alzó los ojos y miró a Ada con expresión pícara en la mirada—. Poseemos

buenos genes, vamos a tener que hacer unos cuantos más. —Movió las cejas arriba y abajo.

—Relájate, semental —lo cortó Ada.

Enzo echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Teo, ¿a qué tú quieres tener un montón de hermanitos? —preguntó al niño.

Teo pellizcó con los dedos un trozo de tarta del plato de Enzo y se lo llevó a la boca.

—Papa —balbuceó otra vez.

—Eso es un «sí» —se apresuró a decir Enzo—. ¿Lo ves? —Llevó su mirada hasta Ada—. Somos dos contra uno.

Ada entornó los ojos.

—¿Así que os estáis aliando en mi contra? —dijo.

Enzo alzó un hombro mientras se metía en la boca una cucharada de tarta y le guiñaba un ojo con complicidad.

CAPÍTULO 54

—No quiero volver a saber nada de mi abuelo —dijo Enzo.

Enfrentarse a su abuelo y haberle llevado la contraria fue un último acto de rebeldía.

A la caída de la tarde, aprovechando que hacía buen tiempo, se fueron con Teo a dar un paseo por Central Park.

—Pero no deja de ser tu abuelo —comentó Ada, empujando la sillita de Teo.

Enzo, a su lado, se encogió de hombros, indiferente.

—Lo único que ha hecho mi abuelo durante toda su vida ha sido manipular y chantajear a la gente que tenía alrededor para que hicieran lo que él quería, y yo me estaba convirtiendo en una persona como él —repuso—. Fíjate lo que hice contigo y con Teo. —Sacudió la cabeza en un ademán negativo—. No, mi abuelo no es una persona que convenga tener cerca. No sabe dar cariño, ni afecto; no cree en el amor ni en la magia que nace entre dos personas que se enamoran. Para él todo eso son majaderías y necedades —añadió, utilizando las mismas palabras que había utilizado su abuelo.

—¿Y ha vivido así siempre?

—Sí. Solo le ha interesado el dinero, el poder, y que las Bodegas De Luca cosecharan los mejores vinos del mundo. No quiso a su mujer, ni a sus hijos ni a sus nietos. Creo que todos en algún momento hemos luchado por ganarnos su afecto cuando era una misión imposible.

Hizo una pequeña pausa mientras seguían caminando por una travesía de tierra, donde las ramas de los árboles en hilera que había a los lados daban forma a una hermosa cúpula de hojas verdes por encima de ellos. Al final, el *skyline* de altísimos edificios se alzaba creando un telón

de acero.

Gente de todas las edades y estilos iban de un lado a otro disfrutando del cálido sol de la última hora del día. Otras estaban sentadas o tumbadas en las zonas del césped y otras disfrutaban de las barcas del lago. Se respiraba una tranquilidad que parecía increíble en una ciudad como Nueva York.

—El día que te fuiste de Isquia me di cuenta de que la presencia de mi abuelo no me beneficiaba y de que, a pesar de todo, lo mejor era tenerlo lejos —prosiguió—. No quiero su herencia, ya he renunciado a ella. —Ada no pudo evitar sorprenderse ante aquella afirmación, pero no hizo ningún comentario—. No quiero nada que tenga que ver con él. Por su culpa y por ese empeño suyo de tener que cumplir sus deseos casi os pierdo, casi me quedo sin magia en mi vida.

Teo empezó a quejarse y a revolverse en la sillita, porque no quería ir sentado. Pararon en mitad del camino. Enzo desabrochó el cinturón de seguridad y lo sacó.

—Desde que anda no quiere ir en la sillita —comentó Ada.

—Ahora quiere descubrir el mundo —dijo Enzo, que le había agarrado de la manita y le llevaba caminando a su lado.

Los pasos de Teo eran todavía indecisos y vacilantes, y a veces terminaba dándose un culetazo en el suelo, pero se defendía bastante bien, sobre todo cuando le agarraban de una mano, porque le daba seguridad.

Antes de que la noche cayera en Nueva York se sentaron un rato en una de las praderas arboladas. Mientras Ada y Enzo disfrutaban de su mutua compañía, Teo andaba a trompicones de allá para acá, viendo todo lo que había a su alrededor, todo lo que el mundo le deparaba.

—¿Qué título vas a ponerle a tu novela? —le preguntó Enzo a Ada.

Los últimos rayos de sol daban en el rostro de Ada, confiriendo a su dulce mirada una tonalidad dorada y resaltando la constelación de pecas que tenía sobre la nariz y los pómulos.

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Ni siquiera sé si me atrevería a publicarla —contestó, sentada a estilo indio—.

En el caso de que alguna editorial quisiera hacerlo, claro —añadió.

—¿Por qué no te atreverías?

Ada se colocó un mechón de pelo tras la oreja.

—Bueno…, es nuestra historia… Hay mucho de nosotros en ella y me da un poco de pudor —respondió con las mejillas oscurecidas por el sonrojo, jugueteando con la hierba.

—Pero es buena, Ada. —Enzo había recostado la espalda en el tronco de un árbol, con una pierna estirada y la otra flexionada, agarrándola con las manos. Parecía un puto modelo de Dolce & Gabbana—. Yo la he leído como unas mil veces y me encanta tu forma de escribir.

—¿En serio la has leído mil veces?

—Totalmente en serio —contestó Enzo como si tal cosa.

—¡Madre mía!

—Todas las tardes entraba en tu estudio y dedicaba un ratito a leerte. No sabes lo bien que me ha venido tu novela… Gracias a ella he podido conocerte un poco más, conocer a Teo… —Lo miró. En ese momento estaba levantándose porque se acababa de caer de culo. Era incansable —. Saber cómo fue el embarazo, lo que sentiste al enterarte de que estabas embarazada…, y también para conocerme a mí mismo —dijo—. Fue viendo el desarrollo de nuestra historia cuando me di cuenta de lo que había cambiado, y fue leyendo lo que habíamos vivido cuando me di cuenta de que te quería. De que te quería como no he querido nunca a nadie.

Ada blandió en los labios una sonrisa bobalicona. Era imposible no sonreír cuando Enzo le decía que la quería.

—¿Pero no te da un poco de vergüenza verte reflejado en la historia?

—Paso de ser un demonio a ser un ángel, creo que le vendrá bien a mi reputación —bromeó —. Además, la gente va a flipar cuando sepan que es una historia real. Te van a quitar los libros de las manos.

—Seguro, chico malo millonario termina enamorándose de chica pobre después de dejarla embarazada —simplificó Ada, echándose a reír.

Enzo también rio.

—Va a ser un bombazo —comentó.

Ambos se estuvieron riendo durante un rato.

—Ada… —Enzo se puso serio.

—Dime.

—Nunca más vas a estar sola, ni a sentir que estás sola —dijo Enzo de pronto. Ada lo miró confusa—. He leído en la novela cómo fue tu infancia. Me hablaste algo de ella el día que estuvimos en Serrara Fontana, pero fue por encima… Ahora tienes una familia, Ada. Ya tenías a Teo y ahora me tienes a mí —aseveró—. Ven —dijo, haciendo un gesto con la mano, al tiempo que estiraba la pierna para hacerle un hueco a su lado.

Levantó el brazo y Ada se acurrucó debajo de él, apoyando la cara en su pecho. Y supo con certeza que jamás volvería a estar sola, que ya no tendría que cargar con el peso de todo, como había hecho a lo largo de su vida; que Enzo la protegería igual que ella lo protegería a él.

—Yo voy a cuidarte todos los días de mi vida —dijo Enzo—. Y a Teo también. No voy a dejar que nada malo os pase.

—Y yo te voy a cuidar a ti —susurró Ada.

Enzo inclinó la cabeza y le dio un beso en el pelo. Olía tan bien a flor de naranjo que se quedaría así el resto de su vida. Dejó escapar un suspiro que recogió el aire.

—Enzo, prométeme una cosa… —dijo Ada mirando jugar a su hijo.

—¿Qué?

—Que seremos los mejores padres para Teo.

—Te lo prometo —dijo Enzo—. Ahora somos un equipo. Para lo bueno y para lo malo.

Ada se acurrucó más contra él. Le gustó cómo sonaron aquellas palabras. Le gustó mucho.

Teo se volvió y fue hacia ellos con sus pasos vacilantes y esa sonrisa que estaba siempre en su pequeño rostro. Enzo le rodeó con el brazo y lo atrajo hacia sí, para abrazarlo. Dios, no había sensación más maravillosa. Ada alargó la mano y le acarició el pelito.

Durante unos segundos se quedaron en silencio. Nadie pronunció palabra. Ada y Enzo disfrutando de la calidez de sus cuerpos y Teo del cariño de sus padres, que lo querían por

encima de todo. La estampa familiar era simplemente preciosa, de postal. Incluso la gente que pasaba se les quedaba mirando.

—¿Qué te parece «Algo más que magia» como título para tu novela? —le preguntó Enzo a Ada.

Ada levantó un poco la cabeza para mirarlo.

—Algo más que magia… —repitió en alto para ver cómo sonaba. Se le escapó una sonrisa entre los labios. Sonaba bien. Muy bien—. Me encanta —dijo.

—¿Sí?

—Sí, mucho. Además, describe a la perfección lo que hay entre nosotros, que no es solo magia, es algo más… Mucho más —contestó sin lograr disimular su entusiasmo.

—Eso es lo que pienso yo, que lo que hay entre nosotros es algo más que magia, algo que va mucho más allá, algo que no tiene límites, que no se puede acotar ni explicar, como tú dices —afirmó Enzo.

—¡El título es perfecto, Enzo! —exclamó Ada con los ojos brillantes.

—Cuanto me alegra que te guste, Ada —dijo él, acariciándole le espalda.

Ada se acercó y le dio un beso en la boca.

—Ahora te quiero un poco más que hace un rato —dijo al separarse.

Enzo se empezó a descojonar de la risa.

EPÍLOGO

Animada por Enzo, Ada envió el manuscrito a varias editoriales. Como suele pasar en estos casos, algunas no le respondieron, otras lo rechazaron, pero hubo una a la que la historia le pareció muy interesante, sobre todo porque era una historia real y porque no le faltaba ningún ingrediente: amor, pasión, superación, drama, risas, ternura…

Ada cedió los derechos de autor para la explotación de su novela a esta editorial y unos meses más tarde, para su sorpresa, su libro se colaba entre los primeros puestos de la lista del *New York Times*. También se tradujo a varios idiomas, entre ellos italiano. Ver su historia hecha libro en los escaparates de las librerías de Italia, el país que la había adoptado, hizo que la primera vez los ojos se le llenaran de lágrimas.

Y ahí estaba Enzo, para abrazarla y decirle que se lo merecía, que era la mejor, y que su magia había llegado también a todos esos miles de lectores que su historia había ido conquistando por el mundo.

Después de aquel paseo por Central Park el día del cumpleaños de Teo, el día en el que se reconciliaron, volvieron a Isquia, donde unos meses más tarde sellaron su amor oficialmente.

Fue una ceremonia íntima y preciosa que celebraron en la playa privada de Enzo, a la luz afelpada del atardecer (esa que convierte el escenario en uno de ensueño, en uno mágico), con el sonido relajante del mar de fondo, y en la que estuvieron las personas que tenían que estar.

Teo, que tenía ya algo más de año y medio, llevó las arras a sus padres, con la ayuda de Maggie y de Gabriela, que no le quitaban ojo de encima. Las dos se comportaron ese día como unas madres postizas. Sus pasos ya eran firmes y lo hizo sin ningún problema, porque como sus

padres decían, era un niño muy avispado. Y lo era.

Parecía increíble, pero gracias a él sus padres se conocieron. Él fue el punto de conexión. Gracias a ese embarazo inesperado, Ada y Enzo se conocieron y se dieron cuenta de que eran el hombre y la mujer de sus vidas. El niño fue (es) el verdadero protagonista de esta historia. Él fue quien los unió y quien había ido dando sentido a la palabra magia. Él fue el artífice del amor que creció entre Ada y Enzo, que al principio se detestaban. A Teo le debían ser las personas más felices del mundo. Y es que nunca se sabe cuándo ni quién va a traer la magia a tu vida.

Cuando Ada escribió el final de su novela se dio cuenta de que las palabras de Maggie habían cobrado especial relevancia al decirle que a lo mejor ese embarazo SÍ que tenía que pasar; que era por algo. Y sí, era cierto: había pasado por una razón. Por la más bonita.

Un año después de aquella boda, cuando Ada andaba inmersa en los entresijos de la escritura de su segunda novela, se quedó embarazada de Isabella, una niña que nacería nueve meses después y que haría las delicias de su padre, que no se perdió ni un solo momento del embarazo. No había estado presente en el de Teo ni en sus primeros meses de vida, pero disfrutó el doble de los de Isabella. A él, que no le gustaban los niños y que huía como de la peste de todo lo que supusiera un compromiso, se le caía la baba con sus pequeños. Jamás haría nada que los perjudicase. Quería a sus hijos más que a nada en el mundo. Ellos y Ada eran ahora el centro de su universo.

El equipo que habían formado los tres había crecido, y Enzo quería que creciera más, pero Ada no estaba por la labor, por lo menos de momento. Tenían tiempo de sobra para montar ellos solitos un equipo de fútbol enterito.

¿Quién les iba a decir que aquel apasionado encuentro en un hotel de lujo un 15 de agosto de un año que podría ser cualquiera, se convertiría en el primer día del resto de sus vidas? ¿En el principio? ¿Que todo cambiaría para siempre, que ya nada volvería a ser como era? ¿Ni que ellos mismos lo serían? ¿Quién les iba a decir que la magia existía? Que no es una ilusión óptica y que a veces la hacen las personas. Esas que llegan de forma inesperada a la vida y trastocan todo tu universo con su especial energía. Porque sí, eso es magia. De la de verdad. Y no hay nada más

sensato que reconocerla e impregnarse de ella.